



ASESINATO
EN EL ARCHIVO

ALEXANDRA CUADRA  Lectulandia

Messina Limosi, archivera de la Orden de Malta, aparece asesinada dentro del estado soberano más pequeño del mundo: el Palazzo di Malta, situado en una de las calles más transitadas de Roma. Frey Dimarco, comendador de la Orden y encargado de llevar a cabo la investigación, se topa con varias dificultades: ¿Cómo ha podido entrar el asesino? ¿Qué hacía Messina Limosi todas las noches en el archivo? ¿Por qué estaba desnuda? Y, lo más inquietante, ¿por qué sonreía? Dimarco, que no tiene experiencia en delitos de sangre, cuenta con el ayuda de Roberto Ciaccometti, caballero de la Orden y ahijado suyo, para intentar desentrañar el misterio. Además, por parte de la policía de Roma, intervienen el comisario Leone y la inspectora Rovente, de la UASV, unidad especial de investigación del crimen. La muerte de la archivera se entrelaza con la de un niño mendigo, asesinado brutalmente, y se siguen investigaciones paralelas, apareciendo diversos sospechosos: mafias inmobiliarias que acosan a propietarios del Trastevere, una secta muy antigua a la que perteneció el pintor Caravaggio, un taxista, un notario y un asesino en serie.

Asesinato en el archivo es una novela policíaca y de intriga, con algunas pinceladas de historia del arte. La trama está basada en la acción y el cambio de escenarios, al estilo fast-pace. Asesinato en el archivo va dirigida al público amante de la novela de misterio. De lectura rápida y adictiva, lenguaje fácil, ameno y con más acción que descripción. Los capítulos, que suelen ser breves, se entrelazan buscando de forma consciente no perder la atención del lector y provocando así el efecto de no poder dejar de leer.

Lectulandia

Alexandra Cuadrat Capdevila

Asesinato en el archivo

ePub r1.0

Titivillus 24.04.15

Título original: *Asesinato en el archivo*
Alexandra Cuadrat Capdevila, 2013
Traducción: Montse Triviño
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



2

aniversario

me años libros, me años libres

edición conmemorativa



A Cèsar, por su apoyo y consejos.

*A todos aquellos que sienten ganas de leer tan pronto como intuyen la
palabra misterio...*

ADVERTENCIA

La totalidad de los hechos y personajes descritos en esta novela son ficticios y no están inspirados en la realidad, con la excepción de los personajes históricos notoriamente conocidos. La mayoría de las instituciones y lugares que se citan existen, pero no los hechos que acontecen en relación a los mismos. Cualquier coincidencia entre los personajes y hechos fruto de la invención y la realidad es pura coincidencia.

Capítulo 1. La llamada

La Habana, septiembre

Un autobús repleto de gente pasaba delante del número doce de la calle Tacón, a la vez que Roberto Ciaccometti entraba, a las nueve de la mañana, en la embajada de la Orden de Malta. Venía, como cada día, andando a paso suave, desde su casa en Vedado. El aire caliente de finales de verano hacía balancear las perneras de sus pantalones de hilo blanco y doraba su piel fina y clara.

Tampoco ese día se olvidó de sonreír y saludar al guardia de la recepción, antes de dirigirse sin prisas a su despacho de la primera planta.

—Le han llamado de Via dei Condotti, señor. Hace una hora —le advirtió su secretaria.

—¿Tan temprano? Bien, comuníqueme con ellos, por favor.

A Roberto Ciaccometti, Caballero de la Orden de Malta, primer secretario de la embajada, sentado en el cálido sillón de cuero marrón, frente a la mesa de caoba encerada y tapizada de fina piel, no le agradaba esa llamada. Algo debía pasar en Roma.

—El Comendador está en línea, señor —le dijo Marcela a su jefe y sin esperar respuesta le comunicó con el otro interlocutor.

—Frey Carolo, me honra y a la vez temo su llamada.

—Ha ocurrido algo terrible, Roberto. Debes venir lo antes posible a Roma. Aquí te lo explicaré todo.

—No hay inconveniente, *signore*.

—Roberto, es para quedarte una buena temporada.

—El asunto debe ser muy grave, Frey Carolo.

—Lo es.

Y colgó el auricular.

Capítulo 2. El cuerpo

Roma, septiembre.

Llovía sin estridencias. La humedad, mezclada con el humillo que desprendían los miles de motocicletas romanas, convertía el aire en un gas pesado y grasiento.

El Palacio de Malta, enclavado en el número 68 de la calle más lujosa de Roma, la Via dei Condotti, parecía un enjambre de abejas. Aquella mañana, pocas horas antes, un empleado de la limpieza había encontrado el cadáver de Messina Limosi, archivera de la Orden.

El cuerpo, puesto adrede en posición fetal, estaba totalmente desnudo, solo cubierto por una antigua capa blanca de seda, con la cruz de malta bordada en carmín. No aparecían signos externos de violencia que indicaran la causa de la muerte. Si no le mirabas la cara, asemejaba estar dormida, pero sus labios dibujaban una falsa sonrisa y sus ojos, abiertos y burlones, jugaban con quien los miraba. No había duda, la habían matado. Nadie se desnuda, se cubre con una capa, se tiende en el suelo y sonríe esperando morir.

Cuando el limpiador la encontró, al final del séptimo pasillo del archivo, ya llevaba varias horas muerta. El *rigor mortis* se había apoderado de su cuerpo. Eso llevó a Frey Carolo a pensar que Messina había pasado la noche en el palazzo.

Por el momento, nadie, fuera de la Orden, se había enterado de la muerte de Limosi. Ni siquiera la prensa, aunque no tardarían en saberlo. Mientras, Frey Carolo Dimarco se encargaría de que todo fuese lo más discreto posible. No se trataba, ni mucho menos, de ocultar los hechos. Eso, aparte de ser contraproducente a la larga, era amoral, y Frey Carolo tenía profundos principios cristianos, inquebrantables casi.

Se había cometido un delito de sangre en territorio sagrado, en el mismo corazón de la Orden. Por supuesto, Dimarco sabía lo que aquello representaba: en su jurisdicción no puede entrar la policía italiana. Jamás se había producido un asesinato. Como mucho algún intento de hurto de material de la biblioteca. Recordaba el caso, ya lejano en el tiempo, de un estudiante que arrancó una hoja de un libro antiguo que contenía un grabado. Estos asuntos se solucionaban fácilmente, con tacto y severidad, pero esto era diferente. Un asesinato.

Dimarco intuía que él sería el encargado directo de la investigación. Esa misma tarde se reunía el Consejo Soberano. Por eso ya había tomado medidas: había hecho venir desde La Habana a su estimado Ciaccometti, su ahijado Roberto. Él, con su cálida sobriedad caribeña, y sus profundos conocimientos históricos sobre la Orden, sabría llevar perfectamente el archivo, en ausencia de Messina. La biblioteca magistral, con sus trece mil volúmenes y más de mil metros de estantes, estarían en

buenas manos, si es que allí se escondía la causa de la muerte de la archivadora.

De hecho, el Comendador no podía imaginar el motivo del asesinato de la austera Limosi. Estaba casada con un notario de Roma, no tenía hijos y dedicaba casi todo su tiempo al estudio y conservación de los documentos malteses. Se pasaba horas entre estantes, analizando textos, comparando, escribiendo. Y, ¿por qué sonreía? ¿Qué querrían decir sus labios curvados y lívidos? ¿Qué miraron por última vez sus ojos de brillo húmedo y astuto?

Limosi llevaba diez años trabajando en la sede. Catedrática en derecho canónico en la Universidad de Roma y licenciada en historia del arte, había sido nombrada Dama de Gracia y Magisterio poco después de casarse con el notario Limosi. Se especializó en derecho de las órdenes militares antiguas y eso, junto con su ejemplar vida cristiana, la llevó a ocuparse de la biblioteca del Palazzo de Malta. Su vida, por lo menos lo que mostraba de ella, era intachable.

Dimarco tenía un espíritu científico por naturaleza. Sufría por la pérdida de pruebas que habría si esperaba a que le ordenasen seguir la investigación de la muerte de Messina, y actuaba como si ya lo fuese. Ordenó al empleado de la limpieza que había descubierto el cadáver que le esperase en su despacho. Empezaría a interrogarle. También mandó cerrar el archivo, con el cadáver dentro, sin que nadie tocara nada, y avisar inmediatamente al esposo de la archivera.

Cuando se había asegurado de que todo estaba en orden, se dirigió a su holgado y barroco bufete. Abrió con dulzura la puerta, dorada y con elegantes molduras de rica madera africana, que medía más de tres metros de alto. Encontró al empleado, un joven de poco mundo, sentado en el extremo de un sillón tapizado de tejido adamascado. Se le acercó con suavidad y empezó a interrogarle.

—Señor Larquetta, usted trabaja aquí desde hace...

—Dos años señor. Los hizo el mes pasado.

—Bien. ¿Conocía usted a la señora Limosi?

—Sí, señor Comendador. Nunca hablé con ella, por supuesto, pero la veía a menudo.

—¿Qué horario hace habitualmente?

—Siempre el mismo, señor. Empiezo a las cuatro de la madrugada, por la biblioteca y los despachos, dejando el vestíbulo y las escaleras para el final. Acabo a las nueve de la mañana.

—¿Hoy también?

—Por supuesto, señor.

El limpiador se mostraba receloso, aunque nada en el tono de voz ni en la actitud de Frey Carolo indicaban que recaía ninguna sospecha sobre él.

—¿A qué hora entró en el archivo?

—A las ocho, señor.

—¿Por qué tan tarde? Me acaba de decir que esa zona la limpia por la noche.

—Cuando iba a abrillantar esa habitación, vi luz y oí un rumor. Pensé que estaría

la señora Limosi, aunque fuera tan tarde, y me fui a los despachos. No le di importancia.

—¿Había ocurrido eso otras veces, señor Larquetta?

—No.

—Entonces, ¿qué le hizo pensar que estaría ahí la señora Limosi? —Le espetó Dimarco, con un tono un tanto más severo.

—Nada —titubeó— solo que a veces cuando yo llego, ella se va. Me la he encontrado en varias ocasiones. Pensé que no habría acabado el trabajo y me fui a otra zona para no molestar.

Larquetta se retorció las manos, y no dejaba de mirar el reloj japonés que llevaba en la muñeca derecha. Su respiración era rápida e inconstante y sudaba un poco. Iba vestido con un mono azul claro, el uniforme de la empresa de limpieza, y calzaba zapatillas de suela delgada de caucho, para no molestar por la noche.

El Comendador apuntaba a lápiz de carbón todas las respuestas en una libretita corriente, con tapas rojas.

—Señor Larquetta, voy a efectuarle una pregunta muy importante. Es fundamental que lo piense bien antes de contestar. Le aconsejo que cierre los ojos e intente situarse mentalmente en el momento en que iba a entrar en la biblioteca y vio la luz.

Larquetta asintió con ansia.

—Intente recordar con todas sus fuerzas qué es lo que oyó.

Larquetta cerró los ojos, se puso las palmas de las manos en el rostro y lo bajó. Respiraba despacio y ruidosamente. Al cabo de unos segundos habló.

—No lo sé, señor.

—¿Era una voz?

—Sí señor, de eso no hay duda, era un rumor humano.

—¿De hombre o de mujer?

Larquetta de nuevo intentó concentrarse, cerrando los ojos por un momento.

—De hombre, creo.

—¿Alguna vez oyó la voz de la señora Limosi?

—Sí, señor. Cuando se marchaba solía despedirse. Solo decía buenas noches.

—¿Cómo definiría la voz de la señora? ¿Podría tratarse de su voz?

—Quizá señor. No sabría decirle. Su voz era bastante profunda.

El limpiador parecía animarse y se mostraba interesado en ayudar.

—Bien, señor Larquetta, ahora dígame si el murmullo parecía una risa o más bien una voz angustiada.

—No señor. Quizá podría tratarse de un canturreo. Sí, eso, como cuando alguien está atareado y entona el estribillo de una canción.

El Comendador estaba preocupado. Pronto debería poner en conocimiento del Juez de primera instancia sus investigaciones.

—Ahora debe decirme si se encontraba con relativa frecuencia a la señora

Messina Limosi, cuando se iba a esas horas.

—Últimamente sí, señor. Antes del verano ni siquiera sabía quién era, pero desde que la biblioteca cerró al público por vacaciones, se iba cuando yo llegaba tres o cuatro veces por semana.

—Señor Larquetta, ¿cómo descubrió el cuerpo de la *signora* Limosi?

—Cuando terminé de limpiar todas las salas decidí volver a la Biblioteca. Ya no había luz ni se oía nada. Le di al interruptor y se encendieron los focos del techo.

Frey Carolo se imaginaba la luz fría, con muchas sombras, en los pasillos del archivo.

—Siempre empiezo a limpiar por el extremo más apartado de la habitación, y con la mopa voy siguiendo los corredores, de arriba abajo, dos veces, la segunda con cera.

—¿Cuándo vio a la señora?

—Enseguida. Bueno, primero no sabía qué era, por qué estaba cubierto por una tela, pero me acerqué y tiré de ella. Entonces descubrí el cuerpo. Estaba desnuda.

—¿Vio usted u oyó algo más? —Preguntó Frey Carolo, haciendo un rápido movimiento con la mano delante de su cara, molesto y presuroso por borrar de su mente la imagen de Messina.

—No. Corrí a avisar al guardia, y lo demás ya lo sabe.

—Gracias señor Larquetta. Por el momento no necesito nada más. No es necesario decirle que debe guardar absoluta discreción mientras no se aclare todo. Por supuesto debe estar localizable por si le necesitamos.

Con estas palabras, el Comendador Dimarco despidió al primer testigo. Después se quedó en su gabinete privado, dedicándose a repasar las notas que había tomado.

Capítulo 3. El reencuentro

Roma. Aeropuerto del Fiumicino.

Aquella misma tarde, solo diez horas después de la llamada de Frey Carolo, Roberto Ciaccometti pisaba suelo italiano.

—Via dei Condotti sesenta y ocho —dijo al taxista.

—Palazzo di Malta —respondió. Qué casualidad, es la segunda vez en dos días que hago esta carrera des del aeropuerto.

Roberto no contestó. Pensaba en las palabras del Comendador, su padrino. No le habría llamado de no tratarse de algo sumamente importante. Y su tono de voz, cálido pero tembloroso, tan diferente del cariz seguro que adoptaba su pose majestuosa. Eso era lo que más le turbaba, su temor retratado y filtrado a través de la línea telefónica, a miles de quilómetros de distancia.

—En media hora estaremos allí —insistía en darle conversación, el taxista.

—Bien, gracias.

El hombre, un rudo napolitano, no se conformó con eso, y embistió de nuevo, mirando de reojo a Ciaccometti.

—Es usted de Milano. Estoy casi seguro. ¿Sabe? Me gusta jugar a adivinar de donde son mis clientes, de qué trabajan, si están casados. Después, lo contrasto con ellos y ¿sabe? Casi siempre acierto. Me juego la propina a que es milanés. ¿Qué? ¿Sí o no?

Ciaccometti decidió jugar con él.

—Es un genio. ¿Cómo lo supo?

—Por la corbata. Esa pista nunca falla. ¿Sabe? El otro hombre, también era del norte. De Turín. Muy agradable, pero poco hablador como todos los norte italianos.

—¿A quién se refiere? —Preguntó Roberto sin interés.

—Al otro. Al que ayer también fue directo del aeropuerto a Via dei Condotti. No se parecía en nada a usted. ¿Es que hay un congreso en la Orden?

—No lo sé. Solamente voy a ver a un amigo.

—¡Vaya amigos tiene! Allí todos son nobles.

—No todos.

El taxista cumplió su palabra. A las nueve menos cuarto de la tarde, Roberto Ciaccometti llamaba a la puerta del magnífico palacio.

El guardia le pidió la documentación y avisó inmediatamente al Comendador.

—¡Roberto! Por fin mi Roberto.

Frey Carolo Dimarco bajaba la escalinata del palacio con los brazos extendidos y una gran sonrisa en el rostro. Los ojos le brillaban de emoción y júbilo, de la enorme

alegría que sentía al volver a ver a su ahijado.

Después de saludarse efusivamente, el Comendador llevó a Roberto Ciaccometti a su despacho. Debía explicarle todo cuanto antes, y sin perder tiempo habría de ponerse al frente del archivo y la biblioteca, antes capitaneados por Messina Limosi.

—«Messina, pobre Messina» —pensaba Dimarco.

Al entrar a su territorio privado, el Comendador pidió a su ahijado que se sentara en el sillón de orejas que había frente a la chimenea. Él, en cambio, antes de tomar asiento se acercó a los altos ventanales y corrió las espesas y rojas cortinas de terciopelo bordado en oro, repletas de cruces maltesas y otros símbolos que habían bordado damas de la orden varios siglos antes.

Roberto esperaba paciente a que Dimarco tomara la palabra. Sabía que tendría algo muy importante que comunicarle, tan imperioso como para que acudiese desde otro continente a toda prisa.

Roberto Ciaccometti. El noble de origen italiano, con todo el encanto del mediterráneo y del caribe en su rostro y con los modales de un aristócrata inglés. Su madre, Martha Milton, hija de Lord James Milton, Comandante del Real Ejército de su Majestad, se ocupó de su educación hasta que tuvo doce años, cuando ella murió. Su padre, Cesare Ciaccometti, el duque de Comomaggiore, lo dejó huérfano poco después de nacer, y de él su hijo único había heredado el título. Desde entonces, Frey Carolo, que ya era el Comendador de la Orden de Malta, se convirtió en tutor de un casi adolescente, pues así lo prometió el día de su bautizo, cuando dio los votos de padrino.

Dimarco se sentó en el sillón gemelo al que ocupaba su invitado. Estaba cansado y permitió que se le escapara un leve suspiro de angustia.

—Querido Roberto —empezó a decir lentamente y mirándolo con franqueza— ha ocurrido algo inaudito en nuestra casa. Han asesinado a Messina Limosi, la archivera de la Orden.

—Eso es terrible.

Roberto Ciaccometti no quería interrumpir a su protector, así que dijo lo mínimo y dejó que continuara sus explicaciones, aunque estaba presuroso por averiguar qué tenía que ver aquello con él.

El Comendador le explicó con todo detalle lo ocurrido, desde que el empleado de la limpieza, Bruno Larquetta, encontró el cadáver hasta que el Consejo Soberano le nombró instructor del caso.

Ciaccometti escuchó sin preguntar. Quería captar la esencia del suceso, los detalles, su atmósfera. Al final, a pesar de la objetiva presentación de los hechos que hizo Dimarco, le dijo:

—Usted piensa que la muerte de Messina tiene algo que ver con el archivo, con algún documento que, por algún motivo desconocido por nosotros, contiene algo que ha llevado a alguien, quizás una persona normal, a cometer un crimen.

El Comendador se quedó estupefacto, pero complacido.

—Roberto, siempre he pensado que sabes leer las mentes. Ahora tengo la prueba. El joven sonrió levemente.

—No es eso.

—¿Cómo lo has sabido, entonces? Mi exposición de los hechos ha sido pulcra y creo que científica, sin afectación.

—Hizo que viniera a toda prisa. Yo no soy detective, ni sé nada de ciencia forense. Solo entiendo de historia y documentación antigua.

—Roberto, no voy a engañarte. Cuando supe que Limosi había muerto pensé en ti inmediatamente. Eres la persona más preparada para llevar el archivo y la biblioteca. Ya sabes que contiene documentos históricos de incalculable valor que pocos sabrían preservar tan bien como tú. Por otra parte, estoy casi seguro que Messina estaba metida en algo. Ya tenía conocimiento que últimamente se pasaba en el archivo muchas más horas que lo habitual. Sin duda estaba trabajando en algún proyecto importante, y eso, sea lo que sea, la llevó a la muerte.

Frey Carolo le contó a su invitado que Bruno Larquetta había confirmado que Limosi se pasaba las noches en el palacio, al menos tres o cuatro veces por semana, y que todo había empezado en julio, cuando la biblioteca cierra al público.

Roberto se mostró escéptico.

—Padrino, ya sé que parece exagerado dedicar tantas horas al estudio, pero para un investigador que sigue un filón el tiempo vuela. Lo digo por qué me ha ocurrido a veces, ni tan solo te das cuenta de la hora que es. Quizá lo que le ocupaba no tenga nada que ver con el asesinato, tal vez se trate de una cuestión pasional ¿Han hablado ya con su esposo?

—Todavía no, aunque lo haré lo antes posible, después de los funerales. Pero sigo pensando que el misterio está ahí, entre los libros.

Dimarco, un poco confuso por el nuevo punto de vista aportado por Ciaccometti, se sentía molesto consigo mismo, sin saber por qué, y propuso a su invitado que por la mañana empezase a investigar qué es lo que había estado buscando Messina Limosi durante todo el verano.

Capítulo 4. La prensa

Al día siguiente la prensa romana llenaba de inmensos titulares las primeras páginas de sus periódicos. Mostraban fotos a todo color de la entrada del Palacio de Malta o de su imponente fachada ocre. Todo el mundo estaba al corriente de que habían matado a la esposa del notario Limosi, la noble Messina.

Un portavoz autorizado era el encargado de declarar ante los medios de comunicación, que estaban ávidos por saber qué es lo que había ocurrido. Los reporteros de toda Europa se batían en duelo por dar el mejor titular, el que más vendiese: MURDER IN MALTA'S PALACE, en letras rojas de imprenta, como las que se utilizan en las novelas de misterio, CRIMEN SIN PRECEDENTES, en negro fúnebre, con una foto de la bandera de la Orden, UN ASSASSINO IN VIA DEI CONDOTTI, 68, en un diario local. Y así cientos de frases que con tres o cuatro palabras pretendían explicar que Messina había muerto a manos de quién sabe quién, por no se sabe qué motivo. Lo demás eran especulaciones.

Patricio Lasso era el único interlocutor autorizado para hablar de este “desgraciado asunto”, tal como fue calificado en la conferencia de prensa que se dio en la misma sede de la Orden, en la sala de reuniones. Tomó la palabra y explicó de forma breve y simple los hechos, aunque sin dar detalles. Al final dijo que debían comprender que no se permitiera preguntar, por hallarse en curso la investigación. Los periodistas, algo desilusionados aunque lo esperaran, se fueron retirando.

A primera hora de la mañana Roberto Ciaccometti ya había repasado los diarios que encontró en la biblioteca. Así se enteró de muchas intimidades sobre la malograda Messina, unas buenas, otras no tanto, y recogió las especulaciones e insinuaciones que lanzaba la prensa más amarilla, que daban a entender a un lector objetivo que seguramente se trataba de un asesinato por celos o de carácter ritual.

Después se aseguró, tras el hallazgo del cadáver y hasta que Frey Carolo rasgó el precinto, de que nadie había tocado ninguno de los documentos que había en la mesa de trabajo del despacho de Limosi. Todo parecía intacto. Únicamente se habían tomado fotografías de la disposición de la mesa, y también muestras de huellas dactilares con un escáner digital.

Ahora solo él y Dimarco estaban autorizados para permanecer en el archivo y en la biblioteca. En la gigantesca mesa de estudio de la archivera estaban puestos, con esmerado orden femenino, distintos ejemplares de libros. Unos antiguos, otros actuales, mezclados sin ningún criterio aparente. Frente a la silla se alzaba la gran pantalla de ordenador de dieciocho pulgadas, acompañada de un teclado inalámbrico. El PC estaba colgado de un soporte bajo la mesa, apagado, y de su parte posterior

salían varios cables de diferentes colores.

Roberto apretó con un poco de fuerza el botón de encendido del aparato. Arrancó con un zumbido agudo seguido de un suave runrún. Todo parecía estar en orden. Apretó el interruptor de la pantalla. El fondo era de color azul, pero no se apreciaba nada más. Buscó qué programas contenía el disco duro. Nada. La memoria del ordenador estaba completamente vacía.

«Quizás Dimarco tenga razón».

No tocó ningún otro objeto de la mesa y salió a buscar a Frey Carolo.

Nada más comunicarle lo que había descubierto, el instructor del crimen dio órdenes de que se precintara el aparato informático y que se enviara al laboratorio. Antes del asesinato de Messina funcionaba correctamente y tenía incorporados ficheros con todo el contenido del archivo, incluso la mayoría de documentos más antiguos y valiosos estaban digitalizados para facilitar las consultas sin tener que manejarlos, con las consiguientes ventajas para su conservación. Aquello le pareció un indicio más de que la clave de la muerte de la mujer estaba en algún escrito en el que estaba trabajando.

Los dos hombres regresaron al lugar de trabajo de Messina Limosi. Roberto se sentó en su sillón de piel ajada y respiró hondo, expulsando el aire despacio, por una delgada abertura de su boca.

—Ahora será más difícil saber por qué Limosi pasaba aquí las noches. Los libros y documentos que hay en su mesa no tienen nada de especial, por lo menos a simple vista —explicaba Ciaccometti.

—Roberto, confío en ti. Si alguien lo sabe todo sobre la Orden y sus archivos documentales eres tú, después de que Messina haya muerto. Debes buscar a consciencia en los recovecos y en las entrelíneas de todo esto —dijo el fraile señalando con su índice derecho la mesa de la archivera, y continuó—. El laboratorio se encargará de las pruebas, de analizar el teléfono móvil, sus últimos mensajes, sus llamadas, el ordenador, su correo electrónico y las huellas. Yo me ocuparé de las personas, de interrogarlas, de buscarlas y tú, de los papeles.

Roberto asintió para mostrar su acuerdo con su superior, y se dispuso a empezar su trabajo.

—Hay algo más... —dijo Dimarco.

—¿Sí?

—Esta tarde se celebran los funerales de Messina, en Santa María Maggiore. Iremos juntos.

—Sí, claro. Dicen que el criminal nunca se pierde el homenaje a su víctima.

—No creo que demos con él o ella allí, habrá cientos de personas. Los Limosi son muy conocidos, la crema de Roma.

—Por supuesto. Aunque he pensado que podría ser que...

—Habla, Roberto.

—¿Y si se tratase de un profesional?

—¿Qué te conduce a esa suposición?

—No lo sé. Todo y nada en concreto. Es una intuición. Está tan ordenado, sin sangre, el barrido del ordenador, el hombre del taxi...

—¿Qué taxi? —Dijo Frey Carolo, preocupado.

—Cuando vine desde el aeropuerto el taxista me habló de otro hombre que el día anterior le había pedido la misma dirección. No le hice mucho caso pues tampoco me pareció tan extraño. No sé si podría tener relación con esto. Según el conductor el hombre era de Turín.

—Bien, ya averiguaré en el registro quien entró en el edificio antes del asesinato. Pero me cuesta creer que la haya matado un asesino a sueldo. Esos usan pistola y silenciador, y a ella aparentemente no le habían disparado. Quizá la autopsia nos diga algo más.

Dicho esto, Frey Carolo se retiró a su despacho y Ciaccometti empezó un cuidadoso análisis de todo lo que había encima del extenso escritorio donde Messina trabajó por última vez.

Capítulo 5. El funeral

No es habitual escuchar a Puccini en un funeral, pero cuando se trata de un capricho de la nobleza italiana, todo parece posible. Norma sonaba bien modulada entre las columnas de la bella iglesia. Los paneles de oro puro del techo amortiguaban la voz perfecta de la soprano. Mientras entonaba el *Casta Diva, che inargenti queste sacre antiche piante*, la gente se acomodaba en los bancos de roble alineados en paralelo, los hombres a la izquierda, las mujeres a la derecha, en la nave principal de la basílica. El protocolo y el luto riguroso dominaban. También las mantillas de chantillí, las faldas por debajo de la rodilla, los trajes de etiqueta. Solo los uniformes militares de gala y las casullas moradas de los cardenales manchaban la multitud con notas de color. Los primeros asientos estaban reservados a la familia directa de Messina y a las más altas autoridades de la ciudad y de la Orden de Malta. El Gran Maestro ocupaba el lugar de honor.

Oficiaron la ceremonia ocho cardenales y, por expresos deseos de la difunta, las exequias fúnebres se pronunciaron en latín.

Frey Carolo Dimarco fue el encargado de leer la homilía, que la dedicó a honrar las virtudes de su vieja amiga Messina, su fe cristiana, su predilección por los desvalidos, por los débiles, su amor al estudio...

Nadie, si no lo hubiera sabido con antelación, hubiera adivinado que a esa señora la habían asesinado. No se mencionó el hecho en ningún momento del sermón. Todos lo sabían, claro. Salía en las noticias: “Aún no ha habido detenciones por el caso Limosi”, “La Orden de Malta no ha realizado más comunicados”, “Sumo secreto en Via dei Condotti, 68”.

Roberto Ciaccometti tenía reservado un asiento en la sexta fila, junto al personal de alto rango del Palacio, un lugar que decidió no ocupar. Prefirió quedarse en un lateral, en el izquierdo, así podía moverse con relativa facilidad y escrutar las caras de algunos de los asistentes. Nadie hablaba, ni un solo murmullo se oía de fondo.

Cuando un cardenal de rostro ascético y piel amarillenta dio inicio a las bendiciones al féretro de pino liso que había elegido el notario Limosi, en honor al carácter sencillo de Messina, sonó una parte del réquiem de Mozart.

Se estaba acercando el fin de la misa. La gente continuaba en silencio, pero algo inquieta por el cansancio. Roberto Ciaccometti andaba distraído, casi al final de la iglesia, cuando lo vio. No podía creerlo. ¿Qué estaba haciendo aquel hombre allí?

Estaba situado quizás a diez u once metros hacia la derecha, de pie, alargando el cuello para ver mejor el espectáculo. Reconoció en el acto su cara ruda, su barba mal afeitada, su boca grande y su nariz pequeña que le daba un aspecto ruin y vulgar. Quería gritar, silbar para que le viera, correr para darle alcance y, sobretodo, para

preguntarle qué le había llevado al entierro de alguien tan alejado socialmente de él. No sabía su nombre. No recordaba si se lo había dicho.

Intentó moverse en su dirección, avanzar entre la gente del final de la nave central de la iglesia. No podía. Lo miraban mal. Los dos carabinieri que tenía a la derecha le habían puesto el ojo encima, y no dejaban de vigilarle.

Justo cuando uno de los cardenales dio por terminada la ceremonia, un joven de casi dos metros silenciosamente le había puesto unas esposas de nylon a las muñecas y le susurraba al oído que se dirigiera hacia la calle sin decir nada.

«¿Qué es esto? ¿Un secuestro?». —Pensaba Roberto.

No. Solo que sus miradas indisimuladas, sus movimientos incesantes durante todo el entierro, sus intentos de acercarse a alguien, habían parecido sospechosos a la policía italiana. Nada más.

Le sacó de Santa María Maggiore en pocos segundos. Se deslizaba sin tocar el suelo. Aquel joven tenía una fuerza extraordinaria pues Ciaccometti no medía menos de metro ochenta y cinco y debía pesar unos ochenta kilos, y a pesar de todo le parecía estar volando. El policía, que una vez fuera se identificó como tal, le dijo que le acompañase, para más discreción, al furgón azul que había a pocos metros.

—No tengo ningún inconveniente, pero está usted cometiendo un grave error —dijo Roberto al joven policía.

—Eso dicen todos —contestó sarcástico. Ahora va a decirme que no es lo que parece, ¿verdad?

—Bien podría decirlo sin temor a equivocarme, pero prefiero acompañarle para que lo vea con sus propios ojos.

—¿De dónde es usted? Su acento tiene unas notas que no reconozco.

—Hasta hace dos días vivía en La Habana. Ahora resido en Via dei Condotti, 68. Soy el nuevo archivero de la Orden.

El policía siguió andando, para evitar las miradas indiscretas de algunos reporteros que estaban apostados en la entrada del templo. Pensó acertadamente que si veían que un hombre salía del funeral con las esposas puestas y le identificaban en plena calle, saldría en las noticias de las ocho y se metería en un buen lío. Especialmente si había detenido a un miembro de la Orden. Por suerte había sido muy discreto.

Una vez en el coche policial le soltó las muñecas y le permitió sacar la documentación. Roberto Ciaccometti pudo identificarse con su pasaporte expedido por la Orden de Malta. No hizo falta más.

El joven agente se deshacía en disculpas, pero no dejó de preguntarle el porqué de su extraña actuación.

—Vi a un conocido entre la multitud. A un hombre que me extrañó encontrar en este lugar, y quería darle alcance para saludarlo. Supongo que cometí una estupidez. Es culpa mía.

—No se preocupe, puede irse.

Ciaccometti regresó a la puerta del gran templo cuando ya había salido la mayoría de la gente. Habían sacado el féretro y lo introdujeron de nuevo en un coche fúnebre. Salían las autoridades, que se disponían a acompañar a Messina al panteón que tenía la familia Limosi en el cementerio del Verano.

Observó con cuidado a las personas que se agolpaban detrás de las vallas de contención que había puesto la policía, pero ya no pudo encontrar al taxista.

Capítulo 6. El entierro

Un clásico Hispano-Suiza llevaría el frío cuerpo de Messina Limosi hasta su último refugio. Entre seis hombres vestidos con levita negra introdujeron en la parte posterior del reluciente vehículo, el sobrio ataúd. El silencio se hizo protagonista durante unos largos segundos, hasta que el chófer cerró la portezuela posterior con un golpe suave y breve.

La mayoría de asistentes al funeral se dispersaron y solo la familia y algunas autoridades de la Orden, de la iglesia y de la ciudad, se dirigieron al cementerio. La corte funeraria, formada por no menos de treinta coches, la mayoría oscuros y oficiales, se abrieron paso entre el tráfico de Roma, siguiendo a dos motos de la policía.

Apenas cuatro quilómetros separan la basílica del magnífico cementerio. El chófer tomó la Via Dell'Esquilino, dejando atrás la plaza de Santa María Maggiore. En diez minutos la procesión mortuoria penetró en la Vía del Verano, que conducía a su destino final. La gente se paraba en las aceras a mirar. Muchos se santiguaban, e incluso algunos ancianos bajaban la cabeza en señal de respeto. Todo el mundo sabía que habían matado a la *signora* Limosi.

Cuando el gran Hispano-Suiza hizo entrada en el romántico recinto, el cielo se ensombreció, como suele ocurrir en las tormentas de final del estío, y unos nubarrones que se percibían cargados de electricidad empezaron a soltar las primeras tímidas gotas de lluvia. Los empleados de la funeraria cargaron de nuevo el ataúd a hombros y lo acercaron hasta la tumba familiar de los Limosi. Todos los que formaban parte del cortejo fúnebre, encabezado por el notario, les siguieron a través de la gran galería porticada que contiene las tumbas más bellas del mundo. Desfilaron ante rollizos bebés de mármol, ángeles blanquísimos, alegres niñas con sus pétreos vestidos de domingo y de varias esculturas religiosas.

Roberto Ciaccometti, que nunca había estado allí, sintió al entrar una súbita paz interior, que propiciaba la penumbra de los olorosos cipreses y los numerosos gatos que parecían jugar entre las almas de los muertos y descansaban en cada rincón del tranquilo camposanto.

El panteón de la familia Limosi, no era de los más exuberantes. El arcángel Miguel, con la espada en alto, y apretando con fuerza contra el suelo a un maligno demonio labrado en ónice, presidía el conjunto escultórico. El resto eran símbolos grabados en la piedra, que representaban los apellidos o tal vez las aficiones, de los que allí estaban sepultados, junto con sus nombres y las correspondientes fechas de nacimiento y defunción. Estaba muy limpio. Se notaba, en comparación con las tumbas aledañas, que alguien recientemente se había esmerado en adecentarlo todo

con suma pulcritud: no había rincón con mota de polvo alguna, ni excremento de paloma que afeara ningún saliente. Todo estaba perfecto, demasiado casi.

El sepulturero, un hombre joven con mal aspecto, abrió con facilidad la tumba inferior, la que estaba a pocos centímetros del suelo. No le costó ningún esfuerzo deslizar la tapa del hondo sepulcro, y ayudado por los demás hombres de las pompas fúnebres, depositaron el ataúd en su lugar. Después se retiraron respetuosamente a un lado, dando pequeños pasos, cual tímidas bailarinas en un escenario. Limosi, el notario, con la faz afeada por el dolor y la falta de sueño, se dispuso a decir unas palabras.

—Eminencias, Excelencias, Ilustrísimos, señores y señoras —iba diciendo, a la vez que a cada tratamiento que nombraba movía ligerísimamente la cabeza— les doy las gracias por su caluroso homenaje a mi querida Messina. Ella ya no estará más con nosotros, pero su amor por los demás y su afán de saber no se quedarán en este sepulcro. Que descanse en paz.

Las caras largas y serias de las autoridades, ajenas al sentimiento, no impidieron los murmullos de los que estaban en las filas más exteriores. ¿Qué quiso decir el viudo con esas extrañas palabras? ¿A qué se refería con “el afán de saber”?

El notario cedió la palabra a un viejo cardenal, pariente lejano de su madre, que quiso dar el punto final al entierro, con la bendición de difuntos, pronunciando de memoria y con voz amarga:

—*Quaesumus, Dómine, pro tua pietáte miserére ánimae fámulae tuae; et a contágiis mortalitátis exútam, in aetérnae salvatiónis partem restitue. Per Dóminum nostrum...* —y siguió rezando en un murmullo ininteligible, en voz baja.

Cuando terminó la oración, con un Amén dicho al unísono con los presentes, puso punto final al entierro. Todos se despidieron del viudo. Él les dio las gracias y el grupo se disolvió.

Limosi fue el último en dejar el cementerio, una vez hubo comprobado en solitario como el enterrador sellaba el sarcófago. Todo se había acabado.

Capítulo 7. Ellos

—Bien, bien, bien. Parece que hemos mancillado su honor una vez más.

Un hombre de cabellos blancos, muy ralos, respiraba profundamente. Tenía los pulmones pegajosos de cáncer. Sonaban, al llenarlos, igual que una vieja gaita escocesa colmada de agujeros. Descansaba sentado en un viejo sofá de seda roja.

Había recibido la llamada esperada: Messina Limosi yacía en la tumba. Callada para siempre.

Capítulo 8. En casa

Guido Limosi había regresado a su casa, una villa a las afueras de Roma. Despidió al servicio hasta la mañana siguiente y se tumbó en la cama, vestido aún con su traje de negro duelo.

Rememoraba su vida, y la veía pasar en tonos grises, toda ella. Incluso cuando se casó con Messina, la dulce, la noble. De aquel día apenas recordaba una película fotográfica en blanco y negro, con algún toque acre de luz amarillenta.

¿Por qué la añoraba tanto, si apenas se veían?

Habitualmente Messina y él solo se hablaban en público. No se odiaban, pues eso supondría que se importaban de algún modo. Simplemente convivían en un mismo espacio, en su villa, compartían el servicio, y asistían juntos a algunos, cada vez menos, eventos sociales.

Por eso, cuando Messina, desde el inicio del verano, dejó de ir a dormir a la mansión, Limosi no se inmutó. Ni siquiera le preguntó nada. Se imaginó que tendría algún amante joven en la ciudad, pero no se paró mucho a pensar en ello. Ella llegaba de madrugada y se iba a dormir. Cuando se levantaba, a media mañana, el notario ya se había ido a su despacho de Piazza Navona.

Quiso la casualidad que supiera que su esposa no tenía un querido, que en realidad se pasaba todas las horas en el archivo de la Orden.

«¿Qué estaría haciendo allí tantas horas?» —recuerda que se preguntó, pero como a ella siempre le había gustado la investigación histórica, el estudio de documentos, tampoco le dio demasiada importancia.

Fue Messina, a finales de julio, que le habló a su marido de su trabajo. Debían asistir a una fiesta estival, de las muchas a las que estaban invitados. Limosi quería ir, pues el anfitrión era un conocido constructor romano y uno de sus mejores clientes, pero Messina se excusó explicándole que estaba a punto de realizar un descubrimiento que, de asombroso, podría ser hiriente, y que ahora no podía dejarlo.

El hombre no tenía ni idea de qué estaba hablando, pero si ella decía que era importante, bien debía serlo, y asistió, en contra de su costumbre, solo a la fiesta. Nunca más hablaron de aquello.

«Y ahora ella no está».

Capítulo 9. Via dei Condotti, 68

Roberto Ciaccometti y Frey Carolo llegaron juntos a la sede, tras el funeral. Cruzaron el patio interior con pasos largos y ligeros dirigiéndose al despacho del Comendador. Esperaban reunirse, en unos minutos, con el portavoz de la Orden, Patricio Lasso.

La prensa estaba impaciente por un nuevo comunicado. De hecho esperaban oír que se habían hecho detenciones, o al menos que las investigaciones iban por el buen camino. Pero no constaba nada de eso.

—No deberíamos preocuparnos tanto por la prensa, si me permite decirlo, Frey Carolo. De hecho, en pocos días se habrán olvidado del asunto.

—¡Que Dios te oiga, hijo! ¡Qué Dios te oiga! Pero no conoces tú a los periodistas italianos. Jamás sueltan su presa hasta que no obtienen una respuesta.

—Algún día la tendremos —respondió Ciaccometti, pensativo. De hecho, hay algo que sí me preocupa bastante. ¿Se acuerda del taxista, del que me trajo desde el aeropuerto?

—Sí, recuerdo que me dijiste que eras el segundo en dos días que venía al Palazzo. ¿Qué te inquieta?

—Estaba en el funeral.

—¿De veras? Es extraño, pero no tanto. Los asesinatos atraen a la gente, especialmente a las clases populares.

—Quizá sí, pero no me gusta. Creo que de algún modo, aunque remoto, tiene algo que ver con todo esto. Debería buscarle y hablar con él. Creo que iré más tarde, si le parece bien.

—Sí, sí, claro. Cualquier pista puede ser valiosa. Yo, por mi parte me ocuparé de entrevistar al viudo Limosi.

Tras acordar con el portavoz el modo en que se emitiría el próximo comunicado público, Dimarco y Ciaccometti se dirigían a sus respectivos destinos.

Capítulo 10. Villa Limosi, Roma

Dimarco conocía a Guido Limosi superficialmente, aunque había coincidido con él en algunas ocasiones. Le consideraba un ser altivo y antipático, pero directo en sus palabras y moderado en sus actos. No le constaba que tuviese enemigos, al menos capaces de tal brutalidad, pero eso nunca se sabe.

Limosi lo recibió en un salón sombrío, orientado al norte. Se disculpó por ello aduciendo que aún no habían acondicionado la sala de invierno, mucho más soleada y acogedora. Tampoco evitó decir que había dado el día libre al servicio doméstico, aunque no era necesario, por evidente.

Acomodó a Frey Carolo en una butaca, frente a la chimenea, y él se sentó en un sillón de cañamo, recubierto de cojines blancos, de espaldas a un ventanal.

Su estratagema no pasó desapercibida para el viejo Dimarco. Aunque inicialmente bien justo distinguía las facciones crispadas del hombre, al quedar oculta su cara por la sombra que proporcionaba la luz exterior, bien pronto se acostumbró a ello y estuvo alerta de los cambios en sus ojos, durante toda la charla.

Nada en las acciones del notario era superfluo. Cada respuesta, aunque pareciera simple, era ingeniosa, y cada movimiento destilaba sutil premeditación. No quería parecer herido, pero tampoco frío. Dejaba bien claro que quería a su esposa, aunque no existiese pasión entre ellos. Pretendía mostrarse serio y colaborador en la investigación, pero decía ignorar la existencia de posibles enemigos.

A Dimarco no se le escapaban sus trucos y se mostraba indemne a sus tretas. En ningún momento intentó, con la precisa utilización del lenguaje, que Limosi se sintiera amenazado o abrigara sentimientos de culpa. Quería que fuesen cómplices en la búsqueda del asesino, y que colaborara, pues seguro que disponía de información vital.

—¿Conoce los motivos por los que su esposa se quedaba muchas noches en el archivo?

—Solo me habló de ello en una ocasión, Frey Carolo. Crea que mi confianza en ella era absoluta y jamás le pregunté por qué no dormía en casa. Espontáneamente me contó una vez, creo que fue a finales de julio, que había hecho un descubrimiento deslumbrante, o algo así. Que no podía dejarlo.

—¿No le interesó saber de qué se trataba?

Dimarco adelantó la parte superior de su cuerpo y dobló una rodilla, ocultando un pie bajo el asiento.

—A ella podía parecerle un prodigio una carta escrita hace siglos que nombrase cualquier cosa sobre la Orden de Malta. A mí, en cambio, eso no me produciría ni tan solo un parpadeo. Aunque viviésemos juntos, nuestras preferencias lúdicas eran bien

diferentes. Lo siento.

—¿Alguna vez, Messina o usted mismo, recibieron amenazas de algún tipo?

La faz del notario se ensombreció, convirtiéndose en una efigie de rasgos duros y envejecidos, de textura arenosa y color gris. A Dimarco no le pasó desapercibido tal gesto a pesar de que el rostro le andaba escondido en sombras provocadas y, aunque no pudo observar si sus pupilas encogían, sí vio el brillo de acero de unos ojos contrariados.

—Ruego que me perdone, si me equivoco, Frey Carolo. Pero, ¿acaso tiene su excelencia jurisdicción fuera de la Sede?

—De ningún modo, señor Limosi. Es usted quien debe disculparme si le he molestado. No le estoy interrogando. Intento hacer más cómoda la investigación desplazándome hasta aquí, pues no quería incomodarle citándole para que acudiera al Palazzo. Supongo que estará de acuerdo conmigo en que debe hacerse justicia.

«¿Qué te ha puesto nervioso, Notario? Sin duda te has sentido intimidado» — pensaba el Comendador, mientras intentaba calmar al viudo.

Limosi sintió su error y tomó de nuevo la habitual compostura. Relajó sus hombros, cruzó su pierna izquierda sobre la diestra y clavó su afilada mirada, de ojos un poco demasiado juntos, en su interlocutor. Adelantó su nariz corva y dejó escapar una sonrisa ladeada, algo burlona y triste.

—Lo siento. Estoy muy cansado. De veras que no tengo ninguna idea de quién haya podido hacer esta barbaridad. No sé nada más.

A la vez que decía estas palabras se levantaba de la silla y extendía la mano hacia su interlocutor, obligándolo a despedirse, y continuó:

—Le agradeceré que me informe de cada avance en las investigaciones. No puedo ayudarle mucho, pero, no tema, trataré de pensar si hay algún detalle que por el momento no recuerde.

Capítulo 11. Aeropuerto del Fiumicino

Mientras el Comendador salía de la villa de Limosi, pensativo y algo ausente, Roberto Ciaccometti buscaba la zona donde tomó el taxi cuando llegó de La Habana.

Se dirigió a la misma parada, esperando encontrar al chófer parlanchín. Había cuatro coches, todos de la misma compañía, Lappi, con berlinas Mercedes de color gris plata. Dos de los conductores estaban fuera, con un cartel en la mano, esperando a clientes que tenían concertado el viaje. Los otros permanecían sentados al volante.

Roberto, después de comprobar que ninguno de ellos era el hombre que estaba buscando, se acercó a uno de los que aguardaban a alguien.

—*Signore, per favore*, ayer tomé un taxi de Lappi aquí mismo, y creo que me descuidé en él un libro. Por favor, ¿dónde podría dirigirme para recuperarlo?

—En la central recogen los objetos perdidos a lo largo del día. Está al lado mismo de la estación Termini.

—¿Podría usted llevarme allí? Es muy importante que lo recupere.

—Lo siento, tengo un servicio contratado, pero mi compañero, el que está al final de la fila, le llevará.

—Muchas gracias.

Roberto se dirigió al vehículo que le habían recomendado y creyó reconocer en el ancho semblante del que estaba sentado al volante, algún rasgo del hombre que estaba buscando. Después de entrar en el habitáculo trasero del coche, le indicó al individuo la dirección donde pretendía ir, y seguidamente empezó a contarle su historia. Después le preguntó:

—¿Son muchos trabajadores en Lappi?

—No, que va. Solo cinco en cada turno. Hacemos ocho horas cada grupo. Somos una empresa pequeña que hace poco ha comenzado en el Da Vinci. Normalmente hacemos servicios desde el avión al hotel, para turistas. Pretendemos dar un servicio de calidad a un precio asequible. ¿Sabe? Todos los trabajadores somos socios, así nos lo tomamos como algo propio. El señor Lappi es un buen patrón.

—Ninguno de los hombres que había ahora en la parada eran el mismo que me llevó el otro día. Era muy agradable, quizá usted le conozca.

—Seguro que sí. ¿Cómo era?

—Muy hablador, me explicó que tenía la habilidad de reconocer de donde vienen sus clientes. Quizá él encontró el libro. Es un hombre moreno, bajo, con las cejas muy pobladas y juntas, el cabello peinado hacia atrás, con gomina.

—¡Claro! Se trata de mi primo. Su nombre es Piero Bruni. Vino a sustituirme unas horas. Me pidió que le dejase ganar algún dinero extra. ¿Cómo se llama el libro que ha perdido?

—La casa de escorpión. Me complacería recuperarlo, pues se trata de una primera edición.

El hombre llamó a la central con la radio, y tras comprobar que allí no habían recogido ningún libro con ese nombre, le dijo a Roberto:

—*Signore*, ya lo ha oído. No está.

—Qué lástima. Quizá usted podría preguntarle a su primo si por casualidad lo vio, o tal vez podría decirme donde vive.

—Piero reside en el Trastevere, en un apartamento cerca de la Via dei Panieri.

—¿Podría llevarme allí ahora mismo?

—No sé..., —dudaba. Quizás a mi primo no le guste que le diga dónde está su casa.

Sin mediar palabra Roberto metió un billete de cincuenta euros en el bolsillo del pectoral de la camisa del hombre, cuidando que lo viera.

—Está bien, está bien, pero no le diga que lo he traído yo.

Roberto Ciaccometti se acomodó en el asiento, disfrutando de la bella Roma, mientras se dirigía a la casa de aquel misterioso bocazas.

Capítulo 12. Entretanto...

Dimarco solía desplazarse por Roma con alguno de los coches que tenía la Orden a disposición de sus cargos y le gustaba disfrutar deambulando en lento paseo. Sin embargo, después de la extraña charla con Limosi, quien le pareció más ácido que nunca y tan distante como altanero, quiso regresar a la sede cuanto antes, sin dar rodeos.

A pesar de todo, el Comendador no estaba desilusionado. No podía explicar el porqué, pero esperaba el rechazo del notario por la investigación, aunque, de ningún modo lo consideraba sospechoso de la muerte de la maravillosa Messina.

Dimarco entrecerró los ojos, bajo sus escuetas gafas de Sol, y dejó libres sus pensamientos.

«Messina, dímelo tú, desde la fría muerte, ¿quién? ¿Quién ensució tu brillante aura? ¿Quién aró tu tumba?».

Entró en el Palazzo a través del patio que hay en la entrada principal, y subió enseguida a su despacho. Quería, sin perder tiempo, poner por escrito la conversación que había mantenido con Limosi, antes de que se le fuera de la cabeza. Y no solo anotaría lo dicho, sino también la actitud, la posición, el tono de voz y las percepciones que había tenido. Parecería el guión de una película, tan detallado, que una vez lo leyera Ciaccometti, podría imaginarlo todo tal como había sucedido.

Saludó al guarda y subió las escaleras de dos en dos, sin pararse en el rellano, y no tardó en estar sentado en su butaca preferida, al frente de un gran fuego de leña resinosa crepitando.

Mientras redactaba en su ordenador un informe completo de la entrevista, recibió una llamada del laboratorio de análisis de pruebas: había malas noticias. Los expertos no pudieron recuperar el material borrado. El asesino se había cuidado bien de no dejar pistas, pero no estaba todo perdido pues si vieron el último documento usado por la última persona que tocó el PC.

Mientras el cerebro de Dimarco recibía esta información, su esperanza aumentaba:

—Diga, Doctor. ¿De qué trataba?

—No parece que indique nada. Se trata de una serie de datos sobre el pintor Caravaggio. Tiene unas seis páginas y parece un escrito inacabado. Trata de los últimos años de su vida.

—¿Nada más?

—No.

—Bien, gracias. Por favor, envíeme las conclusiones cuando antes.

Dimarco estaba preocupado. Le aterraba no poder encontrar al causante del

horrendo crimen y, cabizbajo, intentaba concentrarse en el redactado, lo más fiel posible a la realidad, de su entrevista con el notario.

Capítulo 13. En el Trastevere

Roberto Ciacometti bajó del taxi a pocos metros de la Via dei Panieri, y el conductor le indicó donde vivía el hombre que estaba buscando:

—Llame a la puerta de color azulón, en el timbre más viejo. Hasta luego amigo, debo irme.

El hombre aceleró el coche, presuroso, con la inquietud de un fugitivo, y dejó solo a Roberto, en la parte más pobre y oscura del Trastevere. En la calle apenas aparecía el Sol, y olía a humedad y orines.

Ciacometti se alisó el traje y se abrochó el botón de arriba de la americana, mientras, a través de sus gafas de sol estudiaba el edificio que le habían indicado. Tenía dos pisos de altura. En la planta baja también vivía alguien, pues había ropa tendida en la ventana, a pie de calle.

Los dos balcones tenían echadas las persianas de madera, tan azules como la puerta, y no se oía a nadie. Se acercó despacio, con calma. Le pareció imposible saber cuál de los tres timbres que había era el más viejo, pero optó por llamar al más sucio. Era el del piso superior. Lo presionó tres veces, la última con insistencia, pero no parecía haber nadie.

En la planta baja asomó una cabecita en la ventana, entre un par de medias tendidas. Era una niña de cuatro o cinco años, un rostro sucio de chocolate, redondo y alegre, adornado con dos trenzas sujetas en lo alto.

—*Ciao signore.*

—Hola pequeña. ¿Conoces al señor Piero?

—Sí. Estaba arriba, pero se ha ido corriendo, por la terraza.

—¿Cuándo?

—Cuando usted bajó del coche.

Alguien estiró el brazo de la chiquilla y la obligó a entrar en casa. Acto seguido, Roberto vio un rostro poco amable, de mujer, que se escondía tras la ventana y la cerraba bruscamente, a pesar de lo cual se oía llorar a la pequeña, y aunque no se entendía lo que decían, sin duda la estaba regañando.

Roberto cruzó la acera, y miró la casa desde el otro lado de la calle. Arriba había una azotea, que comunicaba con las de los edificios vecinos, y se podía pasar por ellas sin demasiadas dificultades. Finalmente decidió llamar a otro de los timbres del edificio. Eligió el de la niña simpática y la madre enfadada.

—¡Váyase! Le gritó una fémina. No queremos nada.

—Señora, por favor. Solo quiero hacerle una pregunta. Se lo ruego, he venido de lejos para hablar con el señor Piero. ¡Si no quiere, no abra la puerta, pero dígame algo!

Las palabras fueron mágicas, pues al instante descorrió el cerrojo, y se plantó ante él una joven alta, morena, de ojos salvajes, con el pelo desmadejado. Puso los brazos en jarra y separó un palmo sus piernas apenas cubiertas por una bata casi desabrochada.

—¿No pensará, guapo, que le tengo miedo? —Le retó.

—No, señora. Ni debe tenerlo. Lo único que quiero es hablar con Piero, el taxista.

—¿Taxista ese? ¿Para qué lo quiere? Ya le ha dicho mi hija que se ha marchado.

La mujer hizo que le salieran unas feas arrugas en el centro de la frente. Quería parecer enfadada.

—El otro día, en el taxi, me dejé un libro. Quería preguntarle si lo tenía él. No es nada importante.

—¿Cree que me trago ese cuento? —Siguió.

—Quizá —empezó a decir Roberto, sacándose un billete de cincuenta del bolsillo — podría ayudarme.

Ella lo visualizó al instante y sin pausa se lo estiró de la mano y, tan rápida como un prestidigitador, se lo colocó en el sujetador de puntillas que le asomaba, negro y muy poco casto.

—Ande, pase, quizá pueda hacer algo por usted. —Dijo, por fin sonriendo y haciendo resaltar unos alegres hoyuelos en sus mejillas.

Lo acomodó en la cocina, en una silla antigua, de madera ennegrecida por el humo. Olía a café recién hecho, y la niña jugaba en el suelo, con unas muñecas de papel.

—¿Le apetece tomar café? Es bueno.

—Sí, gracias. Solo, sin azúcar.

—¿De veras, todo esto es por un libro perdido? —dijo dándole la espalda adrede, mientras preparaba las tazas.

—No. Ya lo sabe. Enseguida se ha dado cuenta ¿verdad?

—Me pareció extraño. ¿Qué quiere de Piero, entonces?

—¿Qué sabe usted de él?

—Poco. Vive con su mujer y dos chicos, sus hijos. Hace trabajos ocasionales, ronda mucho por la calle, frecuenta los bares. Pero no me parece un ladrón ni una mala persona. Es un pobre diablo, como todos los de por aquí, un desgraciado, sin suerte.

La mujer hizo a un lado la silla, y se acomodó muy cerca de Roberto, demasiado, y le hizo sentir incómodo, pero logró dominarse y él no se movió.

—Aún no me ha dicho para qué lo busca.

—¿Qué bares frecuenta?

—Eso le costará algo más de cincuenta, guapo —le dijo en un susurro, mientras le rozaba la pierna.

Roberto se levantó ágil, y se retiró del alcance de la joven. Volvió a poner la mano en la cartera y extrajo otro billete igual, dejándolo sobre la mesa, al lado del

café.

—Espero que sea suficiente.

—No tengas miedo, no te haré nada —le dijo sonriendo divertida, a la vez que volvía a poner el dinero en su particular monedero. Ve al Café dei Fiume, justo frente al río. Si no está ahora, estará más tarde.

Roberto dejó la mísera casa con la sensación de oler a suciedad y café, y se marchó en busca del huidizo Piero.

Bajó unas calles adoquinadas, en dirección al Tíber. No podía estar muy lejos. Tardó menos de cinco minutos en llegar al límite con el río. Se acercó a la primera persona que vio y le preguntó por el Café dei Fiume. Era un hombre bajo y gordo. Cojeaba de la pierna derecha, y estaba mal afeitado. Enfocó sus ojos acuosos con dificultad, buscando el rostro de Ciaccometti, y al fin, arrastrando la voz le dijo:

—Cuatro casas más abajo, pero ese no es un lugar para usted.

—¿Qué quiere decir, señor?

—Vaya, vaya, ya lo verá... —le respondió, mientras se iba en dirección a una callejuela cercana.

Ciaccometti se dirigió al local con cuidado. No quería que Piero huyera de nuevo. Tenía que cogerlo para saber por qué se fue corriendo y la razón de que estuviera en el funeral de Messina. Abrió un portón de vieja madera descolorida, con cristaleras de colores y anuncios de bebidas clavados con chinchetas. Al entrar no vio nada, pues el contraste de la penumbra con el luminoso sol de la calle le cegó por unos segundos. Cuando su pupila se contrajo, acostumbrada a la lobreguez del sucio bar, le dio tiempo suficiente para ver de reojo que se cerraba la puerta del lavabo. Se dirigió allí sin demora, pues un vistazo fue suficiente para comprobar que ninguno de los hombres que estaban allí era Piero. La abrió de golpe justo en el momento que Piero saltaba por una ventana que daba a un callejón trasero, y le siguió. El hombre era ágil y, al ser bajo, le costó poco colarse por el ventanuco, pero Ciaccometti era más rápido, pues a pesar de que empezaba a entrar en la madurez solía practicar mucho deporte. Pudo darle alcance en menos de cien metros.

Capítulo 14. Las causas

—Frey Carolo, ha llegado el informe de la autopsia.

Dimarco alargaba el brazo para recibir, encerrado en un frío sobre de papel reciclado, algunas respuestas sobre cómo murió Messina Limosi. No tenía prisa en abrirlo. Antes leyó el membrete del Instituto Forense, en letra clásica y tinta negra. Iba dirigido al Comendador de la Orden de Malta, y había un sello en rojo que indicaba que contenía información confidencial. Finalmente, tomó el abrecartas que había en su escritorio y empezó a rasgar la solapa engomada, con cuidado y sintiendo cada uno de los cortes, como si se los hiciera a sí mismo.

Con la misma delicadeza extrajo un par de folios doblados, los desplegó y aplanó con la palma de la mano y empezó a leer la aséptica descripción de un cuerpo muerto.

Messina murió probablemente alrededor de las cuatro de la madrugada, estableciéndose un margen de error de media hora.

Dimarco abrió el primer cajón de su escritorio y tomó la libreta donde tomaba notas, buscando con ansia las relativas al interrogatorio del limpiador que encontró el cadáver.

«Coincide con Larquetta».

Después, saltándose toda la explicación del proceso forense, buscó en la segunda hoja la conclusión: la muerte fue causada por un pinchazo en el corazón. Lo produjo un arma de origen desconocido, de hoja muy fina, de apenas dos milímetros de ancho, muy afilada, y de al menos veinte centímetros de largo. Tenía un orificio de entrada en la espalda, y atravesó su cuerpo, sin encontrar freno. Probablemente ni tan siquiera sintió dolor, tal vez una pequeña molestia, como una picada de un insecto, pero le causó la muerte al cabo de unos minutos.

Dimarco dejó los papeles sobre la mesa extendidos, y empezó a tomar notas. De vez en cuando buscaba en la libreta algo que había escrito antes.

«Messina sonreía y tenía los ojos abiertos, por qué no se dio cuenta de que la habían matado».

El Comendador apuntó que el asesino debía ser alguien de su confianza, y la atacó a traición. Lo que le parecía extraño y no encajaba era que ella estaba desnuda cuando la encontraron, pues solo la cubría una capa. En cambio, en la biblioteca no se encontró ninguna pieza de ropa, ni tampoco sus zapatos.

Frey Carolo terminó de escribir con una frase que resumía su pensamiento: ¿Quién y para qué se llevó las prendas de Messina?

Capítulo 15. En el Trastevere

—¿Qué quiere de mí? —Gritó Piero, con la boca contraída por el terror.

Roberto Ciaccometti lo tenía cogido por el pecho de la camisa, que estaba sucia y le iba demasiado estrecha, pues entre botón y botón se abría un poco.

—Necesito hacerle unas preguntas. Si me asegura que no va a salir corriendo, podemos sentarnos a hablar.

El hombre asintió con la cabeza y paró de tensar su cuerpo, dejando salir un suspiro de alivio. Ciaccometti lo soltó y volvieron hacia el Café dei Fiume. Al entrar en el bar, el camarero le gritó a Piero:

—¿Va todo bien?

—Sí, Mario, todo en orden.

Después se acomodaron en la mesa más apartada del local, y Roberto pidió dos aperitivos de la casa.

—¿Me recuerda? —dijo Roberto, para iniciar la conversación.

—Sí, señor. El otro día le llevé en el taxi. ¿Qué quiere de mí?

Roberto esperó unos segundos y saboreó la oscura bebida de ajeno.

—¿Qué sabe de la Orden de Malta?

Al hombre le brillaron los ojos y carraspeó, antes de contestar que lo que todo el mundo, nada en especial.

—¿Quién es usted? —Preguntó Piero.

—Un amigo de la señora Limosi. Le vi en el funeral, y quería preguntarle de qué la conocía.

—Era una buena mujer, nos ayudaba.

Piero le explicó a Roberto que Messina Limosi hacía numerosas obras de caridad y solía auxiliar a quien se lo pidiera.

—Aquí, en el barrio, todo el mundo la quería mucho. Nos dolió su muerte, por eso si necesita un favor, ya lo sabe... lo que mande, señor. Ella no merecía lo que le han hecho, y ahora nadie nos protegerá.

—¿Qué quiere decir? ¿De quién les protegía?

El hombre parecía arrepentirse de haber dicho eso, e intentaba arreglarlo:

—Es una manera de hablar.

—¿Por qué huyó cuando fui a su casa?

—Creí que quería hacerme algo.

—Diga la verdad, ¿qué teme?

Después de una pausa silenciosa, Piero le dijo a Roberto que desde hacía algún tiempo los vecinos de toda la vida del barrio se sentían coaccionados. Algunas personas, sutilmente al principio, les hacían ver que debían dejar sus casas o

venderlas a bajo precio. Pretendían desplazarlos a la periferia de Roma. El Trastevere estaba de moda desde hacía unos años, y allí un pequeño apartamento vale una fortuna. Algunos ya habían cedido. Vendieron sus viejos pisos a precio de ruina, y eso provocaba que incluso presionasen más a los demás propietarios o inquilinos, haciéndoles la vida imposible.

—La señora Limosi nos defendía ante los especuladores. Estaba promoviendo una campaña a favor de conservar el espíritu del barrio, de que se diesen ayudas para rehabilitar las viejas casas y para que nosotros, sus protegidos, continuásemos allí. ¿Sabe? Eso no gustaba a algunos poderosos. Quizá ellos la matasen ¿Sabe? Ella era la voz de los pobres.

—Por último, Piero, ¿recuerda usted cómo era el cliente que llevó al Palacio de Malta el día anterior a que yo llegara?

—Sí, claro. ¿Podría ser el asesino?

—No lo creo, pero quizá signifique algo.

—Era muy delgado, muchísimo. Y bajo de estatura, más que yo. Era como un hombre en miniatura, el cuerpo de un niño con cara de adulto, aunque me costaría decir que edad podía tener. Su cara era corriente, su pelo moreno. Sin duda era italiano, del norte, iba muy bien vestido, pero por sus gestos no parecía ser de clase alta.

—Gracias, Piero, creo que me ha ayudado mucho.

* * *

Al poco rato, Roberto Ciaccometti regresaba al Palazzo di Malta con noticias para Dimarco. Por lo menos tendrían alguna pista sobre la muerte de la archivera: había más de uno que deseaba sacarla de en medio, pues intentaba frustrar productivos negocios inmobiliarios. Al ser una persona conocida, se la escucharía si denunciaba las presiones que recibían algunos vecinos de la zona más cercana al Tíber.

Dimarco continuaba tomando notas en su despacho y recibió con esperanza a Roberto.

«Quizá encontró al taxista», pensaba mientras el recepcionista le anunció la llegada de su ahijado.

Roberto llamó a la puerta, como siempre, con dos toques suaves y secos. Dimarco contestó con rapidez, invitándole a entrar, y lo recibió sentado en su sillón preferido, frente al fuego.

El recién llegado tomó asiento junto a él y, después de servirse un vaso de agua, le relató sus andanzas al Comendador.

—No está nada mal. Por lo menos tenemos un móvil para el asesinato de Messina —dijo Dimarco.

—¿Asesinato? ¿Acaso ya se sabe la causa de la muerte?

—Sí, estimado Roberto. Hace pocos minutos, antes de que tú llegaras, recibí el informe del médico forense. No hay duda de que Messina murió de forma violenta: le clavaron un arma por la espalda.

—¿Un cuchillo?

—No, algo mucho más sutil. Un objeto desconocido pero extremadamente fino, casi como una larga aguja. Al mismo tiempo, debía ser resistente y firme, pues no se dobló al penetrar por la espalda, ni se detuvo hasta pincharle el corazón. Eso le produjo una hemorragia y la muerte segura, pero, sin embargo, difícilmente le causó dolor.

—Por eso sonreía...

—Sin duda ella no sintió el peligro, pues en ningún momento se resistió. No luchó y la muerte la sorprendería hablando con ese desconocido.

—O desconocida.

—Claro, es una forma de hablar. Por supuesto que podía haberlo hecho una mujer.

Lo que más sorprendía a Dimarco era la forma mediante la cual se le dio muerte. No dejaba de preguntarse en voz alta el porqué del modo de hacerlo. Si se trataba de un escarmiento o simplemente de hacerla desaparecer, era mil veces más sencillo contratar un par de matones que le dispararan en la calle. La escenificación del crimen se parecía demasiado a un ritual.

Roberto, estando de acuerdo con él, le hizo notar que era extraño que le hubiesen dado muerte dentro del Palazzo, un lugar muy controlado.

—Algún significado debe tener.

—Si lo tiene, lo encontraremos. No puedo permitir que esta aberración quede impune. Tal vez...

—¿Se le ocurre algo, Frey Carolo?

Dimarco salió a toda prisa de su despacho, dejando a Ciaccometti con la palabra en la boca.

—Más tarde hablaremos, hijo, ahora debo irme.

Capítulo 16. Criminalpol

En el número quince de la Via di San Vitale, escasamente a mil quinientos metros de la sede de la Orden de Malta, se alza el edificio que esconde el mayor laboratorio científico, destinado únicamente a aclarar crímenes, que tiene la policía italiana. Desde la calle nada indica que allí llegan todas las muestras, se reconstruyen imágenes y se analiza cualquier cosa que esté relacionada con una muerte violenta.

La inspectora Gianna Rovente, integrada dentro de la unidad de análisis de crímenes violentos, la llamada UASV, se encontraba aplicando un programa informático a la fotografía de un joven asesino. Era un primer plano en blanco y negro, probablemente hecho a finales de los años sesenta, y mostraba un rostro pálido, suave, una nariz ligeramente aguileña, la boca fina, de labios oscuros y los ojos refulgentes, demasiado abiertos. El chico miraba fijamente el objetivo de la cámara, sonreía.

El comisario, de pie detrás de su compañera, observaba el trabajo de ésta.

—Aceto mató a tres mujeres, en 1970 —dijo sin afectación. Aún lo recuerdo. Fue mi primer caso importante y acababa de salir de la academia.

Gianna guardaba silencio, pues sabía de sobras que fue un fracaso sonado de la policía de esa época.

Leone seguía con su monólogo:

—AMAM, les escribió en la frente con una cuchilla de afeitar. Después las degollaba, cortándoles la yugular, y mientras se desangraban les rociaba la herida con vinagre. Cuando estaban muertas les levantaba los párpados, dejándolas con los ojos bien abiertos y, finalmente, les estiraba y esparcía los cabellos alrededor de su cabeza, como si tratara de simular un sol.

—Gianna, con gran precisión, iba retocando la fotografía, que al poco rato apareció en color, y casi sin querer, dijo:

—Lo del vinagre, ¿tendría algún sentido religioso?

—¿Por qué lo dices?

—Solamente estaba pensando en voz alta. Me ha venido a la mente la escena de la crucifixión de Cristo, ya sabes.

El viejo comisario se llevó el dedo índice a la boca y, tras meditar durante unos segundos, respondió:

—No creo, querida. No se me había ocurrido, pero siempre se supuso que con eso, tan solo pretendía que sufriesen más. Los psicólogos forenses dijeron que probablemente quería representar la muerte de su madre, que murió asesinada muy joven. Tres mujeres inocentes, que nada tenían que ver con el sádico, perecieron en

sus manos.

La inspectora seguía entrando datos en el ordenador y, poco a poco, el joven envejecía.

—Este es el aspecto que debía tener hacia los años noventa, con treinta y seis años.

Aparecía en el ordenador un rostro aún jovial, pero con finas arrugas en los párpados y en los costados de los labios. Las canas rodeaban sus sienes y el nacimiento del cabello se había retirado unos centímetros de su frente, más despejada.

—Debes añadirle quince años más, como mínimo, para darle un aspecto parecido al que tendría ahora.

—Sí, pero, como más lo envejezco, más probabilidades de que nos alejemos de su verdadera imagen, por eso prefiero hacerlo despacio. Le añadiré cinco años más.

Instantes después, aparecía en la pantalla del ordenador el rostro de un hombre de cuarenta años. La papada colgaba unos milímetros bajo su barbilla, las mejillas se mostraban menos frescas y algo descoloridas. Solo la mirada era la misma, y la sonrisa.

—Su aspecto, aunque algo mayor, no debe diferir mucho del de esta foto —decía Gianna.

—Ponle cinco más, y ya estará.

La inspectora, tecleó unos datos y dejó que el disco duro los procesase.

—Ya lo tenemos: nuestro hombre.

—Muy bien —la animó el comisario. Ahora imprímela con y sin cabello. No sabemos si habrá sufrido alopecia. Al final obtuvieron sendas fotografías de un hombre maduro, que fueron enviadas inmediatamente al jefe de la Criminalpol.

Capítulo 17. En el archivo

Dimarco bajó a toda prisa las escaleras del Palazzo, dirigiéndose al archivo. Desde el día de la muerte de Messina permanecía cerrado al público, y un guardia vigilaba que nadie entrara sin autorización.

Dimarco, como encargado de la investigación del caso, no tenía ningún impedimento para visitarlo y, tras saludar al vigilante, miró hacia atrás, para comprobar si alguien le había seguido. Cerró la puerta de la biblioteca con cuidado y se fue directo a buscar en los cajones que contienen las fichas de la documentación.

Están ordenadas mediante dos sistemas: una de modo alfabético, por materias o nombres, y otra por épocas. El Comendador, con dedos ágiles, pasaba raudo las pequeñas cartulinas que correspondían a la letra S. Se había puesto las gafas de leer, que se le aguantaban en la punta de la nariz, y se acercaba impaciente a leer el título de cada entrada.

—Santa María, Santa María di Magdala..., Santa Irene, Santa Rosa...

El hombre iba repasando en voz alta los títulos de las fichas, buscaba algo concreto.

«No está».

Cerró los cajones, y abandonó la estancia con la misma rapidez con la que había llegado. Volvió a su despacho, resollando, pero sin parar ni un instante. Roberto ya no estaba allí. Tomó asiento en su escritorio y abrió su ordenador portátil, poniéndolo en marcha.

Mientras iban apareciendo imágenes en la pantalla que daban noticia de que el aparato se estaba iniciando, el hombre hacía tamborilear sus dedos sobre el barroco mueble. Abrió el cajón de la derecha y tomó su libreta de notas. Sus dedos ágiles pasaban las páginas, buscando alguna de las reseñas que había hecho con anterioridad.

Cuando el portátil estuvo preparado, Frey Dimarco se dispuso a conectarse a Internet, e inmediatamente escribió en el buscador: “Santa Úrsula Caravaggio”.

Había cientos de páginas que incluían estas palabras, casi todas relativas a arte e historia. En pocos segundos una imagen ocupaba el total de la pantalla: una bella mujer del renacimiento, cubierta con una capa roja, veía con sorpresa como una fina flecha atravesaba su corazón. Su mirada expresaba que la habían herido a traición.

«No puede ser una casualidad».

Dimarco hizo acudir de nuevo a Ciaccometti a su despacho.

—Frey Carolo. ¿Por qué se fue tan deprisa? ¿Acaso ha encontrado algo?

—Siéntate, Roberto, y mira esto.

El hombre hizo girar su portátil y mostró al recién llegado la imagen del cuadro

del Martirio de Santa Úrsula.

—Es un magnífico Caravaggio. Su última obra, un óleo que pintó cuando ya estaba enfermo y era perseguido por todos. No tardó en morir. Pero, ¿qué tiene que ver con nuestras pesquisas?

—Todo, Roberto, todo...

—No lo entiendo.

—Míralo bien, no puede tratarse de algo casual. La muerte de Messina escenifica esta imagen. La capa roja, la fina flecha y especialmente...

—Sus ojos...

—La sorpresa de la muerte inesperada.

—Sí, tal vez haya algunos puntos en común, pero no veo que puede tener que ver ese cuadro del año 1610 con la reciente muerte de nuestra amiga. Además, a ella la atacaron por la espalda y no sabemos si se hizo con una flecha.

—No creo que me equivoque, intuyo que estoy en el buen camino, aunque sea muy confuso. No es la primera vez que el nombre de Caravaggio sale en esta investigación. Si lo recuerdas, lo último en que estuvo trabajando Messina era en unos documentos relativos a este polémico artista.

Dimarco mostró la libreta de notas a su colaborador.

—Mira aquí.

Había apuntado:

“El último documento que se archivó en el ordenador de Messina era un escrito inacabado de pocas hojas. Trataba de los últimos años en la vida de Caravaggio”.

—Tiene razón. —Cedió Ciaccometti— todo esto es muy extraño. Pero si esta línea de investigación tiene algo de cierta, no se corresponde por su *modus operandi* con la posible venganza de un grupo de especuladores. No creo que para matar a alguien que les moleste se entretengan en dejar pistas o querer representar una escena de una pintura antigua.

—Debe tratarse de una advertencia. Pero, ¿qué tendrá a ver con la Orden de Malta? ¿Por qué aquí, en la sede?

—Es conocida —explicó Ciaccometti— la relación entre Michelangelo Merisi de Caravaggio con la Orden de Malta. El pintor tenebrista llegó a ser nombrado Caballero. Su historia es fascinante, toda la vida se movió entre peleas, personajes extraños, de baja estofa, que inspiraban sus más bellas obras y, en el otro extremo, trató con los hombres de más alto rango de su época. Al fin acabó mal, como era de esperar tras una vida bohemia y peligrosa. Quizá por ello su arte apasiona a las masas.

—¿A quién pertenece la obra?

—A la Banca Intesa. Actualmente se encuentra en depósito en el Museo di Capodimonte, en Nápoles.

Capítulo 18. Ellos, de nuevo

Guido Limosi acababa de dejar su coche en el garaje de su mansión. Aunque tenía varios vehículos, su preferido continuaba siendo el clásico MG midget rojo. Le gustaba su aire británico y deportivo. Últimamente, desde la muerte de Messina, no se atrevía a tocarlo. Se sentía vulnerable, en la calle, tan a la vista y con un coche así. Él se lo negaba, pues prefería pensar que no daba una imagen adecuada para un viudo reciente pasear por Roma con un llamativo descapotable, pues en el fondo le pesaba tener miedo. En realidad solo se sentía seguro en su despacho, y en villa Limosi.

Se acercó a mirar el MG. Rodeó andando su contorno, rozándolo con la yema de los dedos. Notaba la fina capa de polvo que lo envolvía. Cuando llegó a la altura de la puerta del conductor la abrió, sonó un seco y familiar “clac”, que le aceleró el corazón. Se sentó y, con calma, acarició el volante de nácar, recorriéndolo todo. Cómo añoraba poder conducir por las adoquinadas calles de la ciudad, con Messina sentada a su lado, aunque esa situación hacía mucho tiempo que no se daba.

Cuando pensó en ella, no pudo evitar pasar la mano por el asiento del copiloto. Al tocar la suave napa del respaldo le pareció oler a su mujer. Bajó los dedos despacio, y allí encontró un objeto que no debía estar. Era una fina vara metálica, de unos cincuenta centímetros de largo. La cogió con sorpresa, creyendo que se trataba de alguna pieza mecánica. Tenía algo gravado, pues notaba una rugosidad en un extremo, y la otra punta era puntiaguda como una aguja.

Salió del coche y se fue a la casa. Allí, con más luz, podría ver qué era aquello.

Cuando llegaba, de noche casi siempre, los criados ya se habían retirado a la vivienda que para ellos había justo en la entrada de la finca. En realidad el servicio se componía de una misma familia: las hermanas Cinti y el marido de una de ellas. La otra era soltera. Los tres tenían más de cincuenta años y llevaban al menos doce en Villa Limosi.

El hombre se dedicaba al mantenimiento y a la jardinería. Su esposa, la hermana menor, se ocupaba de la comida, y la otra del hogar en general. Como la cocinera, Clara Cinti, no tenía mucho trabajo, pues el señor Limosi solo iba a casa a cenar y comía muy poco, ayudaba a su hermana. Añoraban a la señora Messina y los tiempos pasados, cuando eran frecuentes las fiestas y los invitados circulaban por toda la casa. Tenían más obligaciones, eso sí, y menos descanso, pero se divertían mucho. Les gustaba ver de cerca de personas conocidas y de la alta sociedad. A la villa venían incluso cardenales y nobles. Ahora, todo estaba triste.

Como siempre, oyeron entrar al notario. Les era familiar el chirriar de la puerta del garaje y el ruido del motor de cada uno de los coches de la casa.

Antonio, el jardinero, receló cuando Limosi tardaba tanto en cerrar otra vez la

cochera, pero cuando iba a comprobar que todo fuera bien, escuchó el conocido sonido que indicaba normalidad.

Limosi entró en la casa. Encendió todas las luces del recibidor y alzó ante sus ojos la fina varilla. Ahora pudo ver que era de metal dorado. Estaba pulida y tenía cierta flexibilidad. La punta, más afilada de lo que creyó en un principio, la convertía en una arma punzante y peligrosa. Se acercó a una de las lámparas de cristal e intentó apreciar qué había grabado en el extremo del raro objeto, pero a pesar de que intuyó que se trataba de letras, eran tan pequeñas que no pudo comprender su significado.

La curiosidad le hizo despreciar la poca hambre que sentía, y se dirigió sin demora a su despacho de la primera planta. Cogió una lupa cuadrada que tenía sobre el escritorio, y acercándose al foco que había sobre la mesa intentó leer la marca. Ponía:

AD UMBILICUM ADDUCERE

Limosi marcó el número 5 en el teléfono y al cabo de dos timbrazos le respondió Clara Cinti:

—Diga, señor.

—Clara, dígame a su marido que venga un momento a verme.

—Sí, señor —y colgó el auricular.

Al poco rato el jardinero cruzaba el jardín, que se iluminaba a su paso debido a los sensores instalados por todas partes, y llamaba a la puerta de la casa grande.

A Limosi, cuando se encontraba en la villa, le gustaba que antes de entrar el servicio llamara al timbre. Antonio así lo hizo, y después abrió con su propia llave.

—Sube al despacho —le indicó Limosi desde lo alto de la escalera.

Antonio, expectante, pues esperaba alguna regañina al ser llamado a esas horas tan infrecuentes, subió las escaleras con la respiración entrecortada. Notaba que la piel le enrojecía, y un calorcillo emanaba del pecho. A pesar de eso, no tenía ni idea para qué le requería el señor.

—Antonio, ¿sabes qué es esto?

El notario sostenía entre sus dedos pulgar e índice la estrecha varilla.

—No señor. Jamás lo he visto antes.

—¿Podría ser alguna pieza de un coche?

—Eso seguro que no. No se parece a nada que pueda encontrar en un vehículo. Como mucho podría ser el radio de una rueda de bicicleta antigua, pero no tenemos ninguna por aquí, y dorada aún menos.

—¿Cuándo fue la última vez que revisó el MG?

—Hará un par de días, señor.

—¿Lo limpió también por dentro?

—Sí. Le saqué el polvo y puse grasa protectora en los asientos.

—¿Ha entrado alguien más en la cochera?

—No señor, solo yo. Las mujeres no creo, pero se lo preguntaré si usted lo desea.
Limosi descolgó el auricular y marcó de nuevo el número cinco.

—Diga señor —respondió de nuevo Clara.

—¿Han estado, usted o su hermana, en el garaje?

—Yo no señor, hace mucho tiempo que no voy. Un momento, que le pregunto a María.

Limosi oyó a través del teléfono:

—¡Maríaaaaa! El señor pregunta si has estado en la cochera.

—No, allí únicamente va Antonio.

—Señor, dice que tampoco.

—Gracias, Clara. No se preocupe, no es nada importante. Buenas noches.

Limosi, tras despedir al criado, se quedó solo de nuevo. Tomó asiento en el sillón de leer y alzó el objeto encontrado ante sus ojos.

Capítulo 19. Parthenope

Frey Carolo Dimarco se encontraba escribiendo una escueta carta. Se trataba de una recomendación que debía entregar Roberto Ciaccometti al responsable de las obras de arte propiedad de la Banca Intesa. La pluma de oro se deslizaba inclinada sobre el papel de color crema, que crujía a su paso. Cuando acabó, Dimarco la leyó en voz alta a su ahijado:

Señor,

La causa de esta misiva es la solicitud de una merced. Se encuentra alojado temporalmente en el Palazzo di Malta un estudioso de la Historia del Arte, que también es Caballero de la Orden, el señor Roberto Ciaccometti, primer secretario de la embajada de la Orden en Cuba.

Está realizando un estudio sobre los últimos años del ilustre pintor Caravaggio, y como sea que la última obra que pintó (El martirio de Santa Úrsula) es propiedad de la Banca Intesa, ruego le sea concedido un permiso especial para tener acceso directo a dicha pintura, con las condiciones de seguridad que ustedes establezcan, por supuesto.

Suyo, atentamente,

Frey Carolo Dimarco, Comendador de la Orden de Malta - Roma

Después, Dimarco la firmó, la lacró, la selló y se la dio a su ahijado.

—Debes coger lo antes posible un avión con destino a Nápoles y reservar un hotel.

—Frey Carolo, ¿es necesario para la investigación?

—Eso no lo sabremos hasta que vuelvas. Una vez allí realizarás una observación exhaustiva de la obra, sus rincones, especialmente en las zonas oscuras. Bien seguro que esconde algún secreto, algún enigma.

—¿Qué puede ocultar un óleo del siglo xvii que nos dé una pista sobre el asesinato de Messina?

—Tal vez la mataron por lo que estaba descubriendo, aunque no descarto del todo la posibilidad de que se trate de los intereses económicos de los que te habló el taxista. Quiero saberlo todo sobre esa pintura, de donde vino, quien la encargó y si es posible, si influyó en la muerte del Merisi.

* * *

A la mañana siguiente Roberto Ciaccometti desembarcaba en Nápoles. Jamás había pisado el aeropuerto del Capodichino, que le pareció más caótico que el de Roma, con un ambiente muy parecido al de La Habana y le sorprendió que estuviera tan cercano al centro de la ciudad.

Todo tipo de personas iban y venían, con o sin equipaje, unos con mucha prisa y otros con extraña calma. Roberto cogió su bolsa de mano y se dispuso a tomar un taxi, para que le llevara al hotel, y una vez registrado se dispuso a ir al Museo di Capodimonte, llevando consigo la recomendación del Comendador.

Capítulo 20. Piazza Navona

Cuando Guido Limosi llegó temprano a su despacho en Piazza Navona, mandó que no le pasaran ninguna llamada de teléfono y que cancelaran todas las citas de la mañana. Se encerró bajo llave en su cámara privada y encaró la silla a la ventana, desde donde veía fabulosas vistas de la fontana de Bernini.

Ensimismado, sacó de su cartera de documentos el extraño objeto que encontró en el asiento de su coche. Lo alzó hacia la luz y volvió a analizarlo. Parecía de oro y estaba muy afilado, pero no entendía qué podía ser. De todos modos no le costó intuir que representaba una amenaza, o como mínimo una advertencia.

Pasados unos minutos lo volvió a guardar en la cartera y se dispuso a hacer una llamada. Marcó el teléfono directo de la UASV y pidió por el comisario Leone, a quien conocía desde hacía mucho tiempo.

La voz ruda del viejo policía supuso un bálsamo calmante para los nervios del notario.

—Leone al habla.

—Hola, comisario.

—¡Caro Limosi! ¿Cómo va? Siento lo de tu esposa.

—Gracias amigo. ¿Podemos vernos?

—Sí, claro, cuando quieras. ¿Ocurre algo?

—Preferiría hablarlo personalmente, y es urgente, pero si vengo a la comisaría daré que hablar, ya sabes cómo está la prensa con el asesinato de Messina. ¿Podrías venir tú, ahora?

Leone y Limosi eran antiguos amigos, y nunca se negaban un favor el uno al otro. El comisario, en media hora, llegaba al despacho del notario. Se dieron un abrazo envolvente y largo, casi de duelo. Limosi invitó a Leone a sentarse, pero este siguió de pie, junto a la ventana y mirando hacia la plaza.

—Siempre he envidiado estas vistas.

Limosi sonrió apenas, y contestó:

—Desde casi todas las ventanas de Roma se ve un trozo de historia.

El comisario, remangándose la camisa y subiéndose los pantalones, tomó asiento.

—¿Para qué me has llamado? ¿Tiene que ver con el asesinato, no?

Limosi le aguantaba la mirada, pero no decía nada.

—Sabes que no puedo intervenir. El Comendador es la autoridad competente para la investigación, y si no nos pide colaboración, cosa que hasta ahora no ha ocurrido, no podemos interferir. La Orden de Malta es soberana dentro de su territorio, ya lo sabes.

—Ellos no tienen medios para protegerme.

—¿Protegerme de qué?

—De esto.

El notario se levantó y sacó de su cartera, envuelto en un paño de algodón, el objeto que encontró en el garaje. Se lo acercó al viejo policía.

—¿Qué es esto?

—Esperaba que me lo dijese tú. ¿Quién es el policía?

Era inevitable para Limosi hacer gala de su ácido humor, que no todos entendían y que le había supuesto alcanzar fama de antipático.

El policía miraba fijamente el metal, y en el acto se apercibió de la inscripción.

—Realmente parece una advertencia. ¿Dónde lo encontraste?

Limosi explicó a su viejo amigo las circunstancias en pocas palabras.

—Supongo que has pensado que se puede tratar del arma del crimen. Me han llegado filtraciones de las conclusiones del informe de la autopsia.

Limosi asintió, con rabia en los ojos.

—Debo aconsejarte que se lo entregues al Comendador. Es la vía reglamentaria que se debe seguir, y no es necesario que te advierta del peligro de la ocultación de pruebas.

—No confío en él. Sí, sé que es un buen hombre, pero jamás ha investigado un caso de asesinato, quizás ni siquiera un robo. En cambio, tú eres el mejor.

—No podemos saltarnos las leyes, Guido, nosotros menos que nadie. Pero tal vez pueda ayudarte.

—¿Cómo?

—Pensándolo bien, es cierto que no tienes por qué saber que esto tal vez sea el arma implicada en el asesinato de tu mujer. Podemos tratarlo como una amenaza, y por tanto este delito sí se ha cometido en territorio romano. ¿Has recibido otras advertencias, de cualquier tipo?

—Directamente no.

—¿Sabes o tienes alguna sospecha sobre quién pudo ser?

—He pensado en algo. De hecho, solo puede ser eso.

—Dilo ya, por Dios.

El notario se tomó su tiempo. Le sirvió una bebida a su amigo y dio varias vueltas por el despacho, cambiando algunas cosas de lugar. Lo hacía mecánicamente y, mientras, pensaba como iniciar su relato. Entretanto, el comisario Leone no decía nada, pero no dejaba de observar su comportamiento. Por fin, Limosi tomó asiento y empezó a hablar.

RELATO DEL NOTARIO GUIDO LIMOSI (Recopilado por escrito, casi literalmente, por el Comisario Leone. Archivado junto a la denuncia por amenazas y por violación de domicilio, presentada por el propio Limosi ante la policía de Roma).

Messina, mi esposa, se tomaba muy en serio su nombramiento como Dama de

Gracia y Magisterio de la Orden de Malta. Para ella no era un simple título protocolario, sino que consideraba de gran importancia cumplir sus votos, sobretodo el de auxilio a los pobres. Y eso lo aplicaba a toda su vida.

Esta predilección por los necesitados que, dicho así, parece una actividad tan inocente y digna de elogio, nos supuso, tanto a ella como a mí, no pocos problemas. Entre todos los que podían haber recibido su ayuda, ella siempre tuvo preferencia por los humildes habitantes originarios del Trastevere. Eso implicó enfrentamientos directos con las grandes fortunas italianas del mundo de la construcción y de las inmobiliarias, los cuales, en muchas ocasiones, eran mis principales clientes.

No es necesario decir que traté de disuadirla, pues, casi todos los días, recibía llamadas indignadas de poderosos inversionistas, y de algunos políticos, que me exigían que controlase las actividades subversivas de mi esposa.

Ella, tan hermosa, la noble Messina, era una figura mediática. Este es un dato de público conocimiento. Solo le hacía falta levantar un dedo para que los abusos que ella denunciaba, tomasen cariz de noticia. Sin duda, más de uno, tenía ganas de deshacerse de ella.

De todos modos, nunca me dijo que la hubieran amenazado de muerte. Tampoco a mí. Perdí algunos adinerados clientes, pero nada más. Ella nunca se sintió atemorizada o, al menos, jamás lo demostró. Siguió haciendo su voluntad, supongo, considerándose protegida por los medios de comunicación, y sintiéndose casi intocable.

Su asesinato fue una gran sorpresa para mí. Ciertamente no lo esperaba, pero una vez me fue comunicado, sí puedo afirmar que enseguida sospeché que la causa era lo que le he explicado.

También he de decir que no puedo darle ningún nombre. Eso corresponde investigarlo a la Soberana Orden, pues allí sucedió todo.

Ahora, después de haber recibido amenazas veladas en mi propia casa, me he decidido a presentar denuncia ante la policía romana. Creo que necesito su protección. Quien fuera que mató a Messina, ahora quiere algo de mí.

* * *

El comisario Leone, tras tomar nota de la declaración efectuada por el notario, movía la cabeza indicando escepticismo.

—¿Es que dudas de mi palabra, Leone? —Le inquirió Limosi.

—No es eso. Hay algo que no entiendo. ¿Por qué la mataron en el Palazzo di Malta? Me resulta extraño. Es un lugar casi inaccesible, y todavía más de noche. Supongo que llevan un registro de todos los que entran y salen. Hubiese sido mucho más fácil hacerlo en la calle o en cualquier otro lugar.

—No es tan extraordinario. He pensado en este detalle —continuó Limosi— y la

razón podría estar en que así queda fuera del alcance de la policía italiana. Además, crean confusión. Si la hubiesen matado en cualquier lugar de Roma, poca gente dudaría de quien ha sido, pues ya te he dicho que sus actividades en defensa del Trastevere eran conocidas. En cambio, al hacerlo dentro de la sede, siembran la duda sobre los verdaderos motivos.

—Me parece una buena argumentación, pero sigo pensando que deberías hablar de todo esto con el Comendador. Si quieres averiguar quién lo hizo, será necesario darles toda la información de que dispones. Por la protección no debes preocuparte, yo me ocuparé de que la tengas. Además, a un hombre de tu posición no debe serle difícil contratar unos guardaespaldas.

—Sí, claro. —Dijo el notario, ensimismado—. Tienes razón, debería hablar con Dimarco.

Capítulo 21. Museo di Capodimonte, Nápoles

Roberto Ciacometti, al entrar en el recinto del museo nacional de Capodimonte, tuvo desde el principio la impresión que allí no podía encontrar ninguna pista del asesinato de Messina. El anaranjado edificio dieciochesco, con su grandeza palaciega, de ningún modo parecía contener nada nuevo que ayudase a resolver el caso. Los frescos y cuidados jardines, amplios, con alegres palmeras espaciadas, no ocultaban misterio alguno. Más bien un recuerdo del glorioso pasado napolitano, cuando era residencia de la corte de Carlos de Borbón.

Se dirigió sin demora hacia la entrada principal y no le costó encontrar el área de recepción.

—Por favor, señor. Me llamo Roberto Ciacometti. He venido para hablar con el responsable de la obra Martirio de Santa Úrsula, propiedad de Banca Intesa. ¿Sería usted tan amable de avisarlo?

El hombre se lo miró de arriba abajo, sin disimulo. Sin darle una respuesta, cogió el teléfono y marcó el número uno. En italiano pidió por la señora Electra Marconi, y transcurridos unos segundos de silencio, dijo que había un señor que quería hablar con ella.

—Vendrá en seguida, señor. Por favor, tendría que entregarme un documento de identidad, así podré hacerle un pase para el museo.

Ciaccometti extrajo su pasaporte de la cartera y lo entregó al hombre.

—¿Cuál es su profesión?

—Historiador del arte.

El hombre escribió los datos en un ordenador de sobremesa. Al poco rato imprimió una cartulina que entregó a Roberto, junto con una funda de plástico que llevaba incorporada una pinza metálica.

—Tenga. Debe llevarla en la solapa, para entrar en el museo.

Un cuarto de hora justo tardó en llegar Electra Marconi. Era una mujer madura, con una silueta mediterránea y cabello negro suelto hasta los hombros. Vestía un traje de chaqueta totalmente negro, sin blusa, y un collar de notables perlas tahitianas ceñido al cuello.

Después de intercambiar unas palabras con el recepcionista, se dirigió con paso fuerte y seguro hacia Roberto.

—Señor Ciacometti, soy Electra Marconi, encargada del Martirio de Santa Úrsula —le decía al mismo tiempo que alargaba la mano hacia él. ¿En qué puedo servirle?

—Encantado, señora Marconi —respondió, al tiempo que le besaba levemente el dorso de la mano a su interlocutora. Traigo una carta de recomendación del

Comendador de la Orden de Malta.

Le entregó el documento lacrado.

—Le ruego que me acompañe a mi despacho —dijo la mujer, una vez que observó el sello de la Orden marcado en la roja goma laca seca.

Una vez en el lugar de trabajo de Electra Marconi, ésta abrió la carta y leyó el contenido.

—Bien. Le pondré al día, ¿caballero?

—Puede llamarme Roberto o Ciacometti, simplemente.

—Jamás había conocido a ninguno. *Cavaliere* —susurró— *come il maestro*.

Pero él la oyó.

—Sí, como Caravaggio. Sin embargo, espero acabar mejor que él.

La mujer enrojeció un poco y cambió de tema.

—Así que está haciendo un estudio sobre los últimos años del pintor. ¡Pues ha venido al lugar idóneo! Esta muestra recoge las obras que realizó desde 1606 hasta su muerte, en 1610. Aunque en la carta solo se menciona el Martirio de Santa Úrsula.

—Esta obra centra mi estudio. Parece ser que fue la última. ¿Podría verla con tranquilidad?

—Claro que sí. De dos a tres de la tarde, se cierran las salas. Le acompañaré.

—Gracias, muy amable. Supongo que debe saber mucho sobre este cuadro.

—Desde hace cinco años me dedico íntegramente a él. La Banca Intesa me ha contratado para que lo proteja y cuide. Conozco cada uno de sus matices, de sus rincones. Posee cientos de tonalidades y diferentes texturas. Sus márgenes, que están tapados por un antiguo marco, son ligeramente más claros que la parte visible del lienzo, pues no ha sufrido tanto por la luz y las partículas que lleva el aire. Sus medidas exactas son 140,5 por 170,5 centímetros. Caravaggio utilizó la técnica del óleo sobre lienzo en sus obras. Estos materiales se impusieron con el periodo barroco y han predominado hasta hoy. Él se fabricaba sus propias pinturas, con aceite de linaza, ceras y pigmentos naturales. Guardaba con codicia el secreto de la composición exacta, las proporciones de los ingredientes incluso la temperatura que debía alcanzar la mezcla. Incluso dicen que... Nada, se trata de simples habladorías.

Electra Marconi hablaba con pasión de un tema que, estaba claro, conocía mucho más a fondo que Ciacometti. Por eso él prefería no interrumpirla, pero fue ella quien lo hizo.

—No, por favor, dígamelo. Quiero saberlo todo sobre esta obra.

—Carece de base científica, no está demostrado y, además, no lo creo en absoluto. Caravaggio tenía muchos enemigos. A algunos poderosos les molestaba que a santos o a personajes sagrados les pusiera rostros extraídos de las capas sociales más bajas, les parecía un insulto. Otros le recriminaban que los vistiese con ropajes y atributos de su época, no los que se suponía que debían llevar. Era todo un atrevimiento. Se empezó a decir que mezclaba algún humor humano en sus pinturas, que lograba sus famosos rojos con extractos de su propia sangre seca, algo que hacía

diabólicas sus obras y las dotaba de vida. Ya ve, una estupidez.

—Sin duda. Pero, ¿alguna vez se han analizado los componentes de sus barnices?

—Sí, siempre en microscópicas cantidades extraídas de los bordes de los lienzos, aunque no se ha logrado desentrañar totalmente la composición. Se necesitaría una cantidad mayor y eso supondría dañar una obra de valor incalculable.

—Hábleme del Martirio de Santa Úrsula. ¿Qué lo inspiró? ¿Fue un encargo? — Ciaccometti cada vez estaba más interesado.

—Lo hizo para el príncipe Marcantonio Doria. Caravaggio era un investigador, un científico del arte, siempre buscaba innovar, se inspiraba en las pasiones y las miserias que veía. Vivía entre dos mundos contrapuestos: el vulgo, las prostitutas, los pobres, los enfermos, los viciosos y desgraciados y, por otra parte, los poderosos, los que le encargaban obras y gracias a los cuales vivía. Les mostraba a los ricos los rostros de los desheredados, sin filtro.

—Señora Marconi, ¿hay algún indicio que relacione su muerte con este cuadro?

—Ninguno. Se ha discutido sobre si murió asesinado, pero lo único que consta es que estaba muy enfermo y falleció solo en la playa de Porto Ercole. Si hubo algo más, dudo que jamás pueda saberse.

Capítulo 22. Limosi en el Palazzo di Malta

Dimarco, el Comendador, aguardaba en su despacho al notario Limosi. De hecho, desde que recibió su llamada pidiéndole hablar con él, secretamente esperaba una confesión. No veía clara la actitud que tuvo la última vez que se vieron.

Guido Limosi llegó puntual y, sin dar grandes rodeos, después de saludar a Dimarco, le explicó el hallazgo de lo que seguramente era el arma del crimen y su conversación con el comisario Leone.

Fue una gran sorpresa para el Comendador, que supo disimular bien.

—Esto lo cambia todo, Limosi. Si esa varilla metálica resulta ser el arma que mató a Messina, sin duda se trata de algo personal que nada tiene que ver con la Orden. Por otra parte, estoy de acuerdo con usted en que esto sobrepasa mis competencias y será necesaria la colaboración con la policía italiana, pues no disponemos de medios técnicos suficientes para llevar a cabo una investigación. De hecho, jamás se ha producido un delito tan grave dentro de nuestra jurisdicción. Sin embargo —continuó, midiendo sus palabras— algún significado debe tener que eligieran este lugar de tan difícil acceso. En parte quizás el asesino o asesinos pretendían evitar que interviniera la policía, pero también así conseguían limitar el número de personas sospechosas.

Dimarco le explicó que se llevaba un registro de todas las personas que entraban y salían de la sede, y también puso énfasis en que entrar sin ser visto es casi imposible.

—Supongo que se ha interrogado a todos los que estaban dentro del palacio a esas horas. —Afirmó, más que preguntó, Limosi.

—Había algunos caballeros de la Orden, en sus aposentos. El vigilante, en la entrada, el encargado de la limpieza, que fue quien la encontró, y el primero en ser investigado. En total, contándome a mí, nueve personas.

—El círculo es muy reducido.

—Demasiado, pues me cuesta creer que ninguno de ellos pueda haberlo hecho. Creo que primero debemos conocer el móvil del asesinato, sin esa información estamos andando a ciegas. Estoy siguiendo dos líneas de investigación, pero en ambas hay suficientes lagunas para impedir llegar a una conclusión. Es demasiado pronto.

Dimarco no quería dar más explicaciones a Limosi, pues todavía no estaba seguro de su inocencia. Se quiso callar que, aunque tenía toda la apariencia de un asesinato por encargo de mafias de la construcción, eso no explicaba la desaparición de los trabajos sobre Caravaggio en que Messina empleó sus últimas horas. Tampoco le habló del hombre que el día anterior a su muerte se dirigía al Palacio, aunque no llegó

a entrar, según el registro de visitantes.

—Bien, Frey Carolo. Espero noticias tuyas.

Limosi se despidió y regresó, cabizbajo, a su despacho.

Capítulo 23. Aceto

No le gustó el nombre que le puso la prensa romana: Aceto. Era un nombre tan vulgar, tan triste.

«Que poco amables fueron. Solo por utilizar vinagre en mis creaciones, no se les ocurre otra cosa que llamarme aceto. Imbéciles».

Hubiese preferido que le llamasen el asesino del Sol o, simplemente, el degollador. Cualquier cosa menos Aceto. Era como si a uno lo llamasen lechuguilla, por ejemplo.

«Ridículo».

Ahora ya era tarde para cambiar. Sin embargo, mantenía la esperanza de que, transcurridos tantos años sin matar a casi nadie, la prensa le pondría otro apodo más digno. Pero, como enseguida comprobaría, fue en vano. Los titulares serían “Vuelve Aceto”, “Aceto ha regresado”, “Aceto no había muerto”, y así todos.

Cuando, en los años 70, la policía pudo conseguir una fotografía de la cara de Aceto, este decidió que era hora de retirarse. Debía huir, pues de lo contrario sería cuestión de días que lo cogieran. Decidió instalarse en La Valetta, donde durante todo ese tiempo se sintió seguro. Pero nada es para siempre y por fin, ahora, podía volver a su escenario preferido: Roma.

Con el dinero recibido por la única “obra” que había realizado por encargo, pudo permitirse comprar un viejo teatro en desuso, en un callejón que acudía a la plaza Navona. Decidió adecuarlo para usar como vivienda y como taller.

Aceto nunca había dejado de considerarse a sí mismo un artista plástico. Gozaba creando atormentadas obras pictóricas sobre cualquier soporte: tablas viejas, paredes desconchadas, piedras, rancios ropajes adquiridos en mercadillos. Todo le valía, excepto una tela blanca y nueva.

Nada más ver aquel edificio sin ventanales, oscuro y enmohecido, vio claro que sería su gran creación. Aquellas paredes despegadas y las roídas butacas rojas ya las imaginaba llenas de pigmentos, aceites y mezclas de su factura, obras pensadas por una mente perturbada.

Instaló largos tablones de madera a modo de mesas de trabajo, una rudimentaria cocina de leña y un fregadero. Había llegado el momento de elaborar la materia prima y necesitaba algunos ingredientes, poco usuales, sin duda.

Capítulo 24. El vigilante

Dimarco mandó llamar a su despacho al vigilante nocturno. Llevaba trabajando en Via dei Condotti, 68 desde hacía dos años, contratado a través de una empresa de seguridad de las más eficaces de Roma. Desde un principio se le asignó el horario de noche, y se le conocía en el Palacio por ser muy escrupuloso con los visitantes, pues aun conociéndolos sobradamente les exigía siempre que acreditasen su identidad.

Sandro Vittela era su nombre. Era un joven fuerte, como casi todos los de su oficio, y escueto de palabras. Se presentó ante Dimarco con una copia del registro de visitantes del día anterior y de la noche en que fue asesinada Messina Limosi.

Frey Carolo se mostró afectuoso con él. Le indicó que se sentara y le ofreció agua fresca.

—Señor Vittela, como sabrá sin duda, en el momento en que se cometió el terrible crimen contra nuestra querida Messina, había un total de nueve personas en el palacio: usted, el encargado de la limpieza, la señora Limosi, yo mismo y cinco miembros de la Orden que residen permanentemente aquí: los Caballeros Micconi, Markram, Fillico d'Alessandria, Ochoa-Maleski y el anciano Pucci —enunció Frey Carolo.

—Sí, Frey Carolo, es correcto y así consta en el registro.

—Entonces —dijo Dimarco, más para sí mismo que para ser oído— debemos suponer que el círculo de sospechosos es muy reducido, tanto que se limita a ocho hombres.

—Señor... —empezó a decir el vigilante, con cautela— se ha contado a usted mismo como sospechoso.

Dimarco se puso en pie con una agilidad sorprendente, y se acercó a joven con una sonrisa fraternal.

—Señor Vittela, me parece tan improbable que cualquiera de los presentes en la casa perpetrase el crimen, que me parecería innoble señalar a los demás, cuando estaban dentro, del mismo modo que yo mismo. De todos modos, por carente de sentido que parezca, es necesario tener en cuenta que cualquiera de nosotros tuvo facilidad para acercarse a Messina. De otro modo, tendríamos que suponer que entró alguien desde el exterior sin ser visto. ¿Es eso posible, señor Vittela?

Vittela estaba cabizbajo, intentando asimilar que tal vez él era el principal sospechoso. Pensaba que por mucho que Frey Carolo incluyera a los caballeros y a él mismo en el círculo de posibles asesinos, no podía ser si no una estratagema. Estaba convencido que el círculo se ceñía en torno a él y Bruno Larquetta, el limpiador.

—¿Señor Vittela? —Insistió Dimarco.

—Sí, señor.

—¿Está diciendo que es posible que un intruso penetrara en la sede, sin ser visto por nadie y, después de cometer esta atrocidad, abandonase el recinto impunemente?

—No lo sé, señor —Vittela mostraba claros síntomas de nerviosismo.

—Señor Vittela, tranquilícese, por favor. Usted es el encargado de seguridad del recinto durante la noche, por tanto, es su obligación saber si de algún modo pudo entrar un extraño.

—Le puedo asegurar que por la puerta no entró nadie más, al menos mientras durante las horas que yo estaba en la sede. Por otra parte, no saltaron ninguna de las alarmas. Tampoco parece que se haya forzado ninguna de las ventanas ni de las puertas. Las cámaras de seguridad no indican ninguna presencia anormal.

—¿Cree usted posible que, a través de alguna de las chimeneas, se pudiera acceder?

Vittela enumeró mentalmente todas las habitaciones que disponían de ellas.

—Podría ser. Hay algunos dormitorios que no se utilizan desde hace años, están cerrados con llave y solo accede a ellos el personal de limpieza una vez al mes. Son chimeneas amplias, algunas enormes, pero cualquiera que bajase por ellas se ensuciaría de hollín y de excrementos de los pájaros. De todos modos me consta que, años atrás, se protegieron todas con rejas metálicas, para evitar que pudiesen colarse palomas o roedores a través de los tejados.

—¡Vamos! —Inquirió Dimarco—. Tenemos que comprobarlas todas.

Capítulo 25. El último trabajo de Messina

En una villa del extrarradio de Roma, un viejo enfermo leía, recostado en una enorme cama con dosel, un documento escrito en ordenador. A su lado, sentado en un sillón rococó, un joven esperaba ansioso.

—¿Quiere que le conecte el oxígeno, honorable Albino? Tal vez así se cansen menos.

—No, no, estoy bien. Tengo prisa, pues el tiempo corre y a mí me queda poco.

El joven callaba, pues temía desatar su frecuente ira. Sabía que aquel hombre tenía entre las manos aquello por lo que lo había arriesgado todo y no quería morir sin descifrarlo. Y moriría pronto. El médico que lo atendía no había querido decirle cuando le llegaría su hora, pero todos sabían que en cualquier momento, pues muchos, en su estado, no habrían sobrevivido tanto. Llevaba ya un mes sin alimentos sólidos y sobrellevaba el dolor con inyecciones de altas dosis de morfina, que le administraba su fiel sobrino Gerardo.

—Gerardo, el dolor vuelve. Ponme otra, pronto, por favor, ahora no puedo dejarlo.

—Honorable, tan solo hace una hora que le puse una dosis muy elevada. Tal vez su cuerpo no lo soporte, el doctor ha dicho que está muy débil y...

El viejo interrumpió a su sobrino con una feroz mirada y un gesto altivo, señalándolo con un amenazante dedo propio de un cadáver. Gerardo no pudo insistir y le inyectó el alcaloide en la poca carne que le quedaba en sus brazos.

En pocos segundos sus facciones se relajaron, cesó el dolor y pudo continuar la lectura.

—Lo siento, Gerardo, pero quedan dos hojas y no puedo esperar más para saber lo que alcanzó a conocer Messina. Por fin estoy llegando al final... —y continuó leyendo.

Las últimas líneas del documento decían lo siguiente:

Michelangelo Merisi no fue únicamente pintor en sus últimos tiempos. También escribía. Seguramente temía su próximo fin a manos de alguno de los innumerables enemigos que se había procurado, y quería dejar constancia de ello. Así mismo, anotó de forma exhaustiva los secretos de su arte, extrañas fórmulas y recetas y, también, de quien las aprendió. El hallazgo de este peculiar documento, hasta el presente inédito, revela datos insospechados que arrojan luz sobre algunos hechos que, bien que muchos habían intuido o sospechado, ahora resplandecen como ciertos.

Puedo asegurar que el manuscrito es auténtico. Su lectura es difícil para un profano en paleografía. La caligrafía de Caravaggio era intrincada, más aún de lo común en su época, y el uso reiterado de símbolos gráficos y dibujos, si cabe, ha

dificultado en extremo su descifrado.

En la habitación se oyó un grito ahogado. Era el viejo agonizante que, con una impensable energía, rasgaba en mil pedazos los papeles que tenía entre las manos.

Su sobrino, intentando quitárselos y calmar al hombre, no entendía nada.

—¡Todo ha sido en vano! ¡Coged a ese imbécil y que os dé las hojas que faltan! Aseguraos esta vez y, después, matadlo.

Capítulo 26. Ciaccometti regresa a Roma

Roberto Ciaccometti, después de su entrevista con la encargada del Martirio de Santa Úrsula, regresó enseguida a Roma. Estaba un tanto decepcionado ya que, a pesar de que para un estudioso del arte siempre es un placer poder contemplar de cerca un Caravaggio, consideraba que había estado perdiendo el tiempo, pues, tal como había supuesto, no había aportado nada al esclarecimiento de la muerte de Messina Limosi.

Al llegar al Palacio de Malta encontró a Dimarco, juntamente con el vigilante Vittela, inspeccionando todas y cada una de las chimeneas del edificio, especialmente las que estaban en desuso.

Para el Comendador había sido un trabajo extenuante recorrer la parte no habitada del viejo palacio, pues comprobó personalmente que era imposible que el asesino hubiera accedido por ellas, algunas debido a su estrechez, y otras por estar tapadas por rejas que impedirían el acceso. Además, quiso cerciorarse de que las alambreras estaban suficientemente colladas.

Al fin desistió y le dijo al vigilante que podía irse.

Algo más tarde, se entrevistó con Ciaccometti e intercambiaron la información que habían recogido desde la última vez que hablaron. Dimarco tenía un aspecto cansado y Ciaccometti se sentía consumido por la incertidumbre.

—Roberto, hijo, este asesinato es una mancha para nuestra amada Orden. Por otra parte, no me veo capaz de llegar a su resolución sin ayuda policial. No puedo entender por qué han elegido este lugar ni el motivo de la escenificación del Martirio de Santa Úrsula. No hemos hallado un móvil claro ni un sospechoso. Parece que lo haya hecho un fantasma pues, si descartamos que lo pueda haber hecho ninguno de los que estábamos dentro en aquel momento, el asesino ha entrado y salido, llevándose consigo la ropa, el calzado, la documentación y el trabajo de Messina, con total impunidad y sin que nadie le viera.

—Estoy de acuerdo, Frey Carolo. El viaje a Nápoles tampoco ha dado frutos. La señora Marconi es una experta en esa obra de arte, y también conoce profundamente las andanzas de Caravaggio en sus últimos años de vida, que por muy azarosos que fueran no he podido hallar ninguna conexión con la vil muerte de nuestra amiga. Me parece bien dejar que sea la policía quien se encargue de las investigaciones, ellos están acostumbrados a ello. Además, así podré poner en marcha de nuevo la biblioteca de la Sede.

—Llamaré ahora mismo a Leone, creo que se alegrará, pero quiero que tú seas el interlocutor entre ellos y la Orden, y que llevéis juntos la investigación. Esa será la condición para cederles las competencias —concluyó Dimarco.

Dimarco era un hombre justo y prudente. No podía dejar de pensar que, tal como

le indicó el vigilante, los sospechosos eran pocos y él también estaba en la casa. Sería mejor dejar que se ocupara de todo alguien objetivo y externo al palacio, si bien, eso sí, conjuntamente con una persona de su total confianza: Roberto Ciaccometti.

El Comendador hizo llamar al comisario Leone y este no tardó en comparecer en la Sede. Dimarco lo recibió en su despacho, acompañado de su ahijado Ciaccometti.

—Pase, pase, comisario, me alegro de verle —le dijo Dimarco mientras le extendía la mano derecha.

Leone, tras las presentaciones, tomó asiento al frente del Comendador, lado a lado con Ciaccometti. Esperaba que fuese el anfitrión quien iniciase la entrevista, pues ya suponía que se trataba del asesinato de Messina Limosi.

—Comisario, como ya conoce la Sede de la Orden de Malta, este viejo edificio, es un estado soberano dentro de otro estado. Seguramente es el estado más pequeño del mundo. Tenemos un gobierno propio, pasaportes, embajadas, leyes y jurisdicción. Desde que se cometió el asesinato he intentado, sin muchos medios ni logros, intentar hallar al responsable. Además, la señora Limosi era una gran amiga, por lo cual sentía que era una obligación moral encargarme de ello. Por otra parte, juntamente con Roberto, hemos llegado a la conclusión de que el caso es demasiado complejo, tiene muchos puntos oscuros y a nosotros nos falta la experiencia y los medios que ustedes tienen.

—¿A dónde quiere llegar, Comendador? —Preguntó Leone.

—A que estoy dispuesto a cederles esta investigación, con algunas condiciones que se derivan de la naturaleza de la Orden.

—Lo considero una sabia decisión, pero ¿de qué condiciones se trata?

—El nuevo archivero de la Orden, el Caballero Roberto Ciaccometti, les acompañará en todas las investigaciones y estará al corriente de todo. Su cometido será el de representar a la Orden en este caso.

El comisario Leone no vio inconveniente en ello, pero les expuso sus condiciones: él, como Comisario, supervisaría la investigación, pero no intervendría directamente en ella. Tenía sus razones, entre otras que era amigo personal de Guido Limosi, pero, por encima de todo, porque estaba inmerso en otra investigación: la revisión del caso Aceto, un sádico asesino que actuó en la ciudad en los años 70, y cuyos crímenes quedaron impunes. Era su asignatura pendiente, su más sonado fracaso y también su obsesión. Ahora su objetivo era averiguar dónde estaba y cazarlo, si es que aún seguía vivo.

—¿Quién, entonces, se ocupará de nuestro asunto? —preguntó Dimarco.

—Deje eso en mis manos. Todos los policías que integran la UASV están formados para pertenecer a este cuerpo de elite. No se preocupe, designaré al mejor para que trabaje junto a Ciaccometti.

—Está bien —dijo Dimarco. Entonces, ¿cuándo empezamos?

Capítulo 27. El teatro de Aceto

El viejo Teatro de Pilatos, abandonado desde hacía lustros, no recibía luz del exterior, por eso Aceto se había procurado centenares de velas de cera que repartió por todo el recinto. Aún pendía de lo alto un viejo telón de terciopelo negro, raído por las polillas y medio descolgado por un extremo. Las paredes estaban forradas de raso de color verde, deslucido y lleno de lamparones de humedad. El moho le había procurado curiosos dibujos que, sobre todo en las partes más cercanas al suelo, parecían tridimensionales. Las butacas ya no existían y la parte central del local se hallaba libre. A Aceto le pareció lo suficientemente amplia para instalar su taller.

En el suelo aún quedaban las viejas tablas de madera casi intactas, cubiertas parcialmente por moqueta deshilachada.

Los altos techos eran necesarios para que no se acumulasen los efluvios tóxicos que desprendían algunos de los materiales que Aceto usaba. Además, la carencia de vecinos facilitaba sus tareas.

Había comprado en una droguería aceite de linaza, goma laca, alcohol de romero, esencia de trementina, barniz dammar, albayalde, blanco de plata y varias cajitas que contenían pigmentos minerales, así como botes de resinas y cera de abejas. En una farmacia se hizo con mascarillas de algodón, vendas y guantes de látex. También adquirió, en un comercio del centro de Roma, un hornillo de gas, trapos de lino y varios recipientes de cerámica de distintos tamaños, que utilizaría para mezclar, así como toda clase de espátulas, punzones, moldes, cuchillos y pinceles de buena calidad. Lo dejó todo, bien ordenado, en una mesa de trabajo y se dispuso a salir.

Si no era por necesidad, Aceto solo salía una vez iniciado el atardecer. Sabía que le convenía pasar desapercibido, no llamar la atención. Se había prometido, esta vez, ser prudente y no entablar conversación con nadie. Necesitaba un cuerpo humano, un hombre joven le proporcionaría el último de los elementos que le faltaba para su obra, la que tenía pensada desde hacía tiempo. Hasta entonces, sus víctimas siempre habían sido mujeres, tenían menos fuerza y era más fácil hallarlas entre las prostitutas, pues casi nadie las echaba en falta. Pero debía despistar a la policía, no podían pensar que era obra otra vez de Aceto y, además, alguno de los ingredientes no los podía encontrar en una fémina.

«La receta es clara: humores que se encuentran en la hiel de un hombre impúber».

Con este pensamiento, Aceto salió a cazar. Llevaba consigo un fino cuchillo y un bisturí que compró en el rastro. El vendedor le dijo que, a pesar de que estaba muy sucio, no era óxido lo que lo cubría, sino una capa de mugre que podía retirar con facilidad. Lo lavó con agua muy caliente y detergente jabonoso, para después secarlo con un trapo de algodón. Quedó suave y con un brillo espejado, como nuevo y,

además, todavía estaba bien afilado.

Fruto de sus últimos paseos por Roma observó que cerca de las iglesias solían postrarse pedigüños de todas las edades. Durante la última semana había visitado unas cuantas, especialmente al atardecer, y retuvo en su memoria las caras de cada uno de aquellos seres, sus ropas y su porte lastimoso. Finalmente se decidió por la iglesia del Sacro Cuore, en el margen izquierdo del río Tíber. Valoró cuidadosamente su elección. No era un lugar turístico, pues, con la cantidad de monumentos que tiene Roma, no hay tiempo para visitar un templo del siglo XIX. Le gustó que estuviera muy cerca del río, lo que le daba muchas posibilidades a la hora de escapar, si le fuere necesario. Por otra parte, como prefería desplazarse a pie por la ciudad, podía llegar a su refugio en solo unos minutos, cruzando el puente de Umberto I.

Al llegar ante la puerta del Sacro Cuore, reconoció en el acto la cara del zagal barbilampiño, muy sucio, que estaba mordisqueándose los dedos, pegajosos de cola. Pedía limosna a los fieles que salían de la última misa del día y la guardaba en un bote de mermelada vacío. Tenía el pelo ralo y mal cortado, la piel de la cara áspera, incluso algo cuarteada por la intemperie, los ojos aguados por el hambre y los dientes medio rotos, seguramente debido a muchas escaramuzas callejeras.

Aceto se plantó frente al niño y sacó lentamente su cartera del bolsillo derecho del pantalón. La abrió con lentitud y extrajo una moneda de dos euros, la hizo voltear dos veces en la palma de la mano, y se la dio al chaval.

—¡Gracias, señor! Es usted muy bueno, seguro que la Madonna le ayuda mucho. Aceto le sonrió y entró en el templo, pues quería ser el último en salir de allí.

Capítulo 28. Sede de la UASV

El Comisario Leone llamó a Gianna Rovente a su despacho.

—Gianna, siéntate, por favor. Llevarás la investigación del caso Limosi —le dijo sin más preámbulos.

La inspectora Rovente se quedó muy sorprendida.

—Creía que no teníamos competencias. El asesinato se produjo dentro de otro estado soberano.

—Sí, es eso cierto, pero el Comendador de la Orden nos lo ha cedido. No se ve capaz de seguir adelante, pues no tienen medios científicos ni experiencia para solventar un asunto de esta índole. Además, está convencido que darán una imagen de imparcialidad y transparencia si lo hacemos nosotros.

En ese momento llamó a la puerta un agente de uniforme.

—Pase —ordenó Leone.

—Señor, está aquí el señor Ciaccometti. Dice que usted lo citó.

—Espere dos minutos y hágalo entrar.

Cuando hubo salido el agente, la inspectora preguntó al comisario de quién se trataba.

—Es un caballero de la Orden de Malta. Exactamente es el nuevo archivero, y llevareis la investigación conjuntamente. Es la única condición que ha impuesto el Comendador.

—¿Estaba en el palacio cuando ocurrió todo?

—No. Llegó al día siguiente desde La Habana. Lo hizo llamar Dimarco, que es su padrino. Parece ser que confía mucho en él. Ahora nos pondrá al corriente de las investigaciones que han llevado hasta la fecha.

Pasados los dos minutos exactos, Leone salió a recibir a Roberto Ciaccometti y lo hizo pasar a su despacho.

La inspectora Rovente había imaginado un hombre mayor, el típico bibliotecario, con anteojos pasados de moda y con la espalda encorvada. En cambio, Ciaccometti, esperaba encontrar un rudo inspector masculino, curtido en las calles de Roma. Ambos quedaron sorprendidos y se hizo un silencio embarazoso, que Leone cuidó en disimular.

Tras las presentaciones, el comisario los dejó solos y Ciaccometti expuso a su compañera de investigación todos los antecedentes, desde su llegada a la ciudad, de una manera objetiva y ordenada.

A la inspectora le pareció extraño que hubiera viajado a Nápoles, pues no creía que hubiera relación con un óleo antiguo de Caravaggio, en cambio, le pareció más interesante su encuentro con el taxista, e insistió en poder hablar con él de nuevo.

—Estoy segura que ese hombre sabe más de lo que dice. Comprobaré si tiene antecedentes policiales.

—Su nombre es Piero Bruni, y vive en el Trastevere —aclaró Ciaccometti.

La inspectora pidió a Roberto que la acompañara a su propio despacho y, ante un potente ordenador, introdujo los datos del taxista. Tras unos segundos apareció en la pantalla una frase: “se han encontrado seis resultados”, y debajo seis veces el mismo nombre: Piero Bruni.

—Bueno, no hay muchos que se llamen igual. A ver cuál de ellos es.

La inspectora hizo que salieran los datos del primero de ellos, con una foto.

—Este está fichado, tiene antecedentes. Tenemos los datos de todos los ciudadanos, pero solo podemos ver la fotografía de los que hayan sido detenidos en alguna ocasión.

—No es él —dijo Ciaccometti.

Era el cuarto de la lista. Salía también su fotografía y mucha información. Roberto reconoció al instante sus rasgos rudos, incluso su mirada furtiva.

—No es un delincuente habitual; fue detenido en una ocasión, hace un año.

—¿Qué hizo? —preguntó Ciaccometti.

—Le denunciaron por reclutar menores para pedir limosna. Cada mañana los repartía en coche en diferentes lugares de la ciudad, sobre todo donde hay turistas, y por la tarde los recogía y se quedaba un porcentaje de lo que habían recaudado. No fue condenado, pues no se pudo demostrar que obtenía un beneficio. En el juicio todos dijeron que les llevaba en coche para hacerles un favor. ¿Qué le parece si le hacemos una visita?

—Bien, cuando quiera, pero antes...

—¿Sí?

—Me gustaría ver la supuesta arma del crimen, la varilla que encontró Limosi en su coche.

La inspectora Rovente descolgó el auricular del teléfono y marcó tres cifras.

—Marcela, trae la caja S25, por favor.

En unos minutos entró en el despacho una agente llevando consigo una arqueta de latón con una pegatina con la inscripción S25 en rojo.

Gianna desprendió la tapa, y sacó una larga aguja envuelta en un paño. La descubrió y la apoyó sobre la mesa de trabajo.

—Aquí la tiene. Como ya sabe, la encontró el viudo de Messina en el asiento de su coche. No estamos seguros de que sea el arma del crimen, pero todo apunta a ello. Los de la científica han hallado trazas de sangre en la inscripción que lleva, únicamente falta por confirmar que sea la sangre de la víctima. Cuando lleguen los análisis, saldremos de dudas.

—No pensaba que fuese tan delgada. ¿Había alguna huella?

—Supongo que se refiere a huellas dactilares. No, estaba limpia. Pero no es un objeto usual. Ya hay órdenes de mostrarlo a todos los joyeros, primero de Roma, por

si alguno reconoce haberlo fabricado, pues se ha confirmado que es de oro de 24 quilates, el que se utiliza en orfebrería. De todas formas no esperamos encontrar nada, pues no habrían dejado una pista tan evidente.

—Sí, pero alguien lo habrá visto.

—Desde luego, pero puede que lo hayan traído de otro país, o quizá sea un objeto antiguo. De todas formas, hay miles de talleres de joyería en Italia y pasaría mucho tiempo hasta que pudiésemos visitarlos todos.

* * *

La inspectora Rovente y el archivero de la Orden de Malta se dirigían al Trastevere, en un coche policial sin marcas. Roberto indicó a Gianna el domicilio de Piero Bruni y pararon a dos calles de allí. Prefirieron acercarse a pie, pues no llamarían tanto la atención si parecían un par de turistas.

Ciaccometti llamó al timbre, al más sucio, igual que la otra vez. En esta ocasión, Piero no huyó, sino que contestó él mismo, sacando la cabeza por un ventanuco.

—¿Quién va? —preguntó.

Llevaba una camiseta azul marino y la cara de un par de días sin afeitarse.

—¿Podemos subir? —se limitó a contestar Roberto.

Piero Bruni no respondió. Se limitó a hacer un gesto con la mano que indicaba que sí.

Al entrar en el edificio no pudieron encontrar el interruptor de la luz de la escalera, por lo que subieron los dos pisos en penumbra. Las paredes estaban desconchadas y cubiertas de *grafitis*, que firmaba un tal Pidocchio.

En el rellano del segundo piso les esperaba Piero. Llevaba puesto un pantalón de chándal, muy gastado, y unas zapatillas. Su mirada estaba interrogando a los recién llegados.

Los hizo pasar a un destartado salón. Había un sofá muy sucio y una mesita con un televisor nuevo, en el que emitían las noticias del día.

—Siéntense, por favor —les invitó— estaba preparando un café.

Los dos tomaron asiento, mientras Piero iba a la cocina. Apareció enseguida con una cafetera y tres tazas y les sirvió, sin preguntarles.

—Piero, le presento a la inspectora Rovente, de la UASV.

Gianna se incorporó y le tendió la mano, que quedó en el aire.

—¿Ha traído a la policía a mi casa? —Le inquirió Piero a Ciaccometti, con cara de pocos amigos.

—Tranquilo, hombre, solo quiere hacerte unas preguntas. Ahora llevamos la investigación entre los dos.

El hombre, refunfuñando, estaba a punto de echarlos, cuando por la televisión anunciaban novedades en el caso Limosi. Los tres se giraron, instintivamente, hacia

la pantalla. Una presentadora daba paso a una rueda de prensa en el Palazzo di Malta, y se veía a Patricio Lasso, portavoz de la Orden, cogiendo un micrófono, preparado para tomar la palabra.

Capítulo 29. Palazzo di Malta

Lasso había preparado un comunicado oficial de la Orden de Malta. Sería breve y se limitaría a informar que se habían cedido las competencias en la investigación del asesinato de Messina Limosi a la policía de Roma. Después los periodistas podrían preguntar.

Se lo había pedido el Comendador. A él le parecía mejor enviar una nota de prensa a los diferentes medios de comunicación, pero Dimarco pensaba que se podían producir interpretaciones erróneas, por lo que creyó más oportuno responder directamente a las preguntas que quisieran hacerles.

Su equipo le preparó un atril, para que pudiera hablar de pie, al fondo de la sala que habían habilitado para la prensa. A unos cuatro metros, estaban las primeras filas de sillas, para los periodistas de prensa escrita, y a la derecha había espacio suficiente para que se pudieran instalar las cámaras de televisión y los fotógrafos.

A Patricio Lasso le sudaban las manos. No era la primera vez que preparaba un acto así, pero estaba acostumbrado a hablar sobre actuaciones de la Orden, sobretodo de actividades benéficas y campañas de ayuda. Se había vestido con su mejor traje italiano, llevaba zapatos elaborados artesanalmente y sostenía, para tener algo entre las manos, un bolígrafo.

Los periodistas iban llegando. Los atendía un asistente de prensa de la Orden y les indicaba el lugar que debían tomar. La mayoría eran jóvenes e iban vestidos de manera informal, lo cual contrastaba con el solemne lujo de la sala.

Lasso empezó a la hora en punto y, más que leerlo, pronunció de memoria el breve comunicado que había redactado junto al Comendador. Después, dio paso a las preguntas que los asistentes quisieran hacer.

En primer lugar intervino una reportera de La Stampa, y preguntó sobre los motivos de esa decisión sin precedentes.

Lasso había preparado esa pregunta.

—Es la primera vez que tenemos que enfrentarnos a una investigación por asesinato dentro de la Sede —decía, mientras miraba cara a cara a la joven— y nuestro interés es que se resuelva. Por eso, la mejor forma de lograrlo, es que se ocupe de ello la policía italiana, pues son especialistas y tienen medios para resolver toda clase de delitos.

Después pidió la palabra un enjuto periodista que se identificó como Mario, de Le Corriere de la Sera. Estaba interesado en saber quién había llevado las investigaciones hasta el momento de la cesión de competencias. A Lasso no le costó, tampoco, dar una respuesta.

—La investigación criminal es competencia del Comendador de la Orden, que ha

sido asistido por el Caballero Roberto Ciaccometti, el nuevo archivero.

Sus respuestas eran concisas, pues si se excedía en comentarios podía provocar nuevas preguntas.

—¿En qué estado se hallan las pesquisas? —inquirió una mujer que era la corresponsal de *Il Mattino*.

Lasso carraspeó. No quería entrar en el tema de la investigación.

—Por el momento no hay nada que decir. El Comendador ha dado traslado de toda la información de que dispone al comisario de la UASV.

La misma periodista insistió, con una pregunta inesperada para el portavoz:

—¿Es cierto que la investigación les ha llevado hasta Nápoles? ¿Sospechan de la mafia?

Patricio Lasso no daba crédito a lo que estaba oyendo. Ya conocía la facilidad con que se filtraban datos en Italia, pero no sabía hasta qué punto y no podía imaginar cómo se había sabido sobre el viaje de Ciaccometti. Solo podía dar una respuesta: sonrió a la periodista y le repitió que no daría datos sobre la investigación, únicamente sobre el traspaso de competencias, que era el objeto de la rueda de prensa.

Capítulo 30. En casa de Piero

Piero, Gianna y Roberto escucharon a Patricio Lasso en silencio. Piero se había calmado y apagó el televisor.

—Está bien. ¿Qué más quieren preguntarme? Ya le dije a usted todo lo que sabía.

Gianna Rovente quería grabar la conversación, pero no se atrevía a pedírselo a Piero, pues ya había estado muy cerca de echarlos. Sin decir nada, apretó un botón de la minúscula grabadora que llevaba en el bolsillo de la cazadora.

—¿Cuándo conoció a la señora Limosi? —preguntó Gianna.

—Ya se lo expliqué —dijo con mirada suplicante a Roberto.

—No es cierto, Piero. Usted me explicó que ella les ayudaba a conservar sus viviendas y les protegía, pero en ningún momento hablamos sobre cuando se conocieron.

Piero permaneció callado durante unos segundos, retorciéndose las manos, cabizbajo. Al fin, levantó la cabeza y tenía los ojos húmedos por las lágrimas que luchaban por salir.

—Messina y yo éramos hermanos. Piero Bruni ya no pudo contenerse más y lloraba sin freno. Roberto Ciacometti y Gianna Rovente no esperaban esta respuesta, y quedaron callados, esperando que el hombre serenase su ánimo.

HISTORIA QUE PIERO BRUNI CONTÓ A ROBERTO CIACCOMETTI Y A GIANNA ROVENTE.
(Grabada por G. R. sin autorización).

Messina nació aquí, en el Trastevere, en una casa que ya no existe. Para nuestra madre, una joven soltera, ya era su sexto parto y una carga más que no podía permitirse. Aún recuerdo cuando nació, y ¿saben? Yo tenía cuatro años.

La tuvo en casa, sobre el colchón de lana donde dormíamos todos. Llegó tan rápido que a mis dos hermanas mayores no les dio tiempo de pedir ayuda. Messina nació muy bella, a diferencia de los demás hermanos. Se parecía a madre, su piel era blanca y las mejillas levemente rosadas y tenía ya un hermoso cabello negro como la noche. En cambio, los otros éramos todos acerados y con los rasgos agrestes. Era la niña más bonita que había visto nunca. Recuerdo que cuando la vio, mi madre lloró amargamente y sin consuelo, pues ya la había vendido antes de nacer y no podría evitar entregarla.

Años más tarde, madre me confesó que quiso decir que había nacido muerta, para que no se la llevaran, pero sucumbió ante la necesidad del dinero y se consolaba pensando que con esa familia estaría mejor. No le faltaba razón. Messina fue adoptada por una noble estirpe romana y nunca le faltó de nada. Su inteligencia y

belleza dieron fruto y se convirtió en la joven más deseada de la ciudad, hasta que se casó con Limosi.

Ella nunca conoció sus orígenes, pues en realidad no fue adoptada, si no que fingieron su nacimiento y la inscribieron como hija propia. Nosotros, a cambio de dinero, guardamos el secreto, hasta hoy. Ahora ya no tiene sentido y no creo que a nadie importe.

¿Saben una cosa? Siempre he pensado que Messina sentía algo especial por el Trastevere debido a que nació aquí, aunque ella lo ignorase. Nosotros somos su familia de sangre y ella, sin saberlo, lo intuía, y se sentía atraída por estas calles y sus gentes.

En una de sus muchas visitas al barrio, en las que siempre iba acompañada de algún periodista, se me quedó mirando. Estaba en la terraza de un bar, frente al río, tomándome un café *corretto*, como hacía todas las tardes después de comer. Se acercó, junto a su acompañante, y me pidió si podían sentarse conmigo. Yo sabía quién era ella, lo había sabido siempre, pero, no sé, era una situación extraña, como si ella también lo supiese, o más bien como si algo, dentro de su cabeza le lanzara señales que Messina no sabía traducir. Me pidió que le explicase cosas sobre el barrio y preguntaba sobre si había recibido presiones para vender mi piso o si conocía a alguien a quien le hubiera pasado.

Siempre recordaré su mirada interrogante. Inconscientemente buscaba algo en mi cara. Si yo bajaba la mirada, ella agachaba un poco la cabeza e iba al encuentro de mis ojos. Después de hablar un buen rato me pidió permiso para que el fotógrafo me hiciese una foto y no pude negárselo. Al poco tiempo se fue, dejándome desolado.

Nos vimos otras veces. El Trastevere era su obsesión, su lucha y ella, mi secreto.

Capítulo 31. Amaretto

Aceto entró en la iglesia del Sacro Cuore. Se sentó en el último de sus bancos, frente al altar principal. Únicamente quedaban tres feligreses, seguramente devotos de las reliquias del Purgatorio que están expuestas junto a la sacristía, aunque también podrían ser curiosos, pues comentaban con interés que realmente una mancha en una tela parecía ser la huella de un alma desgraciada.

Esperó con paciencia a que se fueran todos, con la cabeza gacha para que no se fijaran en su rostro. Después salió a la calle donde, tal como suponía, todavía estaba el chaval, deseoso de más dinero. Aguardaba a su supuesto benefactor con una amplia sonrisa. Aceto se acercó a él con las manos en los bolsillos, acariciando con el dedo pulgar derecho la hoja del bisturí.

—¿Te gustaría comer algo caliente?

—Claro, señor.

—Te invito a mi casa. Tengo algo de arroz con albóndigas y pastelillos. ¿Qué me dices?

—Sí, señor, le estoy muy agradecido. Pero debo esperar a mi amigo.

—¿Qué amigo?

—Uno que viene a recogerme cada día. No tardará, ya casi es la hora.

—Yo no puedo esperar. Si quieres sígueme, si no, otro día será.

Aceto empezó a andar con indiferencia, dirigiéndose hacia el lateral del río, un lugar poco iluminado.

El chaval, hambriento, no quería dejar escapar esta oportunidad. Pensaba que tal vez el hombre le daría algún dinero más.

—¡Espere!

Y empezó a correr para salvar la distancia entre los dos. Aceto ya estaba casi bajo el puente Cavour.

El chiquillo llegó resollando, mirando de un lado a otro. No tuvo tiempo ni de volver a ver a Aceto. Este, lo asió por detrás y lo degolló de un corte preciso, mientras le tapaba la boca con la mano izquierda. En un minuto dejó de respirar y Aceto lo dejó en el suelo. Le cerró los ojos, le apartó el jersey y le desabrochó los pantalones. Con tiento encendió una diminuta linterna que aguantaba con los dientes, y se dispuso a abrir el abdomen de su víctima. Había previsto cómo hacerlo. Sabía dónde se encontraba la hiel e incluso lo había ensayado con animales. La cortó y la envolvió en un pedazo de papel de aluminio. Después se fue, por el margen del río, hasta el otro puente, el de Umberto I, y se fue a su casa andando.

«Debo ir deprisa. Debe batirse en caliente».

Andaba ligero, pero sin correr. Debía evitar que nadie le recordase cuando se encontrara el cadáver. No tardó más de diez minutos en llegar al Teatro de Pilatos. Se quitó toda la ropa, manchada de sangre y barro, y la dejó amontonada en el suelo. Cogió el envoltorio que contenía la hiel, lo abrió con cuidado y lo depositó en un pequeño mortero de bronce. Añadió el mismo volumen de Albayalde y otro de blanco de plomo en óleo.

Aceto removía la mezcla rítmicamente mientras aguantaba el recipiente con la otra mano, para mantener la temperatura. La hiel iba pudriéndose, entrando en descomposición al reaccionar con el blanco de plomo. El olor era insoportable, nauseabundo y obligaba a Aceto a echar la cabeza un poco hacia atrás. Aceto se sentía mareado. Los ojos se le empañaban con los vapores de la mezcla y empezó a toser. Temía echarla a perder ¡Con lo que había costado!

No pudo evitar dejarla unos instantes para procurarse una mascarilla de las que había comprado, poniéndosela sobre su boca y nariz, para filtrar los gases, pero enseguida continuó removiendo, durante más de diez minutos. Después añadió a la pasta un volumen de aceite de linaza. Lo había espesado al sol durante varios días, hasta que tuvo la textura de la miel. Unos minutos después mezcló todo con esencia de trementina y una parte igual de barniz dammar. Finalmente se dispuso a dar color al líquido, y decidió utilizar el *verdaccio*, para empezar su obra.

Ya tenía elegida la parte de la pared donde daría la primera capa de pintura. Era un muro cubierto de yeso amarillento y cuarteado, que había limpiado cuidadosamente, eliminando cualquier resto de telarañas y polvo. Dio una primera capa del preparado con un pincel ancho y plano. El óleo, muy diluido por los barnices, penetraba rápido en los poros del yeso, tomando sobrios tonos claros y oscuros. Cuando hubo terminado el producto, dejó secar la primera capa de su pintura.

Aceto, con una sonrisa despectiva en los labios, pensaba que una vida daba para muy poco: “solo para un par de metros de pared”.

Capítulo 32. Desaparecido

A Piero Bruni se le había hecho tarde. La conversación con la policía y el Caballero de la Orden de Malta se extendió más de lo que esperaba y se le pasó la hora de recoger al pequeño Luca, en la Iglesia del Sacro Cuore. Cuando se dio cuenta de ello, salió de su apartamento a toda prisa, bajando las escaleras de dos en dos.

“Vaya, ya ha oscurecido. Espero que aún se encuentre allí, pobre Luca. Le prometí a su padre llevarlo a su casa a la hora de cenar”.

Piero andaba rápido hacia su destartalado coche, que estaba aparcado a un centenar de metros de allí, en dirección al río. En menos de diez minutos se encontraba ante la Iglesia, pero enseguida vio que el niño se había marchado. Sin bajar del vehículo se dirigió de nuevo hacia el Trastevere, para asegurarse de que el niño había llegado bien a su hogar.

Luca vivía en la calle Pellicia, en una casucha ruinoso, juntamente con su padre, abuelos y tres hermanos pequeños. La madre había muerto hacía ya un año y los pequeños sobrevivían en las calles pidiendo a los turistas. Piero les ayudaba de vez en cuando, llevándolos y recogéndolos. Eran otros de los pocos resistentes del Trastevere.

Antes de aparcar el coche, Piero supo que algo no iba bien. El padre estaba plantado en la acera, al frente de su portal, y daba muestras de inquietud. Al ver el vehículo de Piero sopló de alivio, pero solo le duró unos instantes ya que enseguida adivinó que el niño no llegaba.

—¿Dónde está el niño? —preguntó a Piero.

—No lo sé. Creí que habría venido solo. Me retrasé unos minutos y ya no estaba en la iglesia —respondió Piero sintiéndose culpable.

—Aquí no está. —El hombre casi lloraba, pues se temió lo peor.

—Corre, Piero, vamos a buscarlo.

—No temas —intentó calmarlo Piero— es un chico muy listo. Seguro que no le ha pasado nada.

Los dos hombres se mantuvieron en silencio hasta llegar al Sacro Cuore. Comprobaron que las puertas del templo estaban cerradas y llamaron sin obtener respuesta.

—No nos pongamos nerviosos. Haremos el camino a casa andando. Seguramente es lo que él ha hecho —dijo Piero.

—Está bien. El camino más fácil es por el lado del Tíber.

—Cogeré la linterna del coche, vamos hombre, seguro que Luca está bien.

El padre de Luca intentaba no dejar traslucir su rabia hacia Piero. Le creía culpable de haber dejado solo al niño, aunque él mismo también se sentía

responsable, por no poder atenderlo como querría.

Siguieron las calles que bordeaban el río. Pasaron delante del castillo de Sant'Angelo, imponente e iluminado, vieron la Via de la Conciliazione, con el Vaticano al fondo, y siguieron hasta llegar al barrio del Trastevere. Sin rastro de Luca.

Piero sabía que deberían llamar a la policía. No podían esperar más, pues estaba seguro, tanto como el padre del niño, que este era capaz de llegar a su casa solo, pues conocía tan bien como ellos las calles de Roma, sobre todo las de esa parte cercana al Tíber.

—Llamemos a la bofia —dijo el padre de Luca.

—Sí —dijo Piero pensativo. Pero no debes decirles que estaba pidiendo limosna, pues nos detendrán a los dos. A mí, ya sabes, no sería la primera vez.

—No importa, lo que quiero es encontrar a mi hijo.

—¿Quién cuidará de los otros si te encierran? Te van a despedir del trabajo.

—Está bien. Les diré que estábamos en misa y se perdió.

—Conozco una policía de la UASV. Quizá pueda ayudarnos —se ofreció Piero.

—Corre, llámala. Temo que hayan cogido al niño.

Piero sacó de su cartera la tarjeta que le dio Gianna Rovente y la llamó desde casa de Luca.

—Quisiera hablar con la inspectora Rovente, por favor. Me llamo Piero Bruni, ella me conoce —dijo a la telefonista.

En unos instantes Gianna se puso al teléfono.

—¿Qué ocurre, señor Bruni? Estaba a punto de irme.

—Señora, tiene que ayudarme. Ha desaparecido el hijo de un amigo, de aquí, del Trastevere. Estaba con su padre en la Iglesia del Sacro Cuore y no lo encuentra.

—Debe denunciarlo en comisaría, Piero —dijo de forma que se notaba que estaba molesta—. Aquí en la UASV solo nos ocupamos de crímenes complejos.

Piero, desesperado, le dijo:

—A ellos también les amenazaron para que se marchasen del barrio.

—¿Pero qué dices? —le dijo el padre del niño, tirándole del brazo.

—Está bien, Piero, voy para allá. Dame la dirección.

Se citaron en media hora en la casa de Luca. Piero le contó a su amigo la historia de Messina Limosi, que la habían asesinado por proteger a los habitantes del Trastevere.

—Si se ocupa la inspectora Rovente, encontraremos pronto al niño. Debes decirle que os amenazaron unos hombres. Invéntatelo y ellos lo buscarán. Si no, nos enviarán a una oficina y no harán nada por encontrarle. Tú mismo.

—No debo inventar nada.

—¿Cómo dices?

—Me amenazaron hace dos días. No quise hacer caso, y ahora...

—¿Quiénes?

—No lo sé. Me dijeron que debía irme del barrio por mi bien. Ya sabes, la historia de siempre.

Al poco rato llegó la inspectora, a la que acomodaron en la cocina de la humilde casa de Luca. —Explíquelo todo desde el principio— indicó la policía al padre del niño, mientras conectaba la grabadora.

—No hay mucho que decir. Hace un par de días. Estaba vuelto de espaldas, cerrando con llave la puerta de casa, cuando pasaron dos hombres y me dieron un pequeño empujón. Creí que habían tropezado y me volví a esperar las disculpas, pero no era esa su intención. Uno de ellos me dijo “vete del barrio, por tu bien” y se alejaron sin más. No los había visto nunca.

—¿Cómo eran? —inquirió la inspectora.

—Normales. La verdad es que no le di importancia al asunto. De hecho, lo había olvidado hasta hoy. No soy el primero del barrio al que coaccionan para que vayamos a otra zona de la ciudad y hasta ahora no había pasado nada grave, más allá de alguna paliza sin grandes consecuencias.

La inspectora no insistió más sobre este episodio y pasó a preguntar sobre la desaparición de su hijo.

—Intente recordar todos los detalles, cualquier cosa puede ser importante.

—Fuimos a la iglesia del Sacro Cuore, Luca y yo. A su madre le gustaba ir, y yo también me acerco de vez en cuando. Mientras estaba arrodillado rezando, Luca se levantó y al cabo de un rato ya no lo vi por ningún lado. Creí que habría salido. Suele hacerlo cuando se cansa de la misa; después nos reencontramos fuera. Pero no estaba. Volví a entrar al templo y tampoco estaba allí. No me gustó aquello pero, aunque me extrañaba, pensé que quizá volviera solo a casa y recorrí el camino a pie. Aquí me encontré a Piero y se ofreció a ayudarme.

La inspectora guardaba silencio, mirando al hombre a los ojos. No era capaz de aguantarle la mirada, que giraba instintivamente hacia Piero, el cual la rehuía. Gianna Rovente, sin decir nada, apagó la grabadora, la guardó en el bolso y se levantó.

—Señores, cuando decidan decir la verdad estaré dispuesta a escucharles. No quiero perder más tiempo.

El padre de Luca se levantó de su silla. Estaba temblando y señaló a Piero, diciendo:

—Es culpa suya. Y mía.

Piero puso la cara entre sus manos y suspiró largamente.

—Está bien —dijo la inspectora mientras tomaba asiento de nuevo—. Ahora, digan lo que saben.

En ese momento tomó la palabra Piero.

—Es cierto, todo ha sido culpa mía. El niño suele pedir limosna en la iglesia del Sacro Cuore. Ya sé que no está bien, pero ellos necesitan el dinero y yo, muchos días le llevo allí y después lo recojo para llevarlo a casa. No saco nada de ello, lo juro, señora. No lo dijimos antes pues ya me detuvieron una vez y no quería...

—Lo sé —interrumpió Rovente.

—¿Lo sabe?

—Sí. He comprobado sus antecedentes, pero eso no importa. Siga contando.

—Tenía que ir, pero estaba hablando con usted y se hizo tarde. Cuando llegué el niño no estaba y creí que habría regresado a su casa a pie, pues conocía perfectamente el recorrido. Al llegar aquí supe que no era así, pues su padre estaba esperándonos en la puerta. No hay mucho más que contar: regresamos los dos a la iglesia y deshicimos el camino a pie. Después la llamamos a usted.

—No le mentí en lo de las amenazas, inspectora —interrumpió el padre de Luca.

—Está bien. Debe ir a la comisaría a presentar denuncia por la desaparición. Yo mandaré entretanto que inicien la búsqueda del niño.

—Y a mí, ¿me detendrán? —pregunto Piero.

—No creo que eso sea lo más importante, Piero —y la inspectora se fue.

Capítulo 33. Príamo

Gerardo no sabía dónde hallar al asesino de la Limosi. Después de pagarle una nada desdeñable suma se le exigió que desapareciera de Roma sin dejar rastro. Podía intentar, de nuevo, contactar con él como lo hizo la primera vez, a través de varios intermediarios pero el tiempo corría en su contra: al viejo le quedaba muy poco.

No es fácil encontrar un asesino a sueldo y todavía menos que sea fiable. La premisa era que el asesino no dejase pistas o que fuesen engañosas para la policía. Jamás debían saberse los motivos del asesinato ni sus verdaderos autores. Usaron los canales habituales para estos trabajos: contactos internacionales buscan al asesino perfecto, lo contratan y pagan. Después desaparece. No se puede contratar de nuevo: jamás mandarían al mismo.

Pensó que no tenía otra opción que tirar del hilo. Tal como hizo la primera vez, llamó a Príamo. Era un nombre falso, por supuesto. Era el primer peldaño y se encargaba de distribuir los encargos entre las diferentes agencias de contratación. Quedaron en el café de la Pace, en la terraza.

—¿Necesitas otro? —preguntó Príamo.

—No es eso. Quiero al mismo.

—Caro, eso es imposible.

—Pagaremos el doble.

—No puede ser. La única garantía que tienes para que no te pillen es que no puedan dar con él. Son profesionales y nunca repiten para el mismo cliente.

—El dinero no es problema, pide lo que quieras: le necesitamos —insistió Gerardo.

—No se trata de dinero. No lo ha visto nadie, no sabemos qué cara tiene ni de dónde viene. Yo no sé quién es, ni tú, y es lo mejor para todos. Una vez realizado el trabajo, cobra y desaparece, que es su obligación. No podemos localizarlo, pues si nosotros pudiésemos también lo haría la policía, no lo dudes.

—Y si no hacen bien el trabajo, ¿qué ocurre?

—Hizo lo que se le pidió.

—No te he preguntado eso. ¿Qué pasa si el cliente no queda satisfecho?

—La agencia le pide cuentas: acaba con él.

—Eso no interesa. Tenemos que hallarlo pues tiene algo que nos pertenece. Además de matarla, debía entregarnos un documento que estaba en su poder.

—Tengo entendido que os lo entregó.

—Está incompleto. Se quedó con la parte fundamental, la que necesitamos y por la que se ha hecho todo. El jefe se siente engañado y es famosa su ira: debes encontrarlo.

Gerardo se marchó sin esperar respuesta.

Capítulo 34. Dimarco analiza

Dimarco estaba de pie, apoyado en la mesa de su despacho en la Sede. Observaba los documentos y escritos que había esparcido encima del mueble: estaban sus notas, ordenadas de izquierda a derecha, el informe de la autopsia, fotografías del cadáver de Messina y del arma del crimen y una buena reproducción del Martirio de Santa Úrsula. Era un método de trabajo que siempre le había gustado: tenerlo todo a la vista, para poder encontrar vínculos y relaciones y llegar a la solución final. Miraba cada objeto desde arriba, como un águila que busca su presa desde el aire, y murmuraba: ¿por qué?

Su concentración era tal que no oyó llamar a la puerta y solo se apercibió de la presencia de Ciacometti cuando este le preguntó ¿a qué se refiere, Frey Carolo?

—No te he oído entrar, Roberto.

—Llamé y no me respondió. Abrí un poco la puerta y le saludé al entrar.

—Siempre me ocurre: cuando me concentro pierdo el sentido del oído. Me estaba preguntando el significado de esta representación casi teatral, de la puesta en escena de este crimen. Si quería matarla, ¿por qué representar una vieja pintura? ¿Qué quiere decirnos el asesino? ¿Por qué motivo se arriesgaría a perder el tiempo poniendo el cadáver de un determinado modo? Cuando podamos responder a estas preguntas sabremos quién.

—Quizá con ello pretendió dejar pistas falsas, para despistarnos del verdadero motivo. No creo que este modo de actuar sea infrecuente.

—Hay algo más, estoy seguro. El asesino es un artista de algún modo, o bien se siente como tal. Piense en el arma del crimen. No puede ser que se haya fabricado con la intención de dar pistas falsas: tiene algún significado, simboliza alguna cosa que no alcanzo a comprender. Me hace sentir impotente y cansado, muy viejo.

Dimarco tomó asiento y recostándose en el respaldo del sillón, cerró los ojos. Parecía dormido pero meditaba, analizaba cada palabra oída en las entrevistas realizadas. Roberto no se atrevía a interrumpirle, pero pensaba que nunca le había visto así.

De pronto, pareció cargado de energía y se levantó de un salto.

—Vamos, Roberto, acompáñame. Se me ha ocurrido algo.

Bajaron las escaleras sin hablar. Ciacometti le seguía sin saber a dónde iban, y Dimarco le llevó al archivo. Encendió las luces y cerró la puerta cuidadosamente con llave.

—Aquí está la clave. Piensa, Roberto. Este es un lugar cerrado, una habitación con una sola puerta de entrada y salida a la cual se accede desde dentro del palacio. Todas las personas que entran y salen del edificio quedan registradas, por tanto no se

puede acceder sin ser visto. Bien, llegados a este punto tenemos tres opciones: la primera es que el guardián portero dejara entrar al asesino, siendo entonces cómplice, la segunda que el asesino sea alguien de la casa. Estas son las premisas con las que habíamos trabajado hasta ahora, y por eso estamos en un callejón sin salida: creo que ninguna de ellas es la buena.

—Ha dicho que hay tres opciones. ¿Cuál es la otra?

—La tercera es imposible: que el asesino entrara en el archivo por otro acceso.

Roberto estaba pensando que a su admirado Frey Carolo le convenía descansar.

—De todos modos, —continuó Dimarco— antes de dar la tercera vía por descartada debemos comprobar realmente que así sea, por eso estamos aquí. Debemos buscar cada rincón, cada espacio de esta sala para cerciorarnos que no hay una entrada secreta, desconocida por nosotros. Apuesto que está ahí.

Como impulsado por un resorte, el Comendador que minutos antes parecía abatido, se lanzó hacia una punta de la sala para inspeccionar cada panel y cada palmo de las paredes y del suelo. Ciaccometti inició la búsqueda en el otro extremo.

Dos horas después, entre los dos habían recorrido todo el recinto del archivo y solo vieron una posibilidad: una estrecha rejilla que hacía de respiradero para evitar la humedad. Medía dos palmos por lado y estaba clavada al muro con cuatro tornillos de estrella, casi a ras de suelo.

—Aunque alguien hubiera entrado por ahí, no creo que pudiera volver a salir, cargado con la ropa de Messina, cerrar la reja y enroscar los tornillos —dijo Ciaccometti.

—Vamos a sacarla de todos modos.

Dimarco rebuscó en un bolsillo y extrajo una navaja suiza, con múltiples herramientas.

—Aquí está el destornillador —dijo a la vez que abría un pequeño trozo de acero acabado en forma de estrella.

Roberto se ofreció para realizar él el trabajo, ya que debía ponerse de cuclillas, pero pronto acabó:

—Están pasados de rosca, Frey Carolo, no es necesario destornillarlos.

Estirando un poco con las uñas extrajo los cuatro tornillos y la reja cedió sin esfuerzo.

—Está muy oscuro, necesitamos una linterna potente. De todos modos, parece un conducto demasiado estrecho para que pueda pasar una persona por él, si acaso un niño...

Ciaccometti se quedó pensativo, sin acabar la frase.

—¡Dios mío!

—¿Qué quieres decir, Roberto?

—¡El hombre del taxi! Piero me dijo que era extremadamente delgado, como un hombre en un cuerpo de niño.

—Vamos a por la linterna, tenemos que encontrar a dónde conduce este

respiradero.

No tardaron más de cinco minutos en regresar al pie del conducto que habían descubierto. Roberto Ciaccometti se agachó de nuevo y enfocó un potente rayo de luz hacia el agujero. Hasta lo que se podía ver, se trataba de un tubo redondo de material plástico, con un diámetro de poco más de cuarenta centímetros, y parecía limpio.

Ciaccometti se incorporó, y dijo:

—Creo que es la hora de llamar a la inspectora Rovente. No debemos tocar nada, pues si el asesino entró por ahí habrá dejado huellas o restos de algún tipo que es mejor no contaminar.

—Tienes razón, Roberto, pero es demasiado tarde y esto puede esperar a mañana. Llámala de todos modos, así a primera hora ya podrá mandar a un equipo.

Ciaccometti se sacó el teléfono del bolsillo y buscó en la agenda el número de la inspectora. Ésta respondió a la primera llamada.

—Iba a llamarle, Roberto —dijo Gianna Rovente a modo de saludo.

—¿Ah, sí? Hay novedades en la Sede. Resulta que el Comendador ha descubierto que hay otra entrada a la biblioteca. La verdad es que se trata de un conducto de respiración bastante estrecho, pero por ahí podría pasar una persona muy delgada. No lo hemos tocado, hasta que vengan los de su grupo y lo vean.

—Bien hecho. A primera hora mandaré un par de agentes de la científica para tomar muestras y fotografías.

—¿Para qué quería llamarme? —Cambió de tema, Ciaccometti.

—Hay algo que podría estar relacionado con el caso Limosi. ¿Podemos vernos ahora?

—Es un poco tarde pero todavía no he cenado. ¿Qué tal le va vernos en media hora en el Silente? Está en...

—Sí, ya lo conozco. De acuerdo.

En la terraza del Silente, en pleno barrio del Trastevere, no había más de seis mesas llenas, cada una con su típico mantel a cuadros rojos y blancos y una vela en el centro. Servían los mejores *gnocchi* de Roma, o al menos los mejores que Gianna había probado jamás. Las mesas estaban bastante separadas entre sí, ocupando casi la totalidad de la anchura de una conocida callejuela. La inspectora, que fue la primera en llegar, eligió la mesa más lejana de las que ya tenían ocupantes y apagó la vela.

—Yo tampoco he cenado —inició la conversación después de haber saludado a Ciaccometti.

—Bien, me alegro. No es muy agradable comer solo, y menos aún que te miren mientras lo haces. ¿Qué le apetece para beber?

—*Fragolino*, bien frío.

—De acuerdo, yo tomaré lo mismo.

Una vez pedida la comida, Roberto interpelló a la inspectora sobre aquello que pudo tener relación con el caso Limosi.

—Tal vez tenga algo que ver, pero no lo tengo claro. Hace una hora he estado con

Piero otra vez. Me ha llamado al móvil para pedirme ayuda, pues el hijo de un amigo suyo ha desaparecido esta tarde. Se trata de un niño. Él tenía que recogerlo en la Iglesia del Sacro Cuore, pero como estaba con nosotros se ha retrasado y no se sabe nada de él.

—Es lamentable, pero ¿qué tiene eso que ver con Messina?

—El padre del crío dice que hace unos días le amenazaron un par de hombres. Le dijeron que se fuera del barrio. Otra vez estamos ante el acoso inmobiliario, una de las líneas de investigación del caso Limosi. Ya sé que parece muy flojo, pero es algo. Todo dependerá de cómo acaba, pero me extraña que se ceben en un niño, pues sería la primera vez. Hasta ahora solo ha habido amenazas, tal vez alguna paliza o algunos cristales rotos. Me parece excesivo que se dediquen a secuestrar a un chaval, y más ahora, con el asesinato de Messina en plena investigación.

—Sí, no es muy coherente. ¿Lo estáis buscando?

—Se está haciendo una batida con perros en el margen del río. El padre de Luca, que así se llama el chico, nos dio unas prendas que había usado ese mismo día. No les costará seguir el rastro, ya que es muy reciente. He dado órdenes que me avisen a la hora que sea, si hay novedades.

—Por lo que dices, parece que lo das por muerto.

—Es verdad, lo siento, pero no se me ocurren muchas razones para llevarse un niño huérfano y pobre. Por desgracia, suelen encontrarse así. No sabes cuantas veces he querido equivocarme.

En ese momento se iluminó de forma intermitente el teléfono de la inspectora.

—Voy enseguida. —Fue lo único que dijo y colgó—. Lo siento, Roberto, pero debo dejarlo. Han hallado un cadáver de un menor en un barrizal, junto al lecho del río.

La inspectora se levantó, dejando el plato a medias.

—¿Puedo acompañarla?

—No será muy agradable.

—No importa. Si tiene que ver con el asesinato de Messina, es mi obligación.

Roberto también se levantó y dejó más dinero de lo que podía costar la cena encima de la mesa.

Capítulo 35. Lo podrido huele bien

Aceto admiraba su incipiente obra. Le parecía mentira que lo que hacía solo unas pocas horas olía a cadáver, a fruta podrida y a metal ácido, todo de una vez, ahora, casi seco, no desprendiera el más nimio de los gases ofensivos.

«Que bello, ¡oh! maestro».

Estaba arrodillado, desnudo, se había cubierto de arcilla blanca, ahora seca y cuarteada sobre su piel. Lo había hecho para que el barro absorbiese cualquier sustancia tóxica que hubiese traspasado su epidermis, tal como solía hacer el maestro y, mientras, miraba lo que había pintado, lo olía, lo acariciaba con sumo cuidado.

Además, pensaba que necesitaba otra medida de hiel.

Capítulo 36. Margen del Tevere, por la noche

En el margen del río, casi debajo del puente Cavour, había una amplia zona delimitada por una cinta de plástico. En el interior del recinto improvisado estaban dos hombres, uno haciendo fotografías y el otro, con una rodilla hincada en el suelo, observaba de cerca un pequeño cuerpo sin vida, iluminándolo con una linterna muy potente. Fuera de la línea policial ladraban dos perros, asidos por un agente de paisano.

La inspectora Rovente, seguida de cerca por Roberto Ciaccometti, se acercó a ellos y enseguida identificó la silueta inconfundible del comisario Leone, que en ese momento levantaba con mucho cuidado el jersey que llevaba puesto el cadáver.

—¡Comisario! —Gritó la inspectora, para indicarle que había llegado.

Leone levantó la mirada y la vio junto con Ciaccometti. Con excesiva parsimonia se incorporó y, después de quitarse los guantes de látex, se acercó a ellos.

—Otra maldita noche —les dijo taciturno.

—¿Se trata de Luca? —le preguntó la inspectora.

—Sin duda. Los perros lo encontraron enseguida. El rastro es muy reciente y lo han matado a pocos metros de donde desapareció. Claro que faltará que sea identificado por algún familiar.

En ese momento hizo un giro con la cabeza, señalando la iglesia del Sacro Cuore, que se veía bien iluminada.

—¿Cómo ha muerto? —Preguntó Ciaccometti.

El comisario le miró y esperó unos segundos a responderle con otra pregunta cargada de amargura:

—¿Va a ayudarnos también en este caso, Ciaccometti?

Gianna miró al comisario con reprobación y a Roberto le pedía disculpas con la expresión de su cara.

—Este caso, como usted lo llama, podría estar relacionado con la muerte de Messina. En el momento en que se descarte esa posibilidad, no se preocupe, no tendré ningún motivo para entrometerme.

El comisario no le miró ni respondió y continuó hablando con la inspectora Rovente, como si no hubiera nadie más.

—A falta de la autopsia, parece que ha muerto degollado. También tiene una herida incisa en el vientre de unos diecisiete centímetros, pero seguramente fue hecha *postmortem*.

—¿Me autoriza para acercarme, comisario? —preguntó la inspectora.

—Es mejor que no lo haga, Gianna. No hay mucho que ver y probablemente el asesino o asesinos hayan dejado huellas en el barro, pues el suelo es bastante húmedo

y pastoso. Como menos gente entre ahí, mejor. Ya ha habido bastante con los perros, el agente que los llevaba, el fotógrafo y yo, y aún falta el equipo judicial. Me gustaría que por la mañana, con la luz del día, los de la policía científica puedan tomar las muestras lo menos alteradas posibles. No se lo tome a mal, inspectora. Una vez el cadáver esté en la sala de autopsias, tendrá acceso directo a él y a todas las pruebas, no se preocupe.

La inspectora entendía las razones expuestas por el comisario, era normal, aunque de todos modos ella era uno de los mejores de la UASV. Lo que no entendía era su comportamiento tan grosero, en especial con Ciaccometti, ya que no era usual en él. Algo le había puesto de pésimo humor. Por fin dijo:

—¿Alguien ha avisado a la familia del chico?

—Todavía no. Estaba esperando que llegara el juez y pudiésemos trasladar el cuerpo al Instituto Forense. ¡Solo faltaría que se presentase más gente aquí!

—Me encargaré yo misma.

Y cogiendo a Ciaccometti por el codo, le indicó que era el momento de irse.

Una vez en el coche, Ciaccometti hizo un breve comentario sobre el comisario Leone:

—Parece que tu jefe está de mal humor.

—Es cierto que tiene un carácter serio y taciturno, pero pocas veces lo he visto comportarse de un modo tan insultante. Lo siento, de veras.

—No es culpa tuya. De hecho, creo que la culpa es mía. No le gustó que llegáramos juntos.

—Déjalo estar. Seguro que mañana se deshace en disculpas. Ahora nos queda un mal trabajo que hacer, aunque si quieres puedo dejarte en el Palazzo y me ocupo yo sola. Ya es muy tarde y...

—De ninguna manera, te acompañaré a ver a la familia de Luca.

Llegaron en pocos minutos a la casa de Luca. De noche incluso parecía más pobre y deslucida que a la claridad del día. Los lamparones de humedad en la pared se hacían más evidentes y los cristales, contrastando con la luz amarillenta que salía del interior, se veían sucios, llenos de polvo y con multitud de mosquitos pegados.

Antes de llamar a la puerta, la inspectora Rovente fue consciente de que no le sería fácil dar una noticia como aquella, y Ciaccometti pensó que no podía haber nada peor que la pérdida de un hijo pequeño.

El padre del niño fue quien abrió la puerta, con sigilo, pues los otros hijos estaban ya durmiendo, y con anhelo en sus ojos, a la vez que desesperanza.

—Pasen por favor. Supongo que no vienen a traer buenas noticias —afirmó.

Rovente y Ciaccometti entraron en una pequeña sala de estar casi sin ornato alguno, solo había un raído sofá y una mesita redonda acompañada de dos sillas. Una de ellas estaba ocupada por un anciano muy bajito, delgado y moreno de piel. Sus ojos vidriosos y sus párpados muy finos, sin pestañas, daban la impresión de no poder llorar. Ni siquiera se movió ni dijo nada a los recién llegados.

El padre de Luca esperaba con los puños prietos que le dijese lo que ya intuía, y la inspectora decidió no hacerle esperar más.

—Hemos encontrado el cuerpo de un niño muy cerca de la iglesia del Sacro Cuore. Necesitaremos que alguien de la familia lo identifique, para asegurarnos de si se trata de su hijo.

El hombre, a pesar de todo, se mantuvo firme y sobrio, ofreciéndose a hacer la identificación él mismo, y después preguntó, en voz muy baja:

—¿Cómo ha sido?

—Por favor, señor, sería mejor que primero estuviéramos seguros de que es él.

—¿Cómo ha sido? —Repitió, con un tono de voz más exigente pero igual de bajo.

—Está bien —replicó la inspectora—. Lo han matado, sin duda. Probablemente, a falta de las pruebas que deben efectuarse, ha muerto degollado. No ha sufrido, ni siquiera debió notarlo, pues la muerte se le causó de forma casi instantánea.

Después, con los ojos brillantes de ira contenida, se dirigió a la inspectora y a Ciaccometti a la vez:

—¿Se dan cuenta? ¿Son ustedes conscientes?

—¿A qué se refiere, señor? —Habló por primera vez Ciaccometti.

—¡Fue por su culpa! ¡Han hecho que mi hijo muera!

—¿Por qué dice eso? —Le dijo sorprendido Ciaccometti.

—Ustedes hicieron que Piero se retrasara en la hora de recoger a Luca. Ahora seguiría vivo...

En ese momento el hombre no pudo evitar llorar y se sentó en un extremo del sofá, con las manos cubriéndole la cara.

Gianna no sabía qué decir y, en realidad, ya había pensado antes en ello, sin poder dejar de sentirse algo culpable, todo y que ellos no podían saber que Piero debía recoger al chico.

Se hizo un largo e incómodo silencio que rompió la voz de un pequeño de unos tres años que pasó corriendo en pijama para lanzarse a los brazos de su padre.

—Padre, tengo miedo —dijo.

—Debes ir a dormir, mañana hay escuela.

—No quiero dormir solo. ¿Y Luca, padre?

* * *

En el margen del río, el Juez ya había ordenado levantar el cadáver pero el lugar continuaba cercado y vigilado por dos agentes uniformados. El policía que se ocupaba del perro todavía estaba bajo el puente Cavour, buscando la posible arma del crimen por los alrededores. Estaba seguro que debía tratarse de una navaja de bolsillo y que aparecería por allí, así que dio a oler un poco de sangre de la víctima al can,

apenas una leve muestra, para seguir el rastro.

El agente se sorprendió de la fuerza con que el perro tiraba de él, pero en dirección al puente de Umberto I, siguiendo por el margen del Tíber. El animal cada vez corría más, jadeaba y levantaba el hocico olisqueando el aire. Al policía le extrañaba que no rastrease por el suelo, donde sería más probable que se encontrara el arma y se dio cuenta que olía al asesino. El perro obligó al hombre a cruzar por el puente, hacia el otro lado de Roma, en dirección al centro de la ciudad, por lo que pidió refuerzos por radio.

—Aquí CA13, solicito urgente la presencia de una patrulla. Estoy cruzando el puente de Umberto I en dirección al centro.

—Central a CA13, envío patrulla al lugar indicado.

—CA13 a central, que sea rápido, el perro está enloquecido siguiendo una pista y ahora no puedo pararlo.

Cada vez tiraba más fuerte, lo que obligaba al agente a dar algunas zancadas corriendo. En pocos minutos estaban en una callejuela muy próxima a la Piazza Navona, justo cuando les alcanzó un coche policial.

* * *

Aceto dormía feliz en un colchón de lana, sobre las tablas del viejo teatro de Pilatos, cerca, muy cerca de la pintura que había comenzado unas horas antes. Sonreía y la soñaba totalmente terminada, con una luminosidad resplandeciente en los blancos, que contrastaban con los verdes aterciopelados y los rojos oscuros. La pintura representaba un perro, un mastín de poderosos músculos, incluso había pintado las babas que le resbalaban en los vértices del hocico. Era tan real que ladraba, ladraba muy fuerte, muy cerca, y arañaba la pared.

* * *

El perro policía, en un descuido, logró deshacerse de la mano que lo frenaba y se lanzó alocado contra un viejo portón de madera deslucido. Sus ladridos atrajeron a algunos viandantes que, curiosos, se paraban en la acera del otro lado de la calle. Uno de los dos agentes que bajaron del coche se encargaba de separar a la gente. El otro, desenfundando el arma, se acercó al policía que llevaba el perro, el cual a su vez también preparó un revólver. Ambos se pertrecharon a cada uno de los lados de la puerta.

—¡Abra, policía!

No se oía nada.

—¡Abra!

No obtuvieron respuesta alguna.

El agente que llegó en el coche se acercó al otro y le dijo:

—Parece un lugar abandonado.

—Es el teatro de Pilatos. Hace lustros que nadie lo utiliza. Si no responde nadie, deberemos pedir una orden judicial.

—Está bien. La pediré por radio. No debemos dejar la vigilancia, pues el perro está como loco, no se aparta de la puerta.

El policía llamó a su compañero y le pidió que hiciera la gestión con urgencia y que, de paso, se informara sobre el edificio del teatro de Pilatos, especialmente sobre las posibles salidas que tuviera.

* * *

Aceto despertó, enturbiado por los efectos de la fase más profunda del sueño, aún medio inmerso en la fantasía, sudado, y le sorprendió seguir oyendo los ladridos del perro feroz que pensaba plasmar en la pared. También oía voces humanas, más débiles, pero cercanas también, y golpes que hacían vibrar la puerta de entrada. No tardó en darse cuenta de que tenía la policía allí mismo y, con el pensamiento todavía aturdido, empezó a tramar su huida. Conocía a fondo el edificio del Teatro de Pilatos, pues disponía de unos planos viejos que le habían entregado junto a la escritura de compra. Anteriormente había tenido cuatro salidas, de las cuales en la actualidad dos eran inviables: la puerta principal y la puerta de emergencia, que en su día se abría a un callejón trasero, ahora inutilizada y tapiada. Solo podía optar por trepar hasta el tejado o bajar por un túnel al que se accedía por una trampilla bajo el escenario. En realidad se trataba de una vieja cloaca de un metro de ancho por metro y medio de alto, abovedada y construida con sillares de piedra. Desconocía donde desembocaba, si es que lo hacía en algún lugar, pero creyó que por ahí encontraría la opción más segura para desviar la atención de la policía.

Aceto se proveyó de una linterna y se puso encima la primera ropa limpia que encontró a mano, unos pantalones vaqueros y una camisa azul marino de manga larga. Finalmente se calzó unas zapatillas deportivas sin cordones. Sin perder más tiempo que el indispensable para echar una última ojeada melancólica a su obra inconclusa, se deslizó debajo del escenario del teatro. Tal como esperaba, era un recinto sucio y maloliente, cargado de humedad, insectos y roedores. También había multitud de cachivaches que le hacían tropezar de vez en cuando, lo cual no impidió que diera con la salida que estaba buscando: recordaba que en el plano estaba marcada en el extremo derecho de la habitación, y no se equivocaba. El túnel estaba protegido por una tapa de hierro oxidada que disponía de un par de asas para tirar de ellas. Al levantar la trampilla, que cedió con sorprendente facilidad, se fijó en que tenía un tipo de cerradura que permitía la apertura desde el interior del edificio, pero

que una vez cerrada, desde el bajante de la cloaca, le sería imposible volver atrás.

A pesar de todo no dudó, y decidió continuar adelante. Hasta ahora siempre le había salido bien, la policía jamás le había pillado. Oyó el ruido sordo y metálico de la trampilla al cerrarse. Ya no había tiempo para cambiar de idea, y siguió hacia abajo, por una simple escalera, los peldaños de la cual consistían en unos troncos macizos clavados en la pared en forma de espiral. Se veía obligado a asir la linterna con los dientes, ya que necesitaba las dos manos para poder bajar con seguridad, pues no sabía con certeza lo profundo que era el pozo que conducía hasta el túnel, aunque, según el plano no debía superar los tres metros bajo tierra. Así fue. Pronto puso los pies sobre seguro y pudo avanzar más rápido hacia un destino incierto, pero mucho mejor que el que le esperaba si la policía le ponía las manos encima: lo descubrirían todo, sus antiguos crímenes, pero lo que más le dolía era que en la cárcel no le quedaría ninguna esperanza de poder culminar su obra maestra, su único fin.

El agente de policía decidió no esperar más. Allí había algo que el perro estaba oliendo y no podía dejar escapar a un asesino por culpa de que faltara un papel. Por su cabeza pasó la posibilidad, más que probable, de que le incoaran un expediente por el hecho de no haber esperado la orden judicial, pero lo asumió sin pensar mucho en las consecuencias de su determinación. Su compañero, más prudente, le advirtió de que no debía hacerlo, aunque con poca convicción, pues él mismo dudaba hacía unos minutos de hacer lo mismo. Entre los dos forzaron la cerradura de la puerta con algo de dificultad. Para ello usaron una palanca de hierro que llevaban en el maletero del coche policial. Una vez abierto el antiguo portón, el primer policía, aun asiendo la herramienta metálica con una mano, junto a la correa del perro, y una potente linterna en la otra gritó:

—¿Hay alguien ahí? Policía, entréguese.

No hubo respuesta ni se oyó ruido alguno. Ahora el perro estaba en completo silencio, pero en tensión, con el pelo de la nuca erizado y enseñando los dientes al tiempo que levantaba el hocico husmeando el aire enrarecido del interior del local.

—Parece que no hay nadie —susurró a su compañero.

En ese momento los dos agentes oyeron la llamada de la radio, que resonaba dentro del vehículo, y el segundo policía se acercó a contestar.

—Ya tenéis la orden a punto, os la paso por fax. ¡Ah! También un plano de las salidas del teatro. Estaba en el archivo de policía administrativa, desde la época en que estaba en activo como sala de espectáculos.

—Gracias, Marcela. Llega en el momento oportuno —dijo sin poder evitar suspirar de alivio.

El otro agente había entrado en el viejo edificio, sin esperar a su compañero. Intentó encontrar el interruptor de la electricidad, que pronto localizó al lado mismo de la puerta, pero no funcionaba.

El animal estaba confundido por los olores tan fuertes que desprendía la pared del teatro. Parecía haber perdido la pista que siguió desde el margen del río hasta allí, y

se quedó pasmado y cabizbajo, con la cola caída. Al fin, se acercó a la pared donde Aceto había iniciado su pintura y empezó a olisquear.

En ese momento entró el otro agente, con otra linterna y con los planos y la orden en el bolsillo.

—¿Has visto algo? —preguntó al compañero que entró primero.

—Mira esto —le contestó enfocando con una linterna la pared.

—¿Qué es?

—No lo sé, pero no me gusta nada. El perro se ha quedado mudo ante eso. Después tomaremos muestras, pero ahora debemos encontrar al asesino del niño. ¿Has mirado todo bien?

—Aquí no hay nadie, el perro lo habría detectado.

Entonces el policía cogió una prenda de vestir que parecía usada y se la dio a oler al can. Olió sin entusiasmo, como si le diera asco o tal vez como si no desprendiera olor.

—No me gusta la actitud del perro. Vamos, saca el plano, a ver por donde ha podido huir.

El policía extendió el plano. Pronto vieron que Aceto debía haber salido por el túnel subterráneo. Se dirigieron al escenario y, sin perder un segundo, levantaron la tapadera que ocultaba esa salida. Con la linterna entre los dientes, los dos agentes bajaron, uno detrás del otro, por la precaria escalera.

Al llegar abajo, sin decirse nada, siguieron por la vieja cloaca, aunque más despacio de lo que deseaban, pues debían agacharse bastante debido a sus más de metro ochenta.

En cambio, Aceto se movía con facilidad en el túnel aprovechándose de su gran ventaja en aquel momento: su baja estatura. Les llevaba bastante trecho y solo podría pararle la cosa que más temía: que el túnel no tuviera salida.

No fue así y una vez más tuvo suerte: llegó a orillas del Tíber. Otra vez en el lugar maldito, donde poco antes había segado la vida a un niño. Le pareció oler a sangre y a charca, aunque lo del olor a líquido caliente de hierro y cobre, como él lo llamaba, lo llevaba impregnado en las fosas nasales que aún no se habían desprendido del fuerte hedor del pútrido.

Tropezó y cayó al río, y eso fue su salvación, ya que lo alejó algo de la orilla donde en pocos segundos llegaron los dos agentes.

Los policías enfocaron sus potentes linternas por toda la zona. No vieron nada en el margen del Tíber. No podía haber huellas, pues el agua les llegaba a los tobillos, y les era difícil avanzar a pie. Pero sabían que por allí, hacía muy poco, había pasado su presa. Dedujeron al momento que no podía haber huido andando. Las arenas pegajosas y el agua turbia impedían avanzar a cualquiera que no fuera un reptil. Lanzarse al río era lo único que le podía dar una esperanza al huidizo asesino, aunque se trataba de una decisión muy arriesgada.

El más joven de los agentes iba a lanzarse, pero el otro se lo impidió.

—No lo hagas, es demasiado peligroso y nadie sabe que estamos aquí.

—¡Conseguiré huir!

—Ya lo pillaremos en otro momento, si es que sale con vida de ahí. El Tíber tiene corrientes muy traidoras y, aunque ese loco las conociera, de noche es casi imposible salvarse. Además, ha dejado infinidad de pistas en el Pilatos. Es mejor que volvamos atrás y pidamos refuerzos para cubrir las orillas río abajo.

A pocos metros de ellos un hombre lo oía todo: Aceto. Había logrado asirse a unos juncos cercanos a la orilla y solo sacaba del agua su cara, que quedaba completamente mimetizada con el medio en el que estaba. Al ver que los policías deshacían su camino, se arrastró como pudo, con todas las fuerzas que le daba la adrenalina, y no le costó mucho alcanzar de nuevo la ribera.

Los policías regresaron por el viejo túnel hasta el Pilatos. Al momento comunicaron por radio a la central que el fugitivo había huido por el río, lanzándose a él, y oyeron que el jefe de sala ordenaba la salida de varias patrullas para darle caza.

Hacía años que en el viejo teatro no se veía a tanta gente. Habían llegado los de la científica, con el comisario Leone al frente. Varios focos se dirigían a la pared donde Aceto había iniciado su macabra obra, y algunos policías con las manos enguantadas tomaban muestras de aquí y allá, en una terrible danza silenciosa.

Leone los observaba en la prudente distancia, taciturno incluso, asqueado por tanta maldad. Había dejado de pensar en Aceto en las últimas horas, su obsesión durante los últimos años, y ahora se encontraba con una pesadilla peor: otro cruel asesino sembraría Roma de miedo otra vez. Ahora no podía fallar.

Capítulo 37. La venganza de Príamo

No era la primera vez que Príamo recibía quejas de un cliente, aunque de eso hacía ya demasiado tiempo. Era complicado dar con “la ficha”, que era como llamaban en la organización a los asesinos contratados, pero no imposible. Había exagerado con Gerardo, un poco para desanimarlo y sacárselo de encima pero, al ver que era muy posible que “la ficha” no hubiera cumplido el trato, se puso en marcha. Tenía un modo de llegar a ella y, una vez resarcido el cliente, sería destruida sin dejar rastro.

Además de no cumplir el trato, pensó Príamo, tampoco le había devuelto la vara de oro. Era valiosa, sin duda, pero lo más importante era que no les convenía a ninguno dejar pistas y todavía menos de forma innecesaria. Sin duda se había equivocado al elegir a ese sujeto.

Capítulo 38. Roma amanece fría

Ciaccometti regresó a la sede de la Orden de Malta, casi de madrugada. La inspectora Rovente, a esa hora, ya estaba en su despacho de la Via di san Vitale, la sede de la UASV. Encontrar allí a Leone, también sin haber dormido, no pareció extrañarle, aunque para su propia sorpresa, le molestó un poco sin saber muy bien por qué.

—Pareces irritada, querida —le dijo Leone con su típica media sonrisa.

—No lo estoy. ¿Por qué tendría que estarlo? —Respondió ella a la defensiva.

—Supongo que no te habré incomodado cuando he pedido a ese, como se llame el cubano, que no se entrometiera.

—Ese cubano, como tú le llamas, es un caballero de la Orden de Malta, un estado soberano, y además es italiano, un noble, de hecho.

—¡Ah, es por eso! Sin duda te ha molestado. ¿Te gusta, verdad? Tan elegante, tan...

—¡No sigas por ese camino! No es asunto tuyo —le cortó, la inspectora. De hecho, no te lo tendré en cuenta ya que entiendo que tantas horas sin dormir afectan a tu humor, así como al mío, pero no admitiré más intromisiones en mi vida privada. Esta será la primera y última vez en que tú y yo discutamos asuntos personales.

Leone hizo un gesto de disculpa con las manos y la expresión de su rostro, aunque no dejó escapar ni una palabra en ese sentido.

—Debes entender que llevamos dos casos distintos: vosotros investigáis el asesinato de una dama, Messina Limosi. Es un caso complicado, con diversos sospechosos y varios posibles móviles. El mío es diferente. La víctima es un chico de la calle, un indigente hijo de una familia desestructurada. No hay sospechosos oficiales, más bien se trata de otro maldito caso de asesinato perpetrado por un psicópata. Otro Aceto, aunque esta vez, aunque me cueste la vida, no quedará sin resolver.

—Y, ¿has pensado en la posibilidad que sí quedara sin resolver? —Rovente arañó la llaga de Leone.

—Sería el fin de mi carrera. ¿Estás preparada para ascender?

La inspectora hizo como si no lo hubiera oído.

—De hecho, los dos asesinatos tienen una conexión, por eso Ciaccometti y yo estábamos allí.

—¡Oh, vamos!, tonterías. No obedecen al mismo patrón. Nada lleva a sospechar que se trate del mismo asesino ni que haya ninguna vinculación en el *modus operandi*.

—Hay un actor secundario coincidente en ambos casos: Piero Bruni. ¿No es eso

demasiada casualidad para una ciudad tan grande como Roma? Ha estado presente en el caso Limosi desde el principio. Fue el taxista que llevó a Ciaccometti a la Via dei Condotti, 68 en cuanto llegó a Roma, después estuvo en el entierro de Messina, al principio dijo conocerla porque defendía a los desvalidos del Trastevere, después nos confesó que la Limosi era su hermana biológica.

—¿Su hermana? —Dijo Leone, sorprendido sin disimulo.

—Sí, se ve que la adoptaron siendo hija de una desgraciada familia del Trastevere. Parece que ella no sabía nada, pero según el señor Bruni, algo debía llevar en los genes, pues defendía de veras a la gente de ese barrio a pesar de los perjuicios que con ello ocasionaba a su marido.

—Continúa.

—Ahora resulta que el mismo Piero Bruni era el encargado de recoger al niño que ha sido asesinado, Luca. Nos contó que su familia había sido amenazada para que dejase su casa. Ya sabes, intimidación inmobiliaria. No estoy segura que eso sea cierto, pero vale la pena asegurarse, ¿no crees?

—No te negaré que no resulte curioso —dijo Leone, muy prudente, sin dar del todo la razón a su compañera de trabajo.

—Bruni es el nexo, aunque no lo puedo imaginar cómo asesino. Quería al niño, lo ayudaba y, además, Roberto y yo somos su coartada en este asesinato.

—Lo que me faltaba por oír —dijo el comisario.

—Estábamos con él en el momento del crimen. De hecho, llegó tarde a recoger a Luca por nuestra culpa.

—No me refería a eso. ¿Ahora es Roberto? Caramba, sí que sois amigos.

—¿Qué te pasa, Leone? ¿Acaso antes no he sido suficientemente clara?

Leone volvió a repetir el mismo gesto de disculpa, entre desganado y burlesco.

—Está bien, lo acepto. Hay cierta relación entre los dos casos, aunque me inclino a pensar que se trata de una casualidad.

—Vaya, ahora el comisario cree en las coincidencias. ¿No era usted el que siempre decía a los novatos que en el crimen las casualidades no existen?

—Sí, pero habrá excepciones, ¿no?

—En este caso no será una excepción. Estoy segura que hay una conexión entre los dos hechos. Quizás no sea el mismo asesino, quizás ahora no seamos capaces de ver más allá, pero la hay, y no me rendiré fácilmente.

—Me alegro, porque yo tampoco. Te daré unos datos para que pienses un poco: el asesino de Luca utilizó partes de su cuerpo, su hiel para ser concreto, como ingrediente para fabricar una pintura. Utilizó el preparado a modo de fresco sobre una pared del Teatro de Pilatos, ese viejo edificio abandonado.

La inspectora sintió una náusea, que atribuyó a sus muchas horas sin dormir ni comer nada.

—Lo siento, Leone. Ahora no puedo pensar. Me voy a dormir.

* * *

Ciaccometti, al despedirse de Gianna, decidió dar un paseo, necesitaba desahogarse y se veía incapaz de poder dormir. A medida que pasaban los minutos, cada vez se cruzaba con menos transeúntes. Solo algún borracho y los inevitables basureros. Deseaba beber algo fuerte, algún aguardiente de cuarenta grados le parecía lo más apetecible, y un buen cigarro, pero no había ningún bar abierto, ni siquiera encontró una taberna de mala muerte. Seguramente anduvo sin rumbo varios kilómetros, pues cuando miró el reloj habían pasado algunas horas y no sabía dónde se encontraba. La hechura impersonal y absolutamente pragmática de los edificios le indicaba que se había dirigido al extrarradio de la ciudad, hacia un barrio residencial de clase media que podía pertenecer a cualquier capital europea. No pasaba ni un taxi y mucho menos autobuses. Casi ni pasaban coches particulares. Un coche oficial de la policía romana, al verlo deambular sin rumbo fijo, se detuvo a su vera.

—Buenas noches, señor. No es muy aconsejable andar por aquí a estas horas. ¿Necesita ayuda?, parece perdido —le dijo el agente que no conducía.

—Buenas noches, agentes. Se agradece el ofrecimiento. En realidad necesito un taxi. Me temo que he andado más de la cuenta y me he perdido.

—Por esta zona no encontrará ninguna parada, pero puedo facilitarle un número de teléfono. De todos modos debe mostrarnos su documentación, por favor.

Solo hizo falta que Ciaccometti mostrara su pasaporte diplomático perteneciente a la Soberana Orden de Malta para que los policías se deshicieran en disculpas y se ofrecieran para acompañarlo a donde quisiera. El agente que no conducía se bajó del coche y ofreció su asiento a Ciaccometti, aduciendo que la parte de atrás del vehículo no era cómoda ya que estaba preparada para llevar detenidos.

—No se preocupen —dijo Roberto subiendo con agilidad— les estoy muy agradecido por ayudarme. ¿Les importaría llevarme a la sede de la Orden?

—Por supuesto. Estaremos encantados de llevar a su casa a un Caballero —dijo el agente más viejo.

Casi apuntaba la primera claridad mañanera cuando Roberto Ciaccometti entraba en el palacio de Via dei Condotti. Dimarco lo esperaba en lo alto de la escalera principal, cubierto con una bata de seda púrpura, bordada en oro. Sus zapatillas, parecidas a las babuchas árabes, aunque no tan puntiagudas, también eran del mismo color. Su semblante serio preocupó al instante a Ciaccometti.

—He estado muy preocupado por ti, hijo.

—Siento no haber llamado, pero se agotó la batería del móvil y, la verdad, se me ha pasado el tiempo en un suspiro.

—¿Cómo es que has llegado acompañado de la policía? ¿Qué ocurre?

—Podemos hablar ahora, pero necesito beber algo antes. Llevo horas andando.

—Vamos a mi gabinete.

Los dos hicieron entrada en la suntuosa habitación. Dimarco encendió algunas luces y pidió a Roberto que se acomodara en el sillón de piel contiguo al que solía utilizar él. El Comendador de la Orden, con parsimonia, sirvió una gran copa de agua fresca a su ahijado, sin preguntarle qué quería beber.

—Bien. Empieza, pues me has tenido toda la noche sin dormir. He estado a punto de llamar a la policía.

—Ha hecho bien en no avisarles. En realidad no había nada que temer aunque ha sido una noche terrible. Por la tarde estuve con la inspectora Rovente, siguiendo nuestra investigación. Nos hemos entrevistado con Piero Bruni y ha sido muy útil, pues de la conversación ha salido datos vitales. Si no le importa, Frey Carolo, una vez haya descansado unas horas le pondré al día de todo.

—Por supuesto, Roberto. Pero sigue, por favor, me temo que no es ese el motivo por el cual has estado toda la noche fuera.

—Resulta que esa entrevista ha desencadenado un hecho terrible. Al retener a Bruni más tiempo del necesario llegó tarde a recoger a un niño de un vecino y ha aparecido asesinado. Después, la inspectora ha tenido que ir a casa del pequeño a darles la mala noticia y la he acompañado.

—Dios mío, otra muerte inocente.

—¿Cree que los dos asesinatos tienen algo en común?

—No puede ser de otra manera. Aun desconociendo los detalles, te adelanto que desconfío de las casualidades y ese Bruni está demasiado cerca de los dos casos.

—No hay nada más que contar. Después he estado andando sin rumbo, pensando e intentando desterrar de mi cabeza que ese hombre llegó tarde por nuestra culpa. Necesito dormir, con su permiso, señor.

—Desde luego —dijo Dimarco.

El Comendador se levantó de la butaca orejera haciendo un gesto elocuente con las manos, queriendo animar a Ciaccometti también a levantarse.

* * *

Leone seguía en comisaría, esperando que las patrullas regresaran con noticias sobre el fugitivo. Algo le decía que no podía ser tan fácil como encontrar ahogado a ese loco. Seguramente su experiencia en el caso Aceto. Al principio todo pareció muy evidente, un escenario lleno de pistas dejadas por un desequilibrado, pero desapareció en la nada para siempre y su unidad tuvo que soportar el ridículo del gran caso sin resolver. De hecho, había pasado mucho tiempo desde aquello y nadie más lo tenía presente. Leone sí, no existía el día en que, al menos durante un fugaz instante, no pensara en Aceto.

Casi sin voluntad, sacó del cajón de su mesa de despacho la simulación del retrato

de un Aceto envejecido. Lo miró sin la pasión de antaño, absorbiendo despacio cada arruga, cada singularidad de su faz, como temiendo lo imposible: olvidarlo. El boceto quedó sobre su mesa cuando un agente avisó al comisario que el jefe de sala tenía nuevas sobre el huído.

—Que venga a dárme las personalmente —dijo no de muy buen humor.

En un par de minutos entró en el despacho un policía de mediana edad vestido de uniforme. Parecía, por sus pasos cortos y su expresión circunspecta, que no traía grandes noticias.

—¿Y bien, Peruggi?

—Seis patrullas han reseguido el río y no han encontrado nada. Los márgenes están limpios. De hecho, algunos vagabundos que suelen dormir debajo de los puentes no han visto ni oído nada inusual.

Leone descargó su ira contenida contra su subordinado.

—Querrás decir que, aunque lo hubieran visto, jamás lo dirían a los policías que cada noche les hacen la vida imposible. ¿Es que están ciegos? Por algún sitio ha tenido que salir, si es que no se ahogó, como parecía lo más probable. ¡Que sigan buscando! Que no se muevan esas patrullas en doce horas más y que peinen todo el río. Que vaya otra patrulla y traiga a comisaría a todos esos indigentes y que los interroguen aquí.

Leone no gritaba, pero su semblante y su tono no daban lugar a réplica. Peruggi solo se atrevió a decir:

—¿Los traemos detenidos, señor?

—Pues claro —dijo con voz muy suave— si le parece a usted, los invitamos a tomar el té.

Peruggi salió del despacho tan rápido como el decoro profesional le permitía, pero Leone volvió a dirigirse a él, esta vez en un tono completamente normal:

—Haga que traigan también a Piero Bruni. Este sin detener, en calidad de testigo, y directamente a mi despacho. Lo espero aquí en media hora.

Bruni no tardó ni un minuto más. Leone apenas tuvo tiempo de bajar al café más cercano a la UASV a tomar un *ristretto* muy azucarado y un cruasán de mantequilla. Reanimado, regresó a su puesto y, sin tiempo a poner orden en su mesa, ya le anunciaban la visita de Bruni.

Leone no quiso intimidar al testigo, pues de sobras sabía que eso producía el efecto ostra: como más le aprietas más se cierra. No convenía. Le recibió de pie, a un metro escaso de la puerta, con la mano extendida y la sonrisa franca pero discreta. En ningún momento debía sentirse sospechoso.

—Buenos días señor Bruni, gracias por venir tan pronto. Por favor, siéntese.

Leone se sentó a su mismo lado de mesa.

—Lamento su terrible pérdida, sé que usted es como de la familia del niño y que les estaba ayudando.

—Sí, señor —son las únicas palabras que le salieron, después de tragar saliva, de

lo sorprendido que estaba.

En realidad Piero Bruni no estaba acostumbrado a que le trataran tan bien, y mucho menos que le recibiera todo un comisario como si se tratase de alguien importante.

—Señor Bruni, no será necesario que me repita todo, tal como ha hecho con los agentes. Solo quiero decirle que debemos pillar al asesino de Luca cuanto antes, para que no pueda hacer más daño y para eso...

Bruni iba a hablar y Leone lo detuvo con suavidad, alzando un poco la mano derecha.

—Para eso, Piero, necesito que piense. Que piense mucho, que intente recordar días pasados, si Luca le dijo algo sobre algún hombre que le ofreciera dinero, que lo siguiera, no sé, cualquier cosa anormal.

—No recuerdo nada de eso.

—Tómese su tiempo.

—Están las amenazas a la gente del Trastevere. Quizás es un escarmiento para los que siguen sin ceder y se niegan a vender sus pobres casas.

—Es una posibilidad, pero no encaja. Tal vez hubieran matado al niño, pero lo demás no tiene sentido. Está bien, puede irse, pero prométame que lo hará.

Bruni y Leone se levantaron de una vez y se dieron la mano para despedirse. La naturaleza de hurón de Bruni hizo que diera un vistazo sobre la mesa del comisario, que este detectó al instante.

—¿Ya lo han localizado?

—¿A quién se refiere?

—Al del taxi —dijo volcándose sobre la mesa y apretando su grueso dedo sobre la simulación del retrato de Aceto.

—Parece más viejo y tiene el pelo algo distinto, pero es él, sin duda.

Leone le arrebató la copia y se la plantó de frente, a medio metro de los ojos de Bruni.

—¿Conoce de algo a este tipo?

—¡Claro! ¿No se lo ha dicho la inspectora Rovente? A ese lo llevé yo en el taxi el día del asesinato de mi cara *signora* Messina.

—Diga todo lo que pueda recordar, es muy importante.

—Le recogí en el aeropuerto, con el coche de mi primo. Le dije que parecía del norte, de Turín. ¿Sabe? Siempre acierto, lo sé por la corbata. Le dejé en la dirección exacta que me dio, Via dei Condotti, 68, pero me fijé y no entró en la sede de la Orden. El otro tipo, Ciaccometti, el que ayuda a la inspectora, ya sabe, ese sí entró. Llegó al día siguiente, también desde el aeropuerto.

—¿Está seguro que se trata del mismo hombre?

—Del todo. Es clavado, ¿sabe?

—¿Lo ha vuelto a ver?

—No, pero si lo viese me acordaría.

—¿Puede describírmelo? ¿Cómo era?

—La cara, como el de la foto, pero con el pelo muy corto, entrecano. Lo llevaba peinado hacia delante, al estilo de las estatuas romanas. No llevaba barba ni bigote.

—¿Cómo iba vestido?

—Muy elegante, con traje de rayas diplomáticas. Negro, creo, o azul marino. La corbata clásica, con nudo Windsor. Pero no me dio propina ¿sabe?

—¿Le llamó la atención en algo? Tal vez algún defecto físico, cualquier cosa.

—Sí, su tamaño.

—¿Era grande?

—¡No! Todo lo contrario. Muy pequeño, más bajo que yo, y muy delgado, más que la inspectora. Parecía un niño con traje.

—Gracias, Bruni, no sabe cuánto me ha ayudado.

—¿Los cogerán, verdad? A los asesinos de Luca y de la *signora*, quiero decir.

—Esta vez sí.

Una vez Bruni había dejado el despacho, Leone puso manos a la obra. Se trasladó al laboratorio de la UASV a toda prisa, para introducir en el ordenador los datos que acababa de conocer.

El programa, la función del cual era poder retocar fotografías de personas añadiéndoles o quitándoles años, parecía que por fin servía de algo.

Leone capturó la imagen retocada de Aceto, en la cual representaba unos cuarenta y cinco años. Buscó diferentes tipos de cabello, escogiendo el que más se parecía al que le había descrito Bruni, y le quitó todo resto de pelo en la cara. Mandó imprimir la imagen y dio la orden de hacer llamar a la inspectora Rovente y a Ciaccometti. Los quería a los dos en su despacho en una hora.

Capítulo 39. Barro y sangre

Aceto se encontraba mojado y sucio en la orilla del río Tíber. Exhausto por el esfuerzo realizado, resoplaba y entrecerraba los ojos, para cargarse de la fuerza necesaria para poder emprender su huida. Pasearse de esa guisa por la ciudad comportaría su rápida detención. No podía llamar la atención y no tenía ni dinero ni sitio alguno al que ir, solo le quedaba recurrir a su ingenio. De momento pensó en andar río arriba, por el margen. Allí no le buscarían al principio, creyendo que el Tíber lo arrastró, vivo o muerto. Tampoco encontraría a mucha gente y menos aún de noche. Si se cruzaba con algún indigente podía simular también serlo él. De hecho, es a lo que más podía asemejarse en aquellos momentos.

Anduvo hasta el alba sin ver más que sombras lúgubres y escurridizas, que poco tenían de humanas. Las ropas se le estaban secando y quedaban algo tiesas, por los restos de barro. Aceto temblaba de frío y estaba ya en las afueras de Roma. Por fin vio algo que le podía salvar: un grupo de borrachos pasándose una botella alrededor de una hoguera. Se unió a ellos en silencio, sin imponer su presencia, y al poco ya le pasaron la primera ronda. Tragó sin disimulo el agua de fuego que reconfortó sus entrañas, y pasó el turno al siguiente. No le miraron a los ojos, ni él a los demás. Todos ellos tenían algo que esconder, algo de lo que avergonzarse.

—¡Chico! —Le dijo uno de ellos.

Aceto no se inmutó.

—Eres muy joven para estar aquí, no puedes aún haber caído tan bajo.

Estaba claro que con la borrosidad que el alcohol proporciona a la vista, lo habían confundido con un adolescente.

—Me he perdido —se limitó a decir Aceto.

Eso pareció captar el interés de al menos tres de los individuos.

—¿Tienes dinero? —Le preguntó un viejo sin dientes.

—Aquí no —dijo con un timbre de voz inocente—. Me caí al río y lo he perdido todo. Si me ayudan, yo podría devolverles el favor. Les traeré tantas botellas que no podrán creerlo. Y güisqui del bueno, ¡eh!, de marca.

Ahora todos estaban pendientes de Aceto, cerrando un círculo a su alrededor. El que parecía ser el líder, tomó la iniciativa:

—¿Cómo podrían ayudarte unos tipos como nosotros? Tampoco tenemos nada, ni siquiera un euro para vino.

—Necesito ropa seca, estoy empapado, y que me indiquen donde estoy.

—Eso es fácil, de ropa toda la que quieras. ¡Eh, Potti! Trae el carro. Potti, nuestro amigo, se dedica a hurgar en contenedores de ropa. Tiene un síndrome de Diógenes muy especial, recoge ropa y más ropa. Puedes escoger.

En un instante, uno de los tipos más viejos se acercó con un gran carro de supermercado sobrecargado de prendas de vestir de todo tipo. Aceto tuvo suerte y pudo encontrar unos vaqueros casi de su talla, a los que apenas tuvo que doblar las perneras, y una camiseta azul marino de manga larga, con un logo de la Universidad de Roma. También encontró unas botas en bastante buen estado, que solo eran de un número más del que necesitaba.

—Bien, amigos, no sabéis lo que representa esto para mí. En cuanto pueda recuperarme y llegar a mi casa, os haré llegar cincuenta de las mejores botellas. ¿Qué os parece?

—Confiamos en ti —dijo con la voz untuosa el borracho que se erigía en líder— te hemos dado de beber y te hemos acogido en nuestra hermandad. Ahora no nos falles. Debes salir por el atajo que encontrarás unos doscientos metros más allá, río arriba. Síguelo hasta llegar a una carretera. Después ya verás los indicativos que te llevarán de regreso a Roma.

—Hasta pronto, compañeros.

Aceto se despidió de ellos con un leve movimiento de manos y una sonrisa juvenil.

Capítulo 40

No todo el mundo estaba tan despierto como Leone. A la inspectora Rovente no le hizo ninguna gracia recibir una llamada desde comisaría cuando llevaba apenas una hora durmiendo, después de aquella noche. Incluso la enrabió más que no le dijeran el motivo, solo que eran órdenes de Leone, con el añadido de que parecía estar de excelente humor.

«Lo que me faltaba». —Pensó, desperezándose.

A pesar del aviso, no pudo evitar darse una ducha de agua bien fría y tomarse un buen café con leche. Se puso unos tejanos y una camiseta sencilla, se hizo una coleta, y aún con el pelo chorreando, salió a toda prisa hacia la UASV.

La llamada al Palacio de Malta tardó algo más en llegar a Ciaccometti. El portero no veía muy claro tener que despertar a un caballero por mucho que dijeran que eran policías. Dudó un buen rato e incluso creyó que podía tratarse de una broma. Finalmente cedió, al decirle el agente que eran órdenes directas del comisario Leone, y consintió en preguntar al señor Ciaccometti si quería atender la llamada.

El empleado subió a la habitación y llamó con delicadeza. El hombre casi se desmaya al abrirse al instante la puerta y encontrarse cara a cara con el caballero, que le miraba con expresión estupefacta.

—¿Qué quiere a estas horas?

—Le llaman desde la UASV, creo que me han dicho. El comisario Leone quiere que vaya antes de una hora, dice que es muy importante, aunque no han querido decirme de qué se trataba. Lo siento si le he molestado, señor.

—No se preocupe. Llámelos y dígalos que voy para allá. Mientras me visto, por favor, tráigame un café bien cargado y sin azúcar. Gracias.

Gianna Rovente cogió su Vespa para llegar lo antes posible a comisaría. Aparcó a unos cincuenta metros, fuera el perímetro de seguridad. Sentía frío en la cabeza, a pesar del casco, y al quitárselo le salía vapor de los cabellos recién lavados. Subió directamente al despacho de Leone, esperando que la hubiese hecho llamar para anunciarle la detención del asesino de Luca.

—Hola, comisario, cuánto tiempo sin verle.

—Vamos, entra. No lo podrás creer. En unos minutos llegaré Ciaccometti, han llamado del Palazzo y está en camino.

—¿Qué ocurre?

—Antes de irte, ¿recuerdas?, te he dicho que lo de Bruni era una casualidad.

—Sí, claro.

—Ha venido. Bien, en realidad le he hecho llamar para tener un cambio de

impresiones.

—¿Y bien?

—Ha reconocido a Aceto.

—¿Qué tiene que ver él con todo esto? ¿De qué lo conoce Bruni?

—Es increíble, pero Aceto tiene que ver con vuestro caso, con el asesinato de la Limosi.

—No puede ser.

—Si no te importa, esperemos a que llegue Ciaccometti, pues el caso lo lleváis ambos y no quiero repetirlo todo dos veces.

Si al entrar en comisaría la inspectora Rovente todavía estaba algo adormilada, ahora tenía todos sus sentidos de buen policía alerta.

—¿No puedes adelantarme algo?

—No seas impaciente, Gianna, no puede tardar.

Dichas estas palabras llamó a la puerta Ciaccometti. Cuando hizo entrada en el despacho de Leone, nadie habría dicho que no había dormido en toda la noche. Su traje estaba impecable. Los puños de la camisa, con las iniciales bordadas discretamente, sobresalían lo justo, y tenía la tez tersa y el pelo perfectamente en orden. Miró a Gianna algo sorprendido por su aspecto informal, como de estar por casa.

—Buenos días. Siento no haber podido llegar antes.

—No se preocupe, Ciaccometti. La inspectora acaba de llegar. Bien, no sé por dónde empezar. Esto que voy a comunicarles puede dar un vuelco importante al caso Limosi.

Leone reprodujo, de la forma más fiel posible, su entrevista con Piero Bruni, y les explicó la manera casual en que vio la foto de Aceto, pues él la había descuidado sobre la mesa.

—Lo reconoció sin dejar lugar a dudas, solo puso objeciones a su peinado. Después de introducir los datos que me dio en el programa de actualización de fotografías, he obtenido esta nueva imagen.

El comisario les mostró, cual prestidigitador, lo que sería la imagen actual de su obsesión.

Ninguno de los dos reconoció en ese rostro a alguien que les fuera familiar. Jamás habían visto a ese sujeto.

—Bruni insistió en que era un hombre de cuerpo pequeño, lo definió como un cuerpo de niño. Supongo que exageraba, pero sin duda debía llamar la atención por ser de una estatura y una delgadez fuera de lo habitual —recordó el comisario.

—De hecho, coincide con las conclusiones a las que llegamos con Dimarco.

—Explíquese, por favor —dijo Leone.

—Piero Bruni ya me dijo en una ocasión, cuando me habló del hombre del taxi, que le llamó la atención su especial talla. Eso, conjuntamente con el descubrimiento de Dimarco, que halló un conducto estrecho, pero suficiente, en la biblioteca del

palacio, nos llevó a sospechar que ese misterioso hombre podía tratarse del asesino y que se coló en el edificio de esa forma sin ser visto por el vigilante, saliendo por el mismo sitio.

En ese momento intervino la inspectora.

—Eso es solo una posibilidad. El conducto tiene cuarenta centímetros de diámetro y desconocemos, hasta el momento, si se puede acceder a él desde fuera del edificio. Anoche dejé la petición al equipo de la científica para que esta mañana lo rastreen, aunque, con todo lo que ha pasado, lo había olvidado, la verdad.

—Dudo que hayan ido todavía —dijo Leone, al mismo tiempo que levantaba el auricular del teléfono— el caso Luca es la prioridad número uno, y bastante trabajo les está dando. El loco que mató al niño ha dejado un mar de pistas. El laboratorio está saturado y, desde anoche, no hay ningún agente disponible, tampoco de los del equipo de investigación, ni siquiera ninguna patrulla.

Leone confirmó con el jefe de sala que habían pospuesto la orden de la inspectora, hasta que hubiera agentes a disposición, y eso podía tardar todavía un par de días.

—Está bien —dijo la inspectora resuelta— me ocuparé de ello personalmente. No podemos esperar tanto tiempo.

A Leone le pareció bien y lo expresó con un escueto movimiento de cabeza. Después añadió:

—Tengo una duda. ¿Qué hacemos con la foto de Aceto? Si la divulgamos, le pondremos en aviso y huirá, como la otra vez. Por otra parte, siempre cabe la posibilidad de que alguien le haya visto recientemente y sea más fácil localizarle.

Rovente lo tenía claro.

—Siempre hay tiempo de hacer pública la foto, si nos vemos en un callejón sin salida. Mientras esté caliente la investigación, yo no lo haría. Sería mejor enviarla a las comisarías del país, como comunicado interno.

A todos les pareció mejor así, y Ciaccometti y la inspectora se pusieron en marcha hacia el Palazzo de Malta, después de que Rovente recogiera un equipo técnico de laboratorio, para la recogida de pruebas.

Capítulo 41

Aceto siguió las indicaciones de la “hermandad de harapos”, que era el nombre que había decidido ponerles a ese grupo de indigentes. Le habían ayudado, sin duda, pero no podía estar seguro de que no hablasen demasiado si la policía les interrogaba. Caminó un buen trecho, hasta la carretera que le podía llevar de nuevo a Roma, pero decidió tomar el sentido contrario, pues era consciente que pronto podrían identificarle, como la otra vez. En su afán creador, había sido descuidado y dejó demasiadas huellas. Su ropa estaría llena de restos de ADN, los enseres de pintar repletos de huellas dactilares y, además, ahora sentía como una estupidez el haber cometido el desliz, el divertimento, de dejar la varilla de oro en casa de Limosi. Claro que vigiló en no dejar huellas dactilares, llevaba guantes de látex, pero no era necesario haberse arriesgado de ese modo. En un primer momento, pensó que le ayudaría a despistar a la policía, poniendo al viudo en jaque, como principal sospechoso. Ahora no estaba tan seguro, pero ya no se le podía poner remedio.

Lo que no había olvidado, por experiencia, eran dos cosas vitales: el dinero que le quedaba de lo que le habían pagado por la vida de Messina y las últimas hojas del trabajo sobre Caravaggio que robó. Con eso le era suficiente para iniciar una nueva vida, lejos de Roma, e intentar de nuevo pintar con la fórmula del maestro.

El dinero lo había depositado en una caja de seguridad de un banco del extrarradio, muy cercano a donde se encontraba, si no andaba muy desorientado. En realidad, estaba apenas a un par de kilómetros de allí y llevaba prendida del cuello, en un simple cordón de cuero recio, la llavecita de la caja. El documento estaba en un lugar incluso más seguro, y de momento debía continuar allí. Solo después de asegurarse la huida, lo sacaría del escondite.

Caminó sin descanso, pero sin prisa, por el arcén de la vía asfaltada. Los indicadores reflectantes le dieron la razón, pronto estaría muy cerca de ese dinero sucio, que despreciaba porque en el fondo era un artista, pero que ahora necesitaba para sobrevivir. En la oficina, una sola empleada intentaba atender con diligencia a una larga cola de clientes. Ni siquiera le miró. Aceto se dirigió a la sección de cajas de seguridad, que estaba automatizada. La puerta de entrada, protegida con un código que había memorizado, se abrió sin estridencias y pudo acceder al interior de un frío cuarto de acero de unos veinte metros cuadrados. Tenía cinco minutos para sacar lo que quisiera, tal como rezaban las instrucciones de la caja. Después se cerraría automáticamente y debería salir al exterior de la sala. No necesitó tanto tiempo. Deshizo el nudo que ataba la llave y, después de abrir su caja, recogió con rapidez unos cuantos billetes grandes y dejó el resto tal como estaban. Con eso podría salir

del país sin dificultad.

Repartió el dinero entre los diferentes bolsillos de sus vaqueros, después de asegurarse de que no estaban agujereados y se fue tranquilamente, volviendo a ponerse la llave atada al cuello. La empleada seguía atareada y tampoco lo miró.

Ahora debía cumplir su promesa —si algo le había enseñado su madre, era a ser un hombre de palabra— y se encaminó al primer supermercado que encontró. Por suerte, era uno de los más grandes de la zona, de esos a los que todo el mundo acude atraído por alguna oferta escandalosa y acaba comprando de todo. Había mucha gente —mejor, pensó— a pesar de la hora tan temprana. Se dirigió a la zona de bebidas de alta graduación y compró cincuenta de diferentes marcas.

«Espero que beban tanto que se les derritan las pocas neuronas que les quedan y, por supuesto, se olviden de mí».

Se dirigió a la caja, esperando no llamar la atención en exceso, con aquel cargamento. Tenía delante, formando fila, tres mujeronas también con los carros bien repletos y, cuando le tocó a él el turno, la cajera, que ni miraba lo que iba marcando en la caja registradora, le dijo:

—¡Vaya fiesta se va a dar!

Él le sonrió, intentando disimular el odio que le provocaba, y le dijo que era para todo un año.

—¡Hay que aprovechar las ofertas!

—Sí, claro. Son novecientos ochenta y tres euros con quince, por favor. ¿Quiere el servicio de entrega a domicilio? Es gratis a partir de doscientos euros de compra.

—Sí, se agradece —y dio la dirección del lugar donde dejó a la hermandad de los harapos.

Estaba seguro que, en unos minutos, ya no recordaría ni su cara ni su carro. Por lo menos por allí pasaban mil personas al día.

Era hora de retomar su camino, pero debía planearlo todo con cuidado. En primer lugar debía tomar un buen desayuno que le reconfortase, y prepararse para regresar a La Valetta.

Capítulo 42. La cacería de Príamo

A la organización no le gustaba usar las nuevas tecnologías para comunicarse. De hecho, siempre que la policía había estado muy cerca fue por eso. A principios de los 90 se intentó enlazar las fichas a través de teléfono móvil y años después por correo electrónico, pero eso casi representó la destrucción de la organización: las técnicas de rastreo están muy desarrolladas, y la policía podía tenerles localizados en cuestión de horas. Como solución, se pasaron a los métodos tradicionales: mensajes cifrados, correo ordinario, mensajeros privados, cajas de seguridad y apartados de correos. Eran prácticamente inviolables e invisibles a ojos de la ley. Hoy en día, lo que no está en la red, no existe, por tanto la organización no debe estar en la red.

Príamo se dirigió a la oficina de correos más popular y concurrida de Roma. Tenía una caja de seguridad contratada con un nombre falso y con dos llaves, una para él y la otra para la ficha. Los dos tenían la obligación de visitarla por lo menos dos veces por semana, incluso si el encargo estuviese cerrado. Así funcionaba durante dos meses, que era cuando la investigación policial estaba más activa. Después la frecuencia iba disminuyendo, hasta hacerse cero al cabo de un año del encargo, y Príamo cerraba esa caja.

Príamo no las tenía todas. Esta ficha no era de total confianza y dudaba si respondería a su llamada, dado por hecho que no había cumplido totalmente el trato. Gerardo le había dicho que no entregó la totalidad del documento, se quedó con la parte final, que era la que precisamente necesitaban.

Príamo era un hombre gris, casi indescriptible por lo común de sus rasgos. Compraba su ropa en grandes almacenes, y procuraba que fuera de lo más vulgar y discreta a la vez: colores neutros, grises, negros, que se mimetizaban con la gran masa de la ciudad, sin etiquetas ni marcas visibles. Nada en él llamaba la atención ni sugería recibir más de una mirada. El peinado, ni corto ni largo, el cabello, ni abundante ni escaso, del color castaño más común en la zona latina, los rasgos anodinos, los ojos marrones. Ningún defecto en su cuerpo que resaltara, ni gordo ni flaco, estatura media, voz normal. En resumen: como miles de hombres de una gran ciudad. Podía entrar centenares de veces en un comercio u oficina concurrida, y nadie le recordaría más de unos minutos. Jamás destacaba, ni con su actitud ni por su aspecto. Incluso podría ser difícil predecir su edad.

La oficina de correos está situada en el número 19 de la Piazza San Silvestro, apenas unas calles más allá de la Via dei Condotti, en pleno centro turístico de la ciudad. Príamo entró con naturalidad en el edificio, lleno de turistas que enviaban postales a sus seres queridos, y se dirigió sin preguntar, como siempre, a la sección de cajas postales. Abrió la que tenía la serie A33 y comprobó que no había nada.

Después dejó un simple *post-it* de color rosa con una dirección y una hora.

Lo de las notas en papelitos de color era todo un código pactado, muy simple pero efectivo. El color rosa significaba un encargo, el lugar y la hora, evidentemente una cita, pero siempre debía considerarse la hora inversa, es decir, si pone las 7AM, deberá acudir a las 7PM. Así de sencillo. Ahora nada más quedaba esperar que la ficha recogiera el mensaje como máximo en 72 horas. Mientras tanto, acudiría al lugar cada tarde a la misma hora, durante tres o cuatro días.

Aceto decidió desayunar en una cafetería del centro. Al principio era reticente a volver a la gran urbe turística, donde miles de personas de las más diversas nacionalidades se cruzaban continuamente. Le parecía que se sentiría mejor en un local de barrio pero, después de la reciente visita al supermercado, vio claro que era más fácil que le reconociera esa cajera que siempre debía ver las mismas caras, que una de las zonas turísticas, la mente de la cual ya no se tomaba la molestia de memorizar a todos los visitantes.

Eligió un local con dos salidas y tomó asiento en una mesa esquinera, lejos de la luz directa. Se puso de espaldas a la pared y de cara a la puerta, tal como tenía por norma y por simple precaución. Tomó café negro y un bollo dulce, y aprovechó para leer la prensa. Solo quedaba un periódico libre, *Il Mattino*. En seguida vio que la noticia del asesinato del niño era portada, pero no el principal titular. Buscó, saltándose las otras páginas, la noticia en el interior, donde se explicaba que habían encontrado el cadáver de un menor en la ribera del Tevere, con evidentes signos de violencia. También explicaba que había varias líneas de investigación abiertas y que no se descartaba ningún móvil. Nada más.

O bien la prensa no se había enterado de la entrada en el teatro de Pilatos, o bien lo supieron demasiado tarde para que saliese en los periódicos de la mañana. De momento no debía preocuparse, nadie tenía su foto ni podían identificarlo. Quizá, si algún día atan cabos, pensaba Aceto, ya procurará haber desaparecido, como la otra vez.

Cerró el periódico y lo dobló del revés, dejándolo sobre la mesa, junto con unos euros que cubrían la consumición y algo de propina, y salió a la calle. En menos de dos segundos su mesa ya estaba ocupada por otros, nadie le recordaría.

Su intención era dirigirse a cualquier agencia para comprar un billete de avión para La Valetta, cuando recordó su obligación de abrir la caja de correos. Era algo que no había hecho hasta ese momento y pensó que ya que se encontraba cerca, antes de salir de Roma no estaría de más cumplir el trato. Se acercó andando a la Piazza San Silvestro en menos de diez minutos, y entró directo hacia la sección de cajas. Cogió su llavín y abrió con naturalidad. Tomó el *post-it* con sorpresa y curiosidad, aunque conocía el significado del color rosa.

«Qué raro».

Aceto también sabía que esto no era normal. Le habían dicho que nunca, lo recordaba perfectamente, se hacían encargos de forma tan seguida. Se dejaba un

tiempo prudencial, como ellos decían “se deben secar las flores”. Las alarmas de su intuición enferma se encendieron y decidió hacer caso omiso de la cita. Cerró la caja y se dio prisa en salir de Roma, aunque antes debía recoger “la receta”.

Capítulo 43. En Palazzo

Roberto y Gianna no tardaron en entrevistarse con Frey Carolo, para explicarle las últimas noticias.

—Se está cerrando el círculo —dijo Dimarco. Ahora nos queda encontrar a ese hombre, y por lo que decís, no será fácil.

—Aceto lleva años huido de la justicia, es la obsesión del comisario Leone, su gran fracaso profesional. Gracias a que no ha dejado ese caso, a pesar del tiempo transcurrido, ahora tenemos un sospechoso de primera categoría.

—No puede desaparecer, como si nada. Y no debemos olvidar que desconocemos el móvil. ¿Por qué Messina? —dijo Dimarco.

—Es un psicópata —dijo la inspectora— mata sin motivo, como las otras veces. No debemos olvidar que mató a tres mujeres sin relación aparente.

—De acuerdo —intervino Ciaccometti— pero entonces, ¿por qué vació el ordenador? Yo creo que, tal como creímos al principio, tiene algo que ver con Caravaggio, con Santa Úrsula. No puede ser casualidad.

—Tal vez —dijo la inspectora— pero ahora vamos a ver que hay en ese agujero.

Los tres se dirigieron al archivo de la sede, la inspectora con un equipo técnico completo de los que utiliza la policía científica.

—Antes de empezar, necesito que me digan qué tocaron ustedes, al descubrir el conducto.

Ciaccometti y Dimarco reflexionaron durante unos instantes, para rememorar cada uno de los movimientos que realizaron.

—Bien —empezó Dimarco—, Roberto extrajo los cuatro tornillos de estrella estirándolos con las uñas. No le sirvió de nada el destornillador, pues estaban pasados de rosca. También tocó la rejilla, para separarla de la pared.

—Estoy de acuerdo. Después no tocamos nada más, a la espera de que la policía pudiese tomar muestras, si es que las hay.

—Vamos a verlo —indicó la inspectora.

Gianna Rovente se agachó y se puso un par de guantes de látex. Cogió con cuidado la rejilla, poniéndola dentro de una bolsa de plástico que precintó y a la cual puso una etiqueta preimpresa numerada.

En otra bolsa, mucho más pequeña, introdujo los cuatro tornillos de estrella. En realidad no esperaba encontrar huellas dactilares en esos objetos. El asesino era muy precavido, por lo que era improbable que tocara nada sin guantes. Tampoco habían encontrado improntas digitales en el resto de objetos del archivo.

Hecho esto, enfocó una potente linterna contra el conducto abierto.

—Roberto, —dijo la inspectora— ¿puedes sostener el foco?

Ciaccometti tomó la linterna profesional, de gran potencia, encarándola al agujero.

Dimarco se sorprendió, aunque supo disimularlo, por las muestras de familiaridad entre la inspectora y su ahijado.

Rovente cogió un metro de la bolsa y tomó la medida al diámetro de la cañería. Medía exactamente cuarenta centímetros. Después pasó una especie de plumero nuevo, acabado de desprecintar, por la superficie interna del tubo, hasta donde le llegó el brazo. También lo guardó en otra bolsa etiquetada.

—Con este cepillo recojo los posibles pelos o fibras textiles, aunque sean diminutos o invisibles al ojo humano, que pudiera haber dejado el asesino. Después, en el laboratorio, analizaran el contenido de todas las bolsas.

—¿Podrías contaminar el lugar con las fibras de tu ropa? —preguntó Roberto.

—Sí claro, por eso, junto con las muestras, deberé enviar mi jersey y algún cabello, para descartar en caso de contaminación.

Esta vez la inspectora sacó un utensilio nuevo de su bolsa. Parecía un cable enrollado, pero tenía más consistencia, y en la punta una especie de cristal azul.

—¿Para qué sirve eso? —preguntó Ciaccometti.

—Es un cable con una cámara en el extremo. Lo conectaremos al *notebook*.

Mientras encendía un ligero ordenador portátil, iba explicando que, si el tubo iba dirigido hacia abajo o recto no tendrían problemas en filmar el interior del conducto, pero que si iba hacia arriba, necesitarían un pequeño robot que podía escalar si era necesario.

—La cámara grabará todo el trayecto del tubo y, si no es más largo que el cable, sabremos adonde lleva.

Los tres se pusieron a mirar la pantalla del ordenador, mientras la inspectora tecleaba órdenes. En unos instantes vislumbraron en la pantalla un tubo vacío. El tramo inicial se veía limpio, sin ningún objeto visible, apenas se apreciaban motas de polvo que se percibían como minúsculos focos luminosos saltarines.

—Por ahora el tubo transcurre en terreno plano, aunque con una trayectoria oblicua —dijo Rovente. ¿Qué hay al otro lado de esta pared?

Dimarco, encarando sus ojos hacia arriba, a la izquierda, dijo:

—¡Claro, la tienda!

—¿Qué tienda? —dijeron a coro, Roberto y Gianna.

—Como sabéis, el Palazzo de Malta está situado en la calle más comercial de Roma, la Via dei Condotti, conocida mundialmente. No os podéis imaginar a qué precio se alquilan aquí los locales, y claro, la Orden, hace ya algunos años, decidió alquilar parte de la planta baja del edificio a grandes firmas de la moda. De hecho, actualmente solo se conserva el archivo como pieza propia de la Orden, a pie de calle. Lo demás son espacios alquilados.

La cámara continuó avanzando por el conducto, sin que se apreciara nada de especial, hasta llegar a una rejilla oscura.

—El trayecto es muy corto —dijo Ciaccometti.

—Sí, —dijo la inspectora— mide un metro y medio, con cuarenta grados de inclinación hacia la derecha.

Estos eran los datos que le daba el ordenador. También le decía que no había encontrado objeto alguno en el conducto, que tenía un diámetro regular de 40 centímetros en toda su longitud.

—Vamos a ver si podemos atravesar la rejilla —dijo Rovente.

La inspectora accionó otra tecla que hizo que el cable, con la pequeña luz al frente, se paseara a través de las finas láminas metálicas que dejaban pasar leves destellos esporádicos al trasluz.

—Las lamas están demasiado juntas, aunque tal vez, aproximando mucho la cámara, podamos ver algo.

En realidad apenas pudieron ver un espacio muy limitado, lleno de sombras en movimiento, pero que no permitían adivinar nada de lo que había al otro lado.

—Vamos a probar con un cabezal de menor diámetro. Creo que con el 0,5 servirá —explicó la inspectora.

Extrajo el cable del conducto y lo sustituyó por uno mucho más fino, con una terminación cristalina.

—Al ser tan corto el trayecto, no habrá problema para atravesar el conducto, ya que este cable tiene menos fuerza.

Al cabo de unos minutos se vio en la pantalla del *notebook* lo mismo que antes, pero esta vez la microcámara logró atravesar la reja protectora. En un principio, la pantalla del portátil quedó en blanco, como si un foco la iluminara.

—Esto es normal —dijo la inspectora— es por el cambio de intensidad lumínica. Ahora se verá mejor.

Después de teclear algunos códigos, la imagen se fue definiendo poco a poco.

—¿Qué es eso? —preguntó Dimarco.

—Parece el cambiador de una tienda —contestó Ciaccometti.

Se veía un taburete de madera tapizado con capitoné de seda azul real, en una pequeña habitación con colgadores de estaño clavados en la pared. El recinto estaba bastante iluminado, según parecía, por varias lámparas de cristal de Murano.

—Bien —dijo la inspectora— ya sabemos cómo se puede entrar en la sede de la Orden de Malta, de una forma relativamente fácil.

—Jamás hubiese creído que esto fuera posible —dijo Dimarco, con el rostro compungido.

—Vamos al otro lado del conducto de respiración —propuso la inspectora.

Capítulo 44. Intoxicados o detenidos

En la comisaría de la UASV no paraban de entrar coches policiales con los cristales de atrás tintados. Según las órdenes de Leone, las patrullas que peinaban los márgenes del río, traían detenidos a todos los indigentes que encontraban y resultaba que eran muchos más de los previstos. Eran tantos que, o bien empezaban pronto los interrogatorios, o tendrían que habilitar otro lugar para ponerlos. Ninguno de ellos decía haber visto nada fuera de lo común, aunque era evidente que la mayoría estaban drogados o muy bebidos.

Leone estaba dando vueltas a su despacho, como una fiera enjaulada. Su humor era pésimo y se arrepentía de haber dado la orden de detención contra todos los indigentes que se encontrasen en la zona inspeccionada. Eran demasiados y, si la prensa se enteraba, podía resultar un escándalo considerable. Esta vez decidió que dejaran ir a los que estuvieran más bebidos y que se interrogara inmediatamente a los otros.

Entró una llamada de teléfono al despacho del comisario.

—¿Qué ocurre ahora?

—Señor, llaman del hospital de la Santa Croce.

—¿Y qué? ¿No ve que la comisaría está colapsada? ¿Qué pasa ahora?

—Es muy raro, señor. Comunican que hay quince indigentes ingresados con coma etílico muy grave. Uno ya ha muerto.

Leone iba a responder de malas maneras cuando se le encendió algo en el cerebro que hizo que se contuviera.

—Páseme la llamada.

Al teléfono se puso el gerente del hospital.

—Han llegado hace apenas media hora. Un viajero los vio por casualidad y dio el aviso. Se estaban agrediendo unos a otros con botellas de alcohol de alta graduación, al lado de una carretera. La mayoría tiene heridas inciso-contusas, aunque no muy graves, pero todos, sin excepción están bajo un síndrome tóxico alcohólico muy agudo.

—¿Hay alguno que esté consciente?

—Ninguno. Uno ya ha muerto.

—¿Por las heridas?

—No, seguramente por la gran cantidad de alcohol que ingirió. Comisario, tenemos el hospital desbordado, y es probable que cuando despierten, si es que lo hacen, inicien un cuadro de *delirium tremens*. Necesitamos refuerzos. ¿Podría enviar alguna patrulla?

—Iré yo personalmente —dijo Leone, antes de colgar el teléfono.

El comisario sentía activado su instinto de viejo cazador, que le decía que aquello no era una casualidad. No tardó en llegar al hospital y pedir por el gerente. Era un hombre de mediana edad, muy grueso y sudoroso. No paraba de pasarse un pañuelo arrugado por la frente y después por las gafas sin montura que se le empañaban sin cesar.

—Le estoy muy agradecido, comisario. Jamás habíamos visto nada igual por lo que a intoxicaciones etílicas se refiere. Pero, la verdad, me ha sorprendido que viniera usted personalmente. ¿No están trabajando en el caso del niño asesinado?

—Por eso estoy aquí —dijo Leone, sin parar atención a la cara de sorpresa del gerente, al que agarró fuerte por el brazo y le dijo que le llevara a un sitio discreto.

El hombre parecía algo espantado, pero no podía evitar regocijarse en la situación en que se encontraba, seguramente la más emocionante de su vida.

En unos momentos se encerraron en un despacho antiguo pero aún elegante. El gerente tomó el auricular del teléfono de sobremesa para dar órdenes de que no le molestasen.

—Usted dirá —dijo a Leone, mientras continuaba secándose el sudor.

—Deben tomar muestras de la sangre de toda esa gente y guardarlas para la policía científica. Seguramente han sido intoxicados deliberadamente para que no hablen. En cuanto tengamos patrullas disponibles les pondremos protección.

—¿Cree que están el peligro?

—Sin duda han visto alguna cosa. La mejor forma de acallar a un borracho es facilitarle un atracón de su droga. Deben informarme en seguida si alguno de ellos recobra la consciencia o habla, aunque sea en sueños. ¿Hay alguno que esté menos grave?

—Todos están muy graves, aunque su recuperación dependerá de su fortaleza física y de lo castigados que tengan sus órganos vitales. Algunos ya son viejos y seguramente llevan años destrozando su hígado. También es muy posible que si se recuperan no recuerden nada.

—Esa es la finalidad de Aceto.

—¿Cómo dice?

—Nada, son cosas mías.

El comisario puso fin a la conversación y se levantó para irse.

—¿No desea verlos? —Dijo el gerente.

—¿Para qué?

Capítulo 45

La inspectora Rovente y Ciaccometti se dirigieron a una de las *boutiques* situadas en la planta baja del Palacio de Malta. Solo había una que fuera vecina del archivo de la sede. Dimarco prefirió no ir con ellos, ya que llamaría demasiado la atención que alguien de su posición entrase en una tienda de lujo mundano. Decidió, así, quedarse al otro lado del conducto, en el archivo, por si desde allí podía ayudar en algo. El ordenador seguía conectado a la microcámara que había llegado hasta el vestidor de la tienda.

Antes de entrar en el lujoso local, Ciaccometti dio un vistazo inconsciente a la inspectora.

—¿Crees que me echarán? Hoy no llevo mis mejores prendas —dijo ella, algo preocupada.

—Si les enseñas la placa, seguro que no. Entremos.

La tienda estaba casi vacía. Había tres dependientes, dos hombres y una mujer, todos impecables y con cara de pocos amigos. Como clientes estaban una pareja de japoneses muy parlanchines.

Antes de poder decir buenos días, los tres empleados se miraron entre sí, y sin decir nada ya supieron cuál era el papel de cada uno de ellos. La mujer siguió atendiendo con esmero a los turistas y los dos hombres se acercaron a la pareja que acababa de entrar. Algo no les cuadraba, pues se volvieron a mirar entre ellos. Sin duda era la diferencia de aspecto entre la inspectora, vestida de forma totalmente despreocupada y con el pelo mal recogido en una coleta, y el caballero, vestido de forma tan elegante como discreta. No pasaron desapercibidos a los ojos bien entrenados del mayor de los hombres, sin duda el encargado, los gemelos de oro blanco con el emblema de la orden en las mangas de Ciaccometti.

—¿Qué desea el señor? —dijo uno de ellos.

A Gianna le molestó profundamente esa muestra de machismo. ¡La estaban ignorando! Se sentía transparente, invisible más bien. Esa clase de comportamientos solían alterar el suyo, ya de natural bastante apasionado.

—¡Policía! —Dijo en voz suficientemente alta para que se oyera en toda la tienda.

Lo hizo expresamente, como venganza a la actitud engreída de los otros. No era necesario que la oyera nadie, pero se sintió satisfecha de molestarlos. Su única palabra provocó la alarma en la cara de los tres trabajadores y la huida de sus únicos clientes: los japoneses se disculparon con varias reverencias y salieron del local sin comprar nada.

El encargado, demostrando su experiencia, tomó del brazo a la inspectora, de

forma muy delicada, y le pidió que entrasen en su despacho.

Era una sala cuadrada, discreta pero decorada con muy buen gusto, como era mandato en todas las tiendas de la marca, cara sencillez. Los muebles, de ébano envejecido, los colores neutros, las luces suaves y la música aterciopelada. Nada sobraba ni nada se echaba en falta. Allí se recibía en privado a los mejores clientes de la firma.

Al cerrar la puerta, el empleado adquirió una dureza salvaje en su rostro, clavando su mirada en la inspectora.

—Usted dirá.

—Soy la inspectora Rovente, de la UASV. Mi colaborador es el caballero Roberto Ciaccometti, de la Orden de Malta. Estamos investigando, de forma conjunta, un asesinato.

La expresión del hombre se suavizó.

—¿En qué podemos ayudarles?

Esta actitud ya gustaba más a la inspectora, aunque esperaba menos colaboración de lo que ella consideraba unos estúpidos engreídos.

—Supongo que habrá oído hablar del asesinato de Messina Limosi.

—La prensa habla mucho de ello.

—¿Se ha dado usted cuenta que fue cometido a pocos metros de donde nos encontramos ahora? —preguntó Ciaccometti.

—Sé lo que he leído. No entiendo que tenemos que ver nosotros con todo esto. Si creen que oímos algo, están equivocados.

—Un hombre mató a la señora Limosi, dama de la Orden, en la habitación contigua a esta tienda: el archivo del palacio —dijo Rovente, mencionando el rango de la víctima, para ablandar al estirado dependiente.

—Lo entiendo, no lo sabía, pero le puedo asegurar que no oímos nada. Además, tengo entendido que fue de madrugada, cuando la tienda está cerrada.

—Ahí radica el misterio —dijo Ciaccometti.

Ante la expresión perpleja del hombre, la inspectora continuó:

—El asesino únicamente pudo acceder al interior del palacio a través de su tienda. La cara del hombre era el reflejo de la estupefacción más elevada.

—Eso es imposible —logró balbucear.

—No es así. De hecho, es la única posibilidad que existe. Se lo explicaré: hay un conducto que une los dos espacios, su tienda y el archivo de la Orden. Seguramente se encuentra en uno de los cambiadores, por lo que se puede ver desde el otro lado.

—No es posible... —continuaba insistiendo el hombre, ya con menos convencimiento.

—Le pedimos, —dijo Roberto— queremos pedirle, que nos deje echar un vistazo a los vestidores.

—¡Oh!, claro, desde luego.

El encargado les invitó a que le siguieran. Eran unos habitáculos muy espaciosos.

Enseguida vieron la rejilla del conducto, casi a ras de suelo del vestidor de hombres.

La inspectora se agachó y tomó con cuidado los cantos de la celosía metálica, para comprobar si cedía con facilidad, como así fue. Del mismo modo que en el lado opuesto del conducto, en el archivo, los tornillos habían cedido, estaban desenroscados, a pesar de que aparentemente no se notaba.

Gianna miró hacia el agujero, iluminándolo como una pequeña linterna de bolsillo.

—No se ve nada, como en el otro lado.

Después tomó muestras con otro plumero por estrenar y lo metió en una bolsa plástica con cierre que llevaba en el bolsillo. Una vez recogidas todas las muestras posibles, Gianna llamó a Dimarco.

—¿Me oye? —dijo, levantando algo la voz sobre su tono normal.

—Claro y alto, inspectora. De hecho, también la veo a través del monitor.

—Gracias. Por ahora ya hemos acabado.

Gianna se incorporó y le pidió al encargado si podían volver al despacho. Debían hacerle unas preguntas.

—Por supuesto —dijo, y los acompañó de nuevo a la sala donde les recibió la primera vez.

Ciaccometti tomó la palabra:

—Ahora viene lo más difícil. Usted antes lo ha definido muy bien: imposible. Pero ha sucedido. Un hombre, de algún modo, entró en la tienda y se escondió aquí hasta la madrugada. Desenroscó la rejilla del conducto y se introdujo en él. Entró en el archivo de la orden, mató a Messina Limosi, grabó el disco duro del ordenador, dejándolo vacío, se llevó su ropa y zapatos y se fue por el mismo sitio, por ese tubo tan estrecho. De nuevo en la tienda, supo salir de ella, con toda esa ropa, sin que nadie le viese.

—Usted me perdonará —dijo el encargado, cada vez más perplejo— pero sigo diciendo que eso es imposible. Aquí no puede entrar nadie sin ser visto. Es una tienda de lujo. Cada uno de nuestros artículos vale miles de euros y, como comprenderán, está todo muy controlado. Tenemos cámaras y...

—¿De veras tienen cámaras? ¡Es estupendo! —dijo la inspectora. No las he visto al entrar, deben estar ocultas.

—Sí, las tenemos camufladas. A nuestros clientes podría ofenderles que se vieran vigilados o grabados sin su permiso. Puede usted imaginar que algunos de ellos son famosos y se sentirían coartados.

—Es natural. Pero, ¿guardan las grabaciones? —preguntó la inspectora con miedo de que le dijera que no.

—Sí. Hace unos años se conservaban durante un tiempo, ya que se trataba de cintas que ocupaban su espacio. Ahora se usa el sistema digital y cabe todo en un pequeño chip. Se destruye a los dos años. Pero hay un problema.

—¿Cuál? —dijeron a coro, ansiosos, los dos investigadores.

El encargado se puso serio, muy formal.

—La política de privacidad de la empresa no permite ni siquiera abrir esos archivos si no hay una orden judicial que lo ordene. Ya les he dicho que aquí viene gente muy importante —y añadió en un susurro de complicidad: viene el presidente.

—No se preocupe, desde luego conseguiremos la orden. Ha sido usted muy amable y no queremos abusar más, pero, ¿podría responderme a unas pocas preguntas?

—Usted dirá.

—¿Cuántas entradas desde la calle tiene este local?

—Una.

—¿No hay puertas de emergencia?

—No. Recuerde que este espacio está en la planta baja de un palacio. La única entrada y salida, y que cumple con todas las normas de seguridad, no hace falta decirlo, es la que da a la Vía dei Condotti.

—Y cuando viene alguien muy, muy, importante, ¿también entra por ese sitio tan poco discreto?

—Sí. Pero lo diré un secreto: vienen cuando la tienda está cerrada, normalmente los domingos, y se abre para ellos.

—Gracias, lo entiendo —dijo la inspectora. ¿Siempre son ustedes tres trabajadores?

—Siempre. No salimos para nada en toda la jornada. Si alguno no puede venir por algún motivo, enseguida se sule por un sustituto. Créame: no es posible que alguien entre sin ser visto.

—Yo diría que es muy difícil que eso ocurra, pero de algún modo así ha sido —dijo Ciaccometti— las cámaras nos dirán cómo fue. Ahora una última pregunta por mi parte, aunque debo pedirle por anticipado que no se ofenda: ¿Todos los empleados son de confianza?

El hombre se puso más tieso de lo que ya estaba, pero fingió muy bien no estar en modo alguno agraviado.

—Llevan algunos años aquí y pasan, pasamos, una criba muy exigente. Se nos piden antecedentes penales y recomendaciones, estudios superiores en protocolo y desde luego una buena presencia. Claro que eso no significa...

—Continúe, por favor.

—No quisiera que ustedes pensasen...

Los investigadores permanecieron en silencio.

—Es posible que alguno de ellos se deje comprar. No quiero decir que eso haya ocurrido jamás y confío plenamente en mis dos compañeros.

—Durante las últimas semanas, ¿ha habido alguna sustitución?

—No. Se lo puedo asegurar. Tampoco ha habido ningún cliente fuera del horario de atención al público. Todo ha sido normal.

—Gracias por todo —dijo la inspectora, levantándose para despedirse.

Volveremos pronto con la orden judicial.

Capítulo 46. Aceto y la receta

La biblioteca nacional central de Roma es un inmenso edificio de acero y cristal. La entrada es libre y suele estar repleta de estudiantes y estudiosos de todas las edades. Aceto parecía uno más entre ellos y no llamó en absoluto la atención de la encargada del registro de socios ni del vigilante, más ocupado en su nuevo *iPod* que en las caras de los visitantes.

Aceto se dirigió a la sección de ingeniería naval, la que había comprobado días antes que era la menos concurrida. En ella, tal como constaba en las fichas, había libros que no habían sido solicitados ni una sola vez en mucho tiempo. Él sabía que corría un pequeño riesgo, pero era el mejor sitio que se le ocurrió para ocultar la receta.

Cuando tuvo en sus manos la fórmula para preparar la pintura tan especial que usaba el maestro, la copió a lápiz en el papel más fino que encontró en el mercado: papel de fumar. Le ocupó algunas horas llenar seis finas láminas con letra diminuta, pero disfrutó haciéndolo. Después se dirigió a la biblioteca, escogió un libro y, tras hacerse el carné de socio con una falsa identidad, lo retiró. Una vez en el teatro de Pilatos que le servía de casa y taller, despegó con vapor la contraportada del grueso tomo, forrado con tela teñida de verde, e introdujo los finos papeles con delicadeza entre la tela y el cartón de la tapa, antes de volver a pegarla. Al cabo de dos días dejó el libro en un buzón de recogida del servicio de préstamo. Había llegado la hora de recuperarlo.

Todo continuaba en su sitio. El libro, una tesis doctoral sobre la influencia del índice de salinidad del mar sobre la velocidad de los buques, estaba en la segunda fila del tercer estante, y no parecía que nadie más que él se hubiera interesado por ese tema. Lo cogió con presteza, sin poder evitar abrirlo por el final, para comprobar si todo estaba en orden, para después dirigirse al mostrador de préstamos y llevárselo otra vez. Claro que ahora no podría volver a su taller y tendría que arreglárselas para conseguir despegarlo de nuevo sin dejar marca.

En el mostrador había un chico nuevo, parecía muy joven y ni siquiera se entretuvo en decir nada. Ya en la calle, con el ejemplar de ingeniería bajo el brazo, Aceto pensaba en cómo recuperar la receta y devolver el libro al buzón, sin dejar pistas, sin hacerse evidente, cuando se le ocurrió entrar en un cine cualquiera y comprar una entrada para una película de las llamadas de autor, a poder ser subtitulada: se aseguraba estar lo más solitario posible.

Tampoco le llamó la atención a la taquillera que un joven con un libro bajo el brazo fuera de los pocos que estuvieran dispuestos a pagar seis euros para ver el documental sobre la libertad de prensa en América latina, firmado por un realizador

novel. Para ella todos tenían la misma pinta: listillos con cara de aburrimiento.

Lo primero que hizo Aceto fue entrar en el aseo y asegurarse que ninguno de los compartimentos estaba ocupado. Abrió el grifo del agua caliente y la dejó correr unos instantes, para después mojar el dedo índice en ella y deslizarlo con cuidado sobre el borde de la contraportada interior. Cuando vio el papel lo suficientemente humedecido tiró de una esquina con mucho cuidado y empezó a despegar la tela.

En ese instante se apagó la luz.

Capítulo 47

A la inspectora Rovente no le costó demasiado conseguir una orden para intervenir las cintas de video de la *boutique*. La juez de guardia la expidió en el acto al ver que la solicitud era para investigar el asesinato de Messina Limosi, a la que había conocido personalmente.

Con la orden en la mano y acompañada de Ciaccometti, regresaron a la tienda de ropa. Allí el encargado les hizo pasar enseguida al despacho, sin dejar que el único cliente que había notase su presencia.

—Aquí la tiene —dijo Rovente, alargando el papel hacia el empleado.

—Celebro que se la hayan expedido tan pronto, pero lamento desilusionarla, ya que las cintas las tiene en depósito la empresa de seguridad, CTS y están en la oficina central, en Milán.

—Eso no debe ser un problema para usted, supongo. Solo tiene que llamarlos por teléfono y enviarles la orden para que vayan preparando los registros del día anterior en que mataron a la señora Limosi y también las de ese mismo día.

De mala gana, aunque quería evitar que se notase, el encargado de la tienda cogió el auricular y empezó a marcar una serie de números, con el prefijo de Milán. Cuando le contestaron pidió por un tal Cesare y le hizo saber que había una orden judicial para que facilitasen las grabaciones de la cámara de seguridad de la tienda de Vía dei Condotti de los días indicados. Esperó unos segundos y colgó el teléfono.

—Bien, ustedes ganan. Mañana a primera hora tendrán lo que han venido a buscar —dijo el hombre, levantándose de la silla y haciendo un ademán con la mano, que ellos interpretaron como que se les invitaba a dar por terminada la visita.

—Supongo que abren a las diez —dijo la inspectora.

—A las nueve y media para ustedes. Eso sí, les pido discreción; ya saben que nuestra marca... —empezó a decir, con la voz bien modulada y con visible ensayo.

—No se preocupe —dijo Ciaccometti.

—Con que venga uno a recogerlo...

—Claro, no hay problema —dijo la inspectora, a la vez que le dio la espalda para dejar el local.

En la calle, Ciaccometti se adelantó a exponer lo que los dos pensaban.

—Gianna, ¿no cree que ese hombre actúa de forma distinta que la última vez que lo vimos?

—Sí, yo también lo he notado. Parecía tenso, irritado, aunque hacía verdaderos esfuerzos por contenerse. ¿Crees que sabe algo?

—No lo sé, tal vez se deba a que ha recibido alguna reprimenda de sus superiores,

por verse implicados en este asunto, o quizá tenga miedo de que si se demuestra que quien mató a Messina entró por ahí, peligre su puesto de trabajo. Nos dijo que tenían al Presidente como cliente. Imagina que se hace público que un asesino estuvo escondido en el vestidor, podría ser un drama para la casa.

—Sí, claro, tienes razón. Debe tratarse de eso.

Se despidieron ante el palacio de Malta y Roberto Ciaccometti se ofreció para recoger la grabación a la mañana siguiente. Quedaron a las diez para desayunar en la cafetería más cercana a la comisaría, Da Piero, para algo más tarde ver las cintas en el laboratorio de la UASV.

Capítulo 48

Leone, en consonancia a su apellido, llegó rugiendo a su lugar de trabajo. No sabía si su estado de ánimo era optimista, por tener más pistas de Aceto, o pesimista, ya que todos los posibles testigos del caso Luca estaban inconscientes o muertos.

Pasó por los pasillos sin saludar a nadie, con la mirada llameante y cerró la puerta de un fuerte golpe. Allí, a salvo de miradas indiscretas, se derrumbó en su sillón, hundiendo el rostro en sus manos.

No estuvo así ni cinco segundos, que es el tiempo que el teléfono tardó en sonar.

—¿Qué quiere ahora? —le espetó al agente que le hacía de secretario.

—El señor Limosi desea verlo, señor. Ha dicho que si podría pasar ahora o tal vez preferiría usted acercarse a su casa.

—Iré yo —dijo y colgó.

Leone fue al aseo y se lavó la cara con agua fría y jabón, y se la secó con unas ásperas toallitas de papel reciclado que frecuentemente se acababan sin que nadie se molestara en reponer.

Se miró en el espejo y vio a un hombre cansado de casi sesenta años. Las bolsas marmóreas bajo los ojos le hacían parecer incluso mayor, aunque todavía conservaba un buen cuerpo y casi todo su cabello, ya gris.

Con las manos algo húmedas, se alisó el traje por su parte delantera, se arregló el nudo de la corbata y se repasó el peinado.

Ya más en su sitio, pidió el coche oficial y se dirigió a la villa de Limosi.

La mansión le pareció más bella e imponente que otras veces. La verja de la entrada, de hierro forjado a mano por artesanos locales, permanecía cerrada y solitaria. Leone bajó del coche y llamó al timbre, esperando respuesta que no recibió, solo un leve zumbido que le indicaba que le estaban abriendo.

Montó de nuevo en el vehículo y puso la primera marcha, y después la segunda, para recorrer los quinientos metros de paseo franqueado de eucaliptos antiguos, esbeltos y tristes, hasta llegar ante la puerta principal de la casa, donde de pie le esperaba un sirviente de edad avanzada.

El hombre le acompañó hasta un gran salón, bien iluminado y le indicó que el señor le estaba esperando.

Limosi le dio un saludo formal y dijo al criado que ya podía retirarse.

—Siéntate, Leone, por favor —dijo el notario, indicando que tomara asiento en el sofá de piel curtida, a la vez que sin preguntar le sirvió una copa de su mejor Armañac.

—Gracias, veo que sigues apreciándome mucho —dijo Leone sonriendo, señalando la bebida de oscuro color miel.

Limosi hizo un gesto con la mano, para quitarle importancia.

—Vamos, somos viejos amigos. Quería hablar un rato contigo, eso es todo. ¿Hay novedades?

—Sí, las hay. Pero antes, ¿cómo estás tú? ¿Has recibido más amenazas? ¿Alguien se ha puesto en contacto contigo?

—No. A veces pienso que todo fue una broma de mal gusto, que aquello no tenía nada que ver con la muerte de Messina.

—Lo dudo, Guido. Es un caso extraño que ha dado un giro que desde la UASV no entendemos, pero ahí está.

—¿A qué te refieres? —Guido Limosi avanzó su cuerpo hacia el comisario, despegando la espalda del respaldo de su sillón, con una expresión en la faz que podría definirse como expectante.

—¿Recuerdas el caso Aceto?

—Sí, fue muy famoso, pero ¿qué relación puede tener con Messina?

—Eso es lo que me pregunto yo, pero la conexión existe. Verás, es una historia algo larga. También está vinculado con el niño que mataron anoche, junto al río: Luca.

—No entiendo nada, Leone.

—No puedo explicártelo todo todavía, pero hay un testigo que sitúa a Aceto en el lugar y el día del crimen.

—¿Quién es?

—Un taxista ocasional. Le dejó ante la sede unas horas antes de producirse el asesinato.

—Pero, ¿cómo pudo acceder al palacio?

—Eso aún no está claro, aunque casi lo tenemos. Pero hay más casualidades: ese taxista conocía a Messina, dice que era su hermana.

—¿Su hermana?

Leone notó que esa afirmación no produjo en el notario tanta sorpresa como supuso, y le extrañó.

—¿Qué sabes de Messina? De sus orígenes, quiero decir.

—No es ningún secreto. Hija de una noble y rica familia romana, hija única.

—No está mal, pero, ¿por qué no te ha sorprendido lo del hermano taxista?

El notario tardó más de lo debido en responder, debatiéndose entre decir o no la verdad.

—Ella no lo sabía, pero yo sí. Nunca se lo dije, no quería herirla, por eso toleraba sus extravagantes acciones en defensa de los habitantes tradicionales del Trastevere: sin duda la sangre manda. Lo supe por casualidad, hace ya años, de hecho, antes de casarnos.

—¿Te lo dijeron tus suegros?

—No. Yo fui el encargado de tramitar los papeles para la boda, ya sabes, la partida de bautizo. Allí constaba bautizada como Messina Bruni. Pregunté al párroco,

que aún era el mismo que la bautizó, y me lo explicó todo. Fingieron que nació de sus padres adoptivos y la inscribieron como su hija, pero su verdadera madre ya la había hecho bautizar y eso no pudieron cambiarlo: no se les permitió bautizarla de nuevo, con otro nombre. Se lo pregunté a mi suegro, pues en un principio creí que se debía tratar de un error. Él me lo confirmó y me exigió que no le dijera nunca nada. Yo era un joven enamorado de una mujer extraordinaria y, por eso, decidí callar. No sé si hice bien.

—No lo sé, Guido. Ahora ya no se puede hacer nada.

—¿Hay algo más? Dijiste algo de un niño asesinado.

—Sí, anoche. Resulta que Piero Bruni debía recogerlo y llegó tarde. Ya lo encontramos muerto.

—¿Puede ser casual?

—No lo creo. Aparte de esto, hay un grupo de borrachos en coma en el hospital, también relacionados posiblemente con este caso. Podrían ser testigos de la huida del asesino.

—¿Crees que te acercas al final?

—Supongo que llegaremos a saber quién mató a Messina. Quizá sea más difícil explicar por qué si es que no se trata de una simple obra de un maníaco —dijo Leone y pensó que tal vez nunca supieran por qué sonreía.

—¿Crees que fue Aceto quien me amenazó? ¿Qué sentido tiene?

—No lo sé, Limosi. Me gustaría poder darte todas las respuestas pronto.

Los dos amigos sabían que la conversación sobre el caso se había terminado y se despidieron, no sin antes dar un breve paseo por la finca, para hablar de los viejos tiempos.

Capítulo 49

Príamo no se lo podía creer cuando vio a Aceto salir de la Biblioteca Nacional, con un libro bajo el brazo. Parece ser que no era el único que usaba este edificio público, dedicado a la cultura y el estudio, para hacer contactos.

El hombre más buscado de Roma, Aceto, tenía un aspecto inofensivo, casi adolescente. No parecía nervioso, no miraba hacia los lados para asegurarse que no lo seguían ni andaba demasiado deprisa.

A Príamo se le ocurrió que era una lástima tener que prescindir de un asesino tan templado, pero había incumplido el pacto y no era de fiar. También le sorprendió un poco que a esas horas todavía rondara por Roma, con la desfachatez que proporciona la seguridad en uno mismo.

Le siguió. Debía encontrar la manera de eliminarlo sin ruido ni pistas. Aceto continuó su camino en dirección al centro de la ciudad. Al poco tiempo se paró ante una vieja sala de cine. Príamo se mantuvo arrimado a la pared contigua al local, de espaldas, simulando encender un cigarrillo, para evitar que pudiera salir reflejado en el cristal de la taquilla.

Aceto cogió una entrada y se dirigió hacia el interior de la sala, pero sin llegar a entrar.

Príamo siguió sus pasos, tomó otra entrada y se dirigió hacia el interior del edificio.

Aceto estaba en los servicios para hombres, empezando a despegar la contraportada del ensayo naval cuando se quedó sin luz. En un primer momento no sintió miedo y creyó que se trataba de uno de esos interruptores automáticos que, conforme transcurre el tiempo programado, se apagan solos, de esos que suelen ponerse en los lavabos públicos para ahorrar electricidad. Buscó a tientas por la pared el interruptor, pero para su sorpresa no resultó ser de aquel tipo. Lo encendió y apagó varias veces con incredulidad y agudizó su fino sentido del oído. No percibía nada, salvo los varios clics de la llave de la luz que él mismo provocó. Se metió el libro en la parte de atrás de los pantalones, sujeto con la trinchera contra sus músculos lumbares y, con la finura de un gato, salió al pasillo, donde sí había luz. No vio a nadie y se tranquilizó al instante.

—No pasa nada —pensó— lo acabaré de extraer en la sala.

Ninguno de sus sentidos, de los cuales se sentía tan orgulloso, le advirtió del peligro que corría. Hasta ahora le habían salvado de ser atrapado: un simple movimiento o destello, un leve ruido que no debiera estar o ese olor sucio y algo agrio que desprenden los humanos cuando sienten ira o miedo. No percibió nada.

Se sentó al extremo de una fila intermedia. Pensó en sentarse en la última, con la

espalda contra la pared, tal como le indicaba el instinto, pero estaba ocupada por una pareja muy entretenida y no quería llamar la atención pareciendo un simple mirón. Nadie, en una sala de cine casi vacía, elegiría butaca cerca de otro espectador y menos aún de una pareja.

Aceto se sentó después de sacarse el libro de la espalda y lo puso en su regazo. La película ya había empezado y era lo suficientemente clara como para verse las manos. Abrió el libro por la contraportada y notó que aún estaba húmeda. Tiró del extremo que ya estaba algo desprendido, que cedió sin problemas hasta dejar al descubierto los papeles manuscritos que contenían la receta. Dejó el libro en el asiento contiguo y se puso en el bolsillo trasero del pantalón lo que realmente le interesaba, echando su cuerpo hacia delante.

Príamo también había previsto que Aceto se sentaría en la última fila hasta que, al igual que él, vio que había una pareja de amantes. Entonces calculó que buscaría un extremo cercano a la salida, por si había de salir corriendo, y no erró. Se tumbó en el suelo, con cuidado, y cuando Aceto eligió asiento se fue acercando reptando por la moqueta áspera y maloliente. Se situó justo detrás de él, acechándolo y controlando a la vez que no lo viera nadie. Por la rendija que había entre los sillones observaba como despegaba la tapa de un libro y que, con cuidado, extraía unos pequeños pedazos de papel.

En el momento en que adelantó el tronco superior de su cuerpo para meterse la mano en el bolsillo de atrás, Príamo hizo un rápido movimiento y clavó una fina y larga vara de oro en el respaldo.

Aceto expulsó aire de los pulmones con alivio, al saber que la fórmula estaba a salvo, y se dejó caer en el asiento donde quedó ensartado por el corazón, sin que pudiese emitir nada más que un leve suspiro. Por su mente pasó un fugaz pensamiento: no podré acabar la obra.

Príamo retiró la aguja, igual a la que había servido para matar a Messina, y echó el cuerpo hacia delante. Se levantó y se fue a sentar al lado del cuerpo de Aceto, para poder coger con facilidad los papeles escondidos.

Dejó allí el libro y se fue de la sala, con total tranquilidad.

Una vez en la calle, Príamo se dirigió hacia su morada, un impersonal apartamento de una habitación en un barrio residencial de los llamados nuevos, en una de esas calles sin comercios, superpobladas de bloques de pisos y amplias zonas verdes que nadie utiliza, donde no se conocen ni los vecinos. Se trasladó en autobús, pagando el billete, como tenía por costumbre, sin comprar nunca bonos para no dejar pistas y solo cuando se vio dentro del piso llamó por teléfono.

—¡Caro Gerardo! ¿Cómo estás? Tengo lo que buscas y la ficha ya saltó del tablero.

Gerardo enseguida le entendió: tenía el documento y se había eliminado al traidor, al asesino que no cumplió el trato.

—¿Cuándo podemos vernos?

—O, caro, antes debemos hablar de lo que eso pesa.

—Sí, sí, claro. ¿Cuánto... cuánto pesa?

—Mucho. Casi una tonelada.

—Es decir, diez mil.

Príamo rió sin ganas, pero no dijo nada.

—¿Más?

—Un millón.

—Eso no formaba parte del trato. De hecho, ustedes incumplieron el acuerdo y ahora pretende sacar mucho más de lo que se dijo al principio.

—¿Acepta o no?

—Ya le llamaré —dijo Gerardo, y cortó la comunicación.

Gerardo debía consultar a Albino sobre este escollo, ya que no pensaba que después de no hacer bien el trabajo tendrían la desfachatez de pedirles más dinero.

—¿Qué pasa, Gerardo, lo tienen ya?

El anciano moribundo yacía en su gran cama, de la que no se había movido en los últimos días. Su aspecto empeoraba, incluso a la vista de los que estaban junto a él todo el tiempo. En realidad su cuerpo parecía empequeñecer. Solo la mención del escrito que le faltaba tenía el poder de poblar de rubor sus mejillas.

—Así es.

—¿A qué esperas entonces? Sabes que estoy muriendo.

En los últimos días evitaba hablar y, cuando lo hacía, ahorra palabras, lo que a los que estaban habituados a su lenguaje retórico y complicado les parecía extraño, como si de algún modo hubiese rejuvenecido.

—Quieren un millón.

—¿De euros?

—Sí. Ya les dije lo que pensaba: ellos no cumplieron el trato y encima quieren más dinero.

—¡Calla, insensato! Llámalos y paga.

—Sí, honorable eminencia.

Capítulo 50

Leone decidió darse un respiro y no regresar a la comisaría. Necesitaba andar y pensar, dos actividades que ejercidas conjuntamente solían darle buenos resultados en las investigaciones. En algunos de los casos más difíciles en los que había trabajado le habían llegado las mejores ideas en momentos de calma y fuera del lugar de trabajo.

Aparcó el coche en una calle cualquiera y se puso a deambular sin rumbo fijo, o eso pensaba, hasta que se encontró sin querer ante las puertas del cementerio del Verano.

Un hombre menos realista que él habría pensado como mínimo que su subconsciente le llevó allí, o tal vez, alguno algo más fantasioso, que el espíritu de Messina no podía descansar, encontrando el modo de atraerlo hacia su último lecho. Leone pensó que era una curiosa coincidencia y se adentró en el recinto del artístico camposanto. La tumba de la familia Limosi permanecía como el último día que la vio, tal vez algo más sucia por los excrementos de las incansables palomas. Permaneció de pie ante ella, preguntándole sin hablar por todos los misterios que rodeaban su muerte. ¿Quién fue? ¿Qué buscaba de ti? ¿Por qué sonreías?

Leone notó un movimiento en el bolsillo izquierdo de su pantalón, una vibración a la que al principio le costó acostumbrarse: una llamada de comisaría.

—Leone al habla.

—Comisario, ha habido otro asesinato.

—¿Otro? —no pudo evitar el tono de sorpresa en su voz.

—Sí, esta vez se trata de un hombre... —Leone le cortó.

—¿Dónde ha sido?

—En el cine La Verità, ¿lo conoce?

—Sí, voy para allá.

El comisario salió corriendo del cementerio en dirección hacia su coche, que había aparcado a unas cuantas calles de distancia y se dirigió a una de las salas de cine menos concurridas de la ciudad.

En la entrada del local había un par de coches patrulla, cerrando el paso a los transeúntes y un pequeño grupo de curiosos estirando el cuello y cuchicheando, que intentaban saber qué estaba pasando ahí.

El comisario dejó el coche en doble fila, con las luces de avería puestas y accedió al interior del recinto.

La platea tenía todas las luces encendidas y, a pesar de ello, permanecía en una penumbra tenue en comparación con las soleadas calles. Le costó algunos segundos acostumbrar sus pupilas, mientras un agente le daba los detalles.

—Comisario, se trata de un hombre de raza blanca, ha sido herido por la espalda con un objeto punzante muy fino.

—¿Le han tocado?

—Está en el suelo, pero cuando lo encontré el acomodador estaba sentado, doblado hacia delante. Le zarandeó pensando que se había dormido y se cayó, quedando en esta postura —dijo señalando el cuerpo.

—¿Cómo ha muerto? ¿Alguna idea?

—No, pero le hemos levantado la camiseta con cuidado y se le ve un pinchazo en la espalda, a la altura del corazón.

—¿Han identificado el cadáver?

—Parece que no lleva documentación, aunque no le hemos registrado a fondo, a la espera de que el Juez ordene el levantamiento.

Leone, al ver el menudo cuerpo doblado en el suelo, embutido entre dos filas de butacas, intuyó que era Aceto. Se acercó al cadáver, arrodillándose con dificultad, dolorido en sus articulaciones y le enfocó una potente linterna de bolsillo. No le veía bien los rasgos, pero parecía ser él. Se le aceleró el corazón al ver allí el objeto de su fracaso y de sus pesadillas. Con recelo intentó darle la vuelta, sin poder esperar al Juez, y esta vez no tuvo dudas. Era Aceto.

Leone se dirigió al agente que estaba tomando declaración a uno de los empleados del cine. Estaban sentados en la última fila y el hombre parecía excitado.

—Había terminado la película y, como siempre, repaso la sala, por si se ha quedado dormido alguno. No suele pasar, pero de vez en cuando...

—Siga, por favor —dijo Leone, al ver que el hombre interrumpió su relato al verle.

—Sí, decía que estaba dando una vuelta por la sala. Siempre lo hago entre sesión y sesión, y así, de paso, recojo los papeles o las porquerías que dejan algunos. Al principio no lo vi, pues estaba doblado hacía delante. Me pareció una postura algo rara, pero pensé que sería un borracho. Con apenas tocarle el hombro se cayó al suelo y entonces salí a avisar a Sarina, la taquillera.

—¿Había mucha gente en esta sesión?

—No lo creo. No suele haber mucha en este tipo de películas, pero eso se lo dirá mejor ella, que vende las entradas. Yo entro de vez en cuando y está oscuro. La verdad, no me fijé cuantos eran, como mucho cuatro o cinco.

—No se preocupe, después hablaremos con ella. ¿Qué le dijo a la señora Sarina?

—Que creía que había muerto un hombre en la sala.

—¿No pensó que, tal vez, podría estar inconsciente?

—La verdad es que no. Antes había trabajado en una funeraria y sé reconocerlos, aunque a decir verdad, también podría haber estado desmayado, no lo sé, es lo que primero se me ocurrió.

—¿Qué hicieron después?

—Entré de nuevo junto a ella. Estaba nerviosa, no podía creerlo. Nos acercamos y

ella le reconoció como uno de los que habían entrado a ver la película. Dijo: es el listillo del libro.

—¿Alguno de ustedes lo tocó?

—No. Salimos fuera y llamamos a emergencias. Nos quedamos todo el rato en la puerta para que no entrara nadie para el siguiente pase.

—Bien, de momento puede irse y decirle a la señora Sarina que entre.

—¿Van a cerrar el cine?

—Por hoy sí. Vamos a tomar pruebas y huellas en todo el recinto. Mañana podrán abrir. Por supuesto, tendrán que pasar por comisaría para facilitar sus dactilares, para descartar.

—Claro. He visto muchas películas.

El empleado salió de la sala y fue a por su compañera de trabajo, que no tardó en entrar, retorciéndose la falda con los dedos. Leone le hizo un gesto con la mano para que se detuviera un momento.

—¿Qué es eso del libro? —le preguntó al agente en voz baja.

—Hemos encontrado un libro en el reposa brazos de la butaca donde estaba Aceto.

—¿Dónde está?

—En una bolsa de pruebas. Se trata de un ejemplar de ingeniería naval, creo.

—Ya puede pasar la señora —Leone al tiempo le hizo otro gesto con la mano, para que entrara y tomara asiento.

El agente retomó el interrogatorio y Leone observaba.

—Señora Sarina, ¿cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

—Cinco años, señor policía.

Se trataba de una mujer de mediana edad, pulcra y anticuada en el vestir y en el peinado.

—Cuéntenos lo que ha sucedido.

—Yo estaba en la taquilla, como siempre. Solo salgo para ir al lavabo y estirar las piernas, más o menos cada hora.

—Perdone que le interrumpa —dijo Leone— ¿sale usted fuera del recinto?

—No, nunca. Me paseo un poco por la recepción mientras no hay clientes.

—Entonces, mientras usted está en el lavabo, ¿quién vigila que no se cuele nadie?

—Eso es cosa de Marcantonio. Él está en la puerta de la sala.

—Bien, prosiga.

—Al terminar la sesión, Marcantonio entró, como siempre, a dar un repaso. Alguna vez hay gente que viene a dormir y se les pasa el tiempo sin despertar al final de la película. También hace la limpieza. Al poco rato salió corriendo y gritando mi nombre. Se acercó y me dijo que creía que había un muerto. Vamos, míralo tú, dijo. Los dos juntos hemos ido hasta la fila donde estaba el hombre. Yacía en el suelo, de lado pero con la cara hacia abajo. En el brazo de la butaca estaba el libro con el que había entrado.

—¿Le reconoció?

—Sí, me fijé en él al entrar. Su cara no tenía nada de particular, pero su estatura era muy baja, parecía un crío, aunque su rostro demostraba tener ya cierta edad. Llevaba un libro bajo el brazo. A veces califico a la gente que entra con apodos, es como un pasatiempo. A este le puse “el listillo del libro”. Vienen aquí muchos de este estilo, quieren parecer intelectuales y por eso ven estas películas y se pasean con libros. Yo creo que los que lo son de veras no necesitan demostrarlo.

—¿Recuerda cuantas personas entraron en esta sesión?

—Sí. Son tan pocas que no cuesta mucho. Había una pareja de novios. O tal vez amantes. Esos suelen sentarse en la última fila, para que no los vean festejar. A parte de ellos, estaban un par de hombres más. Uno entró antes que el difunto y el otro algo después.

—¿Alguno de ellos utilizó los servicios?

—Solo el difunto, antes de la sesión. Por cierto, creo que se ha estropeado la luz, según me ha dicho Marcantonio.

—¿Alguno de ellos ha abandonado la sala antes de terminar la película?

—Sí. Suele pasar, no crea. No está bien que lo diga, pero estas películas no valen nada. Uno de los hombres se marchó a los pocos minutos de iniciarse el film, como mucho aguantó diez minutos.

—¿Puede describirlo?

—Era muy normal, estatura media, pelo castaño, canoso, ni corto ni largo, vestía de oscuro, creo que de gris, aunque podría ser negro también.

—¿Se fue con prisa?

—No, salía a paso normal. No se entretuvo, pero tampoco parecía tener ninguna urgencia. No me miró ni saludó al salir.

—¿Podría reconocerlo si lo viera en una foto?

—Creo que sí, aunque no tenía nada que llamara la atención.

—¿Y el otro hombre?

—Era un tipo obeso, de más de sesenta años. Llevaba ropa amplia, de color blanco, de algodón, creo y un sombrero de Panamá. Salió al final de la película y tenía cara de aburrido.

—¿Y la pareja, era joven?

—Él sí, ella no tanto.

—Ya entiendo. Gracias. Tendremos que volver a hablar con su compañero.

—Lo aviso ahora mismo.

No tardó nada en volver a entrar el acomodador.

—Bien, señor Marcantonio. ¿Vio usted salir a alguien antes de que terminara la película?

—No.

—¿Cuántas veces fue a los servicios, durante la sesión?

—Una, creo. No funciona la luz.

—¿A qué hora fue, más o menos?

—Al poco de empezar, no recuerdo exactamente. Creo que antes de que llevaran un cuarto de hora.

—¿Vio a un hombre obeso en la sala?

—Había uno vestido de blanco. Se le veía incluso a oscuras.

—¿Dónde estaba sentado?

—En la tercera o cuarta fila. Debía de ser miope o tal vez se habría olvidado las gafas, porque si pueden elegir, nadie nunca se pone tan cerca de la pantalla.

—¿Había alguien sentado detrás del difunto?

—No sabría decirle, no suelo fijarme —el hombre se detuvo a pensar— creo que no.

—Gracias.

Leone dejó que los agentes continuaran recogiendo pruebas y se fue, no sin antes llevarse el libro que estaba marcado como prueba número uno.

No pudo esperar a llegar a comisaría para examinar el grueso tomo, sin abrir la bolsa de plástico precintada. Tal como le dijo el policía, se trataba de un estudio sobre buques. Parecía poco usado, y, aprovechando la amplitud de la bolsa, lo abrió por el final, viendo que la contraportada estaba suelta por el interior, como si le hubieran arrancado el forro, pero no estaba rota por ningún punto. Después lo abrió por la tapa de portada y enseguida vio que se trataba de un libro propiedad de la Biblioteca nacional central.

—Vamos para allá —se dijo a sí mismo.

Leone se sentía extraño, no acababa de asumir que había encontrado a Aceto, y además, muerto. Además, asesinado, con un agujero en la espalda tan fino como el que tenía el cadáver de Messina. Ahora no podía hacer mucho más, debía esperar el resultado de la autopsia y las analíticas de los de la científica, pero sí podía pasar por la biblioteca a preguntar.

Aparcó muy cerca de la entrada principal sin demasiada dificultad. Pasando en coche, había visto muchas veces el impresionante edificio moderno que no gustaba a todo el mundo, por su contraste con la vieja Roma, pero no había sentido nunca la necesidad de entrar. A Leone tampoco le agradaba, pareciéndole demasiado funcional y aséptico. Él prefería, cuando tenía tiempo, visitar la Biblioteca Angélica, con sus paredes revestidas de elaboradas estanterías de madera noble y sus tomos antiguos, manuscritos magníficos e interesantes, con su olor rancio y su color amarillo. Ambos lugares, fuera de compartir parte de la denominación, no tenían nada que ver: aquí todo era blanco y azul, no destilaba ningún misterio ni le ayudaba a excitar la imaginación.

En el redondeado mostrador de la entrada había tres empleados, aparte del vigilante que estaba ante la puerta principal, con unos diminutos auriculares conectados. Se dirigió a una mujer joven que le sonrió al verle entrar.

—Señorita, por favor, soy el comisario Leone —dijo a la vez que le mostraba la

placa— desearía que pudiera atenderme en un despacho algo más discreto que la recepción.

—¡Oh! Por supuesto —dijo sorprendida y lo hizo pasar hacia el fondo de un pasillo.

—Quiero hacerle unas preguntas sobre un libro que parece ser que pertenece a esta biblioteca.

—¿Quiere que llame al director, señor?

—De momento no hace falta, a no ser que usted lo considere necesario.

—Bien, diga qué quiere saber.

—Simplemente, quién pidió este libro en préstamo, el historial del mismo y cuando se lo llevaron por última vez.

—¿Lo han robado? —tan pronto como hizo la pregunta se dio cuenta de la estupidez de la misma. Los comisarios no se encargan de investigar a los ladrones de un libro sin valor.

—No, no se trata de eso.

—Claro, disculpe —y, con la faz roja de vergüenza se sentó ante un ordenador y se puso a teclear.

No tardó ni tres minutos en obtener lo que buscaba, dando la orden de imprimir al programa.

—No tiene mucho éxito, por lo que se ve.

—¿Cómo dice?

—Se ha prestado dos veces, y a la misma persona. La última vez ha sido no hace ni tres horas. Tome —dijo alargando un papel hacia el comisario— aquí lo tiene.

El nombre impreso no le decía nada. Probablemente era falso, pero tampoco conocía el nombre oficial de Aceto.

—Gracias, señorita. Solo me queda pedirle si se fijó usted en cómo era la persona que se llevó el libro.

—No tengo ni idea, por aquí pasa mucha gente. Tal vez hizo el préstamo otro compañero, espere que lo compruebe.

La mujer se encaró de nuevo al ordenador e introdujo una serie de números.

—Sí, fui yo, pero no lo recuerdo. Piense que cada día prestamos más de cien.

—Ha sido muy amable. ¿Tienen cámaras de seguridad?

—Sí, las hay por todo el recinto. Tienen una función disuasoria, más que nada.

—Bien, enviaré una orden para ver las grabaciones de hoy, y por supuesto no podré devolver el libro en un cierto tiempo, forma parte de una investigación, pero no se preocupe, se lo haré llegar todo por la vía oficial. Muchas gracias de nuevo —dijo Leone, levantándose de la silla.

Leone salió del edificio con la impresión de que no estaba entendiendo nada. ¿Qué tenía que ver la velocidad de los buques con Aceto? En ese momento se acordó que debía informar a Ciaccometti sobre los nuevos acontecimientos, y a la inspectora Rovente, claro.

Hizo las llamadas y los convocó en su despacho para dentro de media hora, sin darles ninguna explicación.

Gianna Rovente estaba algo molesta con el comisario, por su forma de hacer las cosas, pero no quiso que se le notara, por lo que llegó puntual a su cita.

Al entrar en el despacho vio que Ciaccometti se le había adelantado y estaba conversando amigablemente con Leone.

—¿Supongo que hay novedades? —dijo a modo de saludo.

—Sí las hay. Si no estoy equivocado, el caso se está complicando.

Leone empezó a relatarles que había un nuevo asesinato y que tenía la seguridad que el cadáver era el de Aceto, aunque aún no estuviera identificado.

—¿Estás seguro? —dijo Gianna.

—Sí, es idéntico al Aceto del retrato robot, además que coincide su descripción física corporal.

—¿Y si no lo es? —dijo Ciaccometti.

—También está la herida que tiene en la espalda: es igual a la que tenía Messina, una pequeña incisión a la altura del corazón. Claro está que se debe practicar la autopsia y todo lo demás, pero creo que no me equivoco.

—Podríamos llamar a Piero Bruni, para que lo identifique.

—Por supuesto, ese será el primer paso. Si se confirma que es Aceto, tendremos que dar una rueda de prensa.

—Soy partidaria de esperar a mañana, a que veamos la grabación de la tienda de ropa. Si Aceto entró por ahí, se verá bien y tendremos algo más.

—Aunque sea Aceto, esto no significa que hayamos resuelto el caso. Aún no sabemos por qué mató a Messina, ni qué buscaba en el archivo de la Orden de Malta, ni por qué lo han matado a él de un modo similar —dijo Ciaccometti.

—Si es él, por lo menos no volverá a hacer daño a nadie, aunque me hubiera gustado cogerlo vivo.

—El hecho de que lo hayan matado con un arma similar, la verdad, no lo entiendo. ¿Qué se pretende? Dejar pistas falsas o decirnos que es una venganza, no sé, es extraño.

—No tenemos nada de nuevo por lo que respecta al arma. Ningún joyero ni orfebre ha reconocido haberla fabricado. Ni siquiera la inscripción, *ad umbilicum adducere*, que lleva gravada nos ha llevado a nada.

—¿Podría tratarse del lema de una sociedad secreta? Es una frase hecha latina que significa “acabar una obra” —dijo Ciaccometti, no muy convencido.

—Podría ser, en Italia hay muchas, unas nuevas y otras que se fundaron en la edad media. Quién sabe. Creo que tendríamos que seguir indagando por aquí, alguien tiene que saber a qué se refiere la frase.

—Se me ha ocurrido algo. Dimarco sabrá mucho acerca de órdenes y sociedades secretas. De hecho, él dirige una orden religiosa con mucha historia. Si les parece bien, yo me encargaré buscar por este lado.

Todos estuvieron de acuerdo.

—Es curioso. —Dijo el comisario— tres asesinatos muy diferentes, de personas de orígenes diversos y que podrían estar relacionados. Nos falta la conexión, que nos dará todas las respuestas.

—En los tres coincide la presencia de Piero Bruni.

—Sí, eso aún me preocupa más —convino Leone.

El comisario recibió una llamada. Era del jefe del laboratorio de la policía científica. Escuchó con atención, tomó algunas notas y no dijo nada hasta colgar el auricular.

—Tienen un primer informe sobre las muestras recogidas en el Teatro de Pilatos. Solo puede ser obra de un loco, algo así únicamente pudo hacerlo Aceto.

—¿De qué se trata? —preguntó la inspectora.

—Han hallado la composición de la pintura que el asesino hizo en la pared. Contiene albayalde y blanco de plomo a partes iguales. Son compuestos que suelen utilizarse en pintura, en especial en un tipo de mezcla que se conoce como pútrido, por el olor que desprende mientras no seca. Están disueltos en un aceite especial. Además contiene hiel humana.

—La del niño —dijo para sí, Gianna.

—Sí —respondió Leone.

Capítulo 51

Al honorable Albino le quedaba muy poco tiempo en este mundo. Gerardo lo sabía y por eso le estremecía el hecho de tener que pagar un millón de euros a un asesino, un traidor, por un pedazo de papel que para él no significaba mucho. Para Albino lo representaba todo, era lo que había estado persiguiendo desde que le eligieron como El Perfecto, el sumo sacerdote de la Capa Blanca. La Orden llevaba siglos intentando hallar la fórmula que Caravaggio utilizó en sus mejores obras, una receta diabólica y sagrada a la vez. Todos sus antecesores habían fracasado, pero él no podía morir sin tenerla en sus manos. Habría hecho cualquier cosa con tal de poseerla y matar apenas le parecía un simple trámite.

Gerardo, en cambio, estaba harto de sus veleidades y consideraba que eran unos cuantos viejos que se entretenían con antiguas fantasías. No creía en la existencia de la fórmula, hasta que supo de las investigaciones de la señora Limosi. Pero temía a Albino. Era su único pariente, su heredero y había mucho que recibir y mucho que perder si se oponía a sus deseos, sabía demasiado. Por eso, pese a que cumpliría sus órdenes al fin, no podía dejar de desear que muriera de una vez. No podía olvidar que de ese modo su legado tendría un millón más y todo ese dinero da para desaparecer y librarse de las garras de la Orden.

Capítulo 52. Ciaccometti habla con Dimarco sobre sociedades secretas

Dimarco esperaba a su ahijado en su despacho. Había recibido su llamada hacía unos minutos y le dijo que había importantes novedades y también que quería preguntarle algunas cosas.

—Buenas tardes, Roberto. Me tienes en vilo desde que llamaste.

Ciaccometti llegó con calma, sin mostrar su exaltación.

—Sí, hay cosas nuevas, parece ser que el asesino de Messina ha muerto. La investigación avanza, pero aún hay mucho que saber. Por eso, si le parece bien, antes quisiera que me hablase de sociedades secretas.

—¿Te refieres a órdenes secretas? ¿Qué tiene eso que ver?

—Nada o mucho, según.

—Estás muy misterioso, hijo.

—Hay puntos muy oscuros en el caso, y he pensado que usted puede ayudarnos. ¿Qué sabe de esas órdenes?

—Las hay a miles, por todo el mundo. Muchas de ellas son sectas, herejías, desviaciones de las viejas religiones. Otras tienen su origen siglos atrás y aunque se llamen secretas, no tienen nada de eso, más bien les gusta publicitarse: los nuevos templarios, los *illuminatti* y toda esa porquería.

—Me sorprende su lenguaje, Frey Carolo.

—Perdona, hijo. Muchas pretenden ser antiguas y en realidad desaparecieron hace siglos y ahora se han vuelto a refundar simulando ser lo que no son, simple parafernalia, attrezzo de cartón piedra. No tienen ningún valor, pero están de moda, como el famoso Priorato de Sión. Suelen fabricarse un pasado, muchas veces con documentos falsos.

—Ya, pero las hay que sí vienen de antiguo.

—Sí. Algunas son inofensivas, pretenden continuar a sus predecesores en la preservación de algún supuesto secreto que ha de destruir la humanidad o al cristianismo o cualquier otra religión poderosa.

—¿Suelen tener un lema?

—Sí, un lema de oscuro significado, simbología, un emblema, códigos de reconocimiento, jerarquía y rituales de iniciación. Ninguno de estos elementos falta en ellas.

—¿Le suena *ad umbilicum adducere*?

—Por supuesto. Se encontró esa inscripción en el arma que sirvió para dar muerte a nuestra querida Messina.

—¿Podría ser el lema de una de esas órdenes o sociedades?

—Podría ser. Significa acabar una obra, pero no me suena. Claro que hay miles de esas organizaciones y no las conozco a fondo. Creo que tengo un libro que podría ayudarnos.

Dimarco se levantó dirigido hacia la librería de su despacho, donde tenía su particular biblioteca.

—Aquí está.

Se sentó de nuevo, con un tomo que parecía tener muchos años y lo puso sobre la mesa.

—Es un compendio de todas las órdenes que se conocían a finales del siglo XIX. Lo escribió un catedrático de la Universidad de Bolonia, doctor en leyes.

Dimarco se dispuso a buscar el índice de más de ocho hojas.

—Mira, Roberto, las hay a cientos. Tenemos, por supuesto, a los masones con sus muchas logias, ritos y variantes, los *carbonari* cuyo objetivo fue unificar Italia, con integrantes tan conocidos como Pellico o Garibaldi. También la Garduña, del siglo XV. ¿Sabes que de esta sociedad tomaron las principales ideas tanto la Camorra napolitana como la Mafia? Tenía finalidades criminales y algunos de sus miembros estaban muy bien situados: jueces, gobernadores, de todo.

—¿Existe todavía? —preguntó Ciaccometti.

—Oficialmente no, se disolvió en 1821 con el ajusticiamiento de su gran maestro, Alfonso Cortina, junto a algunos de sus correligionarios. Simularon ser una orden religiosa, para ocultarse.

—Es muy interesante, pero si se disolvió no nos sirve.

—No te confundas, Roberto. Ya te he dicho que en algunos casos se han vuelto a constituir en años recientes. La Garduña sería el tipo de sociedad bien capaz de orquestar un asesinato como el de Messina, lo que no coincide con los símbolos: aquí no dice nada de una aguja de oro ni del lema. Ellos se tatuaban tres puntos en la palma de la mano para reconocerse.

—¿Qué hay más?

—Es imposible leer todo esto ahora. Están los ilustrados de Bulgari, que querían erradicar todos los gobiernos y crear un nuevo orden. En esta idea coinciden con muchas otras sectas y sociedades secretas. Tuvieron su influencia en la revolución francesa y desaparecieron a principios del siglo XIX en Europa.

—¿En Europa?

—Sí. Parece ser que continuaron sus actividades en Japón. También tenemos la Filiki Eteria, con fines políticos, la Fraternitas Saturno creada alrededor del 1600, de magia demoníaca y una muy curiosa que nació para burlarse de la masonería, los Gormogons.

—Solo me interesan las más antiguas. Todo ese ritual de una larga aguja de oro, la inscripción latina, la escenificación en la muerte de Messina, cubierta con una capa de seda.

—Que, no lo olvides, llevaba bordada una cruz de la Orden de Malta.

—Y, en medio, está el estudio de Messina sobre los últimos días de Caravaggio, que como sabes, durante algún tiempo perteneció a nuestra Orden y fue expulsado. El robo de los documentos podría tener un interés especial para alguien perteneciente a una sociedad esotérica.

—Nunca se han aclarado del todo los motivos de su caída en desgracia, aunque se ha especulado mucho al respecto. Deberías repasar esa parte de nuestra historia, quizás nos dé algunas pistas.

—¿Podría dejarme el libro? Tengo una larga noche por delante.

Capítulo 53

Gerardo se puso en contacto con Príamo y convinieron el modo de realizar el intercambio. Era un sistema tan fácil como corriente: cada uno acudiría a un conocido centro comercial y depositaría su parte en una caja de seguridad. Después, se intercambiarían las llaves numeradas en la barra de un bar, dejándolas sobre el mostrador y cogiendo cada uno la del otro. En unos minutos terminarían su consumición y se dispondrían a retirar, uno el dinero dispuesto en un maletín y el otro un sobre con unos manuscritos dentro. Gerardo no olvidó decirle a Príamo que debía devolverle la aguja de oro. Era un objeto sagrado para la Orden de la Capa Blanca. Tenían una decena en total, sin contar la que dejaron en casa del notario. Esa ya la daban por extraviada.

La cita sería para el día siguiente, a las diez de la mañana.

Capítulo 54

Ciaccometti se dirigió a su habitación sin ni siquiera ganas de cenar. Tenía prisa por encontrar alguna cosa en el libro sobre órdenes secretas que le había prestado su mentor. Se puso ropa cómoda y se sentó frente al escritorio, encendiendo el ordenador portátil.

Primero miró el índice sistemático y buscó en el apartado de órdenes religiosas. Había dos subapartados, el primero hacía referencia a las órdenes religiosas oficiales, entre las cuales se nombraba a la Orden de Malta. Buscó la página que se indicaba y vio que no recogía más que un breve comentario sobre esta histórica orden, como mucho un par de párrafos que recogían los datos más importantes, la fecha de fundación, su jerarquía y los integrantes más destacados, entre los que había varios reyes. Al final mencionaba a Caravaggio, pero para indicar que fue expulsado de la misma por causas oscuras.

A Ciaccometti le pasó por alto una nota al pie de página, escrita en letra diminuta.

El segundo subapartado recogía órdenes y sociedades de carácter religioso o que procedían de escisiones de las religiones oficiales. Las había a decenas y la mayoría no le sonaban de nada.

Su descripción era mucho más amplia que las del primer apartado, ya que dedicaba varias páginas a cada una de ellas. Ciaccometti leyó durante horas, y al final todas le parecían iguales, con sus grados de jerarquía, sus ceremonias de iniciación, las drogas que tomaban y los códigos secretos, los cuales se reproducían en elaboradas ilustraciones hechas con tinta, a mano.

Al final, le venció el sueño y pensó en continuar a la mañana siguiente, temprano.

* * *

Por el contrario, Dimarco no tenía en absoluto ganas de dormir. Sabía que algo, en su cabeza, le hacía permanecer alerta. Algo que no recordaba, pero tenía que estar relacionado con su última conversación con Roberto. Antes de hablar con él, no tenía esta rara sensación.

Daba vueltas en la cama. Tenía calor, demasiado para esa época del año y se levantó para abrir la ventana. Se dirigió a la librería, para buscar alguna lectura lo suficientemente aburrida para apaciguar su mente, pero sus ojos se dirigieron a un pequeño ejemplar que le regalaron hacía mucho y que jamás leyó. Era una biografía de Caravaggio y se titulaba “La caída del genio”.

«Quizá halle algo interesante».

Capítulo 55

Ciaccometti se despertó a las siete en punto de la mañana, sin necesidad de despertador, con la impresión que anoche se le pasó algo por alto.

Sin ni siquiera asearse, se sentó de nuevo ante el escritorio y abrió el libro. Volvió a empezar de nuevo, leyendo el breve capítulo dedicado a la Orden de Malta. Esta vez sí vio la nota a pie de página, que llevaba el número 45. Decía: ver relación con la Orden de la Capa Blanca.

No le costó encontrar lo que buscaba, estaba en la sección siguiente, junto con las órdenes escindidas de las oficiales. La noche anterior no había llegado hasta esa página.

LA ORDEN DE LA CAPA BLANCA

Data de 1543, fecha de su fundación, según algunos documentos que obran en el archivo de la sede de la Orden de Malta, en Roma. Fue fundada en secreto por Frey Marco di Portaumbria, que fue Comendador de la Orden de Malta durante un muy breve periodo de tiempo, de la cual fue expulsado por “cometer actos impíos” según el acta de la expulsión. De hecho, casi todos los listados cronológicos existentes de los Comendadores de la Orden omiten a Portaumbria.

Solo se admitía como miembros de la Capa Blanca a los que, al igual que él, habían sido repudiados por Malta, cualquiera que fuera la causa. Como más indigna, más altos sus méritos. En un principio, Portaumbria en persona se encargaba de reclutarlos, tan pronto como se enteraba de alguna expulsión.

Se conoce algunos casos que se negaron a integrarse en la nueva Orden y, curiosamente, muchos de ellos murieron poco después, aunque nunca ha podido establecerse una relación entre ambos hechos.

No se sabe a ciencia cierta hasta cuando perduró esta sociedad, ni siquiera si hoy en día continua existiendo, debido a su gran hermetismo. En siglos posteriores a su fundación, se encontraron con el problema de la falta de miembros, dado que se hizo poco frecuente la expulsión de caballeros o damas de la Orden de Malta. Por eso también admitieron a quienes fueran repudiados o excomulgados por la Iglesia católica, especialmente religiosos que habían hecho los votos.

Hay conocidos estudiosos del tema que defienden que la Orden de la Capa Blanca nunca existió en realidad, calificándola de leyenda. Sí es cierto que no se ha hallado documentación importante al respecto, apenas algunos vestigios, apenas algunas cartas entre supuestos miembros y la misteriosa mención del lema de esta orden en

una libreta de anotaciones que, sin poder contrastarse, parece ser que se encontró junto al cuerpo de Caravaggio, cuando su biógrafo y enemigo Baglione lo recogió, ya sin vida, en la playa de Port'Ercole.

Se conoce de la existencia de este cuaderno por pruebas indirectas y nunca ha sido hallado. Se perdió su pista cuando murió Baglione, años después. Las cartas que hacen referencia a la libreta de notas mencionan de forma muy somera sobre su contenido, que se resume a algunas fórmulas de las pinturas que se fabricaba él mismo e insisten en lo difícil de leer por la intrincada letra del autor. En una de esas cartas, remitida a un sujeto desconocido, Baglione manifiesta sus dudas sobre si eran de Caravaggio realmente, ya que a pesar de que el artista tenía una letra compleja e indisciplinada, dice literalmente “jamás la inclinó hacia la izquierda”. De esto se deduce que la caligrafía del cuaderno estaba inclinada de forma diferente de cómo la recordaba su biógrafo. Dado que, raramente una persona cambia los rasgos principales de su escritura, es de suponer que el autor podría ser otra persona. Por otra parte, tampoco se puede descartar que el maestro no intentara disimular su escritura.

Caravaggio fue expulsado de la Orden de Malta el uno de diciembre de 1607, según la documentación que obra en sus archivos: “expulsado y apartado como miembro podrido y fétido de la Orden y de la Sociedad”. Las causas que se esgrimieron fueron la pelea con otro caballero, aunque parecen exagerados los epítetos que le dedicaron y se cree que hubo algún asunto algo más turbio que probablemente nunca pueda aclararse. Se desconoce cuándo ingresó en la nueva orden, la Capa Blanca, pero probablemente fue muy pronto ya que alguien tuvo que ayudarlo a escapar del castillo de Sant'Angelo, una fortaleza inexpugnable en la época, y a huir hacia Sicilia.

Símbolos de reconocimiento utilizados: no se conocen.

Rituales: solían vestir una capa blanca, con la cruz de Malta bordada en rojo, durante sus ceremonias iniciáticas.

Jerarquía: copiada literalmente de la de la Orden de Malta, de la cual procedían.

Actividades: delictivas y maléficas. Sus objetivos eran hacer daño a la iglesia católica en general, cebándose en la Orden de Malta. Se divertían sembrando la inquina o esparciendo falsos rumores sobre honorables caballeros de la Orden. No dudaban en matar para conseguir sus fines o robar como modo de financiación. Sí se conoce, también mediante pruebas indirectas, que cada uno de los miembros, al ser iniciado, recibía una larga aguja de oro y se le instruía en su utilización, aunque no se ha podido determinar cuál era su verdadera finalidad.

Lema: Ad umbilicum adducere. Esta expresión latina se refiere a la necesidad de terminar lo que se ha iniciado. Probablemente quería indicar que debían acabar con su odiado enemigo: la Orden de Malta.

Miembros conocidos: Marco di Portaumbria, Caravaggio, Viriato Santoni.

Archivos consultados: Archivo de la Orden de Malta, Archivo secreto del Vaticano y la Biblioteca Angélica de Roma.

* * *

Ciaccometti no podía creer que en un libro del siglo XIX pudiera encontrar tanta ayuda para resolver el asesinato de su amiga Messina. La Orden de la Capa Blanca, que nunca había oído mencionar, pese a ser Caballero de Malta, parecía ser que continuaba existiendo. También podría tratarse de una tapadera, pero le parecía difícil de creer que alguien se tomara tantas molestias para cometer un crimen. Ahora encajaban algunas cosas, por qué a Messina le pusieron una capa blanca con la cruz de Malta, por qué la mataron con una aguja de oro que llevaba su lema y también por qué se llevaron la documentación del ordenador del archivo. Buscaban algo de Caravaggio, su antiguo miembro. Ahora solo falta encontrarlos a ellos.

* * *

Dimarco no durmió en toda la noche. La pasó en vela leyendo la biografía de Caravaggio. Nunca, hasta ahora, le interesó este pintor, maldito y expulsado de su querida Orden, pero a medida que leía se daba cuenta de que el sueño cada vez se alejaba más de él. Al amanecer, pasadas las seis de la madrugada, cerró el libro y se levantó a beber agua.

Una hora más tarde estaba en el archivo.

* * *

Ciaccometti salió de su habitación y bajó para que avisaran a Dimarco. No podía esperar más para informarle de su hallazgo y le sorprendió que le dijeran que ya estaba levantado y trabajando en el archivo.

Le fue imposible evitar, al entrar en la habitación donde murió Messina, sentir una punzada de dolor en el pecho, que le recordó que por ahí le clavaron la varilla de oro mortal. Estaban todas las luces encendidas y Dimarco estaba buscando algo en un estante.

—Buenos días, Frey Carolo. Tengo algo importante que decirle.

Dimarco no se sorprendió de que también hubiese madrugado y le invitó a entrar.

—¿Qué es eso tan importante? ¿Es sobre Caravaggio? A mí también se me han ocurrido algunas ideas.

—Es sobre la orden de la Capa Blanca.

Frey Carolo se quedó en silencio, mirando a su interlocutor, sin expresión que pudiera delatar si sabía algo de esa orden o no le sonaba de nada.

—Usted ya lo sabía. ¡Cuán ciego he estado que hasta este mismo instante no me he dado cuenta que un Gran Comendador de la Orden de Malta no puede desconocer a su mayor enemigo! Si ignorase su existencia solo podría ser por un motivo: que en realidad no existiese.

Dimarco continuaba en silencio, con lo cual invitaba a Ciaccometti a continuar su monólogo.

—No entiendo nada. Usted me dio anoche el libro sobre las Órdenes secretas. Por Dios, Frey Carolo, diga algo. La confusión me causa un profundo desasosiego.

—Siéntate, estimado hijo.

Dimarco estaba buscando las palabras más justas para explicar su actitud.

—Está bien. La Orden de la Capa Blanca existió hace mucho, pero ahora no tiene sentido.

—Lo tiene todo, Frey Carolo. La aguja de oro, su lema, la relación con Caravaggio, los estudios de Messina, su muerte. ¿Quiénes son, Frey Carolo?

—No lo sé. Te digo la verdad aunque te cueste creerme. Es cierto que tengo algunos datos sobre esa desgraciada orden, pero hacía siglos que no se manifestaban, al menos de una forma tan evidente. Antiguamente la Orden de Malta tenía gran poder económico y político. Ahora no. Tenemos una importancia testimonial y nuestras actividades prácticamente se limitan a la beneficencia y al protocolo. ¿Para qué alguien tendría que esforzarse en destruirnos?

—Me gustaría que algún día me aclarase por qué no me habló de la Capa Blanca tan pronto como se encontró a Messina. Usted lo supo desde el primer momento y lo ocultó. Por ahora no puedo entenderlo y la jerarquía me obliga a callar pero, por los lazos que nos unen, creo que los dos estaríamos más tranquilos con una explicación. Ahora solo me interesa una cosa: ¿quiénes han sido expulsados de la Orden de Malta en los últimos, digamos, ochenta años?

—Te podré dar ese listado pronto. De hecho, era lo que he bajado a buscar al archivo. No serán muchos ya que la expulsión no es tan frecuente como pueda parecer. Se da siempre a través de un procedimiento ritual secreto que dirige el Gran Comendador. Una vez escuchados los testigos, presentadas las pruebas y habiéndose defendido el acusado, siempre por medio de un abogado miembro de la Orden, se dicta Sentencia de expulsión o se desestima la denuncia.

—¿Se hace pública la expulsión?

—Por lo general, no. Se da a conocer cuando concurren dos requisitos: que el expulsado sea conocido como miembro de la Orden y además que la causa de su expulsión haya representado un escándalo.

—¿Cuántas sentencias de expulsión ha dictado, Frey Carolo?

—Recuerdo tres, de hace muchos años. Dos Caballeros y una Dama. Fue una pena, sobre todo por la señora.

—¿Sabe sus nombres? ¿Qué fue de ellos?

—No tengas tanta prisa. Te haré una lista con todas las expulsiones, desde la

segunda década del siglo xx hasta ahora, para no dejarnos a nadie que todavía hoy pueda estar vivo. Lo que seguramente no podré hacer es decirte qué fue después de sus vidas. Aunque te parezca extraño, una vez son expulsados, no nos interesan. En esto quizá te podrá ayudar más la policía. Jamás pensé que todavía pudiera existir la Capa Blanca. Hasta la muerte de Messina, claro.

Roberto Ciaccometti recordó que había quedado con la inspectora Rovente a las diez, en Da Piero, pero antes, a las nueve y media, tenía que recoger las grabaciones de la *boutique*. Se miró el reloj. Le quedaba unos minutos.

—Frey Carolo, ahora debo ir a por unas pruebas. Más tarde, a mediodía si le parece bien, me gustaría hablar con usted en privado.

—Hoy comeremos en mis dependencias. A la una en punto te espero.

Capítulo 56

Era la tercera vez que Roberto Ciaccometti entraba en la tienda de ropa de lujo que estaba en el mismo edificio que la sede de la Orden de Malta. No le hizo falta decir nada para que el encargado le señalase que podía pasar al despacho. Ni siquiera le pidió que se sentara. Se limitó a entregarle un archivo informático y le extendió un recibo para que lo firmase. No se dijeron más que unas pocas palabras formales sin contenido y Ciaccometti ya estaba de nuevo en la calle.

Tomó un taxi y pidió que le llevara a Da Piero, cerca de la UASV. Se sentó en el lado izquierdo del asiento de atrás, que notó incómodo y poco limpio, cualidades que evitaron que se adormilara durante el corto trayecto. Se sentía muy cansado. La conversación con Dimarco le había intranquilizado. Tal vez incluso decepcionado, devorando su natural energía. No entendía su actitud respecto a la investigación. Por un lado había ayudado en todo y por otro había ocultado la información más importante, la que ayudaría a resolver el crimen. Lo veía tan claro: todo apuntaba a que la Orden de la Capa Blanca había matado a Messina para hacerse con alguna información sobre Caravaggio. El autor material quizá fuera Aceto, pero un vulgar asesino no entendía de ritos secretos, de maldades delicadas. Detrás tenía que haber por fuerza algún miembro de la orden, quizás también antiguo Caballero de Malta.

Al fin llegó el taxi, que paró justo en la puerta de la cafetería donde se había citado con Rovente. Aún quedaban unos cuantos minutos para las diez, pero ella no se hizo esperar. Apareció sonriente, con la cara lavada y con un poco de brillo en los labios. Parecía más joven que el día anterior.

—Buenos días, inspectora. Parece contenta.

—Estoy impaciente por ver cómo entró Aceto en el palacio. A usted no puedo devolverle el cumplido. Parece que haya visto al mismo diablo.

—No lo he visto, pero cerca anda. Ahora en serio, tengo novedades muy importantes. Sobre los posibles asesinos de Messina.

—¿Asesinos?

—Sí. Aceto solo puede ser el instrumento. Te lo explicaré más tarde. Ahora vayamos a ver la grabación.

La inspectora Rovente y Ciaccometti, tras tomar un rápido café, subieron a la UASV y avisaron a Leone. En la sala de audiovisuales conectaron el dispositivo con el archivo informático que les había facilitado el encargado de la tienda.

Capítulo 57. El pago de la receta

El lugar acordado resultó ser un gran supermercado del extrarradio. Era uno de esos que hicieron furor en los años ochenta pero que hoy estaban algo alicaídos. Un lugar vulgar, donde nadie que no quería no llamaba la atención de los demás.

Príamo y Gerardo, cada uno por separado, se dirigieron a las taquillas donde los clientes dejaban sus bolsos u otros objetos que no deseaban llevar consigo dentro del establecimiento. Consistían en una especie de jaulas cúbicas, visibles desde el exterior, con un sencillo cerrojo que funcionaba con una moneda de un euro.

Príamo llegó primero. Deslizó en el compartimiento número trece una caja de zapatos de hombre puesta dentro de una bolsa de plástico de un comercio cualquiera. La caja contenía unos pocos papeles de fumar, escritos en todos sus rincones y una vara de oro muy fina y de punta afilada. Una vez cerrada la taquilla, se dirigió a la cafetería del supermercado y se sentó a la barra, pidiendo una cerveza fría.

Desde allí vio llegar a Gerardo. Tenía la cara congestionada, como si sufriera de alergia al polen o a los gatos.

No se saludaron. No se miraron. Cada uno puso sobre la mesa un llavín con un número de latón colgado.

Gerardo pidió lo mismo que Príamo e hizo como que se acercaba a una máquina recreativa del local. En unos segundos volvió a su sitio y vio los ojos vidriosos de Príamo. No le quedaba mucho de vida. Salió del local con las dos bolsas: en una iba la receta, en la otra, el dinero.

Capítulo 58

Aunque no podía haber pasado de otra manera, la inspectora Rovente y Ciaccometti se sorprendieron del modo como Aceto entró en el palacio. Era sencillo y difícil a la vez.

Aceto, la madrugada en que murió Messina, abrió la verja de la tienda con una llave. Sin dificultad, entró en el recinto y marcó el código de la alarma, para desconectarla. Le llevó pocos segundos.

El video, que no presentaba gran claridad, sin embargo no ofrecía dudas sobre la identidad del intruso: era el mismo que ahora estaba en la sala de autopsias. Aceto.

Se veía como un pequeño cuerpo con cara adulta se metía en el vestidor masculino. Se agachaba y, con demasiada facilidad, extraía la rejilla de respiración. Con una pequeña linterna, que aguantaba con los dientes, se introducía en el conocido conducto que le llevaría al archivo del palacio. Todo estaba documentado, con la hora y la fecha parpadeando en el lado izquierdo superior de la imagen. Sin duda hubiera sido de gran utilidad en el juicio por el asesinato de Messina, si no fuera porque el asesino ya estaba muerto.

Al cabo de media hora regresaba Aceto. Se ponía en pie, sacudiéndose el polvo de la ropa. Volvía a colocar la rejilla y simplemente se iba, con un objeto que probablemente era la ropa de Messina y el disco duro del ordenador, bajo el brazo.

Sin rubor ni prisa alguna, Aceto conectaba de nuevo la alarma y salía del local, cerrando con llave.

La inspectora cerró el monitor de video y se sentó en el borde de una mesa.

—Parece que alguien le dio la llave —dijo Rovente.

—Alguien de la tienda tiene que estar implicado. Ahora no es lo más importante, pero debemos desentrañar como Aceto consiguió incluso el código de la alarma de la *boutique*.

Había pasado el tiempo rápido mientras veían las grabaciones y apenas faltaba media hora para la una. Ciaccometti debía volver al palacio. Dimarco le esperaba.

* * *

No hacía ni unos minutos que Ciaccometti había dejado la UASV para dirigirse al palacio de Malta, que el comisario Leone recibía en su despacho a la inspectora Rovente.

—Tenemos otro muerto más, inspectora.

El instinto de Gianna le dijo que también tenía que ver con el caso.

—¿Está relacionado?

—Todavía no y tal vez no tenga nada que ver con los asuntos Messina y Luca, pero no está claro.

—¿De quién se trata?

—De un desconocido. Más bien, de un indocumentado. Es un varón de mediana edad, entre cuarenta y sesenta años, sin características descriptivas especiales, ni siquiera marcas. Un tipo común, demasiado corriente para no llevar ningún tipo de documentación.

—¿Estás pensando en un profesional?

—Ya te he dicho que no hay nada seguro, pero algunos datos hacen que considere esta posibilidad. No llevaba tarjetas de crédito, ni teléfono móvil, ningún papel, solo dinero en efectivo.

—¿Llaves?

—Sí, una. También de lo más corriente. De la marca más vendida en nuestro país. Sin llavero.

—¿Y la ropa?

—Común. De los grandes almacenes más vulgares. Colores oscuros, ni muy nueva ni muy vieja. Nada importante, y por eso mismo, sospechoso. Nadie puede ser tan anodino, tan corriente en todos los detalles. No tener nada que destaque ni llame la atención también se sale de lo normal, precisamente por ese absoluto vacío de datos.

—¿Cómo murió?

—Lo han llevado al Instituto Forense, para hacerle la autopsia. Espero que pronto sepamos algo. Lo encontraron en la barra de la cafetería de los almacenes Sico. De lo más concurridos. El camarero se dio cuenta de que algo andaba mal cuando hacía rato que no se movía y miraba fijo hacia él. Se ve que le preguntó si estaba indispuerto, y al tocarlo se desplomó hacia atrás. Enseguida llamaron a emergencias médicas, pero al llegar la ambulancia ya vieron que estaba sin vida.

—Parece algo natural, un paro cardíaco o algo así.

—Tal vez, puede ser.

—Pero hay algo que te hace pensar en un profesional.

—Sí. Nadie va totalmente indocumentado, sin teléfono, sin tarjetas de crédito.

—Así es, pero puede ser que viva allí cerca y haya bajado a tomar algo, sin coger la cartera. O puede ser que le hubieran robado y se diese cuenta en el bar de que le faltaba la documentación.

—Sí llevaba cartera, pero con dinero en efectivo. Nada más.

—Es extraño, no lo niego.

—Además el camarero no lo había visto nunca, y lleva años trabajando en ese local.

—¿Qué tomó?

—Una cerveza de barril. La pidió bien fría.

—Le sentaría mal.

—No llegó a beber más de dos o tres sorbos.

—Supongo que habrán tomado muestras de la cerveza.

—Sí, lo pedí expresamente. Además, antes de que me lo preguntes, el camarero dice que no habló con nadie. También ha contado que otro hombre, con la cara muy roja pidió otra cerveza justo después del que ha muerto, y no le pasó nada a este segundo cliente. Supongo que también habrá pensado en que le pudiera sentar mal la bebida.

—Comisario, parece que estamos muy susceptibles. Seguramente será un pobre hombre que habrá salido a dar un paseo y se sintió algo indispuesto. Paró a tomar algo para despejarse y allí le sobrevino la muerte.

—Bien podría ser así, pero hay algo más. Reconozco que he hecho trampa y me he guardado un as en la manga.

La inspectora no se sorprendió, ya que entraba dentro de la forma de ser de Leone dejar lo mejor para el final.

—¿Y bien?

—Tenemos suerte que el camarero es un buen observador. Es un hombre avezado a tratar con la gente y un buen fisonomista. Antes, trabajó en un casino, pero lo dejó por preferir el trabajo diurno.

El comisario Leone le contó a la inspectora Rovente que el difunto debía llevar un paquete o algo parecido, ya que cuando el barman le sirvió la bebida vio sobre la barra un llavín de la taquilla. Se acordaba incluso que era el número trece. —Bueno, supongo que después esa llave no ha aparecido por ninguna parte— dijo Rovente.

—Así es. Además, en la taquilla número trece no había nada.

—Esto ya suena mejor.

—Y eso no es todo, todavía.

—Ya llevamos dos ases, Leone.

El comisario se lo estaba pasando bien interpretando el papel de maestro de una alumna aventajada.

—El segundo hombre, el que pidió una cerveza y que tenía la cara enrojecida, también traía un llavín de la taquilla. Lo dejó en la barra junto al del muerto. Era el número doce.

Capítulo 59

A la una en punto de mediodía, Ciaccometti daba unos firmes toques en la puerta de las dependencias del Gran Comendador. De dentro le alcanzó una voz desconocida que le invitaba a pasar.

Ciaccometti esperaba encontrar sentado en el sillón a su padrino, Carolo Dimarco, pero solo estaba un asistente de la Orden, que acababa de poner los últimos detalles en la mesa.

El asistente le dijo que tenía órdenes de Dimarco de que le sirviese un aperitivo y que le indicase que debería esperar unos minutos.

Ciaccometti se extrañó, ya que conocía bastante bien a Dimarco y siempre era muy puntual. No obstante, no dijo nada y esperó pacientemente, observando desde el ventanal el deambular incesante de turistas en la Via dei Condotti.

Cuando ya se le estaba haciendo algo larga la espera, entró Dimarco llevando consigo un papel doblado en tres partes.

—Disculpa, hijo. Me ha costado más tiempo del que pensaba elaborar la lista de expulsados de la Orden. De hecho, hay algunos más de los que había previsto: en total diez. Tres, ya te lo dije, durante el tiempo que yo he estado al frente. Los otros expedientes fueron resueltos por mis antecesores. Pero antes comamos algo, estoy hambriento.

Dimarco dejó el papel que traía consigo encima de su escritorio y pidió unos minutos más para lavarse las manos en su lavabo particular, al cual se accedía desde la misma estancia. Entre tanto, Ciaccometti se acercó a la mesa de despacho de Dimarco y cogió la lista con diez nombres. La mayoría no le sonaba de nada, pero había algún personaje razonablemente conocido. Después de cada nombre había una fecha, seguida de dos o tres frases explicativas de los motivos de expulsión.

Ciaccometti oyó que Dimarco había terminado de lavarse y dejó el papel tal como lo había encontrado, acercándose de nuevo al gran ventanal.

Pasaba ya más de media hora de la una cuando se disponían a empezar a comer. Dimarco había encargado un frugal menú, a base de verduritas al vapor regadas con aceite de oliva y carne fría de pollo marinado, todo acompañado de pan integral y un poco de vino tinto de gran calidad. Los dos comieron con apetito y no hablaron de nada trascendente hasta que llegaron los postres, algo más sofisticados: crema catalana tibia con fresitas de bosque gratinadas. Un delicioso placer que dio salida a una esperada conversación. Ciaccometti esperó a que la iniciase su superior.

—Hijo, sé que es difícil para ti entender lo que has descubierto. Es cierto que desde que se encontró el cadáver de Messina en el archivo, con la capa blanca cruzada encima de su cuerpo, que había sido atravesado por una afilada y delgada

lanza, pensé en la Orden de la Capa Blanca. Desde el primer segundo. Pero también es cierto que desestimé la idea por absurda. Hacía más de un siglo que no daba señales de estar activa y, a mis ojos, se había convertido en una mera leyenda, nada más.

—Frey Carolo, esto lo puedo entender, pero sigo sin ver sentido a que ni siquiera lo mencionara. Viajé a Nápoles para encontrar el significado de la escena representada con el cadáver. Lo siento, pero ni tan solo lo nombró de pasada, como una opción, aunque después se hubiera desestimado.

—Está bien. No podía asumirlo. Si se hubiera sopesado esta posibilidad, tenía miedo de que nos desviara de la verdad en la investigación. Estaba seguro que se trataba de una simple escenificación para enturbiar los verdaderos motivos de su muerte.

—¿Y ahora?

—Ahora no. Creo, estoy casi seguro, que han sido ellos.

Dimarco se levantó de la mesa y cogió el papel que había dejado en su escritorio. Ya se había terminado el postre y pidió un café y una copita de grapa, lo mismo que Ciaccometti.

Capítulo 60

Gerardo salió de los almacenes Sico con toda tranquilidad. Nadie podría relacionarle con Príamo, ya que ni siquiera se miraron. Había recogido el contenido de las taquillas doce y trece, que consistía en su exterior en dos bolsas de plástico de dos establecimientos cualquiera. Nada especial. Su interior era otra cosa: en una, esperaba que la receta y una fina aguja de oro, no lo había comprobado todavía. En la otra, un millón de euros. Los había traído por si finalmente no se veía capaz de matar a Príamo. Pero vaya si había podido. No le había gustado pero, por un millón de euros, tampoco había resultado tan desagradable. La morfina de su tío Albino, combinada con insulina pura resultaron letales al momento. El pobre Príamo no se había ni dado cuenta. Gerardo se acercó a él con el llavín en la mano. Al tiempo que lo dejaba en la barra del bar, con la mano izquierda, con la derecha clavaba un lápiz de diabético en el interior del muslo de Príamo, a la altura de la arteria femoral. Todo muy limpio, impecable. Si el forense localizaba el pinchazo, de todos modos les sería difícil llegar a Gerardo. Nada los relacionaba.

Mientras pensaba en esto, se dirigía a toda velocidad a la casa de Albino. Antes, pero, tendría de comprobar que esta vez la receta estuviera en la caja. Si fallaba en esta ocasión, no sabía lo que Albino podía ser capaz de hacer. Se le habría acabado la paciencia.

Capítulo 61. Diez sospechosos

Roberto Ciaccometti salía del Palacio de Malta con una lista de diez personas en el bolsillo interno de su americana de lana fría de color claro. Diez nombres, diez fechas, diez motivos.

El primero de ellos databa de 1929. Era un hombre, Silvio Cirotti, notable romano. Había sido Caballero de la Orden y cayó en desgracia por traficar con reliquias procedentes de Tierra Santa. Fue acusado por su asistente. Ciaccometti pensó que seguramente ya estaría muerto, pero debía comprobarse.

El segundo era un militar de alta graduación español, Mariano Damestúa. La expulsión se hizo efectiva en 1940. El delito: dio refugio a unas viudas de anarquistas, durante la guerra civil. Le denunció el rector de su parroquia, en Barcelona.

El tercero, otro varón, Miquel Saramiteri. Un duque italiano, turinés. Lo expulsaron en 1945 por dar apoyo a Hitler y defender en público la represión a los judíos.

En cuarto lugar aparece la primera mujer, Lotalia Marie de Mugaroix. Procedente de una buena familia Suiza. 1954 fue su fecha fatídica. Repudió la religión católica e incluso pidió formalmente que se anulase su bautismo. Se convirtió al islam.

En quinto lugar, otro italiano. Esta vez un religioso, Giancolomo Domarelli, que prefirió cambiar los votos de pobreza y castidad por una rica viuda americana y su yate. Sucedió en 1968. Su perfil de bon vivant no casa con la Orden de la Capa Blanca, pensó Ciaccometti, aunque no tenía previsto descartar a ninguno de los sospechosos sin hacer las oportunas comprobaciones.

El sexto, un miembro de la realeza europea. Un candidato a heredero, díscolo, desenfrenado, drogadicto. Indigno de pertenecer a la Orden de Malta, pero no a la Capa Blanca. Los años setenta fueron difíciles.

El séptimo lugar, un potentado terrateniente, Calixto Tanato. Católico practicante que tenía una doble vida. Fue expulsado en 1991 cuando fue visto salir de determinado lugar poco adecuado. Denunciado por su esposa.

El octavo lugar lo ocupa la segunda dama, Rosana Mirabili. La primera que fue expulsada por Dimarco. 1999. Rica heredera siciliana, química de profesión, que no tuvo reparos en entrar en las filas de las Brigadas Rojas. Fue detenida por la policía cuando manipulaba explosivos en un garaje de las afueras de Roma.

El noveno lugar de la insigne lista fue para Demetrino Laforja, que a pesar de haber prometido dedicarse a la vida contemplativa, fue descubierto en su gran afición al juego y a la bebida, organizando sonados escándalos. La expulsión la dictó Dimarco en 2001.

Finalmente, el décimo expulsado en realidad no lo fue ya que renunció voluntariamente a ser caballero debido a que prefirió divorciarse de su primera esposa, una conocida doctora romana, para volver a casarse con un jovencísimo actor. Ocurrió en 2003.

—Bien —pensó Ciaccometti— una lista muy variada.

Se dirigió a la UASV, donde había quedado con la inspectora Rovente.

Capítulo 62

Gianna Rovente no había tenido aún tiempo de comer, cuando llegó Ciaccometti, ya que habían estado reunidos con Leone.

—¿Cómo ha ido el almuerzo con Dimarco?

—No sé qué decirte. Por una parte, tengo mucha más información sobre quien puede estar detrás del asesinato de Messina, pero por otra, cada vez parece todo más complicado.

Roberto Ciaccometti explicó, con detalle, todo lo que había descubierto sobre la existencia de la Orden de la Capa Blanca, su relación con Caravaggio y sus terribles propósitos. En la lista con diez nombres que le había dado Dimarco estaban algunos de los que actualmente podían formar parte de la Orden. Claro que también podía haber otras personas, religiosos excomulgados de la iglesia romana. El Gran Comendador le había dicho que, cuando en diversas etapas de su historia no tenían suficientes candidatos a integrar sus filas que procedieran de la Orden de Malta, los buscaban en las excomulgaciones católicas. Por este motivo, la lista de diez nombres era indicativa, pero era lo mejor que poseían para empezar a buscar.

Por su parte, la inspectora Rovente explicó a Ciaccometti que había otra muerte que podía ser debida a causas no naturales, pero que en principio no parecía conectado con los otros asesinatos. Esto implicaba que la UASV también tenía que dedicarle parte de su tiempo.

Ciaccometti acompañó a la inspectora a comprar una ensalada y regresaron enseguida a la comisaría. Mientras él le leía la lista de los posibles integrantes actuales de la Orden de la Capa Blanca, ella iba tomando su frugal comida.

—Ninguno me suena de nada, excepto el príncipe, claro. Vamos a ver qué ha sido de ellos.

Gianna Rovente se dirigió al ordenador, para poner en marcha una de las mayores bases de datos que existen en Italia. Toda la información que posee la policía sobre cada uno de los italianos, visitantes de este país, residentes ocasionales, inmigrantes o incluso turistas, está en su archivo. No es necesario estar fichado o tener alguna clase de antecedentes, incluso multas, para estar en el archivo de la UASV. Cada una de las personas que tienen pasaporte, que tienen documento de identidad, de la seguridad social, de conducir, o cualquier relación con la administración, desde la inscripción de un nacimiento, un matrimonio, una muerte a pagar un impuesto, alquilar un inmueble, ir a un hotel, usar una tarjeta de crédito en territorio italiano, ir a una biblioteca, comprar un teléfono móvil o lo que sea. Todo está ahí. Quien no esté en el archivo de datos de la UASV es que nunca ha pisado Italia, o si lo ha hecho, hará más

de treinta años o ha tenido mucho, mucho cuidado.

Ciaccometti creyó conveniente establecer un orden, diferente del de la lista, para empezar a buscar. Sería mejor primero descartar a los que parecía menos probable que formaran parte de la Orden y dejar a los más sospechosos para el final y así poder crear un cerco a su alrededor.

—Comencemos por el más viejo —dijo Ciaccometti. Creo que, aunque Dimarco lo haya incluido, es difícil que Silvio Cirotti se mantenga en vida, contando que fue expulsado en 1929.

—Veamos.

La inspectora Rovente introdujo el apellido Cirotti, seguido del nombre Silvio en el formulario de la base de datos. Al instante, salió una pequeña lista de doce personas.

—Bien. Tendremos que delimitar más los campos. Pongamos que haya nacido entre 1850 y 1920. Es un poco exagerado, pero nos ayudará.

Con estos nuevos datos, únicamente había una persona. Rovente la marcó y al instante apareció una lista de nombres, de los cuales solo uno les devino útil: murió en 1973.

—Aunque en algún momento hubiera pertenecido a la Orden, no nos sirve. Bien, ya podemos descartar al primero. Nos quedan nueve —dijo Gianna.

El segundo en ser elegido fue el Príncipe.

—Parece una persona poco disciplinada. Su perfil psicológico no concuerda con la jerarquía de una Orden de este tipo, a no ser que él sea el jefe —arguyó Ciaccometti.

La gran pantalla del ordenador sacó a la luz una hoja de servicios nada lucida. Desde detenciones a juicios penales, clínicas de rehabilitación, hurtos, abusos, agresiones y una larga serie de delitos. La última vez que estuvo en Italia fue el año 2007, en agosto. Pasó una semana en Venecia, junto a una prostituta. Desde 2010 está recluido en un sanatorio mental de la Provenza francesa. No ha salido ni tiene capacidad para hacerlo. Fue incapacitado legalmente y tiene el cerebro casi sin actividad, salvo las mínimas respuestas necesarias para la vida vegetativa. Era otro posible candidato que debía ser eliminado desde el principio.

Gianna decidió a quien intentarían descartar en tercer lugar: simplemente por motivos de edad. Se trataba del militar de origen español, Mariano Damestúa. Si durante la guerra civil española, que tuvo lugar entre los años 1936 a 1939, tenía edad suficiente para dar refugio a alguien, difícilmente hoy estaría aún con vida o sería demasiado viejo. Así fue. Según la base de datos, murió en 1999, en Zaragoza. No había vuelto a Italia desde 1983, cuando como turista visitó Roma, Nápoles y Florencia, junto a su esposa.

Quedaban siete candidatos.

Capítulo 63. Rueda de prensa

Hacía una hora ya que el primer periodista había llamado a la comisaría para preguntar por el cadáver encontrado en el cine La Verità. Habían tardado en enterarse y, por el momento, no había llamado nadie más. Leone decidió que ya era hora de confirmar la noticia: por fin había caído Aceto. Aunque muerto, de alguna manera era un triunfo poder confirmar que ya no podría hacer daño a nadie más, y para muchos, mejor que esté muerto sino, encima, costaría mucho dinero público mantenerlo en una prisión o, seguramente, en un manicomio. Era un alivio, para el fisco y para él.

Para la rueda de prensa necesitaba a la inspectora Rovente y a Ciaccometti, que estaban en la misma comisaría.

También, antes debía hacer un par de llamadas. A Limosi y a la familia de Luca. No podían enterarse por la prensa que ya tenían al asesino de sus seres queridos. Al menos al que les quitó la vida. Ya llegaría después el momento de buscar más hondo.

Limosi se sorprendió de que todo hubiera ido tan rápido. De que hubiesen encontrado a Aceto muerto. Ya conocía, por Leone, que podía estar implicado en el asesinato de Messina, y en el del niño, Luca, pero no entendía el porqué. Era un asesino en serie. Estos actúan sin un móvil racional. Lo del niño tal vez tenía más el aspecto de un crimen serial, pero el de Messina parecía un encargo. De todas formas, se sentía aligerado, aunque no satisfecho del todo. Sabía, en su interior, que eso no había terminado.

El padre de Luca dio un escueto y frío “gracias” y colgó el teléfono. Leone tuvo la impresión de que estaba llorando.

La sala donde se acostumbraba a recibir a los medios de comunicación estaba dispuesta pero, antes de convocarlos, Ciaccometti pidió que se consultara a Dimarco. Quizá él quisiera que el portavoz de la Orden de Malta acudiera a la rueda de prensa. Así fue. Dimarco envió a Patricio Lasso, para que diera la versión oficial. Ciaccometti no debía intervenir.

A las diecinueve horas en punto debía empezar, pero se retrasó unos minutos debido a la gran afluencia que tuvo la llamada. Si algo interesaba en Roma era la política y los asesinatos. Lo que quizá no esperaban, al menos los que no hubieran recibido una filtración, era que se trataba de Aceto. El asesino más buscado en muchos años. La asignatura pendiente de la muy bien considerada UASV. Si lo hubieran sabido, la expectación hubiese sido tan alta que la rueda de prensa se retransmitiría en directo en las televisiones y radios de todo el país. Era una bomba informativa.

Sorprendió a todos la disposición de la mesa de oradores. Al centro, Leone, el

comisario. A su derecha, la inspectora Rovente y a su izquierda, Patricio Lasso, a quien la prensa conocía muy bien. Esto solo podía indicar que el cadáver encontrado tenía que ver con la muerte de Messina Limosi. Los periodistas estaban expectantes, impacientes, se olían algo grande.

—Buenas tardes, señoras y señores. Creo que no hace falta que haga las presentaciones, pero por si hay alguien nuevo, a mi izquierda me acompaña el señor Laso, portavoz oficial de la Orden de Malta y a mi derecha, la inspectora Gianna Rovente, de la UASV. Es la encargada de investigar el asesinato de la señora Messina Limosi. Yo soy el comisario Leone. Después de las presentaciones de cortesía les diré las normas habituales en las ruedas de prensa en esta comisaría. En primer lugar, yo mismo expondré los hechos sobre los cuales vamos a informarles. No pueden interrumpir mi declaración. Después podrán hacer preguntas por orden, empezando por las primeras filas, de izquierda a derecha y así hasta el final de la sala. Algunas preguntas no se podrán contestar, ya que hay varias investigaciones abiertas, por lo tanto será inútil que insistan. ¿De acuerdo?

Por supuesto que nadie contestó, pero algunos asintieron con la cabeza.

—Bien. Vamos a empezar. Señoras y señores, la policía ha localizado a Aceto. Muerto.

El alboroto fue tal, que durante unos segundos Leone no podía continuar hablando. Los flashes no paraban de brillar y las cámaras de filmar. Muchos de los periodistas llamaban por móvil a sus oficinas para pedir el directo o la primera página de mañana.

—Si me dejan continuar, lo haré. —Dijo Leone, subiendo el tono de voz y dando golpes de puño sobre la mesa. Lasso y Rovente permanecían inmóviles.

Cuando se hubo calmado el runrún de la sala de prensa, Leone empezó a hablar de nuevo.

—Ayer fue hallado el cadáver de un hombre en el cine La Verità. Ha sido identificado sin ningún género de dudas como el asesino en serie conocido como Aceto. Murió de forma violenta, por la herida de un arma blanca determinada. Su asesino o asesinos todavía no han sido localizados.

Leone paró de hablar unos instantes para beber unos sorbos de agua. Sentía la boca seca por la tensión.

—Hasta aquí una parte. Por lo que sabemos, Aceto es el responsable directo de como mínimo dos muertes recientes: Messina Limosi y el niño Luca.

Ahora no hubo más interrupciones. Todos estaban expectantes.

—Empecemos por el asesinato de Luca. Inmediatamente después de haber hallado el cadáver del menor, las pistas indicaron que el asesino se escondía en el abandonado edificio del antiguo Teatro de Pilatos. Allí se encontraron numerosos restos y pistas que condujeron al seguimiento de cerca de Aceto. No ha sido posible hallarlo con vida, por el motivo que ya conocen.

Por lo que hace al asesinato de la señora Messina Limosi, la investigación ha

llevado a encontrar pruebas concluyentes de que Aceto entró en el Palacio de Malta poco antes del crimen y salió poco después. Todo parece indicar que las dos muertes violentas, la de la señora Limosi y la de Luca, están relacionadas.

Antes de la tanda de preguntas, el señor Lasso quiere hacer una declaración.

Patricio Lasso se dispuso a dar una breve versión oficial de la Orden sobre la autoría de la muerte de Messina.

—Buenas tardes. Por parte de la Orden de Malta y a la vista de las pruebas obtenidas por la policía de la UASV a las que hemos tenido acceso, consideramos que se ha logrado dar con el único asesino de la señora Limosi, Dama de la orden y archivera de la misma en su sede de Roma. Por este motivo, deseamos dar por terminado este desgraciado suceso y felicitar por su rápida resolución a la policía y en especial al Comisario Leone. La Orden de Malta no hará más declaraciones sobre este tema. Muchas gracias a todos por su atención.

En este momento, tal como estaba pactado, el señor Lasso se levantó y dejó la sala de prensa.

Llegó la hora de las preguntas.

Capítulo 64. Gerardo

Gerardo decidió pasar por su casa antes de visitar a su tío, Albino. No era muy prudente pasearse por Roma con un millón de euros debajo del brazo, aunque nadie podía pensar que en unas bolsas de plástico hubiera nada de valor.

Vivía en un apartamento cerca de la fontana de Trevi, en un tercer piso de un edificio clásico bien rehabilitado. Estaba tan excitado que sin darse cuenta subió por las escaleras sin pararse ni siquiera a pensar que podía cruzarse con algún vecino que le hiciera perder el tiempo, y así fue.

—Buenas tardes, señor Gerardo —le saludó una viejecita que vivía de alquiler en la puerta tercera del segundo rellano. ¿Se encuentra usted bien?

—Sí, gracias. Me encuentro bien, señora María, ¿por qué lo dice?

—Tiene la cara enrojecida. Casi morada. Debería cuidarse más. ¡Ay estos jóvenes! —decía ya mientras cerraba la puerta.

Gerardo continuó subiendo y entró en su apartamento. En realidad era bastante amplio y lujoso, demasiado para un soltero.

Dejó las bolsas sobre un escritorio blanco que había en el recibidor y abrió la que pesaba más. Ya sabía lo que contenía, un millón de euros, en billetes usados y de importes irregulares. En teoría estaban sin marcar, pero con Albino nunca se sabía. Puso el paquete en la caja fuerte que se había hecho instalar en un panel de la librería de la biblioteca. Estaba oculta por una fila de libros y en su interior no había nada.

Después abrió la segunda bolsa. Contenía una caja no muy grande de cartón corriente. Guardaba dentro unas cuantas hojas de papel de fumar, muy finas, translúcidas. Le cruzó una fugaz sensación de que le habían timado con la entrega, pero enseguida se fundió esa idea, al tomar los finos papelillos y ver que en ellos había garrapateados algunos garabatos, números, palabras extrañas para él, incluso dibujos muy simples.

Era la receta.

Sin perder un instante, puso la fórmula dentro de un sobre blanco de formato americano que dobló e introdujo en el bolsillo delantero de sus pantalones y salió en dirección a la casa de Albino.

Capítulo 65. La prensa pregunta

El primer periodista en preguntar fue el del *Corriere de la Sera*, un joven *rasta*, en pantalón corto de cuadros, camisa blanca sin mangas y chancletas brasileñas.

—Ha dicho que están completamente convencidos de que el cadáver encontrado en el cine *La Verità* es de Aceto. ¿Cómo pueden estar seguros si nunca fue identificado?

Leone ya había previsto esta pregunta, y era cierto, nunca se había podido dar un nombre real a Aceto.

—Se ha relacionado con Aceto mediante pruebas diversas, incluido el ADN. Esto no era rigurosamente cierto, si bien las pruebas genéticas se estaban realizando. No podía decir que, por casualidad, un testigo lo había reconocido a partir de una fotografía antigua manipulada para que pareciera mayor.

La segunda pregunta le tocó a una veterana periodista de *Il Mattino*. Vestía elegante traje a chaqueta gris perla, camisa blanca con lazada al cuello y gafas en forma de góndola. Cuando le dieron la palabra, hizo una introducción antes de plantear su cuestión:

—Cuando Aceto mató en 1970 a tres mujeres, lo hizo según un determinado ritual: les escribía unas letras en la cara, las degollaba y les rociaba con vinagre las heridas. Cuando ya estaban muertas, les dejaba los ojos bien abiertos y las estiraba en el suelo con los cabellos esparcidos alrededor de la cabeza. Las tres muertes fueron idénticas. Los asesinatos de la señora Limosi y del niño mendigo no siguieron este *modus operandi*. ¿A qué se atribuye esta diferencia?

En realidad todos entendieron que quiso decir que si estaban seguros que se trataba del mismo asesino.

—Han pasado cuarenta años desde esos asesinatos. No sabemos dónde ha estado Aceto todo ese tiempo, a qué se ha dedicado. Pero sí sabemos que ha evolucionado, ha cambiado su manera de matar. Eso suele ocurrir con los sociópatas que cometen crímenes de sangre en serie.

El tercer turno correspondió a una radio de ámbito nacional, que pidió una breve declaración para un directo, cosa que provocó las quejas del resto de sus compañeros periodistas. Leone accedió a la petición de la emisora, lo cual acrecentó las críticas, que poco a poco fueron menguando, cuando vieron que se limitaba a anunciar que Aceto había muerto y que también era el autor más probable de los asesinatos de Messina Limosi y del niño del Trastevere, Luca.

Después vinieron más periódicos, revistas, televisiones, radios y diarios digitales, durante casi unos interminables tres cuartos de hora. Leone se sentía agotado. La

labor policial le gustaba, se solía sentir a gusto en la comisaría, en los interrogatorios, dirigiendo las principales investigaciones de la UASV, pero odiaba los trámites que él llamaba paralelos: las ruedas de prensa, las comparecencias, las reuniones con políticos, y todo lo que tuviera un mínimo tufo burocrático o, peor aún, protocolario.

Cuando terminó el último de los periodistas y le hubo dado la respuesta, no pudo evitar un suspiro de alivio con el que pareció liberar algunos demonios interiores. Se levantó de su sitio a la vez que la inspectora Rovente y se dirigieron a su despacho, seguidos de Ciaccometti.

Capítulo 66. La casa de Albino

La villa romana que era la residencia de Albino desde hacía ya cuarenta años, databa del *seicento* y se podía decir que todo en ella tenía un valor incalculable. Las columnas de travertino se contaban en sesenta aunque, en más de una cuarentena, no eran originales de la época y fueron sustituyendo a las primigenias según esas se iban deteriorando por los más diversos motivos. Las cristaleras de colores, podía parecer que procedían de alguna catedral gótica, hasta que se observaban atentamente y se advertía en sus motivos ornamentales poco o nada que tuviera que ver con la religión, sino más bien las mil maneras de entender los placeres y horrores que puede ofrecer la vida. Las lámparas eran unas de cristal de Murano, exageradas en color y forma, y otras de Bohemia, más ligeras a la vista, aunque no menos valiosas. La escalera principal en realidad era una doble escalinata, serpenteante, ancha, con las barandas de puro mármol de Carrara cincelado por escultores, más que picapedreros. Los cortinajes, largos, etéreos y ligeros, de los mejores tules, gasas y sedas extranjeras. Las paredes cubiertas de cuadros indescritibles de los más famosos maestros, con marcos trabajados en maderas preciosas, marqueterías con corales, turmalinas, incrustados de nácar y cristal de roca. ¡Qué decir de los muebles y adornos, sin parecer pedantes en la descripción! En el interior de esta encumbrada joya, yacía un ser moribundo rodeado de sirvientes y belleza mundana.

Albino, enchufado a la máquina de respiración artificial y a unos cuantos artilugios feísimos pensados para curar, pero que también servían para perpetuar la vida más allá de lo natural y razonable, sufría sus últimas horas. Su mente, sin embargo, estaba intacta, activa, lúcida y brillante, casi tanto como su oído. Era como si su alma, energía intelectual pura, se estuviese desprendiendo de un cuerpo inútil, como la culebra echa fuera de sí, su vieja piel, para renacer nueva y eficaz.

Quizá fuera porque lo esperaba, pero oyó antes que nadie que su sobrino, Gerardo, subía las escaleras del palacio, con aire cansino, irregular y desganado. Le hizo pensar en un fracaso en su misión, idea que provocó un arrebol de color y calor en sus mejillas hundidas y tibantes. El viejo corazón de hielo todavía bombeaba sangre, por espesa que fuera.

Gerardo entró sin llamar en la alcoba de su tío, que estaba hundido en la vieja cama con dosel, rodeado de cables, tubos y monitores iluminados. Su respiración le hizo pensar en un viejo bandoneón agujereado, que tocaba los últimos compases de un tango triste y sensual. Roto pero vivo.

—Honorable Albino, tío apreciado...

Albino le interrumpió:

—Si esta vez me has fallado de nuevo, no tendré más paciencia contigo.

Gerardo no necesitaba que nadie tradujera estas simples palabras. Significaban su expulsión de la familia, que le desheredaba o, peor aún, su muerte.

—Honorable Albino...

En ese momento desfalleció.

Capítulo 67. Leone teoriza

El comisario Leone estaba recostado en su sillón y al otro lado de la mesa tenía a la inspectora Rovente y a Ciaccometti, que estaban poniendo al corriente a su superior de las nuevas informaciones que disponían respecto a la Orden de la Capa Blanca, y sobre sus siniestros miembros.

Leone no quería parecer sorprendido y asentía con golpes rítmicos de cabeza, algo ladeada, con la mirada sombría y cauta. Estaba pensando que aquello complicaba las cosas, ahora que tenían a Aceto fuera de circulación.

Hasta aquel momento habían descartado a tres sospechosos de la lista de diez: Silvio Cirotti, Mariano Damestúa y el príncipe. Los dos primeros llevaban varios años muertos. El último tenía la coartada perfecta: estaba como un vegetal en una clínica mental francesa, desde 2010.

—Tenemos a siete posibles miembros actuales de la Orden de la Capa Blanca. Espero que todavía podamos descartar algunos más —dijo Rovente.

—¿Pensáis que uno de ellos podría ser Aceto? —Dijo Leone.

Ciaccometti y Rovente se miraron, como consultándose qué pensaban de esta posibilidad. El caballero habló en primer lugar:

—Yo no lo creo. Pienso, más bien, que Aceto podría haber sido utilizado por la Capa Blanca para hacer daño a Malta. La clave está en Messina, en su sonrisa. ¿Qué buscaban?

—Seguramente, alguno de sus agentes lo ha eliminado. Eso significaría que ya no les era útil, que ya habría cumplido con su objetivo. Pero, ¿cuál era?

—Entonces pensáis que hay alguien detrás que ordenó la muerte de Messina. La del niño diría que es cosa de Aceto, por lo que encontramos en el Teatro de Pilatos. Podría ser que lo matasen por haberse extralimitado de lo que le ordenaron hacer, matar a Messina. No parece descabellado.

Leone estaba tejiendo en su mente una teoría. Una posible sucesión de los hechos. Decide tomar notas de los puntos que conoce con seguridad:

Aceto llega de fuera, quizá de Milán o Turín, justo el día anterior al asesinato de Messina Limosi. Esto indica un encargo, va demasiado dirigido y se produce la muerte en un lugar de difícil acceso. Entra en una tienda de lujo situada en la planta baja del Palacio de Malta, situada a escasos centímetros del archivo de la Orden en Roma. Sabemos que entró en la *boutique* cuando estaba cerrada al público, con llave y conociendo el código de la alarma. Falta investigar cómo obtuvo el acceso a dicho establecimiento. Entró en el archivo a través de un estrecho conducto de ventilación existente entre ambos locales. Mata a Messina, la desnuda y le pone encima una capa blanca. Se lleva su ropa y el disco duro del ordenador. Sale por el mismo conducto y

deja la tienda, conectando de nuevo la alarma. Messina sonríe. Es el primer enigma de este crimen. El segundo,  qu  estaban buscando en el archivo? Tal vez ambos misterios están conectados.

También sabemos que alguien posiblemente relacionado con la Orden de la Capa Blanca dejó una gran aguja en casa del viudo Limosi. Se desconoce el motivo y la oportunidad de esta acción.

Aceto adquirió el Teatro de Pilatos y lo utilizó como guarida. No sabemos cómo, pero acos  al niño Luca y lo asesinó. Se hizo con un órgano vital del niño, que utilizó para hacer un preparado químico destinado a ser usado como pintura mural.

Cuando Aceto fue localizado por la policía, gracias al rastro olido por los perros, huyó por la cloaca del Teatro de Pilatos hacia el Tevere. Aprovechando la oscuridad de la noche, se escondió en el rio y, siguiendo la orilla, contact  con unos indigentes que probablemente le facilitaron el cambio de ropa y la salida, a cambio de bebida. Aceto intentó eliminarlos proporcionándoles grandes cantidades de alcohol. A partir de este momento, no tenemos casi datos sobre las acciones del criminal. Sabemos que estuvo en la biblioteca nacional central de Roma, de donde retiró un ejemplar de ingeniería naval. Desconocemos el motivo de esta acción. Poco después, es asesinado en el cine La Verit , mediante un arma blanca muy fina. Seguramente otra varilla de la Orden de la Capa Blanca, aunque falta determinar este dato mediante el informe forense. El asesino de Aceto, según los testigos, fue un hombre blanco totalmente anodino, sin rasgos que lo distingan...

—Tal vez —se interrumpió Leone, pensando en voz alta— podría ser que...  Oh!  Por qué no?

— Qu  ocurre, Leone? —dijeron al unísono la inspectora y Ciaccometti.

Leone parecía ilusionado con una nueva pista.

—Todas las personas tenemos algo que nos distingue: un defecto, una propiedad, una característica física concreta, todos somos o altos o bajos, rubios, morenos, cabello muy largo, calvos, con manchas, gordos, flacos. Cuando alguien nos pide que describamos a un hombre o mujer cualquiera, solemos obviar lo que es corriente o normal en ellos y sacamos a relucir lo que destaca, por cualquier motivo. Veamos, si alguien quisiera describir a Aceto nos diría sin dudar que era muy bajito y delgado, “como el cuerpo de un niño”,  recuerdan? Si alguien quiere describir a Ciaccometti diría que es un hombre atlético, alto, bien proporcionado, elegante, ojos grandes, piel bronceada. Pero,  a cuántas personas conocemos que nos sea muy complicado de describir? Difícil por ser normales en todo: cabello ordinario, estatura media, estructura corporal media, cara ordinaria, piel ni oscura ni clara, nada, ninguna distinción. Muy pocas personas son así. Y, en pocas horas, he encontrado a dos.

— Qui nes son? —Dijo Rovente.

—El primero es el presunto asesino de Aceto. Los testigos que lo vieron en el cine fueron incapaces de darnos una descripción de él. Decían que era una persona de lo más normal, sin rasgos a destacar. El segundo, el cadáver encontrado en el bar de

los Almacenes Sico. Otro individuo del cual es tan forzado dar una descripción que nos hizo pensar en un asesino profesional. Sin datos, sin identidad, sin documentación. Nada.

—¿Crees que podría tratarse de la misma persona? —preguntó Rovente, poco convencida.

—No lo sé, pero será fácil comprobarlo. La taquillera del cine dijo que podría reconocerle, si le viera de nuevo. Voy para allá.

Leone dejó solos a la inspectora y a Ciaccometti y salió con unas fotografías del muerto en dirección al cine La Verità.

—Deberíamos continuar con lo nuestro —dijo Gianna— descartando la lista de la Orden de la Capa Blanca. Nos quedan siete sospechosos.

—¿Has pensado que no tiene por qué ser solo uno de ellos? Puede que haya varios. De hecho, si se trata de una supuesta organización criminal, seguro que tiene unos cuantos miembros.

—Es cierto, pero uno será el Gran Maestro, el líder.

Se trasladaron al despacho de la inspectora Rovente y ella puso en marcha el programa de datos del ordenador.

—¿Por cuál quieres empezar? —preguntó la inspectora.

—Por una mujer. ¿Qué te parece Lotalia Marie de Mugaroix?

—Un buen nombre. Vamos con ella.

El ordenador indicó que actualmente residía en Roma, en el centro histórico.

—Nació en 1933. Algo mayor para dedicarse al crimen, ¿no te parece? —dijo Gianna.

—No la podemos descartar del todo, pero por lo que veo visita la mezquita principal con frecuencia. Su nombre islámico es Fatiha Al-Nooreidin. Desde 1954 ha conservado la fe musulmana y pertenece a la rama sunita del Islam. Eso no parece encajar con que forme parte de una Orden como la Capa Blanca, de origen cristiano.

—Anticristiano, diría yo —apostilló la inspectora— pero estoy de acuerdo contigo de que no se la puede eliminar de la lista de sospechosos, aunque las posibilidades son pocas. Vamos a por el siguiente: ¿Qué tal Giancolomo Domarelli?

—Su perfil psicológico no concuerda con ser un miembro de la Capa Blanca. Dejó la Orden de Malta en 1968 para casarse con una mujer rica, americana. ¿Qué dice el programa?

El ordenador les confirmó que, después de la boda, había regresado a Italia en seis ocasiones. Constaba casado en Atlanta, USA, con Petunia Loocs, con dos hijos varones. No tiene oficio conocido y se dedica a viajar con su esposa. La última vez que entró en el país hace ya dos años. Estuvo en Porto Ercole y después Nápoles. Se desplazan en yate privado.

A Ciaccometti le pareció interesante que precisamente visitara esas dos ciudades, relacionadas con Caravaggio. Una, su lugar de defunción. La otra, donde está conservado el cuadro de Santa Úrsula. Demasiada casualidad, aunque haga dos años

de ello.

—Tampoco vamos a descartarlo como posible miembro de la Capa Blanca, aunque no es su Gran Maestro. Este debe residir en Roma. No tendría sentido que fuera de otro modo —reflexionó Ciaccometti.

—¿Qué te parece si vamos con Miquèle Saramiteri? Es un buen candidato, noble, frío, admirador de la extrema derecha y antisemita. Fue expulsado en 1945, después de la segunda guerra mundial. ¿Vive todavía?

El ordenador dijo que sí. Tendría más de noventa años, pero estaba con vida.

—Reside en el extrarradio de Roma, en villa Negroni. Una mansión muy lujosa y antigua. Se dedica a la historia. Escribe eruditos libros para ediciones de lujo, de corta tirada. El último fue publicado hace tres años, lo cual indica que podría estar aún en activo intelectualmente. Especialista en el pintor Caravaggio, posee algunas obras menores del artista. Fundó un partido, la Liga Blanca, en 1983, de corte xenófobo y ultraderechista. Aboga por una Italia verdadera, la del norte, separada del Sur, que considera infra desarrollado. Se encuentra recluido en su residencia, donde recibe asistencia médica. —Leyó Rovente.

—Parece un muy buen candidato a Gran Maestro. Algo viejo, pero lo demás es inquietante.

—Iremos a visitarle, mañana sin falta.

La inspectora y Ciaccometti continuaron con los otros cuatro nombres de la lista. Esta vez eligieron a Calixto Tanato, el gran propietario que fue expulsado de la Orden de Malta debido a la denuncia que hizo su esposa. Nada muy llamativo, habitual de la prostitución y coqueteo con drogas de diseño. Se divorció el mismo año 1991. Detenido en una ocasión, en el juicio por tráfico de drogas fue absuelto. Reside a pocos kilómetros de Roma, en una gran casa palaciega campestre. Tiene actualmente setenta y dos años. No se ha vuelto a casar y se dedica a hacer rendir sus negocios. Últimamente carece de buena salud, según las constantes visitas a médicos especialistas en cirugía coronaria.

—También es un candidato más que posible. Será nuestra segunda visita. —Dijo Rovente.

—¿Qué te parece si continuamos la lista con la segunda dama? —Propuso Ciaccometti.

—Rosana Mirabili fue expulsada por Dimarco en 1999. Terrorista pillada fabricando explosivos para las Brigadas Rojas. No nos sirve, está en la cárcel. De hecho, ha estado recluida desde el año de su expulsión.

—Podría ser que desde dentro de la penitenciaría formase parte de la Capa Blanca.

—No digo que no, pero sería difícil que fuera la cabecilla de una orden secreta. Además, por haber pertenecido a las Brigadas Rojas, debe de estar continuamente vigilada. Podemos dejarla para el final, por si fallan las demás opciones.

El siguiente nombre en ser introducido en la base de datos de la UASV fue

Demetrino Laforja, un ex Caballero que había tomado los votos de castidad, obediencia y pobreza. El ordenador arrojó valiosos datos: llegó a convertirse en un asiduo de los principales casinos de la Costa Azul, lo cual, sumado a su creciente dependencia de las bebidas espirituosas más graduadas y a su tendencia a provocar peleas tabernarias con cualquiera que se le acercase demasiado, le supuso la expulsión de la Orden hospitalaria, a manos de Dimarco. Parece ser que no se lo tomó bien: le constan dos detenciones, una por daños a bienes de la Orden y otra, por agresión a otro Caballero. Ambas datan de 2001, el año de la expulsión. Actualmente tiene fijada su residencia en el sur de Francia, pero regresa frecuentemente a Roma, la última vez fue hace unos días.

A Gianna Rovente y Ciaccometti les pareció también un posible candidato. Finalmente, los datos de la última persona que había dejado la Orden de Malta, en esta ocasión de forma voluntaria, fueron analizados por la pareja: Salvo Cottonieri, se divorció en 2002 de una conocida integrante de la alta sociedad veneciana, se fugó con un joven actor con el que se llevaba casi tres lustros y con el cual logró casarse en España, donde han residido desde entonces. No ha vuelto a Italia. Debido a esto, no les pareció un buen candidato.

—Al final —resumió la inspectora— todo se reduce a un puñado de nombres: Lotalia Marie de Mugaroix, Giancolomo Domarelli, Miquele Saramiteri, Calixto Tanato y Demetrino Laforja son los más probables, aunque no por ese orden.

—Uno de ellos es el Gran Maestro —sentenció Ciaccometti.

Capítulo 68. La receta y Albino

¡Desgraciado!

Eso fue lo que gritó Albino en cuanto vio a Gerardo caer al suelo, con el rostro rojo y sin aliento.

Un par de sirvientas y un enfermero se apresuraron a socorrerle, pero Albino les dio órdenes de que le registraran los bolsillos, que buscaran un manuscrito. Estaban acostumbrados a la impetuosidad de los caprichos de su jefe, pero aquello le pareció demasiado al técnico sanitario, ya que el joven no respiraba.

Mientras le desabrochaban la camisa, el enfermero le empezó a practicar un masaje cardíaco y pidió que se llamara una ambulancia, ya que el sobrino de su jefe estaba perdiendo el pulso.

—Está bien —autorizó Albino— llamad a una maldita ambulancia, ¡que venga el médico! ¿Dónde está ese inútil? Pero antes de que os lo llevéis, vaciadle los bolsillos.

Las sirvientas pensaban que el hombre había enloquecido, pero, temerosas, hicieron lo que se les mandaba. En el bolsillo delantero de su pantalón, una de ellas encontró un sobre blanco. Se lo acercó a Albino.

El viejo quiso cogerlo, pero el temblor que le dominaba no se lo permitió.

—Mira dentro, Lucía.

La joven lo hizo y extrajo unos papelillos muy finos, de los que se utilizan para liar cigarrillos.

—Solo hay esto.

Los ojos atortugados de Albino se entrecerraron por la tensión.

—¿Tienen algo escrito?

—Sí, señor, pero no lo entiendo. Son dibujillos, números y algunas palabras. Parece una especie de receta antigua.

—¡Lo es!

Mientras la ambulancia se llevaba a Gerardo, su tío Albino, ya recostado y con una nueva dosis de morfina, leía con gusto la terrible fórmula para elaborar pinturas muy especiales.

Capítulo 69. Identificación de Príamo

Leone tomó uno de los coches policiales que estaban libres y se acercó al Cine La Verità. Sarina, la taquillera, estaba en su puesto de trabajo, hablando con una clienta perpleja a quien explicaba que en la sala se había producido un asesinato. Cuando, de reojo, vio a Leone, se azoró, dándose prisa en despachar a la mujer.

El comisario no tenía ganas de perder el tiempo, pero le pidió si podían hablar en un sitio más discreto.

La mujer que había comprado antes las entradas estaba mirándolos, indecisa, pensando seguramente si era mejor irse a su casa que entrar en un cine casi vacío donde hacía poco habían dado muerte a alguien, que además era el asesino en serie más buscado en Italia.

Sarina le dijo a Leone que ahora no podía cerrar la taquilla.

—Faltan diez minutos para el pase, Comisario. Es cuando más gente viene, aunque tampoco serán muchos, supongo. ¿No puede esperar?

—Seré muy breve, señora.

Y sacando una foto de la cartera, se la mostró a Sarina a través del cristal, renunciando a hacerlo en un sitio más privado.

—¿Conoce a este tipo de algo?

Sarina contuvo la respiración, manteniendo los ojos muy abiertos.

—¿Está muerto?

—Diga, ¿lo ha visto alguna vez?

—Es él.

La taquillera confirmó al comisario que era el hombre que había acudido a la misma sesión en la que se produjo el asesinato, el que había salido del cine a los pocos minutos de empezada la película.

—¿Es cierto que el hombre que mataron aquí era Aceto? Lo han dicho en la radio.

—Sí, Sarina.

—Entonces, este otro...

—Estamos investigando. Le agradezco mucho su colaboración —dijo Leone, mientras se iba hacia el coche, dejando sola a la mujer que ya le estaba haciendo otra pregunta.

De vuelta a la comisaría, el comisario Leone hizo una llamada a la inspectora Rovente.

—Gianna, la corazonada resultó cierta. El asesino de Aceto es el hombre que ha muerto en los Almacenes Sico. Mañana quiero el informe forense en mi mesa.

—De acuerdo, comisario, ahora lo pido. Por cierto, tenemos cerrada la lista de

posibles candidatos a Gran Maestro de la Orden de la Capa Blanca.

—¿Cuántos son los sospechosos?

—Cinco, aunque hay un par que tienen casi todos los números del sorteo: Miquel Saramiteri y Calixto Tanato. ¿Le suenan estos nombres?

—La verdad es que sí. Son gente poderosa, id con cuidado.

—Descuide, comisario. Hasta mañana.

Capítulo 70. Hospital

Por la puerta de urgencias de un hospital de Roma entraba a última hora de la tarde un hombre diagnosticado de parada cardiorrespiratoria que llevaba quince minutos con respiración asistida y una gran congestión en la cara, totalmente morada.

—Había perdido la consciencia en la habitación de su tío, cuando fue a traerle unos documentos —relató el enfermero de Albino que acompañó a Gerardo hasta el hospital.

La doctora que lo atendió preguntó al sanitario si el enfermo era alérgico a algo.

—No lo sé, prácticamente no lo conozco.

—Parece que haya sufrido una alergia alimentaria. Debemos aplicarle sin tardar adrenalina acuosa en dosis de 0,3 mililitros.

—Quizá sea ya demasiado tarde —dijo el enfermero. Debo informar a su tío, que también está muy enfermo. Creo que es su única familia.

—Ya se puede ir. Les llamaremos cuando sepamos algo, ahora irá a la unidad de cuidados intensivos.

Entretanto, Albino disfrutaba de la difícil lectura de la fórmula que utilizaba Caravaggio para elaborar, él mismo, sus propias pinturas, las que después aplicaría en los preciados lienzos que se disputarían las cortes europeas y la Iglesia.

Le hubiera gustado ser más joven o, por lo menos, haberse hecho con este documento unos años antes, para poder investigar sobre su contenido, probar en el laboratorio si la fórmula era correcta, si funcionaba, para, al final, presentar su tesis en una de sus eruditas publicaciones. Debería encontrar el manuscrito original, claro, que sin duda estaría oculto en algún archivo de la Orden de Malta, pero mientras ya podía adelantar sus indagaciones. No le dolía haber tenido que sacrificar a Messina Limosi para conseguir su objetivo, ni siquiera podía considerarlo un daño colateral. Era un golpe más a su odiada y antigua Orden. Tampoco le agraviaba demasiado haber tenido que pagar mucho más de lo previsto para conseguir su finalidad: estas cosas pasaban en el mundo de los negocios. Si tuviese algunos años menos se lo habría hecho pagar a Príamo con su vida, pero ahora tanto le daba más o menos dinero, tenía de sobras para el poco tiempo que le quedaba a su corazón. Intuía que esta sería la última de las satisfacciones que podría tener.

Capítulo 71. Leone visita al forense

Aunque le hubiera pedido a la inspectora Rovente un informe forense para primera hora de la mañana, a Leone le pareció una pérdida de tiempo esperar tanto y decidió adelantarse.

Sabía que su amigo Santo Carrotto, el médico forense jefe de Roma, gustaba de trabajar de noche. Seguramente aún no tendría resultados definitivos sobre las causas de la muerte de Aceto y su asesino, pero podía confiar en que extraoficialmente le adelantara datos importantes.

Encontró a Santo trabajando en la sala número tres, trazando una Y en el torso de un hombre anodino.

—Ya me extrañaba que no vinieras a meter las narices en mi guarida, Leo —dijo una voz áspera, con un deje del sur.

Santo Carrotto no levantó la cabeza ni su mirada abandonó el cadáver que tenía entre manos, pero para él esta frase era un saludo más que cordial.

—Me conoces, Santo. No puedo esperar a mañana.

—Supongo que vienes por Aceto. El informe ocupará tres páginas, pero te lo puedo resumir: murió por herida incisa producida por arma blanca muy fina, del mismo calibre que la que produjo la muerte de Messina Limosi. Le entró por la espalda, a la altura de la quinta vértebra, causándole la muerte inmediata, por perforación del ventrículo derecho del corazón.

—Gracias, pero también vengo por este —dijo Leone señalando el cadáver que acababa de ser abierto en canal.

—¿Este? ¿Quién es?

—Es el hombre que mató a Aceto. Lo han encontrado muerto en el bar de los Almacenes Sico.

—¿De veras?

Era una pregunta retórica, ya que el forense no dudaba de la palabra del comisario.

—Lo ha identificado una testigo.

—Vaya, entonces sería mucha casualidad que se tratara de una muerte natural. Pediré ahora mismo un informe toxicológico.

El forense pidió a un auxiliar que llevara urgente al laboratorio unos tubos de diferentes muestras de fluidos procedentes del muerto.

—¿De qué sospechas?

—No lo sé todavía. Acabo de empezar.

Leone, a quien nadie esperaba en casa, se quedó mirando el trabajo del forense, desde el extremo de la sala.

El doctor Carrotto extrajo el corazón de la caja torácica.

—Es un órgano sano. Sin depósitos grasos, tamaño normal. No es un infarto, aunque podría parecerlo a simple vista. Esta persona jamás ha tenido incidentes cardíacos.

Santo Carrotto hablaba en voz alta para que se grabasen los datos de la autopsia.

Continuó desgranando cada parte del cuerpo. Ahora observaba con una potente lente de aumento cada centímetro de piel del cadáver. Se paró en el muslo izquierdo. Pidió una cuchilla de afeitar, para rasurar el vello oscuro que cubría con profusión esa parte.

—Herida incisa de menos de medio milímetro a la altura de la arteria femoral. Parece un pinchazo. Está rodeado de un leve círculo perimetral a la herida, casi imperceptible, de un centímetro de diámetro. Si esta es el arma del crimen, es muy probable que se trate de un bolígrafo de insulina. Suelen usarlo los diabéticos para suministrarse la dosis.

—¿Era diabético? —Preguntó Leone.

—No tiene más pinchazos de este tipo. Además, sus órganos internos no tienen ninguno de los indicios que encontraríamos en un diabético.

—¿Entonces?

—Es demasiado pronto, Leone. Si los análisis dan insulina en la sangre, te podré decir algo.

—¿Qué pasaría si una persona sana recibiera una dosis de insulina?

—Es muy probable que muriera, si la dosis fuera suficiente. En un primer momento caería en coma hipoglucémico, por deficiencia de glucosa en la sangre.

—¿Cuánto podría tardar una prueba de ese tipo?

—Poco. Tal vez ya esté.

Carrotto llamó al asistente y le pidió que preguntara si ya estaba la analítica.

—Ya está, doctor.

—Vamos, ve a buscarlo.

Entre tanto, con un bisturí abrió la carne alrededor del pinchazo, observando con la lente.

—La fina aguja le perforó la arteria femoral. Es muy probable que lo que le inyectaron o se inyectó le produjera la muerte inmediata. La arteria va directa al corazón. Si hubiese sido en una vena, tal vez se hubiese salvado, con un antídoto. En la arteria, no pudo darle tiempo.

—¿Podría haberse pinchado él mismo?

—Podría, pero no lo creo. Mira, Leo.

El forense introdujo una fina y larga cánula de plástico en el agujero.

—Ves, por la dirección que entro la aguja, nos indica que no es una posición natural para pincharse. Debería haberlo hecho torciendo la mano de una forma extraña.

Carrotto imitó el posible movimiento hecho por alguien que se hubiese querido

pinchar en esa zona.

—Está claro —dijo Leone.

El auxiliar del forense llegó con un papel doblado en la mano.

—Tenga doctor.

—Vamos a ver. Lo que me imaginaba: insulina y, además, morfina. Un cóctel mortal a esa dosis y en una persona sana. No debió ni pestañear.

—Una cosa más, Santo. El camarero dijo que mientras estaba en el bar, tan solo un hombre se acercó al individuo que tienes sobre la piedra. Le llamó la atención que tenía la cara muy roja. ¿A qué puede ser debido?

—Uf, a muchas cosas: un exceso de sol, coloración natural, alcoholismo grave, entre otras causas.

—Debía ser muy llamativo, ya que le llamó la atención. ¿Y algo más exagerado?

—Tal vez una alergia alimentaria grave. Suele producir una coloración muy evidente que va derivando en color violáceo, dificultad respiratoria, caída de la tensión arterial, entre otras reacciones. Si no se trata a tiempo, puede causar la muerte por *shock* anafiláctico.

—Si alguien hubiera sufrido hace unas horas una intoxicación de ese tipo, ¿acabaría en un hospital?

—Sí, seguro. Si no, no sobreviviría mucho tiempo. Después viene la parada cardiorrespiratoria y el fallo de la totalidad de los órganos vitales.

Leone empezó a llamar a la comisaría, desde su teléfono móvil, pero no lograba conexión.

—Deberás ir afuera —le dijo su amigo forense— aquí no hay cobertura, está bloqueada en las salas de autopsias.

—Gracias por todo, Santo.

Leone dejó el instituto forense y se dirigió a su coche, mientras intentaba telefonar de nuevo.

—¡Llamad ahora a todos los hospitales! —ordenó—. Preguntad por todos aquellos que durante el día de hoy hayan tenido ingresos de pacientes por alergia alimentaria grave. Voy para allá.

Cuando Leone llegó a la comisaría ya le tenían preparada la información que había pedido. En el centro de envenenamientos del Hospital Gemelli había tenido entrada, esa misma tarde, un paciente con respiración asistida y paro cardíaco con posible causa de intoxicación. Mostraba congestión cutánea muy marcada.

—¿De quién se trata? ¿Tenemos su identificación?

—No, señor comisario, no me la han querido dar. Dicen que necesitan una orden judicial.

—¿La has pedido?

—Ahora mismo iba a hacerlo.

—Pon que está relacionado con la investigación del caso Aceto. La mandarán más rápido.

Leone esperó la orden en su despacho. Estaba decidido a no dormir en toda la noche, si hacía falta.

Llegó a tomarse tres tazas de café muy cargado, antes de que el juez de guardia expidiera la orden para poder obtener toda la información y documentación necesaria sobre un paciente ingresado esa tarde en el Hospital Gemelli. El documento también autorizaba a un interrogatorio, en caso de que el paciente estuviera consciente y en condiciones de salud para soportarlo. Leone se dirigió allí, acompañado de un agente, dispuesto a hacerse con la identidad del enfermo.

La gerente del centro médico atendió a los policías, y les dio enseguida el nombre y dirección del enfermo.

—Se trata de Gerardo Agosta di Petra. Reside en Roma, en frente de la fontana di Trevi.

El comisario dio instrucciones al agente para que pidiera otra orden judicial para registrar el domicilio de Gerardo. También para que, desde la central de la UASV le transmitieran toda la información disponible sobre este individuo.

La gerente del hospital dio copia a Leone del expediente médico de Gerardo, en el cual se detallaba que había entrado en *shock* por anafilaxis, debido a una posible alergia alimentaria o medicamentosa. También indicaba el tratamiento que se le había aplicado para intentar estabilizar sus constantes vitales.

—Necesitaría hablar con el médico que le ha atendido, señora Pacini.

—No habrá problema, esta noche está de guardia. Le llamo enseguida.

La gerente salió del despacho y regresó al cabo de dos minutos, juntamente a un doctor de urgencias muy joven.

—Le presento al doctor Sigma. Ha tratado al señor Agosta di Petra.

Después de los saludos de cortesía habituales, se sentaron y Leone pidió al doctor el estado general del paciente.

—Hemos conseguido estabilizarle —dijo Sigma—. No ha sido fácil, ya que llegó al hospital cuando ya estaba en parada cardíaca y casi no respiraba.

—¿Está consciente?

—No. Le hemos inducido un coma suave, que es necesario para su recuperación.

—¿Cuándo podremos hablar con él?

—No antes de mañana, pero no puedo asegurarlo con exactitud. Depende de cómo su cuerpo reaccione a los antihistamínicos y corticoides que se le han dado por vía intravenosa. ¿Por qué quieren interrogarlo?

El comisario Leone le dijo al médico que su paciente era sospechoso de asesinato.

A la gerente le anunció que iban a poner vigilancia policial en su habitación, ya que, si despertase podría escapar o, incluso, podría ser atacado.

—Le mandaré dos agentes, que se irán turnando. Tenga —dio una tarjeta con su número de móvil a la gerente—. Deberán avisarme tan pronto como recobre la consciencia. Es muy importante.

Leone, juntamente con el agente que le acompañaba, regresaron a comisaría. Allí

les esperaba preparada la orden para registrar el apartamento de Gerardo, aunque el juez de guardia había dejado nota de que Leone le llamara antes de ejecutar la orden. También, en una hoja impresa, le dieron el informe sobre Agosta di Pietra. Indicaba el documento en primer lugar su filiación y domicilio, así como que no le constaban antecedentes policiales ni penales. Miembro de diferentes clubs sociales de la capital y de otras ciudades italianas. Soltero, sin hijos conocidos. Huérfano de ambos padres. Sin trabajo ni oficio. Vivía de rentas y pensiones.

No había nada que indicara que podía tratarse de un criminal. Leone pensó que por eso el juez quería hablar con él. Desde su despacho, hizo la llamada.

—¿Juez Marconi? Soy Leone. Estoy a su disposición.

—¿Qué pasa Leone? ¿A qué vienen tantas peticiones sobre Gerardo Agosta?

—¿Le conoces?

—Sí, es un hijo de papá, de familia adinerada. No tiene antecedentes ni nunca se ha metido en líos, que sepamos.

—Pues todo indica que esta vez sí. Es sospechoso de asesinato.

—¿De quién? En la petición pusisteis que estaba relacionado con el caso Aceto.

—No estamos seguros al cien por cien, pero parece ser que Aceto fue asesinado por un profesional, llamémosle X, ya que no tenemos su identidad todavía. X también ha muerto, según la autopsia por una sobredosis de efectos mortales fulminantes. El único hombre que se acercó a X justo antes de morir tenía el rostro alarmantemente enrojecido y el único ingreso hospitalario con esas características en el día de hoy en toda Roma es Gerardo Agosta.

—Me parecen unos vínculos muy flojos, cogidos con pinzas, vamos. Leone... — El juez parecía preocupado—.

—Lo sé. Confía en mí. Es una corazonada y ya sabes que no suelo equivocarme. Si no estoy en lo cierto, yo mismo iré a pedirle disculpas. Cuando se recupere, claro, ya que ha estado al borde de la muerte.

El comisario y el juez se despidieron y Leone se dispuso a preparar el registro del apartamento de Gerardo para primera hora del día siguiente. Estaba agotado y por la mañana quería estar fresco, para estar al tanto de las entrevistas que tenían que hacer Gianna Rovente y Roberto Ciaccometti.

Capítulo 72. Visitas inesperadas

La inspectora Rovente y el Roberto Ciaccometti se reunieron a las ocho de la mañana en la sede de la UASV, para acordar el modo en qué se tendrían que llevar a cabo las visitas a Miquèle Saramiteri y Calixto Tanato, dos ricos propietarios que vivían en mansiones apartadas de la capital, situadas en grandes fincas. El acceso no sería fácil.

Lo primero que se plantearon fue si presentarse como policía, con lo cual seguramente impedirían el paso a no ser que trajeran una orden judicial, o bien plantearlo como una visita de Ciaccometti, caballero de la Orden de Malta, a un antiguo miembro. La excusa para hablar con Saramiteri podía ser la pretensión de plantearle preguntas sobre Caravaggio, relacionadas con el caso Messina, como una consulta a un experto en la materia. A Tanato ya sería más difícil abordarlo. Ya había tenido contactos con la policía y era un experto en oler encerronas.

También hablaron de si era mejor pedir por anticipado las órdenes judiciales, que posiblemente serían denegadas, al tratarse de gente muy poderosa. Esta idea, también tendría la desventaja que podría alertar a los sospechosos, ya que tienen muchos contactos y con facilidad podría llegarles una filtración por parte de algún empleado de los juzgados. Esas cosas pasaban a menudo.

Los dos acordaron esperar y, antes, intentar concertar una visita con Miquèle Saramiteri. Llamarían a su casa, villa Negroni, en nombre de Roberto Ciaccometti.

No llamaron desde comisaría, sino des del móvil privado de Roberto Ciaccometti. Él mismo pidió por el señor Saramiteri.

—Aquí villa Negroni, diga —dijo una voz femenina, impersonal.

—¿Podría hablar con el señor Saramiteri?

—¿De parte de quien, señor?

—Mi nombre es Roberto Ciaccometti, caballero de la Orden de Malta. Desearía poder verlo, cuanto antes mejor.

—¿Por qué asunto, señor Ciaccometti?

—Necesito la opinión de un experto en Caravaggio sobre una cuestión relacionada con el caso Limosi, y el señor Saramiteri es el mejor en esta materia.

—¿El caso Limosi? ¿Es usted de la policía? —inquirió la voz, suspicaz.

—No señora. Es por un asunto académico relacionado con el pintor, sobre el cual compartían afición la señora Limosi y el señor Saramiteri. El caso Limosi, como usted ya sabrá, ya ha sido resuelto.

—Bien, déjeme su número de teléfono y yo le llamaré. El señor Saramiteri tiene la salud muy deteriorada. No creo que su médico autorice ninguna visita, aunque el señor tiene la última palabra.

Ciaccometti dio las gracias a su interlocutora y le dijo que esperaba impaciente su llamada.

Viendo su primer propósito aplazado, la inspectora y Ciaccometti intentaron su segundo objetivo: Tanato. Tampoco esta vez les salió bien. Resultó que Calixto Tanato se hallaba fuera del país, en Argentina concretamente, por asuntos relacionados con sus negocios. Llevaba quince días fuera, según les dijo el administrador de su finca, y no sabía del cierto cuando regresaría, probablemente la semana próxima.

* * *

A esa misma hora, Leone, acompañado de agentes especializados, estaban echando abajo la puerta maciza del apartamento de Gerardo Agosta. Las estancias eran lujosas y muy amplias, pero facilitaría la tarea el hecho de que se apreciara un cuidado orden en la disposición de los objetos. Leone ordenó buscar cualquier cosa que pareciera un bolígrafo o jeringuilla, agujas, restos de medicamentos, líquidos no precintados o lo que se asemejara a botellines de insulina o morfina. Lo primero que deberían registrar era la basura.

Fue más fácil de lo que Leone pensaba. Lo que tenía de ordenado, Agosta no lo tenía de previsor. En el cubo de la basura encontraron los envases de insulina y morfina, pequeños botellines de cristal, con sus nombres comerciales. En el armario del baño, un dispositivo para autoinyectar preparados médicos. Todo lo recogieron en bolsas para pruebas y lo etiquetaron.

Les costó bastante más tiempo encontrar la caja fuerte que estaba instalada en uno de los paneles de la biblioteca. La ocultaba una fila de libros, pero Leone se fijó en que todos estaban muy bien alineados excepto esos. Parecía como si se hubiesen colocado con prisa, unos más adentro que otros. Él mismo los quitó, dejándolos sobre una gran mesa de nogal. Tocó con un impulso seco el panel trasero, el cual se abrió mediante un resorte oculto.

Dentro de la pequeña caja de seguridad había un paquete que contenía lo que parecía ser mucho dinero. Concretamente un millón de euros.

Leone, tras dudar, también lo cogió y documentó como prueba. Gerardo Agosta, fuera o no el ejecutor de la muerte de X, tendría que demostrar de donde había sacado esa cantidad en efectivo. Tal vez los agentes de finanzas estarían interesados en ello.

Ya era media mañana cuando dieron por finalizado el registro del piso de Gerardo Agosta di Petra y nadie había llamado a Leone desde el hospital. Seguramente, el sospechoso no se había recuperado o no lo suficiente, pero el comisario sintió la necesidad de llamar a los agentes que le estaban vigilando. Ellos le confirmaron que seguía en cuidados intensivos, sin recobrar la consciencia. Leone, sin embargo, y como no tenía mucho más que hacer, se acercó al centro sanitario.

* * *

No tardaron mucho desde villa Negroni en dar una respuesta a Ciaccometti. Saramiteri deseaba verlo, y además con urgencia, pero debía ir solo. Le enviarían un coche a Via dei Condotti, en una hora.

A la inspectora Rovente le hubiera agradado ir a la famosa villa, pero no le quedó más remedio que quedarse en la UASV, a la espera que Ciaccometti regresara.

Ciaccometti subió a la parte de atrás de una berlina negra con chófer uniformado que le llevó a la villa de Saramiteri en cuarenta y cinco minutos, de los cuales, la mayor parte, los pasaron para salir del casco urbano de la ciudad.

Villa Negroni, tal como había supuesto, prometía ser un placer para los sentidos. El hecho de cruzar un jardín botánico con mil variedades de árboles y flores, obligaba a respirar hondo y hacía sentirse bien a cualquiera. La fachada se podría definir como monumental, en cualquiera de los detalles que uno se fijara, pero Ciaccometti, seguramente por aquel instinto de supervivencia que se pone en alerta cuando los seres vivos perciben el peligro, prefirió estar atento a otros detalles.

El chófer le dejó en la misma puerta de la mansión, donde les esperaba una doncella con cofia y un hombre con un traje negro y gafas de sol. El conductor se retiró con el vehículo, dirigiéndose a la parte posterior del edificio.

Después de presentarse, Ciaccometti pidió ver al señor Saramiteri. Antes, pero, le hicieron pasar a una sala de verano, muy luminosa y alegre. Allí se entrevistó con un hombre que se identificó como el médico del señor Miquele.

—Está muy débil, y ha accedido a verlo contra mi consejo. Me sabe mal decirlo pero al señor Miquele le queda muy poco tiempo de vida. Le agradecería que su visita fuera breve, ya que de lo contrario, cualquier excitación que le cause o fatiga extraordinaria, en su estado tan frágil, será responsable de un final acelerado —dijo el médico con un gesto muy serio.

—No se preocupe. Intentaré molestar lo menos posible a su paciente. Le agradezco que me haya dado esta información.

Una vez concluida la breve entrevista con el doctor, este mismo le acompañó hasta la alcoba de Saramiteri.

Ciaccometti se sorprendió del lamentable estado físico con que encontró a Miquele Saramiteri, aun sabiendo que estaba muy grave. La habitación ahogaba una atmosfera cargada de vapor enfermizo con olor a una mezcla de medicamentos y sudor agrio, que obligó a Ciaccometti a dominarse para evitar echarse atrás.

Le pidieron que se sentara a la vera izquierda de la cama de Saramiteri, para no interferir en el lado donde tenía abierta una vía para suministrarle suero y morfina.

Ciaccometti sentía que estaba perdiendo el tiempo con aquello y pensaba que aquel hombre estaba demasiado apurado para haber ordenado el asesinato de

Messina, pero decidió continuar.

—Buenos días, señor Saramiteri —saludó Ciaccometti.

El hombre permaneció callado, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, de la que salía un leve crujido estertóreo; un hilillo de saliva espesa le unía ambos labios, secos y lívidos. Estaba recostado en la cama, con dos almohadones bajo la cabeza rala.

—Señor, si no se encuentra bien, volveré en otro momento.

—No, no, no, espere —dijo con dificultad el enfermo.

Una enfermera se acercó a la cama y tocó el soporte del suero, dándole más velocidad al gotero. Después dijo:

—Señor Miquèle, le he puesto un poco más de morfina y cafeína. Durará como mucho diez minutos. No puedo hacer más.

—Gracias, será suficiente —dijo el anciano con un poco más de color en las mejillas y la voz más clara.

Y continuó:

—Hace muchos años que no hablo con un caballero de la Hospitalaria. Tengo muy poco tiempo, por lo que deseo aprovechar al máximo esta oportunidad. Me han dicho que quiere hacerme unas preguntas sobre Caravaggio relacionadas con las investigaciones que llevaba a cabo la señora Limosi.

—Sabemos que usted es una autoridad en la materia. También hemos descubierto que Messina, justo cuando fue asesinada, había hecho algunos descubrimientos importantes sobre Caravaggio, algo escandaloso. También sospechamos que precisamente por eso fue asesinada. Su tesis, que estaba en el ordenador, fue robada.

Ciaccometti hizo una pausa, lo que le permitió ver un destello de astucia y recelo en los ojos del anciano.

—¿Qué tengo que ver yo con eso?

—No entendemos por qué, un psicótico como Aceto, podía querer llevarse una información tan específica. Quizás actuaba por encargo, por dinero.

Saramiteri se removió en la cama.

—Además también tenemos otros indicios que nos llevan a pensar que hay alguien influyente detrás.

—¿De veras?

—Tal vez usted podría saber quién está interesado en este tipo de mercancía.

Saramiteri se alteró:

—¿Mercancía? ¿Ha dicho mercancía? ¿Cómo puede llamar eso a uno de los mayores hallazgos de la historia?

El médico se acercó y llamó la atención a Ciaccometti:

—Por favor, por favor, su actitud perjudica al señor Miquèle. Deberá irse.

A lo que el anciano se opuso.

—No pasa nada —y pidió a un auxiliar que le acercara una carpeta que tenía en su escritorio.

Cuando la tuvo en sus manos, la abrió con dificultad y extrajo unos papelillos de fumar con signos escritos por todas partes.

—¿Ve esto? ¿Le parece insignificante? Es el legado de Messina Limosi.

—¿Qué es, Saramiteri?

—Usted sabe que me queda muy poco tiempo de vida. Ya no me es necesario engañarle. Sí, yo mandé matar a la archivera. Llevaba mucho tiempo espiándola y sabía que estaba trabajando noche y día en un hallazgo sobre el maestro. Había descubierto la composición secreta de las pinturas que él mismo elaboraba: todos los ingredientes en unas anotaciones que había hecho el propio Caravaggio. El sueño de cualquier historiador, pero solo ella tenía acceso a esos documentos: la archivera. Yo, ya lo sabrá, puesto que ha llegado hasta aquí: fui expulsado injustamente de la Orden de Malta. Eso me inhabilitó para continuar con mis investigaciones sobre el maestro, que también fue expulsado en su día, les parecía indigno a esos ignorantes.

—¿Cómo logró Aceto el código de la alarma de la tienda de ropa?

—¿Cree que eso es muy difícil para mí?

—Usted contrató a un asesino, que ahora también ha muerto.

—Me engañó y eso siempre se paga.

—Pero el que dio muerte a Aceto también ha muerto.

—De eso no sé nada. Ya le he dicho que no tengo ninguna intención de engañarle. Estoy en mi casa y usted está solo.

Ciaccometti fingió no haber entendido la amenaza que se le profirió.

—¿Quién es el que mató a Aceto?

—Un profesional, por supuesto. De esa gente nunca uno sabe su verdadero nombre. Para mí era Príamo.

La voz de Saramiteri iba apagándose de forma casi imperceptible. El medicamento iba dejando de hacer efecto, pero el hombre no quería parar:

—Siempre se ha considerado que el maestro perdió la vida en Porto Ercole, a causa de unas fiebres, pero lo cierto es que nunca se llegó a encontrar su cuerpo. Por eso se han venido elaborando muchas teorías sobre su verdadero fin y, sobretudo, en relación a la causa de su muerte. Yo siempre he pensado que en realidad le mataron. De hecho, la única prueba de que hubiera muerto fue la declaración de un supuesto amigo suyo, pero nadie más pudo atestiguarlo. Lo que yo creo, y he dedicado buena parte de mi vida a buscar pruebas, es que ese presunto amigo lo mató e hizo desaparecer su cuerpo, seguramente para robarle su famosa libreta de notas. Mucha gente sabía entonces que Caravaggio anotaba sus fórmulas y técnicas en una especie de legajo que llevaba siempre encima, incluso cuando se pasaba noches enteras de borrachera. Lo escribía en clave, normalmente con una mezcla de caligrafía muy intrincada y signos raros. Lo protegía con mucho empeño. Yo sabía, de mis años dentro de la Orden de Malta, que el original de las notas de Caravaggio estaba en alguno de los archivos de la casa hospitalaria, probablemente en la sede principal, en Roma. Pero lamentablemente no tenía acceso a ella. Me estaba proscrito entrar en la

sede, al haber sido expulsado y conocía a Messina Limosi. Sabía que era una estudiosa del gran pintor tan implicada como yo, y sabía que el hecho de que dedicara últimamente tantas horas al archivo solo podía significar una cosa: había hallado la libreta de notas. A partir de ahí lo único que me hizo falta fue mucho dinero para pagar a un profesional, pero resultó que por medio de una agencia se encargó el trabajo a Aceto, un imbécil psicópata. Al principio lo hizo bien, consiguió el trabajo de Messina, aunque no pudo hallar el original del pintor, y la mató, para no dejar testigos. El modo fue impecable, ya que parecía imposible poder entrar en el archivo sin ser visto. Pero todo se torció cuando se quedó con la fórmula de las pinturas, se obsesionó con ello, quería ser un reconocido artista contemporáneo usando las técnicas antiguas. Por eso mató a ese chiquillo. Teníamos que eliminarlo, no sin antes conseguir que nos devolviese lo que era nuestro.

Ciaccometti se dio cuenta que Saramiteri había pasado del singular al plural, pero no dijo nada, para que no perdiera el discurso de su confesión.

—El contacto, Príamo, pidió más dinero, un millón de euros para conseguir la parte del documento que se había apropiado Aceto y, también, para hacerlo desaparecer. ¿Qué iba a hacer? Hubiese hecho cualquier cosa para conseguir la fórmula y lo volvería a hacer. La fórmula lo vale. Caravaggio utilizaba hiel humana, mezclada con albayalde y otros compuestos para crear pintura al pútrido. Ahí está el secreto de la profundidad de sus colores: sus rojos son únicos, sus verdes, no han podido ser imitados. Ahora ya sé el porqué. Seguramente alguien descubrió esto y por eso lo expulsaron de la Orden de Malta. Y, antes de morir, quiero que todo el mundo sepa que yo lo descubrí. Ahora ya lo sabe todo.

Ciaccometti sabía que no diría más, por lo cual le preguntó:

—¿No cree, más bien, que lo que sabrán es que Messina lo descubrió?

El anciano se echó a reír de una forma que indicaba locura, pero no contestó a la cuestión que se le había hecho. Ciaccometti continuó:

—Hay una cosa que no sé. Un misterio sin resolver, aunque usted quizá lo sepa: ¿por qué reía Messina?

Saramiteri lo miró de reojo, desde su posición más baja, en la cama.

—¿A qué se refiere? —Preguntó con interés.

—Cuando se encontró el cuerpo de Messina sin vida, se estaba riendo. Tenía una sonrisa burlesca, como si en la muerte se sintiera vencedora. ¿Alguna idea, señor?

—No... —dijo, aunque pareció dudar.

Ciaccometti se levantó, dando la entrevista por acabada.

—Si no desea nada más, le acompañarán hasta la puerta, caballero.

* * *

Leone entró en el hospital y se dirigió a la sala de cuidados intensivos. A lado y

lado de la puerta le esperaban dos agentes uniformados, que saludaron al comisario según correspondía a su rango.

—¿Hay novedades?

—No, comisario. El médico de la unidad está dentro desde hace una hora. Estamos esperando que no dé el informe sobre si ha recobrado o no la consciencia.

—Avisen de que quiero hablar con él. Tan pronto como despierte, Gerardo Agosta debe ser detenido. Las pruebas encontradas en su domicilio le implican de forma directa con al menos una muerte y ya están en camino del laboratorio de la UASV.

Leone todavía tuvo que esperar más de veinte minutos antes que la doctora que atendía en aquel turno a los enfermos más graves del hospital saliera para hablar con él.

—Esta tarde lo bajaremos a una habitación individual, ya que sus constantes vitales están estabilizadas y ha recobrado el conocimiento. Se restablecerá, pero le advierto que en las primeras horas no puede sufrir tensiones. Además, me ha dicho que no se acuerda de nada.

—No se preocupe, doctora. Es muy frecuente en estos casos que finjan una pérdida de memoria. Cuando esté disponible, me gustaría que la primera persona que le preguntara fuera yo mismo o bien la inspectora Rovente, de la UASV. Es fundamental que no hable con nadie antes, para que no puedan prevenirle. Se le debe retirar el teléfono de la habitación y no puede recibir visitas, ya que en realidad tiene la condición de sospechoso detenido, aunque todavía no se le han leído los derechos, debido a su estado.

—Lo entiendo. No estoy segura al cien por cien, pero le daré un dato: es muy poco probable que una persona que haya sufrido un *shock* anafiláctico por intoxicación pierda la memoria. Si fuera traumático o psicológico sería diferente.

—Gracias, doctora. Lo tendré en cuenta. Avíseme enseguida que pueda hablar con él.

Capítulo 73. Ciaccometti en peligro

Una de las doncellas de villa Negroni se ofreció a acompañar a Ciaccometti, que vio que también le seguían a poca distancia el doctor y una enfermera. Apenas sintió un pinchazo en el cuello, muy parecido a una picadura de avispa, seguido de un leve escozor. Después, perdió la fuerza en las piernas y la visión se tornó borrosa. Se sentía como si estuviera buceando dentro de un tanque de aceite. En cambio, oía muy bien. Comprendió que la confesión de Miquele Saramiteri no era gratis. Si no hacía algo para evitarlo, no le dejarían salir con vida de la casa.

La droga que le habían administrado no le había producido la pérdida de la capacidad de pensar, pero de poco le servía, ya que no tenía nada de fuerza física y veía los objetos distorsionados.

Supo que le habían dejado en una habitación contigua a la alcoba de Saramiteri. Parecía una especie de saloncito, con grandes y altos ventanales. La luz que entraba por ellos le deslumbraba y se le estaba iniciando lo que apuntaba a ser una profunda migraña. Lo pusieron tendido en un sofá de piel, cara arriba, del cual resbaló sin poder evitarlo y cayó de bruces en el suelo, que por fortuna estaba amortiguado por una gruesa alfombra oriental.

No sabía cuánto tiempo habría pasado, pero ya veía casi bien y podía empezar a mover las manos, cuando se lo llevaron tres hombres de nuevo a la habitación del anciano. A parte del enfermo y del personal sanitario habitual, había en la sala cinco personas más. No las conocía, pero algunos rostros le parecieron familiares, los había visto en el ordenador de la UASV, cuando estaban buscando información sobre los que habían sido expulsados de la Orden de Malta. No llevaban el rostro cubierto, lo que alertó a Ciaccometti, pues si no tenían nada que ocultar es que pensaban deshacerse de él.

—Caballero, ¿sabe quién somos? —preguntó el mayor de los asistentes.

—No tengo ni idea —respondió Ciaccometti— y además, no quiero saberlo.

—No pretenderá, después de lo que le ha contado el honorable Gran Maestre —salir de aquí con vida.

Ciaccometti no dijo nada y el que llevaba la iniciativa del grupo continuó:

—La Orden de Malta es nuestra más odiada enemiga, junto con la Iglesia de Roma. Pero sabemos guardar las formas y un Caballero siempre es un Caballero. Le debemos una explicación. Los que estamos aquí, en esta sala, somos los últimos miembros vivos de una Orden casi tan antigua como la suya, pero la nuestra no es tan conocida. De hecho, la conocen muy pocos. ¿Le suena la Capa Blanca?

Ciaccometti negó con la cabeza.

—Me extraña mucho, en su caso. Bien, le haré un resumen de nuestros objetivos: perjudicar tanto como nos sea posible a la Orden de Malta, y también a la iglesia católica, a su curia, a sus miembros, a su fama, a su fortuna, en todos los aspectos que se le ocurra imaginar.

—Me parece un objetivo muy amplio y ambicioso, para ser ustedes tan pocos.

—Es cierto. Pero eso lo suplimos con mercenarios. El dinero mueve muchas voluntades, querido Caballero.

—¿De verdad creen que pueden deshacerse de mí tan fácilmente? La policía sabe que estoy aquí, y también mucha gente de la casa hospitalaria.

—Tal vez sepan que vino aquí —dijo el hombre, remarcando la palabra “vino” a posta—. Cuando pregunten, oirán que se le acompañó de vuelta a Via dei Condotti por el chófer del señor Saramiteri. Todo el personal de la casa, incluido el médico, lo confirmaran: tuvo una breve entrevista con el señor, que está muy enfermo, y regresó a la ciudad. Hablaron unos minutos sobre Caravaggio, el tema predilecto de Saramiteri, todos dirán lo mismo.

—¿Quién es en realidad Miquèle Saramiteri? Quiero decir, dentro de la Orden de la Capa Blanca.

—Ahora ya puede saberlo —dijo riendo de un modo siniestro—. Es nuestro Gran Maestro, Albino, que significa el blanco. El nombre se lo puso él, ya que adora la raza aria. Como el Papa elige un nombre, diferente del que le pusieron sus padres al nacer, nuestro Gran Maestro también hace lo propio. Al Gran Albino le queda escaso tiempo de vida y le sucederá uno de los que aquí estamos.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Ya ve que quedamos muy pocos. Necesitamos nutrir nuestras filas de sangre nueva. Usted nos parece un buen ejemplar y podríamos contemplar la posibilidad de salvar su vida a cambio de entrar en la Capa Blanca. De hecho, no tendría ni que alejarse de Malta, haría durante un tiempo de agente infiltrado.

A Ciaccometti le pareció una proposición repugnante pero no demostró hacerle ascos, para ganar tiempo. Poco a poco iba recobrando la fuerza en los brazos y se empezaba a notar las rodillas.

—Sé lo que está pensando —dijo el hombre que había hablado todo el rato. Y Ciaccometti le respondió:

—Pienso que no pueden ser tan cándidos. Si les digo que acepto su propuesta, ¿cómo se aseguraran de que cumpla mi palabra? Lo más fácil para mí sería irme y una vez fuera, volver con toda la carga policial a por ustedes.

—Bueno, así es. Pero cuando volviera, la policía encontraría al viejo Saramiteri, tal vez ya muerto, a varios sanitarios y criados que lo negarían todo y sería su palabra contra la de todos ellos. Le hemos inyectado una mezcla de drogas, alguna de ellas con muy mala fama. El médico dirá que antes de irse, usted fue al baño y salió con las pupilas dilatadas, como si se hubiese drogado. Si buscan, durante un mes podrán hallar restos de todas esas sustancias prohibidas en su sangre. Eso sentará muy mal a

Malta. Toda su denuncia quedaría en nada. Además, nosotros no le dejaremos nunca. Cuando menos lo pensase, caería víctima del *ad umbilicum adducere*, ya sabe, nuestra fina varilla de oro, la marca de nuestra mano.

—Veo que lo tienen todo pensado. ¿Y si no acepto?

—Mañana su tío, Dimarco, podrá leer los titulares: la lamentable muerte de un caballero. Qué pena, murió ahogado en el Tevere.

—Sí, pero cuando me hagan la autopsia encontrarán el pinchazo en el cuello, y las drogas. Sabrán que he estado en villa Negrone y atarán cabos.

El hombre pareció algo turbado y miró al médico, que le hizo un leve gesto de asentimiento.

—Entonces conocerá durante un mes los viejos recovecos de esta noble casa.

Capítulo 74. Memoria interesada

Cuando la facultativa que atendía a Gerardo dio su visto bueno, Leone no perdió el tiempo. Entró en la habitación y lo primero que hizo fue leerle sus derechos.

Gerardo fingía sin éxito que no entendía nada y Leone no se dejaba engañar.

—Está perdido, Agosta, lo sabemos todo.

—¿Quién es usted?

—Ya se lo he dicho. El comisario de la UASV. Está detenido por el asesinato de un hombre.

—No sé de qué me habla, señor comisario.

—No me haga reír. ¿Quién ordenó la muerte?

—No me encuentro bien, comisario. Ni siquiera sé qué hago aquí.

—No finja, que será peor. Hemos entrado en su piso.

Gerardo Agosta se alarmó.

—¿Tienen orden judicial?

—Por supuesto. También tenemos la insulina, la morfina y el millón de euros. ¿Le dice esto algo, ahora?

Gerardo estaba abrumado y hundió su cara en la almohada, reprimiendo un grito.

—Está bien, colaboraré —dijo, tras unos segundos de silencio— pero quiero un trato. Por escrito.

—De acuerdo. Haré venir a unos agentes para que graven la confesión. Supongo que tardaran unos minutos. Mientras, llamaré al fiscal para que fije el trato.

En ese momento entró un agente uniformado.

—Comisario, tiene una llamada de la inspectora Rovente. Dice que es urgente.

Recordó que tenía el móvil en silencio desde que había entrado en la habitación de Gerardo Agosta. No quería que le molestasen. Tenía ocho llamadas perdidas.

—Está bien. Vigile la habitación mientras hablo con ella. Es muy importante que no entre ni salga nadie. ¿Entendido?

Leone se dirigió a una de las recepciones del pasillo.

—¿Qué ocurre, inspectora?

—Estoy muy preocupada. Ciaccometti ha ido a la casa de Miquèle Saramiteri. Lo ha venido a recoger su chófer.

—¿Y?

—Pues que no ha regresado todavía. Lo estoy llamando desde hace rato y tiene el teléfono apagado.

—Quizá no haya cobertura en la casa. Está en las afueras. O tal vez lo habrá apagado. ¿Por qué está tan nerviosa?

—He llamado a la casa y me han dicho que el chófer ya le acompañó de vuelta a la ciudad. No me gusta nada. Es muy raro que después de la visita no haya dado señales de vida.

—¿Ha probado con el localizador de móviles?

—Sí. No da señal, y eso indica que móvil está apagado.

—Espere un tiempo. No creo que le haya ocurrido nada. ¿Ha llamado al palacio?

—Sí. Tampoco ahí está.

—Bien, mande una patrulla a casa de Saramiteri. Pero no podrán entrar sin una orden. Yo estoy interrogando a Gerardo, su sobrino. Está a punto de confesar, a cambio de un trato, claro. Si implica a Saramiteri, podremos conseguir la orden de entrada de inmediato. Téngame informado.

El comisario Leone telefoneó a fiscalía. El fiscal era nuevo y confió en la intuición del policía.

—Lo dejo en sus manos, Leone. Ofrézcale el trato de que no habrá juicio público si confiesa y se conforma con una pena mínima, teniendo en cuenta que se trata de un homicidio, aunque sea de un indeseable.

—Espero que lo acepte. Es un buen trato para él.

Leone regresó a la habitación y enseguida vio que algo no iba bien. Gerardo no estaba en la cama y el agente tenía medio cuerpo fuera de la única ventana del recinto.

—¿Qué demonios está haciendo, agente? ¿Dónde está el detenido?

—Se ha tirado, comisario —dijo el policía mientras resollaba y se arreglaba la ropa y el pelo.

—¿Cómo? ¿Qué está diciendo?

—No he podido hacer nada, señor. En cuanto usted se ha ido, el hombre ha simulado estar adormilado, con lo cual yo me he sentado en esta silla —dijo, señalándola—. Al cabo de unos minutos, he encendido la tele y me he entretenido mirando las noticias. De repente, sin casi tener tiempo ni a levantarme, el hombre ha salido corriendo de la cama y se ha echado por la ventana, de un salto. He llegado justito a cogerle un poco por la bata que llevaba, pero no lo he podido detener. Mire —dijo, enseñando su mano derecha a Leone— incluso me he hecho daño en las uñas.

Leone hizo un gesto despreciativo, casi avergonzado, y se acercó a la ventana, con cuidado de no tocar nada. Abajo vio a Gerardo Agosta desmadejado, en una posición extraña. Alrededor de su cabeza se iba ensanchando un círculo de sangre y a su lado se agolpaban cada vez más personas. El comisario salió a toda prisa.

—¡Vamos! Tal vez todavía esté vivo: está sangrando. Bajó por las escaleras del hospital las tres plantas que lo separaban de la calle en pocos segundos. Al llegar abajo unos enfermeros estaban atendiendo al suicida, insuflándole oxígeno e inmovilizando sus miembros.

—¿Está vivo? —preguntó el comisario.

—Tal vez, dijo un enfermero, pero no por mucho tiempo. Está reventado por

dentro y tiene la cabeza resquebrajada. No se acerque, por favor, ¿quién es usted?

—Soy el comisario Leone. ¿Está consciente?

Gerardo abrió un poco la boca y su garganta emitió un estertor.

Capítulo 75

Ciaccometti estaba recuperando la sensibilidad de forma acelerada, aun cuando intentaba ocultarlo, para evitar que lo atasen.

—Veo que no está muy decidido a unirse a nuestra Orden, estimado Ciaccometti —le dijo su interlocutor.

—Solo les pido una cosa: me gustaría seguir hablando con Albino sobre la fórmula de Caravaggio. Tengo la impresión de que hay alguna cosa que no va bien.

Consiguió llamar la atención del viejo asesino con la treta de plantear una duda respecto al gran pintor, que levantó, muy despacio, una mano marmórea y seca. Los demás asistentes cruzaron sus miradas.

—No creo que pueda servirle de mucho, ya ve que está muy, digamos, cansado.

Ahora el viejo Albino consiguió emitir un pequeño grito que pedía morfina. El médico se acercó y, pidiendo permiso con la mirada a su jefe, le inyectó un vial. La droga, como siempre, le hacía un efecto inmediato, aunque cada vez tenía una duración menor.

—No tiene sentido lo que me ha dicho sobre las técnicas de Caravaggio. Sí, es cierto, era un hombre con advocación por la violencia física y verbal, bruto, que le gustaban los bajos fondos y compartía mesa y cama con gente de mal vivir, pero también sabemos que fue capaz de crear obras de arte absolutas, de belleza difícil de superar, audaces y, también, piadosas. Es decir, sentía, no era un frío asesino, era un truhán, no un psicópata.

Saramiteri hizo un gesto de aprobación.

—Eso es verdad, pero por otra parte estamos seguros que mató al menos a un hombre.

—Sí, en una pelea, ese era su mundo, pero no hubiera podido hacerlo a sangre fría, para obtener una parte del cuerpo de una persona. Tiene que ser una falacia, una falsificación o, tal vez, una broma de mal gusto.

Saramiteri se estaba alterando.

—¿Quiere decir que este documento valiosísimo, en el que estaba trabajando Messina Limosi era falso?

—Posiblemente. Antes, cuando hemos estado hablando, le he mencionado la sonrisa de Messina ¿Por qué reía?

—¿A qué quiere referirse?

—Cuando se encontró su cadáver, su rostro expresaba felicidad o simple risa. Yo no conozco ningún caso que alguien se ría si le están matando. Messina era muy inteligente. ¿Ha pensado usted que Messina quizás habría temido que le robaran su tesis? Seguro que se le ha ocurrido, usted también tiene un cerebro privilegiado.

Ciaccometti estaba logrando su objetivo, hacer que Albino se sintiera inseguro. Por la expresión de su cara sabía que había tocado un punto delicado.

—Era una actitud muy propia de Messina Limosi tener en el ordenador un documento falso pero no absurdo del todo, creíble en definitiva, por si alguien intentaba hacerse con su trabajo. Ya sabe usted que en el ámbito científico es muy frecuente el robo de ideas. Tal vez ella guardara su verdadero trabajo y, no lo olvide, el legajo auténtico con las notas de Caravaggio, en algún lugar mucho más privado y protegido. ¿No le parece un buen motivo para sonreír?

Albino se removió en la cama, inquieto. Sudaba y expelía aire a borbotones. Los otros miembros de la Capa Blanca no se atrevían a moverse.

—¡Más morfina! —farfulló.

Como siempre, se le obedecía sin dudar. No había nada que perder.

—Yo puedo ayudarle, Albino —se ofreció Ciaccometti.

—¿Cómo?

—Conocía bien a Messina Limosi. Y también soy archivero, no lo olvide. Tenemos nuestros códigos. Pero necesito salir de aquí.

—¡Qué salga! —Ordenó Albino.

Los demás miembros de la Capa Blanca se removieron en sus sillas.

—Honorable —dijo el que llevaba la voz cantante entre ellos— no ve que es una trampa. Quiere escaparse y llamar a la policía. No volverá.

Albino miró al caballero con los ojos entornados. Por unos segundos pareció arrepentirse de su decisión.

—Ciaccometti, es usted un caballero de la Orden de Malta. Eso significa que un juramento suyo ante Dios equivale a la verdad y que nunca podría romperlo, aunque estuviese su vida en peligro.

—Sí, señor, así es. Usted también es un caballero. Desconozco si su orden considera la mentira bajo juramento alta traición, pero bien sabe que si faltase a mi palabra jurada ante Dios, incluso en riesgo de muerte, debería dejar la Orden.

—Póngase de rodillas —le ordenó Albino.

Ciaccometti lo hizo fingiendo dificultad y dolor. Albino mandó traer una biblia.

—Jure ahora.

Ciaccometti, con una rodilla hincada en el suelo, la cabeza gacha, una mano en el corazón y la otra sobre la biblia, dijo:

—Juro por Dios y por mi Iglesia, por mi Santa Orden de Malta y por San Juan que volveré a esta casa con los documentos sobre Caravaggio que pueda encontrar, sin denunciar nada de lo que he visto y oído en este sitio.

—Está bien, ya tengo suficiente. ¡Dejadle salir!

En ese momento entró una sirvienta y anunció que la policía pedía hablar con don Miquèle, el cual dijo que no hablaría con ellos, que les dijera que estaba enfermo, que se fueran si no traían una orden.

—¡Un momento! Será mejor que los reciba, si no queremos que sospechen.

Nosotros vamos a otra habitación y nos llevamos a Ciaccometti. —Dijo uno de los compañeros de la Capa Blanca.

Cuando entraron dos agentes en la alcoba del viejo Saramiteri, solo le acompañaban el médico y un par de asistentes personales del enfermo.

Los efectos de la última dosis de morfina se estaban diluyendo y Miquele Saramiteri se encontraba muy débil.

—Disculpe, señor. Intentaremos ser breves. Queremos saber si ha estado aquí y donde está ahora el caballero señor Roberto Ciaccometti.

—Sí que ha venido. Me ha hecho preguntas sobre los últimos días de Caravaggio —dijo con lentitud.

—¿Se ha ido ya?

—Sí, hace mucho. Habrá regresado a Roma.

—¿Ha dicho dónde iba?

—No, pero lo cierto es que, después de darme las gracias, se ha marchado con mi chófer. Puede preguntarle a él.

—Gracias señor. Por cierto, ¿dónde podemos encontrarlo?

Saramiteri cerró los ojos y ya no contestó. Por él lo hizo el médico.

—Don Miquele está muy grave y no debería ser molestado. De hecho, como médico suyo, no puedo permitir que tenga más entrevistas por hoy. Seguramente el chófer está en las cocheras, pero pregunten a alguna sirvienta.

Los agentes se dieron por despedidos y regresaron a la salida de la casa. Allí, una criada con cofia les señaló dónde estaba el garaje. No les costó demasiado encontrar al hombre que buscaban: estaba sacando brillo a un Cadillac de los años cincuenta.

—Buenos días. ¿Es usted el chófer de la casa?

—Sí, señores policías —dijo, sacándose la gorra de plato.

—Bien. Cuéntenos lo que ha hecho hoy.

—He realizado dos viajes de ida y vuelta a la ciudad. El resto del día no me he movido de las cocheras, poniendo a punto estas máquinas.

—¿Quién iba con usted?

—El señor Ciaccometti. Lo he recogido delante del Palazzo de Malta y lo he traído aquí. Parece ser que don Miquele quería hablar con él. No ha durado mucho rato la entrevista, un cuarto de hora a lo sumo. Después lo he acompañado de vuelta a Roma, dejándolo en la misma Via dei Condotti.

—¿A qué altura de la calle?

—Delante del mismo palazzo.

—¿Recuerda la hora?

El hombre dudó, pero hizo un cálculo rápido.

—Lo recogí prácticamente a las once de la mañana, llegamos aquí en cuarenta y cinco minutos y debía ser cerca de la una del mediodía cuando lo dejé en Roma de nuevo. No se lo puedo decir exactamente, pero quizás entre la una menos diez minutos y la una y diez.

—¿Se fijó usted si el señor Ciaccometti entró en el palacio?

—No, la verdad. La calle suele estar muy transitada y apenas paré un instante, el tiempo justo para que bajase del coche.

—Está bien. Gracias por su colaboración.

A ninguno de los dos policías les pareció sospechosa la declaración del chófer, el tiempo cuadraba. Pero tenían que comprobarlo. Uno de ellos llamó por teléfono a la inspectora Rovente.

—¿Inspectora Rovente? Parece ser que Ciaccometti regresó a Roma hacia la una de la tarde.

—No puede ser. Quedamos en que me llamaría tan pronto como saliera de la casa de Saramiteri. Es ya muy tarde y no ha dado señales. Además, no contesta al móvil —dijo la inspectora.

—Quizás esté en el palacio de Malta. El chófer dice que lo dejó en la misma puerta.

—Llamaré a Dimarco.

La inspectora Rovente no tardó en comprobar que Ciaccometti no había regresado al palacio. Así se lo confirmó Dimarco, que hacía muchas horas que no había sabido nada de él. Tardó un poco más en saber que el chófer había mentado a los agentes: si bien las cámaras que protegen la sede de la Orden de Malta captaron el momento en que Ciaccometti se subió al coche de Saramiteri, a las once y dos minutos, en ningún momento gravaron el regreso del caballero.

Gianna Rovente estaba convencida de que Ciaccometti seguía en la mansión de Miquèle Saramiteri y debía encontrar la forma de poder entrar. Además, intuía que estaba en peligro. Solo Leone podría obtener la orden de entrada y registro del juez. La inspectora llamó al comisario.

—¿Rovente? No lo podrás creer.

—¿Qué ocurre, comisario?

—Gerardo Agosta está muerto. Se ha suicidado.

El comisario Leone le explicó que la confesión de Agosta era la única forma rápida de haber conseguido una orden de entrada y registro para buscar a Ciaccometti en casa de Miquèle Saramiteri. La inspectora insistió en que continuaba en la casa y que probablemente Saramiteri era quien había encargado la muerte de Messina Limosi.

—Tengo una última carta.

—¿Cuál, comisario?

—Limosi. Él conoce al juez y no creo que le niegue nada, si el viudo de Messina quiere pedírselo.

—Voy hacia la villa de Saramiteri. En cuanto tenga la orden, por favor no tarden, entraré personalmente en la casa. Espero que no sea demasiado tarde para Ciaccometti.

La inspectora Rovente decidió desplazarse en moto hasta el extrarradio de Roma,

a villa Negroni, donde la esperaban los agentes. Tenían órdenes de no presionar al chófer ni levantar sospechas, pues eso podría poner en peligro a Roberto Ciaccometti.

Los policías se habían alejado un quilómetro de la villa y se encontraron con la inspectora en la carretera. La orden de entrada no podía tardar, si es que Limosi había querido intervenir.

Entretanto, en villa Negroni, Ciaccometti intentaba convencer a los integrantes de la orden de la Capa Blanca que le dejaran regresar a Roma. El empeoramiento del estado de su jefe, Albino, no favorecía al caballero, pues los otros no tenían ningún interés en hallar el legajo original de Caravaggio, y además no se fiaban de él.

—Deben obediencia al Honorable Albino —les decía.

Y les insistía en que, de despertar su jefe y encontrarlo todavía allí, sentiría un gran enfado por el tiempo perdido. Si de algo no dispone Miquèle Saramiteri, es de minutos que derrochar. Ni siquiera sabía si viviría el día siguiente.

De nada le sirvió el intento de persuasión ya que decidieron encerrarlo, por si regresaba la policía.

Capítulo 76. Limosi se implica

Acababa de morir el sobrino de don Miquele, Gerardo Acosta, sin decir ni una palabra que ayudara al comisario Leone. Tenían varios muertos, pero el caso todavía no estaba resuelto. Aceto, Príamo, Acosta. Un curioso triángulo asesino que dejaba a la policía de la UASV sin un trofeo que mostrar.

Leone pensaba que con Miquele Saramiteri sería distinto. Un prohombre distinguido para entregar a la justicia por la muerte de Messina Limosi. Pero debía darse prisa, porque si entretanto moría un caballero de la Orden de Malta, sería un fracaso difícil de soportar. Llamó a Limosi.

—¿Guido? ¿Cómo estás?

—Bien, Leone. ¿En qué puedo ayudarte, amigo?

—Ya te lo explicaré en detalle, pero necesito que me ayudes con urgencia. Roberto Ciaccometti está bajo un grave peligro, pero está dentro de la casa de Miquele Saramiteri. ¿Lo conoces?

—Sí, fue cliente mío. ¿Tiene que ver con el asesinato de Messina?

—Creemos que Saramiteri fue el autor intelectual del crimen. Si no fuera urgente no te lo pediría. Necesitamos una orden de entrada y registro de la mansión. Supongo que el juez Mandoni no te la podrá negar. ¿Sois amigos, no?

—Ahora mismo le llamo y te digo algo.

El viudo de Messina Limosi no tardó más de cinco minutos en devolver la llamada telefónica al comisario. Le comunicó que en unos instantes desde el juzgado le enviarían la orden que necesitaba por vía telemática. Leone no le escatimó ningún detalle al notario, exponiéndole todas las novedades del caso.

Capítulo 77. Entrada y registro

Tan pronto como la inspectora Rovente tuvo la certeza de que estaba por llegar la orden judicial para poder entrar y, si convenía, registrar cada uno de los rincones de la residencia de don Miquèle, pidió refuerzos. Intuyó que el viejo Saramiteri no estaría solo, incluso podría tener guardia personal, además de otros miembros del personal de servicio.

Pero no podían esperar más. Se apostó con un agente en la puerta principal de la mansión y ordenó al otro que esperase en la puerta de servicio, por donde entraban los proveedores de la casa. Les dejó instrucciones que no dejaran salir ni entrar a nadie.

Le sorprendió a la inspectora que nadie pusiera reparos a su entrada a la casa. Una sirvienta, con maneras amables, la acompañó hasta la habitación donde se encontraba el señor Saramiteri, junto con su médico. No había nadie más.

Gianna Rovente preguntó quién era el responsable de la casa y el médico le dijo que don Miquèle, pero que ahora estaba durmiendo.

—Está muy grave. No es prudente despertarlo. La entrevista con el señor Ciacometti *li* ha fatigado mucho y en su estado, no sabemos cuándo podrá recuperarse.

—Traigo una orden de registro de la casa. Si no puedo entregársela al propietario, indíqueme a quien debo dirigirme. En caso contrario, usted me sirve.

—Está bien. Haga lo que tenga que hacer —dijo el médico con preocupación delatadora en el rostro, mientras leía el mandato judicial que le había entregado Rovente.

—En pocos minutos llegaran mis compañeros, pero entretanto empezaré por la planta baja. ¿Me acompaña?

El médico intentó excusarse, pero algo hizo que cambiara de idea. Pidió a una sirvienta que no se moviera del lado del enfermo.

—Vamos, inspectora. La guiaré por la casa.

Bajaron por la escalera central y se dirigieron a la cocina.

—Como puede ver, aquí no hay nada —dijo el médico.

—Eso ya lo decidiré yo.

La inspectora Rovente se puso unos guantes de látex de los que siempre llevaba algún par en el bolso, y tomó un bote para recogida de muestras.

La cocina era una vasta habitación de forma cuadrangular. Los muebles eran anticuados, de medidas gigantescas para lo que era común en los apartamentos de la ciudad. Altísimos, con muchos estantes, puertas de cristal, cajones y alacenas.

Había una cocinera y un ayudante. Los dos vestían de gris marengo, con delantal

negro, largo por debajo de las rodillas. Estaban preparando un guiso a base de bacalao y espinacas con piñones. El sofrito, que seguramente llevaba albahaca, puerro y cebollino, olía a cielo, o más bien como el recuerdo de la cocina de su abuela. Solo entonces Rovente se apercibió que tenía mucha hambre.

Parecía evidente que Ciaccometti no estaba allí, entre cacerolas y fogones, pero la inspectora no pudo evitar echar una ojeada al interior de un viejo arcón congelador. Se sobrecogía al pensar que podía encontrar su cadáver dentro.

La tapa pesaba unos cuantos kilos y le costó levantarla, ya que la goma que la unía al arcón hacía un efecto de tensión similar al de una gran ventosa. Cuando, por fin, pudo separarla, salió del congelador una bruma opaca de aire frío, que cuando se dispersó dejó a la vista que el recipiente estaba lleno hasta arriba de cajas y embalados con alimentos de toda clase: verduras, carnes, aves enteras, frutillas de bosque, líquidos, setas e incluso tartas.

La inspectora sacó los productos de la capa superior y fue dejando todo sobre una mesa auxiliar. La cocinera le acercó un guante térmico y Gianna le dio las gracias.

No hizo falta hurgar mucho más, ya que al poco rato se veía ya que no podía haber un cuerpo ahí. A la inspectora se le ocurrió que una casa tan grande como aquella debía tener una despensa importante y, sin duda, una bodega. Buenos lugares para ocultar a Ciaccometti.

El médico le dijo a Rovente que la bodega estaba en el sótano, bajo tierra, pero que hacía muchos años que no se utilizaba apenas.

—Don Miquèle tiene una selección estupenda de vinos, licores y aguardientes. Incluso vinagres y aceites muy especiales, elaborados en esta finca. Todo de la mejor calidad, pero hace tiempo que no puede disfrutar de ellos. Le gustaba de forma destacada un licor muy dulce elaborado con piel de limones de Sorrento y canela. Pero esto ya forma parte del pasado, claro.

—Parece ser que es un hombre muy refinado. De gustos caros, exquisitos.

—Sí. Así es. En todos los aspectos.

El registro continuó por distintos habitáculos de la planta baja, incluso las habitaciones del servicio, ya que la inspectora quería evitar los sótanos y las salas superiores, hasta que llegasen más agentes.

*** Ciaccometti no sabía a ciencia cierta dónde estaba. Acababa de despertar con un fuerte dolor de cabeza que hacía que le retumbaran mil tambores en los oídos. Era un cuarto oscuro, interior y sin aberturas perceptibles. Recobró el conocimiento tumbado en el suelo, que sentía frío y rugoso, sin ningún recubrimiento. Por lo que podía percibir a través del tacto, era de tierra sin embaldosar. Se puso en pie y levantó los brazos, incluso dio algunos saltos, pero no llegaba al techo, que debía ser bastante alto. Agachándose un poco, recorrió el perímetro del recinto palpando con las manos los estriados muros llenos de salobre y humedad.

En pocos minutos tuvo la certeza que estaba recluido en un zulo y empezaba a recordar por qué había llegado a esta situación, aunque no tenía una idea clara de

cómo había pasado todo. Lo último que le venía a la cabeza era la salida de la alcoba de Saramiteri, apresado por miembros de la Capa Blanca.

*** Pasaban los minutos y cuando llegaron los refuerzos, la inspectora Rovente, acompañada en todo momento por el médico de Saramiteri, había recorrido el noventa por ciento de la casa, sin éxito alguno.

Del edificio principal solo quedaba por registrar el sótano y las buhardillas, los espacios más difíciles, y además tenían pendiente el resto de la finca, las cocheras, los almacenes y los pozos. Ahora, junto con sus compañeros de la UASV, podían avanzar mucho más.

No le sorprendió a la inspectora que no encontraran a Ciaccometti en el interior de la mansión, por lo que se separaron en grupos para reseguir toda la propiedad. El médico fue enviado a cuidar a su único paciente, Saramiteri, mientras los policías buscaban huellas y pruebas de si el caballero había estado en cada una de las partes de la casa.

Encontraron marcas dactilares de Roberto Ciaccometti en la barandilla de la escalera, en la habitación de Saramiteri y en otra cámara contigua. También hallaron otros restos, como algún cabello y pisadas de sus zapatos en el jardín, en el vestíbulo y en el coche. Nada que contradijera la versión del médico y del chófer.

Casi todos los agentes disponibles de la UASV estaban en Villa Negroni y el comisario Leone en persona acababa de llegar. Fue directo a la habitación de Miquèle Saramiteri, donde, como casi siempre, estaban el enfermo, el médico y algún sirviente. Cogió una butaca ligera y la acercó a un metro de la cama, se sentó con una pierna cruzada sobre la otra y se aclaró la garganta.

—Doctor, sabemos que Ciaccometti no ha salido de la casa. Tenemos pruebas de ello.

Al médico le temblaban las manos y la barbilla, pero no dijo nada.

—Es mejor que nos diga cuanto antes dónde está. Aquí solo hay sirvientes, usted y el señor Saramiteri, que parece moribundo. Por lo tanto, si él muere, o aunque no muera, usted parecerá el culpable de todas las muertes que haya causado —dijo, señalando al enfermo— y le anticipo que llevamos al menos cinco, hasta ahora.

—Yo no sé nada —dijo el médico.

—En su favor también puedo decirle que, aparte de la señora Messina Limosi y el niño Luca, a los demás no los echará nadie en falta, pero no se libraría si le pasara algo a Roberto Ciaccometti.

El doctor pareció dudar, pero se mantuvo en su postura.

—Está bien. Despierte a Saramiteri, debo leerle los derechos y llevármelo detenido.

—No puede hacer eso, está muy grave.

—Sí puedo. Si hace un rato pudo hablar con Ciaccometti, también podrá hacerlo conmigo.

En ese momento Miquèle Saramiteri abrió los ojos y removió su cuerpo de huesos

y piel bajo las sábanas. Pidió más morfina.

—Lleva ya demasiada hoy, señor —le dijo el médico.

—No quiero volver a recordar quién manda. Le digo que me dé más ahora mismo.

El doctor preparó una nueva dosis, que inyectó en la bolsa de suero que colgaba de un soporte niquelado. El enfermo no tardó en sentirse mucho mejor, aunque sabía que el efecto de la droga sería breve.

Leone se presentó y le leyó los derechos.

—No pueden hacerme nada, comisario. No ve que soy un despojo humano. Soy un cuerpo al borde de la descomposición, pero aún me queda un poco de lucidez mental. ¿Dónde está Roberto Ciaccometti? ¿Ha vuelto? —preguntó, mirando al médico, que hizo como si no oyera la pregunta.

—¿A qué se refiere, don Miquele?

—Ya no tengo nada que ocultar. Ciaccometti ha ido en busca de unos documentos sobre Caravaggio, me ha prometido traerlos de vuelta y su palabra me vale.

—¿Cuándo se ha ido?

—No lo sé. Pierdo fácilmente la noción del tiempo, paso muchas horas durmiendo. Él lo sabrá —dijo, señalando al médico con un gesto de cabeza.

El doctor hizo cara de espanto y no dijo nada.

—Está bien, doctor. Parece que usted sabe más de lo que dice.

—No ve que el señor Saramiteri no está bien. Ya les dije que Roberto Ciaccometti se fue después de la entrevista. El chófer lo llevó a Roma.

—El chófer mintió —dijo Leone.

—¡Qué venga! —ordenó Saramiteri.

El comisario Leone avisó a un agente para que trajera al chófer en presencia de su jefe.

Cuando llegó, Saramiteri le pidió que dijera dónde se encontraba Ciaccometti.

Al hombre le costaba hablar, pues se daba cuenta de que se encontraba en un apuro. Su jefe le pedía la verdad, pero ésta le comprometía, pues antes había dicho lo contrario a los agentes. Al final, bajo la mirada encendida de Saramiteri, dijo:

—Está bien. Todo lo que dije a los policías es cierto, excepto el final. Nunca traje a señor Ciaccometti de vuelta a Roma. Desconozco dónde está.

Saramiteri estaba estupefacto, e insistió en que dijera todo lo que le pedían.

—No sé dónde está. Lo único que puedo acreditar es que lo traje aquí, pero no lo he visto más. Para mí que aún está en la casa, o por lo menos en la finca. Yo solo cumplí órdenes.

Leone quiso saber quién le obligó a decir que había traído de regreso a Roma a Ciaccometti. Antes de contestar, el chófer miró de reojo a su jefe, que asintió con una caída lenta de párpados.

—Fue él —dijo señalando claramente al doctor.

* * *

Roberto Ciaccometti sentía que se le acababa el aire en aquella poza inmundada que olía a moho y podredumbre. No se veía ningún punto de luz y buscó algún orificio por donde entrara algo de aire fresco. No lo encontró ni en los muros laterales ni en el suelo. Parecía un hueco excavado a pico en la roca de arenisca, cerrado en su totalidad, pero eso no podía ser. Por algún lugar habría entrado. Pensó que un hombre de su altura y corpulencia no podía atravesar las paredes de piedra y, a pesar de todo, sintió ganas de reír. Solo había dos formas de haber llegado hasta allí, o bien en realidad estaba muerto y como un espíritu podía filtrarse entre la roca, o bien la abertura debía estar arriba, en el techo. En efecto, estaba enterrado en una especie de balma o gruta. Intentó escalar por la pared, algo cóncava, pero a pesar de ser ésta rugosa e irregular, estaba húmeda y no permitía agarrar con fuerza suficiente los escollos que sobresalían. Al final se dio por vencido. Se sentó en el piso e intentó no pensar en que cada vez respiraba con mayor dificultad.

* * *

La inspectora Rovente, junto con dos agentes, irrumpieron en la sala donde estaban Leone, el médico, el chófer y Saramiteri.

—No le encontramos.

—Está en Villa Negroni —dijo Leone.

—La hemos recorrido toda entera. Se han encontrado sus huellas dactilares en algunas habitaciones, pero no en el exterior de la finca. Sí que hay algunas pisadas que no hemos podido identificar en una pequeña alameda que queda al sur del terreno. Aquello es un barrizal. Pertenecen a varias personas, hombres y mujeres, y aunque parezca que vienen desde la casa, no llevan a ninguna parte. Se acaban allí, pero no podemos ponerles fecha, aunque parecen recientes.

Leone preguntó a Saramiteri.

—¿Había alguien más en la casa?

El viejo no respondió.

—Me refiero a si, a parte de usted, el servicio, el médico y Ciaccometti, habían otras personas.

—No —se limitó a decir.

La inspectora Rovente recordó que en esas mansiones antiguas solía haber túneles excavados para poder salir en caso de peligro.

—¿Hay algún paso subterráneo, en la finca?

—Sí —dijo Saramiteri. Precisamente está en ese pequeño bosque de álamos. Pero

hace mucho que no se usa, desde la guerra. Seguramente la entrada está tapada por zarzamoras, que abundan en esa parte de la finca. Deben buscarla bajo el único roble.

Leone ordenó que todos los agentes se desplazasen allí y la inspectora iba al frente del grupo.

—Espero, por su bien, que Ciaccometti esté vivo —dijo Leone, más bien mirando al médico que a Saramiteri.

—Yo también —dijo el propietario de la casa.

*** Ciaccometti se tumbó en el suelo, pendiente de las últimas bolsas de aire que había en el zulo. Se sentía mareado y las arcadas amenazaban con llegar. Pensaba en Gianna Rovente hasta el punto que, como a menudo ocurre en los sueños, se mezclan los sonidos y no se sabe seguro si se oye en realidad o bien se está soñando. Oía su voz. Gritaba, daba órdenes. Todo le parecía confuso. Le gritaba a él, muy de cerca. También oía unos perros. Le ladraban con rabia.

* * *

A la inspectora Rovente le fue fácil encontrar el roble que le había indicado Saramiteri. Con sus propias manos y la ayuda de todos los agentes, apartaron la fina capa de hojarasca que lo rodeaba y pronto vieron en el suelo una tapa metálica ajustada en un marco de madera oscura. Las hojas caídas ocultaban la tierra que había sido removida no hacía mucho. La tapa debía medir unos sesenta centímetros por lado y no estaba cerrada.

—Parece que no hace mucho que se ha utilizado este túnel. Desde luego, por las hojas que tenía encima, hoy mismo —dijo la inspectora.

Ordenó a dos agentes que acercaran una linterna potente, para ver si era muy hondo. Resultó que se veía una escalerilla de hierro clavada en la pared, que descendía hasta un suelo de unos tres metros de hondo.

El primer policía que bajó les avisó de que era un túnel largo y oscuro. Necesitaba a un perro.

—Después tomaremos las huellas, con más calma —dijo Rovente—. Ahora no podemos dejar de buscar al señor Ciaccometti.

El agente recorrió el pasadizo con más rapidez de la que pensaba. Apenas tenía un centenar de metros y daba salida a una pequeña cueva que se encontraba a poca distancia de una carretera local. No había rastro de Roberto Ciaccometti ni de nadie. En cambio sí que se dio cuenta de que en la salida había varias huellas de calzado diferentes.

* * *

En la habitación ya solo quedaba el médico, Saramiteri y el comisario. Al chófer se lo llevaron detenido. Leone esperaba noticias de la inspectora.

—Me queda muy poco tiempo de vida —dijo Saramiteri, con la voz mucho más débil que hacía unos minutos.

El médico le pidió que se calmara, y se acercó para acelerar la velocidad del suero.

—No, déjame. Recuerdo que, cuando era joven, me molestaba ver las tumbas en la alameda. Me recordaban que algún día todo acaba y la tierra nos abre su boca podrida para devorar a sus hijos.

Leone lo miró ausente, pensando que estaba delirando.

—Años más tarde, mi madre... —siguió a estas palabras un torrente de balbuceos ininteligibles.

El médico le atendió, tomándole el pulso y después la tensión.

—Está agonizando.

—Póngale más morfina. No se puede perder nada.

El médico se iba a negar, pero Leone se puso de pie y, con su corpulencia, invadió su espacio vital.

—Está bien.

Tomó una nueva jeringuilla estéril y rompió un pequeño frasco de cristal transparente. Inyectó el líquido, como la última vez, en la bolsa de suero. Como siempre, pareció producirse un milagro. El moribundo abrió los ojos y volvía a hablar.

—¿Qué nos decía, don Miquele?

El anciano parecía confuso.

—Hablaba sobre unas tumbas.

—Ah, sí. Todos están enterrados allí —dijo señalando en dirección a una ventana— mis padres y mi querida esposa.

—¿Dónde, don Miquele?

—En la alameda.

—¿Hay un cementerio en la finca?

—Sí, solo cuatro sepulcros.

—¿Cuatro? Ha dicho que están enterrados sus padres y su esposa. ¿Quién ocupa el cuarto?

—Yo.

—¿Cómo dice?

—Perdone, quiero decir que está preparado para mí.

El comisario Leone abrió los ojos y respiró hondo. Se temía lo peor.

La inspectora Rovente recibió una llamada de teléfono.

—¡Buscad en las tumbas! —le dijo Leone.

—¿Qué dice, comisario?

—Entre los árboles hay cuatro tumbas. Una de ellas está vacía, buscad allí.

Los agentes de policía y la inspectora se apresuraron a apartar la alfombra de hojas que cubría el lugar, buscando algo que pudiera parecer una lápida. La primera que encontraron pertenecía a una mujer, la señora Saramiteri, por la edad, esposa de don Miquele. Muy cerca, unos metros al noroeste, hallaron las otras dos. La cuarta estaba a pocos pasos de la primera, al lado mismo y no tenía inscripción alguna, por eso les costó identificarla. Era una losa de piedra cubierta de líquenes y moho que se confundía mimetizada con la tierra, de la cual, con el tiempo, había adquirido su color.

—¡Vamos! —Gritó la inspectora— levantadla.

Ciaccometti ya no oía nada. La voz de la inspectora se había apagado en una espiral de caída libre. Aun con los párpados cerrados percibía una potente luz blanca que le cegaba. Había perdido el tacto en la mayor parte de su cuerpo y no sentía dolor.

La linterna de un agente llegó al fondo del agujero. Allí estaba Roberto Ciaccometti, tumbado en posición fetal. No se movía.

Mientras un par de policías bajaban al fondo de la fosa, Gianna Rovente llamó al comisario para informarle que habían hallado a Ciaccometti, aunque no pudo decirle si estaba vivo o muerto.

El comisario, sin dudar, cogió al médico del brazo y le ordenó que le siguiera.

Al llegar a la alameda, Leone vio a Ciaccometti tendido en el suelo, rodeado de agentes, uno de los cuales le estaba realizando un masaje cardíaco. El comisario cogió al doctor de la parte trasera de la bata y lo arrojó con fuerza hacia donde estaba el caballero.

—Si muere me ocuparé de que se le considere el responsable.

—A pesar de todo, soy médico —dijo, y se puso a suplir al agente.

En unos instantes confirmó a los presentes que Ciaccometti tenía pulso, muy débil, eso sí, pero estaba vivo. Le había ido de muy poco.

Capítulo 78

En el mismo momento en que Ciaccometti era ingresado en una de las muchas clínicas privadas de Roma, Miquale Saramiteri dejaba este mundo. Cuatro días más tarde, una vez Ciaccometti era dado de alta y regresaba a su habitación del Palacio de Malta, Saramiteri era bajado a peso al interior de su tumba cavada en la roca, en Villa Negroni, envuelto en un sudario de algodón, tal como había dejado escrito en sus últimas voluntades. Leone y algún que otro agente de paisano, no faltaron al funeral.

La inspectora Rovente sabía que el caso no estaba cerrado del todo, había cabos sueltos. Estaba claro que todo lo había ordenado Miquale Saramiteri, pero no encontró rastro de otros miembros de la Orden de la Capa Blanca. Ciaccometti, por otro lado, negaba recordar quienes le habían encerrado en la tumba. Debían ser varios, por la huellas halladas, cinco por lo menos.

La prensa pareció darse por convencida con la culpabilidad del viejo Saramiteri y de su sobrino, ambos muertos.

Dimarco esperaba a su ahijado con impaciencia. Sabía que no todo había salido a la luz, pero pensaba que quizás había sido mejor así. En tanto le dieron el alta médica, Roberto Ciaccometti fue trasladado en coche oficial a Via dei Condotti. Lo recibió en la misma puerta, con los brazos abiertos, Frey Carolo Dimarco, comendador de la Orden de Malta. Lo acompañó hasta su cámara privada y le ofreció comida ligera y agua. Dimarco estaba radiante de felicidad, pasados ya los momentos de angustia y preocupación, tanto por llegar a resolver el asesinato de Messina Limosi, como por el peligro que conllevó la investigación para su ahijado.

Ciaccometti le pidió consejo a Dimarco.

—Querido Frey Carolo, me encuentro en una situación un tanto delicada. Sin quererlo, me vi obligado a hacer algo, y ahora, tome la decisión que tome, habrá consecuencias no deseadas, incluso muy dolorosas.

—No temas explicarte, Roberto, cuéntame qué te ocurre e intentaré ayudarte en todo lo que esté en mi mano.

—Espero que pueda comprender lo que tengo ya decidido hacer.

—No tomes decisiones precipitadas, Roberto. Pero dime, ¿qué te ocurre?

Ciaccometti le explicó con todo detalle a su mentor, Carolo Dimarco, el juramento que se vio obligado a realizar ante Saramiteri, el Gran Albino.

—Era la única manera que en aquel momento tenía de salir de Villa Negroni con vida, convencerle que volvería para traerle lo que él tanto ansiaba y además sin denunciar a los miembros de su maldita orden.

—Pero está ya muerto. Nada te obliga a cumplir tu promesa.

—Usted es el Comendador de la Orden de Malta. Olvídese de que soy su ahijado

y dígame si por la muerte de Saramiteri me veo desligado de cumplir mi palabra de caballero dada.

El silencio de Dimarco fue la respuesta más elocuente.

—Tengo dos opciones, o bien no denunciar a los únicos miembros que quedan de la Orden de la Capa Blanca y continuar como caballero de Malta o bien dar a conocer sus nombres a vuestra excelencia y a la policía, con lo cual la nefasta asociación sería descabezada, pero yo deberé dejar de pertenecer a nuestra orden.

—Es una decisión dura, difícil, que solo puedes tomar tú, a solas con tu conciencia.

—Usted sabe que si callase, si dejase que esos asesinos continuasen impunes, no podría seguir llamándome caballero.

—Lo sé. Me tendrás a tu lado en todo momento.

Dimarco y Ciaccometti se dieron un gran abrazo que ambos sabían que significaba el principio de una despedida.

—Otra cosa, Roberto. La otra parte de tu compromiso con Saramiteri, ¿cómo vas a hacerlo?

—Tuve mucho tiempo para pensar dentro de la fosa. Messina era archivera, igual que yo, por lo que conocemos algunos métodos para ordenar los documentos. No creo andar muy equivocado sobre dónde escondió ella el original del legajo que utilizaba Caravaggio como libreta de notas. Este documento ha causado mucho daño y, diga lo que diga en realidad, sea cierto o no que el pintor usaba fluidos humanos para elaborar sus tinturas y aceites, tal vez deba continuar en secreto.

—Entonces, ¿vas a cumplir esa parte de la promesa?

Ciaccometti sonrió y dio otro abrazo a Dimarco.

—Hasta pronto, Frey Carolo.

* * *

Antes de que la noche hiciera brillar los adoquines de las calles de Roma, Roberto Ciaccometti había presentado una carta manuscrita en el registro central de la Orden de Malta dirigida al Gran Maestre. Expresaba la renuncia a su condición de caballero de la Orden de Malta y a todo lo que ello implicaba. Después, en el siguiente párrafo, explicaba con detalle quienes eran los cómplices de Saramiteri y todo lo ocurrido en Villa Negroni. Se despedía con los mejores deseos para Malta.

Dejó atrás el palacio de Via dei Condotti, 68 y tomó un taxi en dirección a la UASV.

En la sede central de la unidad de análisis de crímenes violentos le esperaba el comisario Leone y la inspectora Rovente.

—Bien, vengo a despedirme. En unas horas dejaré Roma y, después de todo, creo que debía decirles adiós. Ha sido un placer colaborar con ustedes en la investigación.

He dejado una carta dirigida al Gran Maestre de la Orden de Malta donde pongo en su conocimiento lo ocurrido dentro de Villa Negroni, durante las horas que estuve allí. Me gustaría prestar declaración también ante la policía.

—Supongo que se trata de la Orden de la Capa Blanca, ¿verdad? —dijo la inspectora.

Ciaccometti les explicó todo lo que sabía y quiénes eran los cómplices de Saramiteri. Al finalizar su relato, Leone salió del despacho para ordenar que se organizara la detención de los implicados. Ciaccometti y Rovente se quedaron solos.

—Roberto, ¿es cierto que se va tan pronto? ¿Regresa a Cuba? —le preguntó la inspectora.

—Me voy mañana a primera hora, tengo el pasaje de avión, pero no regreso a Cuba.

—¿Entonces?

—Disculpe pero ahora tengo un asunto que aclarar. ¿Qué le parece si después se lo cuento? ¿Le va bien a las diez en Ca Domenico?

* * *

Eran poco más de las siete de la tarde cuando Roberto Ciaccometti salía de la sede de la UASV y tomaba un taxi en dirección a Villa Negroni. Fuera de la ciudad era poco patente la contaminación lumínica y todo estaba muy oscuro. El camino de entrada a la mansión se percibía húmedo y los faros del coche brillaban reflejados en el pavimento. La verja estaba entornada, pero precintada con una cinta policial de plástico. Ciaccometti pidió al chófer que le esperara allí, con el motor en marcha. No tardaría más de media hora.

Roberto Ciaccometti se introdujo en la finca, tras cortar el precinto, llevando una potente linterna en su mano derecha enguantada. Se conocía bien el lugar y no le costó encontrar el bosquecillo de álamos en la parte sureña de la propiedad. Le costó algo más, debido a lo embarrado del suelo y a las hojas que la cubrían, encontrar la tumba de Saramiteri.

Ciaccometti extrajo del interior de su gabardina un par de herramientas que, debidamente dispuestas, consiguieron levantar la losa que cubría el sepulcro. Se agachó en cuclillas y tuvo que apartarse debido al olor empobrecido que emanaba del agujero. Enfocó el interior y vio en el suelo un cuerpo pequeño desmadejado envuelto en una especie de sábana blanca.

Al momento extrajo de uno de los bolsillos de su americana un paquete de no más de doscientos gramos de peso forrado en plástico transparente. Lo echó en el agujero y dio en caer encima del cuerpo de Saramiteri, sobre sus pies.

—Aquí lo tienes, Albino. He cumplido contigo. Ahora ya tienes lo que tanto ansiabas, pero también la respuesta a tu fracaso y a la sonrisa de Messina.

Ciaccometti dijo estas palabras en voz alta, aunque nadie podía oírlo. Cerró la losa y regresó hasta el taxi, dejando atrás Villa Negroni.

—¿Regresamos a Roma, señor? —le preguntó el taxista.

—Sí. Lléveme a Ca Domenico, por favor.

* * *

A las diez en punto de la noche, la inspectora Gianna Rovente llegó a un pintoresco restaurante del Trastevere, muy cercano a Santa María. En una de las mesas preparadas en el exterior la esperaba Roberto Ciaccometti, que se levantó nada más verla y la besó por primera vez en la mejilla, a modo de saludo. La tomó de la mano y le separó la silla.

Después se sentó él, al frente, separados por una mesa con mantel amarillo, con una vela encendida en el centro y un jarroncito de cristal con una rosa blanca.

Sin que tuvieran tiempo de intercambiar ninguna palabra, apareció un camarero que les preguntó qué querían para beber. Ella se decidió por un *fragolino* fresco y él por un vino blanco.

Gianna Rovente empezó la conversación.

—Supongo que tienes mucho que contarme. ¿Por qué te vas tan pronto?

—Intentaré que lo comprendas. He dejado la Orden de Malta.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Di mi palabra en un momento vital, para salvar la vida, que no he podido cumplir por entero, ya que eso hubiera supuesto un deshonor. Por eso, para no perjudicar a mi querida casa y para estar de acuerdo con mi conciencia, he tenido que dejar la Orden. No sé si sabes que faltar a la palabra dada por parte de un caballero o una dama de la Orden supone inmediatamente su expulsión, si no renuncian voluntariamente.

—¿Aun en peligro de muerte?

—En cualquier circunstancia.

—Eso debe implicar un profundo cambio en tu vida.

—Hasta hoy, desde que cumplí la mayoría de edad, he sido caballero de honor y devoción. Es algo muy parecido a ser monje. Implica obediencia y celibato.

—¿Y ahora?

—Ahora soy un civil.

—¿A qué vas a dedicarte?

—Mis conocimientos adquiridos en archivística y documentación antigua, también mi doctorado en historia, me serán útiles. Ahora mismo no lo sé, mi vida ha dado un vuelco que no esperaba y debo asumirlo. Voy a tomarme un tiempo, quizás me dedique a escribir.

Gianna suspiró, y continuó preguntando, como si se tratase de un interrogatorio.

—Me ha parecido que decías que no habías cumplido la promesa hecha de forma parcial, pero eso supone que en algún punto sí la habrás llevado a cabo.

Ciaccometti estuvo unos segundos en silencio, sopesando si debía contar o no lo que había pasado con el manuscrito de Caravaggio. Al final se decidió.

—Conseguí el verdadero manuscrito que tantas muertes ha causado. También el estudio real que Messina había realizado sobre el mismo. Ella había escondido los dos documentos en el mismo archivo, mediante una clave de números que no me costó descifrar.

—Deberías entregarlo, para que los científicos lo pudieran interpretar.

—Tuve ocasión de leerlo.

Gianna tomó aire, parecía sentirse mareada ante aquella ola de información. Al final se atrevió a hacer la pregunta que Ciaccometti esperaba:

—En realidad, ¿fue Caravaggio un asesino?

—No —respondió tajante Ciaccometti— más bien todo lo contrario. Fue víctima de una trama complicadísima urdida por la Orden de la Capa Blanca, para que ingresara entre sus miembros.

—Así jamás utilizó fluidos humanos en sus obras.

—Messina descubrió que Caravaggio realmente ingresó en la Capa Blanca para poder escapar del castillo de Sant'Angelo. Los miembros de la corrupta orden en esos tiempos estaban infiltrados por todas partes y le ayudaron a huir, de modo que nunca nadie se explicó cómo pudo hacerlo, ya que era una de las fortalezas consideradas inexpugnables. Pero, cuando el pintor, que en realidad era propenso a la exageración, a las peleas callejeras y a la vida desordenada, se dio cuenta de las actividades criminales que perpetraba dicha orden, intentó escapar de ellos. Así, en un determinado momento, se vio perseguido por ambos bandos, por la Orden de Malta para apresarlos, pues lo creían culpable de crímenes que no había cometido, y por la Capa Blanca, para matarlo, porque nadie puede salir de ella con vida. En la famosa libreta o legajo de Caravaggio, este anotaba todo lo que había descubierto, los crímenes de la infecta orden. Este fue uno de los motivos por el cual le desfiguraron la cara en Nápoles, a cuchilladas, pero de nuevo pudo escapar. Más tarde, intentó que el Gran Maestre de la Orden de Malta, Alof Wignacourt, le perdonara, enviándole cuadros, pero no le sirvió de nada pues estaban escandalizados con las pruebas que tenían de sus crímenes, que no eran tales, pues era la Capa Blanca que había fabricado esta implicación. Al final, después de hacer de la huida un modo de vida, fue alcanzado en la playa de Port'Ercole por sus mayores enemigos y ya enfermo, muy débil, le dieron muerte. Sin duda fue un antiguo amigo suyo quien lo delató. Su nombre era Baglione. Él mismo se ocupó de recogerlo y darle sepultura, aunque su cadáver jamás fue encontrado. Seguramente fue él quien recogió la libreta de notas que esta misma tarde ha estado entre mis manos.

Gianna Rovente no era capaz de absorber toda esa información. Muchos historiadores se hubiesen peleado para conocer estos datos, que habían permanecido

dentro del misterio y los enigmas históricos sin resolver.

—Roberto, hay algo que no comprendo.

—¿Qué es?

—No puedo creer que un historiador como tú no legue estos datos a la posteridad.

Aun a pesar de la promesa.

La expresión de Ciaccometti, entre pícara e inocente, hablaba por sí misma. Gianna Rovente no añadió nada más.

Capítulo 79. Museo di Capodimonte, Nápoles. Dos días después.

Una mujer morena, de unos cincuenta años, estaba sentada en su estudio, en el mismo museo di Capodimonte, preparando la clausura de la exposición sobre las últimas obras de Caravaggio. Un bedel entró en la sala, después de llamar discretamente a la puerta entornada.

—¿Señora Marconi? Traigo un paquete para usted. Lo han dejado ahora mismo.

—Está bien, póngalo aquí encima —dijo señalando su mesa, sin levantar la vista de la pantalla de su ordenador.

El hombre cerró la puerta y, solo pasados unos minutos, Electra Marconi cogió el pequeño envío con curiosidad. Enseguida vio que lo mandaban desde Roma, pero no tenía más señas. Cogió unas tijeras de oficina y cortó el cordelito que ataba el paquete. Al abrirlo vio que se trataba de un legajo ajado y antiguo, religado con cordeles de piel muy deteriorada. Sobre él, un pequeño papel blanco doblado por la mitad se deslizó encima de la mesa. Electra lo abrió.

Decía:

La sonrisa de una dama nunca obedece a una causa, sino a un objetivo.

Roberto Ciaccometti.

FIN



ALEXANDRA CUADRAT CAPDEVILA, nació en Alcoletge (Lleida), está casada y tiene dos hijas.

Licenciada en Derecho por la Universidad de Lleida. Ejerce como abogada, con despacho propio especializado en derecho urbanístico y derecho civil. Ha sido secretaria de la Comisión de Urbanismo de Lleida y del Valle de Aran.

Como aficiones, es también escritora. Ha publicado *La casa de Escorpión* (novela de intriga histórica) y *Cementerio marino* (cuento integrado en un conjunto llamado Chat y once cuentos más).